



J. MANUEL MARROQUIN

ENTRE PRIMOS



BOGOTÁ

IMPRENTA DE EDUARDO ESPINOSA GUZMÁN

1897

A los hombres de letras antioqueños.

Testimonio de estimación y simpatía.

J. Manuel Marroquín.





CAPÍTULO I



LA CASA de D. Jacobo Ibarzábal dominaba con su antiguo, larguísimo y pesado balcón verde buena parte de una de las principales calles de la ciudad de Bogotá. El espacioso zagúan tenía pavimento de piedrecitas redondas, con sus labores hechas de vértebras de oveja, y con el número del año en que la casa había sido construída, señalado con el propio material. En las dos esquinas del zagúan que quedaban á los lados de la puerta exterior, se veían dos á manera de poyos triangulares que remataban por la parte de arriba en plano inclinado; fábricas que había levantado la previsión del arquitecto para defender aquellas esquinas de los desaguisados que en ellas pudieran cometerse si se las dejaba de forma tal, que sirvieran de escondite.

La puerta que comunicaba el zagúan con el

primer corredor de la casa no se abría toda sino en ocasiones en que por ella hubiera de pasar algo demasiado voluminoso, como cama ó almofrej. Para los usos comunes, bastaba el gran postigo, el cual se cerraba ruidosamente cada vez que se le abría y se le dejaba en libertad, merced á la acción de una correa que se había fijado por un cabo, en la parte inferior del marco del portón, y cuyo otro extremo estaba atado á un zurroncito de cuero crudo que contenía una piedra bastante pesada.

En el ancho corredor á que esta puerta daba entrada, se veían cuatro macizas columnas monolíticas que sostenían tres arcos.

Por la escalera podían, con toda comodidad, subir ó bajar cuatro personas de frente. El segundo de sus tramos desembocaba en un corredor llamado *el corredor ancho*, y así se le llamaba por antonomasia, pues los otros tres que caían al patio nada tenían de angostos. Los antepechos de los corredores estaban formados de barandales que podían servir de mesas, y de balaústres que, igual que las columnas, delgadas hacia los extremos y panzudas hacia su promedio, daban muestras de haber sido torneados en tiempo en que la madera no escaseaba ni era cara.

Las puertas de las piezas de la planta baja eran toscas y desiguales; y no muy iguales, aunque trabajadas con más primor, las del piso alto, las cuales lucían molduras y tableros resaltantes.

Componían el interior de la casa otros dos patios grandes y cuadrilongos, cerrados por fábrica más tosca y pesada que la de la parte anterior; y tras estos patios se extendía una huerta con su breval, sus cerezos, sus papayos y sus malvas.

Bien había menester esta casa ser, como era, de sólida estructura y de epidermis poco delicada, pues todos los domingos, y otros días y ratos feriados, servía de estadio, como si dijéramos, para muy variados, estrepitosos y turbulentos juegos en que se ejercitaban hasta diez ó doce niños, algunos de ellos ya volantones, que allí se reunían habitualmente á aprovechar sus ocios. Pertenecían todos á la parentela del D. Jacobo; y todos, con excepción de Cecilia, preciosa niña, hija única del mismo, eran varoncitos.

Predominando, como predominaba, el sexo masculino, los divertimientos eran siempre del propio género. En determinadas épocas del año, privaba determinado juego. Hacia la cuaresma, el trompo se llevaba la preferencia; y se veía el

suelo de los corredores lleno de círculos trazados con carbón ó con tierra blanca, dentro de cada uno de los cuales había de caer y de bailar el peón. En torno de él se colocaban los contendientes; aquél á quien tocaba *servir*, arrollaba la cuerda al trompo; por el lado de la púa lo tomaba entre los labios inflando los carrillos, como para impregnarlo de vaho; adelantaba el pie derecho, echaba el cuerpo hacia atrás y lanzaba el trompo con fuerza y con cierto aire de petulancia; otro de los *trompistas*, previas las mismas ceremonias, echaba su trompo, tirando á clavar la púa en el peón de su parte contraria, y era codiciado triunfo hincarla en él y romperlo.

Por San Juan y San Pedro, venían los caballos de San Juan, representados por cuellos y cabezas de caballo, hechos de recortes de paño de cualquier color, y adornados con jaquimones y otros arrequives de diferentes telas. Estos productos de la industria sastreril se enhastaban en palos (palos de escoba, por lo regular); y, llevando muy formalmente la rienda, cabalgaban en ellos los muchachos, y daban carreras, saltos, coces y corcovos, como unos energúmenos.

Por Julio y Agosto les llegaba su vez á las cometas; pero como éstas no podían tender su

vuelo desde la casa, daban ocasión para paseos vespertinos al cerro, á San Diego ó á Fucha.

A falta de juegos *proprios del tiempo* (como se dice en Liturgia), se echaba mano de otros. Siendo los rapaces aquellos unos *sportmen* en agráz, gustaban infinito de jugar al toro; y en las épocas en que en el teatro público estaba dando funciones una compañía de equitadores ó de funámbulos, no se veía otra cosa en la casa de D. Jacobo que maromas, columpios, trapecios, balancines, saltos más ó menos mortales, descoyuntamientos, volteretas y toda suerte de suertes ó de tentativas acrobáticas.

No hay para qué decir que en los años en que en la casa de D. Jacobo solía haber esos belenes, sobrevino una revolución de las de nuestro repertorio. Entonces los chicos optaron por la carrera militar, y quedó turbada no sólo la paz pública, sino también la poquísima que la bulliosa lechigada dejaba reinar en aquella casa. Organizábanse en ella cuerpos regulares, con sus jefes, oficiales y clases; con sus morriones y charreteras de papel; con sus cajas de guerra y sus cornetas; y con las armas que suministraba, no el furor, sino el hipo de contrahacer todo lo que por fuera se les veía ejecutar á los cuerpos del

Ejército. Se montaba guardia, se echaba á la espalda á las criadas, y aun á otras potencias neutrales, se reclutaba, y hasta se arrestaba por quítame allá esas pajas.

Cuando se armaba la gorda era cuando llegaba el *casus belli*. Entonces funcionaban las lanzas de hoja de lata, los sables de estaño, los terrones, los proyectiles que se hallaban en la pesbrera, y á veces hasta los puños limpios.

El que en aquella casa se consintiesen tanto jaleo y tanta zambra, podría dar á entender que D. Jacobo era hombre paciente y contemplador; pero no había tales carneros: D. Jacobo era egoistón y sobrado amigo de sus comodidades.

Padecía de jaqueca, y el día que lo aquejaba se ponía indigesto y desabrido. Era tesonudo y entrañablemente apasionado por su propia opinión; y sólo se daba á partido cuando se le hacía creer que el dictamen á que se le trataba de inclinar había sido suyo.

Su estampa distaba mucho de ser de las que cautivan á los niños. Era alto y enjuto. Recojiendo los párpados, miraba por debajo de los espejuelos, con unos ojos negros sombreados por cejas que le habían crecido desmedidamente y que eran entrecanas, como las patillas y los bigo-

tes. Cuando levantaba la cabeza para mirar á sus interlocutores, echaba hacia afuera el labio inferior, lo que daba á su fisonomía una expresión desdeñosa ó altanera.

Explicaban la rara mansedumbre con que toleraba los estrepitosos desahogos de los muchachos, el hallarse sus aposentos en sitio muy repuesto é independiente, y el ciego cariño que profesaba á su hija, fruto de su matrimonio en que se habían concentrado sus afectos paternales, pues muchos otros hijos que había tenido habían fallecido en edad temprana.

D^a Lucía, que sólo tenía voluntad para querer lo que quisiera su marido, á quien miraba como un oráculo, soportaba la bulla de muy buen grado por más que á veces la mareara más que medianamente.

Pero, tiempo andando, D. Jacobo llegó á notar que, gracias á lo muy masculino y tosco de todos aquellos *sports*, como debemos llamarlos ahora, Cecilia, que entre sus primos se hallaba tan en minoría, iba adquiriendo modales hombrunos y ordinarios. Consultó el caso con su mujer, y los dos, ocurriendo á no sabemos qué arbitrios, lograron que se aboliera la costumbre establecida entre sus deudos, de enviar sus niños á diablear en su casa.

Cecilia empezó á echar de menos á sus primos, y los días de fiesta, se enfurruñaba, sin que para distraerla valiera mandarla á paseo, ni el procurarla entretenimientos sedentarios.

Entre los dichos primos se contaba á Pablo, bello muchacho, tres ó cuatro años mayor que Cecilia, muy amable y de modales suavísimos.

A D. Jacobo y D^a Lucía les ocurrió hacer excepción en favor de este sobrino, para ver de tener á Cecilia distraída y satisfecha; rogaron á su madre que siguiera enviándoselo como antes, y tuvieron el gusto de ver que habían andado acertados al dar aquel paso.

Pablo, que cuando las recreaciones tumultuosas se mostraba ágil, despabilado é intrépido, probó ser capaz de tomar parte, sin repugnancia y con gracia y habilidad, en entretenimientos propios de una niña. Imaginaba situaciones, lances y sucesos de familia que interrumpiesen la monotonía de la existencia de las muñecas; emitió acertados pareceres sobre los trajes y los ajuares de éstas, y hasta solía darse buena mano en la fabricación y arreglo de sus habitaciones y sus muebles.

Hallándose dotado de imaginativa, de espíritu de observación y del dón de imitar, encanta-

ba á su prima cuando á ella se le antojaba que jugaran á las visitas. Pablo desempeñaba en ellas á la perfección el papel que le tocaba, ya fuese el de médico, ya el de un caballero que iba á dar pésames ó plácemes; ya el de un galán ó pretendiente; ya el de un individuo muy necesitado que solicitaba socorro.

D. Jacobo y D^a Lucía estaban que no cabían en sí de satisfacción contemplando cómo, á tan poca costa, habían logrado contentar á su niña y verla siempre hecha unas pascuas.

Y así estuvieron por bastante tiempo. En la debida sazón, pusieron á Cecilia en la escuela. Pablo era muchas veces quien la llevaba y la traía; y era comunísimo que le repasara las lecciones; pues, como era natural, se hallaba mucho más adelantado en sus estudios. Más tarde, Cecilia despuntó como bordadora; y Pablo, que había salido aventajado en el dibujo, le suministraba los que había menester, y dirigía á veces la ejecución de las obras que demandaban arte y particular esmero.

Ya Pablo había llegado á los diez y siete años y Cecilia á los catorce, sin que aquél se hubiese curado de examinar ni de definir ciertos sentimientos que en su pecho había hecho nacer

aquel trato tan constante y tan íntimo con su prima. Si se le hubiera preguntado cuáles eran, con toda ingenuidad habría contestado que no podrían ser otros que los que cualquier hermano abriga para con una hermana; aunque, para ser enteramente sincero, habría tenido que explicar que no eran en rigor los de *cualquier hermano*, sino los de un hermano que no vivía ni respiraba sino para su hermana.

Era de notarse que, mientras que sus condiscípulos y camaradas sentían, al decir de ellos mismos, cierta inclinación á algunas de las chicas que veían ó que trataban, Pablo nunca llegó á mirar en mujer que no fuese Cecilia, más que un individuo de la especie humana que llevaba faldas como pudiera llevar pantalones.

La cuestión era harto más sencilla respecto de Cecilia. Su desarrollo no había sido precoz. Por una fortuna que rarísima vez favorece á las muchachas de nuestra tierra, su corazón era, á los catorce años, corazón tan de niña como el que le latía en el pecho en su primera infancia. Pablo era para ella un primo querido, y un camarada de cuya compañía gustaba, como antes había gustado de la de sus muñecas y de la de todo lo que la había entretenido en los años de su niñez.

No podía pasar mucho tiempo sin que su primo, sin necesidad de meterse en análisis ni en honduras sicológicas, echara de ver que lo que en su corazón había nacido, crecido y echado raíces, era ni más ni menos que lo que se llama amor.

Aquel afecto que Cecilia le inspiraba era tan natural, se había desenvuelto tan á la sorda, había estado tan exento de contradicciones y de turbulencias, existía tan desinteresado y tan descuidado del porvenir, que no era extraño que ardiere sin dar á conocer su naturaleza verdadera.

D. Jacobo y otros de los Ibarzábales eran muy ricos. No así su hermana D^a Mariana, viuda de D. Alejo Ferrer y madre de Pablo. Una revolución y varias especulaciones aventuradas habían dado al traste con el caudal de D. Alejo y con gran parte del de su mujer.

A costa de esfuerzos y sacrificios, logró ésta que su hijo estudiara por algunos años; pero al cabo, cuando ya él iba estando abocado al doctorazgo, y cuando más esperanzas abrigaban sus profesores de sacar de él un jurista de primera nota, faltaron los recursos necesarios para hacer que coronara su carrera; y hubo de pensarse en que Pablo abrazara una profesión que pudiera

producir lucro inmediato, ó que de cualquier manera comenzase á trabajar.

Tras luengos debates, y consultas, y tanteos y perplejidades, se vino á acordar en consejo de familia que Pablo fuera á desempeñar el cargo de administrador auxiliar de las haciendas que D. Leonardo Ibarzábal, el más acaudalado de sus tíos, poseía y manejaba en tierra caliente.

Por lo pronto, se miró esta colocación como interina y supletoria. No ignoraban los que tomaron esta determinación que cuando un mozo que se halla en punto de abrazar carrera es admitido á tomar parte en tareas ó en empresas que ya están marchando encabezadas y dirigidas por el interesado en ellas, tal admisión no suele ser más que un expediente provisional á que se ocurre para que el dicho mozo no permanezca inactivo mientras se ve si se le presenta alguna colocación que notoria y positivamente le convenga.

Lo probable era que sucediese lo que es común en casos semejantes: que en las haciendas fuese un par de individuos, en lugar de ser un individuo solo, quien diera una orden, ó presenciase una faena, ó ajustase un negocio, ó cabalgase para recorrer las posesiones, ó apuntase un gasto ó un ingreso.

Todo esto se miró y se remiró; pero esta precaria colocación se tuvo (y muy bien tenida fue) por preferible á cualquier destinillo oficial ó no oficial que fuera dable conseguirle á Pablo, en el cual pudiera petrificarse para toda su vida, sin otra esperanza que la de ir tirando hasta que los achaques ó los años dieran con él en un hospital.

A Pablo, que era por su índole agencioso y emprendedor, le armó la determinación en el punto en que le fue comunicada; mas, cuando hubo recapitado un poco y advertido que ella lo condenaba á vivir lejos de su prima, se amurrió por extremo y conoció que le habría petado más cualquier otro partido que se hubiera tomado, siempre que fuera tal, que no lo alejara de Cecilia.

Pero, por muy viva que hubiera sido su repugnancia á la determinación que se tomó sin darle voz ni voto en las deliberaciones, nunca habría dejado de abrazar el partido que se le propuso. Hallábase dotado, como luego se echó de ver, de inapeable energía para el trabajo, para el combate con los obstáculos materiales, para hacer cara á las penalidades y á los peligros, y para tener á raya sus propios apetitos; mas su genial benevolencia y el hábito que su madre le hizo

contraer de someter su voluntad á la ajena, lo hacían incapaz de resistir al querer de los que ejercían autoridad sobre él, y aun de contrariar ú ocasionar mortificaciones á los más extraños. Gracias á tales disposiciones, pudo observarse en él, durante toda su vida, una condescendencia que rayaba en debilidad y que en más de una ocasión lo expuso á quebrantos y sinsabores.

Como era natural, Cecilia oyó con sentimiento la noticia de que Pablo debía ausentarse, y quizá por largo tiempo.

Según iba acercándose el día en que Pablo había de partir, iba él viendo con claridad dentro de sí mismo, y á medida que iba descubriendo cuál era la naturaleza del sentimiento que su prima le inspiraba, ese mismo sentimiento, que se había desenvuelto tan á sus anchas, iba encendiéndose con lo que lo contrariaba. Pablo ya le daba su verdadero nombre, y allá conversando consigo, le agregaba todos los epítetos que la exaltación y la poesía han inventado para el amor.

Hasta la víspera de la partida, Pablo y Cecilia sintieron cierto embarazo para hablar uno con otro acerca de su próxima separación; y ni siquiera tocaron punto alguno relacionado con ella. Esto sucedió no obstante que el primero menu-

deó más que de costumbre sus visitas á la casa de su tío Jacobo.

Pero la noche que precedió al día de la marcha, fue preciso romper el silencio.

—Tú sí sabes, le dijo Pablo á Cecilia, que mañana me voy. ¿No es así?

—Sí, contestó Cecilia, y se le aguaron los ojos.

—Y sabes también que puedo no volver en mucho tiempo.

—Sí—y se cubrió los ojos con el pañuelo.

—Di: ¿me pensarás, te acordarás de mí si quiera algunas veces?

Cecilia, que había hecho algún esfuerzo para reportarse, le contestó:

—¿Cómo no he de acordarme de ti? ¡Cuánta falta vas á hacerme!

—¿Y conoces cuánta es la que tú vas á hacerme á mí?

—¡Pobre Pablo! ¡Tan solo que vas á estar allá!

—Mucho más que lo que tú te figuras.

—Procura que sepamos de ti siquiera todas las semanas.

—Creo que, muchas á lo menos, me será fácil. Entiendo que he de pasar lo más del tiempo cerca de los pueblos en que hay oficina de correos y estación telegráfica. Tú haz cuanto

puedas por que de ti y de mis tíos tenga yo noticias con la mayor frecuencia.

—Por supuesto. Mañana vienes á despedirte; ¿no es así?

—Mi tío Leonardo quiere que madrugemos mucho.

—De modo que.... esta noche....

Y la voz se le anudó en la garganta.

—Sí: esta es ya la despedida.

Pablo no hubiera podido decir más, porque á él también le habría faltado la voz.

El último adiós se lo dieron en presencia de D. Jacobo y de D^a Lucía.

—Adiós, Cecilia.

—Adiós, Pablo. ¡Que te vaya muy bien!



CAPITULO II



MUY diferentes y aun opuestos entre sí eran los sentimientos que se disputaban el ánimo de Pablo mientras iba encaminándose á tierra caliente, tierra que él no había visitado nunca. Pensaba con amargura que por mucho tiempo iba á verse separado de Cecilia, cosa que lo apenaba tanto más, cuanto la noche de la despedida había recibido de su prima un testimonio de cariño más significativo que cuantos anteriormente recibiera. Parecíale demasiada presunción traducirlo como prueba de un sentimiento igual al que se había enseñoreado de él mismo, pero no podía evitar que la memoria de las tiernas efusiones de la pena que su prima había experimentado en aquella coyuntura le hiciese allá en las entretelas del corazón un cosquilleo harto lisonjero y agradable.

Mas, por malos de sus pecados, cuando más arregostado se sentía á esta dulce quimera, solía hacer memoria de que, en otras despedidas de parientes, Cecilia se había enternecido del propio modo que en la suya, lo cual tenía para él el amargor de un desengaño.

Ora admitía, aunque con restricciones, la posibilidad de que su afecto fuera correspondido ; ora le asaltaba el recelo de que, por obra de la intempestiva y quizás dilatada ausencia, se apagase la llama que acaso ardía en el pecho de Cecilia, mayormente si ésta llegaba á ser obsequiada y pretendida. Y no podía dejar de temer que lo fuese, pues tenía por cosa asentada que en el mundo no había hechizos como los de Cecilia ; y además se los había oído ponderar calurosamente á muchos de los que la conocían.

Pero si estas consideraciones le oprimían y anublaban el ánimo, éste se le aligeraba y se le despejaba contemplando que el sacrificio que iba á hacer permaneciendo por largo tiempo ausente, que tal vez, tal vez podía ponerlo en camino de aspirar á lo que sería el supremo bien de su vida, bien con que antes no se atreviera á soñar y en que pensaba ahora porque, teniendo en el porvenir aquella fe que nunca falta en la juventud, le

fue preciso dar forma concreta y definida á las esperanzas que antes no habían tenido sino un objeto vago y sin nombre.

“ Sí: soy pobre, pensaba, y sólo un trabajo duro y perseverante puede colocarme en situación de poder aspirar á unirme con Cecilia.”

Y discurriendo así, le sobraba la razón por los tejados. La historia de Jacob será siempre la historia de los pretendientes. Y aunque á aquel patriarca, en los tiempos bíblicos, le costó lo que le costó conseguir la mano de Raquel, todo ello fue tortas y pan pintado en comparación con lo que, en nuestra civilizadísima edad, tiene que sudar el que ha de casarse y poner casa.

Un mozo de la edad de Pablo, bien constituido y equilibrado, no se rinde á discreción cuando se siente combatido por negras y desalentadoras ideas. Pablo era de brioso espíritu, estaba dotado de viva imaginación y era apasionado por todo lo bello y lo nuevo. En tanto que, pasada la Boca del Monte, iba descendiendo hacia la tierra caliente y aspirando el aire vivífico de la montaña, su alma virgen y entusiasta se iba dejando arrebatarse por emociones que excitaba en ella la contemplación de escenas naturales que le eran desconocidas.

El camino que iba recorriendo penetra en los montes por una de las grandes quiebras que arrancan del borde de la Sabana de Bogotá, soberbia y dilatada mesa de la Cordillera oriental de los Andes colombianos. Sigue descendiendo y serpeando por entre dos abruptas faldas, vestidas, á partes, de espeso monte, en el que descuellan millares de árboles centenarios. Cada uno de éstos deja á la vista su robusto tronco y cubre con su copa el pie de los que crecen más arriba. De un árbol á otro, y de unas á otras ramas, se extienden como elegantes festones de enredaderas de innumerables especies, muchas de ellas engalanadas con flores de variados matices. Enredándose las lozanas y frescas con las envejecidas y agostadas, estas mismas plantas se relajan y se entrecruzan por todas partes y forman con toda la inmensa masa de vegetación laberintos y marañas inextricables. Muchos de aquellos galanos festones les sirven de coronas, ya á los peñascos musgosos, ya á las rocas desnudas y calvas.

Los flexibles tallos de chusque, ceñidos á trechos por las coronillas que forman sus tiernos renuevos, se inclinan sobre el camino como gentiles arcos.

En otras partes de los taludes, el hacha ha acabado con los árboles y no ha dejado sino tupidos matorrales, entre los que aún sobresalen los despojos de los patriarcas de la selva. Los sitios menos abruptos, están recamados de plantaciones, como una tela burda, de labores de seda.

Toda aquella opulenta frondosidad se ve esmaltada con gotas brillantes que depositan en ella las nieblas que se condensan y los arroyos que se desatan en perlas cristalinas al chocar con las peñas.

Interrumpen allí el solemne silencio las voces prolongadas y agudas de los arrieros que suben ó bajan aguijando sus recuas; los hipidos de las mulas que puján llevando la carga y lidiando con las escabrosidades del camino; el murmullo de arroyos de aguas purísimas, la voz de lamento, más bien que canto, con que ciertos pájaros parecen desahogar la tristeza que los abruma en las concavidades de las peñas, ó en las tupidas y lóbregas enramadas en que se albergan, y el chillido agudísimo, y producido en interminable calderón, de las chicharras. Todos estos ruidos tienen, merced á lo estrecho del espacio en que el aire puede vibrar, un tinte, como si dijéramos, un tinte particular, una resonancia que no

tendrían en otros lugares. Pablo iba sintiendo, amén de los dichos rumores, el zumbido de oídos que nunca falta á quien va pasando por aquellos sitios de las tierras altas á las bajas ó de las bajas á las altas.

El camino, en esta su primera parte, está atravesado de trecho en trecho por hileras de piedra labrada, entre una y otra de las cuales se extiende una reducida meseta. Dichas hileras de piedra forman abanico en los recodos. El aspecto de la vía es el de una colosal escalera.

Desde los últimos peldaños de ésta sigue el camino intrincándose por las hondonadas ó faldeando las sierras y las colinas que forman las estribaciones y los ramales de la cordillera y en que alternan pintorescamente las manchas de monte, los tallares y las labranzas.

Al llegar el viajero á ciertos recodos, su vista, que ha estado como comprimida, se escapa con avidez y columbra algo del valle del Magdalena, inundado de vívida claridad.

Para quien por primera vez baja aquel camino, es interesante observar cómo poco á poco la vegetación de la tierra fría va dejando lugar á la de los climas cálidos. La presencia del guarumo y la del plátano, cuya hoja es la reina de las ho-

jas, como la rosa es la reina de las flores, sacan al viajero de la duda en que acaso fluctúa sobre si ha pisado ya la nueva región á donde se encamina.

Anuncian asimismo la tierra caliente los olores que de ella suben, olores que se refunden en uno solo característico, é inolvidable para quien una vez se ha deleitado aspirando el aire que de él está cargado.

La naturaleza tiene, especialmente en la parte más alta del camino, algo de adusto ó más bien de apaciblemente tétrico. Las impresiones que producen aquellos parajes difieren mucho de la plácida y alegre expansión que engendra la vista de un huerto florido ó de campos abiertos y risueños.

El aire, de una sonoridad intensa y triste, y enturbiado casi siempre por la niebla; y el aspecto de misteriosa y agreste soledad de que la presencia de una muchedumbre no despojaría aquellos sitios, infunden en el ánimo un sentimiento grave y melancólico, acorde con la idea que ocupa al novel visitante de la tierra caliente, de que va á entrar en algo como una nueva vida, y de que debe prepararse con cierto recogimiento para contemplar la naturaleza en cuadros más

grandiosos, en manifestaciones más estupendas de su pujanza y de su fecundidad, que cuantos hasta entonces ha contemplado.

Todas estas cosas absorbían á ratos la atención y la sensibilidad de Pablo, y lo divertían de su preocupación amorosa; y de su abstracción lo sacaba también á menudo la conversación de su tío D. Leonardo.

D. Leonardo Ibarzábal, que, por haber pasado en tierra caliente lo más de su vida, tenía pelaje y costumbres semejantes á los de los naturales de ella, era hombre de unos cincuenta y cinco años, bastante metido en carnes, bien trabado y de más que mediana estatura.

De muy escasa barba, de color un tanto cetrino, de ojuelos pardos claros, sombreados por pobladas y largas cejas; de nariz abultada aunque poco prominente, y de labios gruesos, *el tío Leonardo* (como era llamado por toda la familia y por las tres cuartas partes de los extraños que lo trataban) estaba lejos de ser un buen mozo, y aun siendo mozo, no lo había sido. Era casado, pero en veinte años de unión con D^a Liboria Rubiales, no había tenido más que una hija.

Para el tío Leonardo, fuera de su familia, á la cual tenía grande apego, no existía más mun-

do que los negocios; y sólo pasajera é incidentalmente trataba de otra cosa. Verdad es que seguía con atención el curso de la política, que conversaba frecuentemente y con calor acerca de ella, que siempre estaba desaprobando medidas administrativas, ya del Gobierno nacional, ya de los seccionales; y que daba sus vistazos á los periódicos, señaladamente á los oficiales, á fin de descubrir si se había dictado alguna providencia nueva sobre impuestos, sobre caminos ó sobre pontazgos, ó cualquiera otra que pudiese afectar sus intereses. Pero todo el que él tomaba por la cosa pública era inspirado y nutrido por su afán de que no fuera á turbarse el orden, de que se alejase el peligro de una revolución y de que se legislase y se gobernase á la medida de lo que exigían sus empresas y sus especulaciones.

Quien únicamente lo viera dirigiéndolas y manejándolas, lo tendría por mezquino y cicatero: se hacía rendir cuenta exactísima hasta del último ochavo y hasta de una raja de leña, y no dejaba ir de sus manos una ganancia de que un jornalero no haría caso; pero cuando se trataba de gastar, daba muestras de generoso desprendimiento.

Siendo chancero y jovialote por el cabo, á ninguna persona que tratase familiarmente desig-

naba por su nombre, y si del nombre usaba, no dejaba de anteponerle ó posponerle algo de su cosecha. Era amigo de equívocos, de apodos y de chascarrillos, y cuando creía que venía á pelo y se lo sugería su humor festivo, usaba de vocablos propios de la gente rústica, ó pronunciaba como ésta los castizos. Demás está advertir que los chistes de D. Leonardo no eran siempre ni los más ingeniosos, ni los más originales, ni los de mejor gusto.

Al periódico llamado *El Porvenir*, lo llamó siempre *El Pormentir*; á los recaudadores, los *rejuagadores*; á aquellos de sus colindantes con quienes tenía reyertas les alteraba los nombres: el doctor Zambrano, era el *dotor* Zamarro y á veces el *dotor* Zanguango; D. Abelardo Barragán, era D. Abelargo Barrabás; D. Bartolomé Borrero, era D. Bartolo Borrego. Saturnino Benjumea, uno de sus mayordomos, era Saturdido Bienjumea; y la mujer de éste, Engracia, era la niña Singracia.

Con motivo de un pleito en que, como más adelante veremos, tuvo que entender, su abogado le citaba á menudo el artículo 41 de no sabemos qué Código, que se oponía á una de sus pretensiones. Este artículo era el artículo cuarenta y uñas.

Su conversación estaba salpicada de gazafates. Nada era tan frecuente como oírle decir *la perroquia, Venezuela, Inglaterra, Golívar*. Al Presidente de la República, ya fuera de su devoción, ya no lo fuera, no le apeaba el *mi amo*: Mi amo Mosquera, mi amo Salgar, mi amo Núñez.

Estas nefandas vulgaridades y todas las del propio linaje, quedaban, á par que los zamarros, que el sombrero de funda de blanca muselina y que la ruana blanca de algodón, escondidas y arrimadas cuando D. Leonardo estaba en Bogotá, si bien las sacaba á lucir ocasionalmente en la intimidad del trato con su familia ó con amigos de mucha confianza. Alternando con personas de cuenta, y con las totalmente extrañas, sabía portarse y producirse como quien era.

En un rellano del camino, D. Leonardo, que iba muy adelante, refrenó su mula y, habiendo aguardado hasta que Pablo emparejara con él.

—Conque, le dijo, vamos á ver, señor D. Pablo María, ¿porqué viene usted tan taciturno y tan pensativo?

—No, tío, le contestó: es que vengo muy entretenido con todo lo que voy viendo. Como todo esto me coge de nuevo....

—Nada. Usía debe estar echando menos á Bogotá.

—No, tío, vengo muy contento.

—¡Hum! Usted ha dejado en Bogotá algún quebradero de cabeza.

—¿Cómo quebradero de cabeza, tío?

—Pues alguna muchacha que le ha hecho tilín.

—No, tío, no lo crea usted.

Y esto lo dijo poniéndose colorado como una pitahaya.

—¡Hola! Se pone usted colorado. Algo de eso debe haber.

—¿Pero porqué?

—Porque á su edad....

Por fortuna para Pablo, que se sentía ya cortadísimo, se acabó lo llano, y él y su tío tuvieron que desfilir encajonándose en una senda estrecha y escabrosa, abierta á pico entre dos peñones. El asunto quedó aplazado para mejor ocasión.

Cuando ésta se hubo presentado:

—Pues sí, mi señor D. Pablo, continuó D. Leonardo, á mí no me meten en la mollera que un bogotanita tan buen mozo y tan elegante, como, verbigracia.... haya dejado para cuando

esté viejo el enamorarse. Y como no hay chica á quien no le bailen los ojos apenas se encuentra un caballerito que le haga carantoñas....

Pablo sudaba á más y mejor, no tanto por el bochorno que hacía y por el ajetreo, cuanto por el conflicto en que lo ponía D. Leonardo forzándolo á elegir entre mentirle y hacerle una confidencia que á nadie había hecho, y que, en caso de necesidad, haría antes á cualquiera otro que á un tío á quien respetaba y en cuyos modales y conversación le era difícil discernir lo que hubiera de zumba y cordelejo, de lo que hubiera de cariñoso interés. Con todo, permaneció en sus trece y siguió negando rotundamente que sintiera preferencia por mujer alguna.

Hablemos con seriedad, le dijo al cabo D. Leonardo. Tal vez valdría más que vinieras un poco enamorado. Eso podría servirte de defensa contra las mujeres que vas á conocer ahora, á muchas de las cuales tratarás probablemente. Las calentanitas son peligrosas. Tienen un talle y un garbete que.... vamos! Y unos ojos y unas dentaduras.... Y luego con esta libertad de costumbres que reina por acá, con la facilidad para familiarizarse con las muchachas.... en fin, ya tú verás que si no te mantienes muy derecho en los

estribos. . . . Muchos jóvenes de tus circunstancias que han venido á estas tierras se han visto, cuando menos lo han pensado, metidos en unos berenjenales que. . . .

—Yo espero, tío, no verme metido en ninguno. De algo ha de servirme el propósito que llevo de conducirme con mucho juicio. Ya verá usted no hay cosa que sentir por el lado que usted me insinuía.

—¡Dios te oiga y el diablo sea sordo!



CAPITULO III

HICIERON noche los viajeros en una posada en donde el más joven de ellos pudo adelantar bastante en el conocimiento de las peculiaridades de la tierra caliente. Era la posada una casa de paja, ó, para hablar con propiedad, de palmicha, que daba indicios de haber sido construída á remiendos. En el frente de ella se veía un corredor empedrado, con su barandilla, en la que eran muchos más los balaustrés que faltaban que los que existían. El barandal estaba mugriento y resobado; y las columnas eran tales cual las había producido el monte más cercano. Por delante del corredor, una viga sostenida sobre estacones, impedía el acceso de las bestias á la casa. A un lado de ésta se extendía la ramada ó caballeriza en que se desmontaban los huéspedes, la cual estaba pro-

vista de una larga canoa en que se *servía* el pasto.

Todo el tiempo que Pablo permaneció en aquella hospedería estuvo oyendo el golpe sonoro y acompasado del machete con que sobre el borde de la misma canoa se estaba siempre picando la caña ó el pasto *guinea*.

Por todas las partes de aquel edificio (si tal era) se difundía un olor indefinible y complejo, formado del del guarapo y el aguardiente que se expendían en la tienda, del del humo de la cocina, del de los sudaderos y las enjalmas y del de los rastros que hacia la entrada de la casa se percibían de haberse estacionado por allí muchas bestias. Esta última circunstancia hacía abundar exorbitantemente los *moscos*.

Arrancaba de los dos extremos de la casa, y se extendía por la vera del camino, una cerca que cerraba la *manga* en que se recibían á pastaje las bestias de los huéspedes. Esta cerca, de aquellas que en algunas comarcas llevan el nombre de *cerca morena*, se componía de troncos tuertos y desiguales, colocados horizontalmente, unos encima de otros, y encajados entre pares de estacones hincados en el suelo, á trechos de á cuatro ó seis pasos.

No bien se hubieron apeado Pablo y su tío, penetró éste en la tienda y llamó á la patrona, á quien él llamaba la Tusa.

—Tusa, aquí están dos buenos mozos á quienes tienes que cuidar mucho.

—Sí, señor D. Leonardo, contestó la Tusa, alargándole á su interlocutor la mano estirada, después de haberla pasado por el delantal como para secársela, sí, señor, con mucho gusto. ¿Y qué tal quedó mi señora Liboria?

—Fea y vieja como siempre.

—¡Qué patrón este, que siempre ha de estar chinchoseando con sus chuscadas. Si lo que le digo es que si quedó bien alentada.

—Míra, Tusa, que estamos perdiendo el tiempo. Ahí está llegando mucha gente, y hay que ver pronto cómo nos acomodas y qué nos das. Venimos con la barriga pegada al espinazo.

—No tenga cuidao, señor; dentren para adentro, y ahí veremos cómo se les cuida.

Al mismo tiempo que tío y sobrino llegaban á aquel parador, llegaban á pedir posada unos arrieros que subían hacia la Sabana llevando cargas de cacao; y otros que bajaban llevando sal para un mercado de tierra caliente. Iban los pri-

meros encabezados por el dueño de la recua, y los segundos por el caporal, caporal y dueño que aspiraban á ocupar los sitios en que mejor se podía pasar la noche. Se necesitó del ascendiente que el rico hacendado ejercía sobre la posadera y sobre sus subalternos, para que á él y á Pablo se les dejara tomar posesión de la sala y de una pieza contigua.

En ésta guindó su hamaca D. Leonardo, é hizo que Pablo guindara la suya en la sala, para lo cual hubo de trasladarse á un rincón la mesa en que habían de comer.

Los arrieros acarreadores de sal y de cacao acomodaron sus cargas y sus enjalmas en el corredor y en la *ramada*, de manera que formaran nichos en que ellos mismos pudieran pasar la noche.

En tanto que se preparaba la comida, D. Leonardo, de pechos sobre el barandal, trabó conversación con el salinero y con el otro, preguntándoles acerca de los precios á que corrían, en los diferentes mercados, los artículos con que traficaban; haciendo comentarios y disquisiciones sobre las alzas y las bajas de aquellos precios, y murmurando de las autoridades grandes y pequeñas que, de una manera ó de otra, habían te-

nido la culpa del alza del precio de los renglones que ellos tenían que comprar, y de la baja del de los que vendían.

El *menu* de la comida, *menu* que, por de contado, no estuvo sino en la mente de quien la hizo y de los que la consumieron, tenía bien pocos números: caldo; *viudo* ó *cocado*, compuesto de carne salada, plátano verde, yuca y batata, grosero y pálido remedo del puchero de la Sabana; pan de maíz y guarapo.

Una hora después de la comida, tío y sobrino tomaron sus hamacas. El primero hacía mecer la suya, y el segundo, mientras bregaba por acomodarse, oía el crujidito acompasado que hacía uno de los lazos al ludir con la viga en que estaba asegurado.

Algo más tarde, gritó D. Leonardo:

—Mi dotor D. Pablos, usted como que no ha podido dormir. ¿Qué ruido ha sido ese?

—Que me he caído de la hamaca.

—Ya, la tomaría á lo largo.

—He tratado de tomarla de todas maneras, y he sudado buscando postura. Cuando me hube dormitado un poco, vine al suelo.

—Ya irá usted aprendiendo á dormir en hamaca.

—Creo, tío, que nunca llegaré á aprender á colocar la cabeza.

Pablo dobló la hamaca, y, empleándola á guisa de almohada, se acostó sobre una cama de cuero (vulgo, *cuja*) que había en su pieza.

Al cabo de otras dos horas, nueva interpe-lación de D. Leonardo:

—¡Caballero D. Pablitos! ¿Qué otra tripa se le ha torcido? ¿Porqué ha encendido la vela?

—Es que estoy abrasándome y lleno de ronchas.... y de algo de que me hace cosquillas por todo el cuerpo.

—¡Ah! Es que mis paisanos son muy atentos: apenas llega un forastero, se presentan á darle la bienvenida.

—¿Y qué paisanos son esos?

—Chinches, chiribicos, pitos....

—¡Ah! pero aquí no hay animal ninguno: he registrado minuciosamente la ropa y la cama y no he visto uno solo.

—¡Qué habías de ver! Esos animalitos son muy vergonzosos. Hombre, no te queda más arbitrio que volver á la hamaca.

¡Cuidado si el tío tenía quebradizo el sueño! Cuando Pablo volvió á encender la vela, no obstante que lo hizo con mucha precaución,

—¡Caracoles! exclamó. Este bogotanita tan delicadito y tan melindrosito no va á dejarme pegar los ojos.

—Tío, perdone usted. Es que en la paja hace un ruido de mil demonios, y del techo están cayéndome encima no sé qué cosas.

—Sí. Y usted estará pensando, como las madamitas bogotanas que vienen por acá, que en el techo silban culebras y que caen alacranes que al dar en el suelo suenan como camándulas; y que, en presentándose una culebra ó un alacrán, precisamente ha de presentarse el compañero.

—No, señor, nada de eso pienso; pero ello es que los ruidos no me dejan dormir.

—Los ratones, hombre, los ratones; y á fe que éstos sí abundan entre la palmicha de estos techos. Se las han estado apostando contigo para no dejarme dormir.

La tienda estaba comunicada con la sala, y hasta la media noche estuvieron tocando á su puerta y llamando para que *fuieran á despachar*, algunos viajeros retardados; y otros, demasiado madrugadores, hicieron otro tanto de la media noche para adelante.

Item más, algunas gentes, que se habían alojado en lo interior de la casa, salían á menudo

hacia el camino, pasando por la sala; dejaban abiertas las puertas, tropezaban con la hamaca, y de lo que menos se curaban era de guardarles el sueño á los huéspedes.

Los arrieros que se habían acomodado en el corredor, conversaron más que durmieron, y se pusieron en pie y á meter bulla mucho antes del amanecer, para dar providencia de recoger sus mulas, aparejarlas y cargarlas.

Nuestros viajeros emprendieron su jornada, que había de ser larga y laboriosa.

En una mula que con las desmayadas orejas iba llevando el compás de sus movimientos; con las piernas pendientes y sin apoyar los pies en los estribos; desmadejado y en actitud harto menos gallarda que la que á los comienzos del viaje había procurado conservar, iba Pablo dejando atrás los últimos contrafuertes de la cordillera, cuando su vista asombrada se extendió libremente por el magnífico y dilatado valle del Magdalena. Había llovido algunas horas antes, y de la inmensa llanura se levantaban á trechos, y señalando el curso de los ríos, copos de vapores, blancos y fulgurantes por donde recibían los rayos del sol, y opacos y negruzcos por el lado contrario.

Cerraban la planicie por el Oeste y por el Mediodía montañas de azul claro, en cotejo con las cuales las que limitan la Sabana no son sino humildes cadenas de colinas; las capas altas de la atmósfera lucían maravillosa diafanidad; y la luz parecía penetrar en las profundidades del cielo, acercando y haciendo perceptibles los objetos más lejanos.

Pablo, absorto en la contemplación de cuadro tan grandioso, nuevo para él, era insensible á la fatiga y al agobio que en un viajero novel debía producir aquel sol de fuego que parece hecho para animar constituciones más recias y vigorosas que las de los habitantes de la Sabana.

Y sólo esta contemplación lo distraía de sus melancólicas imaginaciones, pues su compañero, bien que se preciara de ser sobrado fuerte para resistir á todas las inclemencias y rigores del clima, iba cabizbajo y dejativo, sin ánimo para tornar á su festivo chachareo.

Dos famosas haciendas poseía D. Leonardo. La destinada á la ceba de ganado llamada *Las Palmas*, radica en la margen izquierda del Magdalena.

Al tercero ó cuarto día después de su salida, llegaron tío y sobrino á la orilla del gran río. La

noche había cerrado ya, hosca y tempestuosa. Pablo empezaba á conocer lo que es el trueno en aquella región abierta en que el aire, ora por su densidad, ora por estar caldeado, ora por hallarse cargado de vapores, vibra, rasgado por el rayo, con retumbos dilatados y amenazadores que ponen miedo en los pechos de los más fuertes, y más aún en los de aquéllos que sólo han presenciado las tempestades, comparativamente ligeras y benignas, de la Sabana.

D. Leonardo, arrimándose al casucho de los barqueros, ordenó á éstos que, con tres luégos, se dispusieran á pasarlo con Pablo y con las monturas. Ellos se mostraron recelosos y ronceros de pasar el río en noche tan lóbrega; y la prudencia aconsejaba, en efecto, no hacerlo hasta que amaneciese, aunque los viajeros tuvieran que pasar una pésima noche en la ruin posada que los *paseros* les ofrecían; pero D. Leonardo reputaba indispensable para el buen manejo de la hacienda y de los negocios el tomarse para él, no el menor trabajo que demandara, sino el más duro y pesado; y reprendiéndoles á los bogas su desidia y su cobardía, los obligó á complacerlo.

Temeridad sería asegurar que Pablo hubiese emprendido con ánimo plenamente sereno aque-

lla navegación nocturna y medrosa; pero afirmamos que, si sintió miedo, supo no dejarlo traslucir.

En tanto que la barqueta iba surcando el río, la vista de Pablo, en el corto radio á que alcanzaba, descubría una superficie escamosa; de cada una de las menudas ondas, no se veía sino el lado por donde reflejaba la claridad difusa y fuliginosa que descendía de un cielo sin luna y sin estrellas, ó el resplandor del rayo, que la teñía de un rojo cobrizo.

Desembarcaron con felicidad, y muy poco después se desmontaron en la casa de *Las Palmas*.

Aquejaba á Pablo el molimiento que, en el camino, no le habían dejado sentir los diferentes objetos en que su ánimo había permanecido absorto.

Pero, sacando fuerzas de flaqueza, se guardó de darlo á conocer. Su tío, aparentando también fortaleza y desembarazo en los movimientos, hizo por disimular el cansancio; pero á poco, y sin aguardar que se sirviese una comida que, más que comida, había de ser cena, tomó la hamaca y se quedó dormido.



CAPITULO IV

ERA ASUNTO favorito de conversación y de encarecimientos en todas las casas de la familia de los Ibarzábales, la actividad de D. Leonardo y lo improbable y fatigoso de las tareas á que vivía dedicado.

No bien hubo empezado á acompañarlo en ellas, advirtió Pablo que su tío se movía efectivamente y se agitaba con exceso; pero al mismo tiempo echó de ver que aquel su afanar se parecía bastante al de la ardilla de la fábula.

El día siguiente al de la llegada, D. Leonardo madrugó bastante, aunque se dio una ó dos horas de reposo sobre las que solía tomarse. Entretúvose en dar vueltas por la casa y sus alrededores, y á eso de las seis tocó á la puerta del cuarto de su sobrino, diciendo al mismo tiempo:

—¡Arriba, señorito D. Pablos! Sepa usted

que uno que madrugó, una bolsa de plata se encontró.

—Más madrugó el que la perdió, le contestó Pablo desde la puerta de la casa, á donde en ese punto llegaba viniendo del baño, con el pañuelo que había usado á manera de tonelete, extendido sobre el sombrero, y con la sábana sobre los hombros á guisa de capa.

—¡Hola! repuso el tío; conque te saliste sin que yo te sintiera! Así me gusta.

—Buenos días, tío. ¿Durmió usted bien?

—Buenos y santos. Dormí bien. ¿Y tú?

—Grandemente, tío.

—Hoy tenemos mucho que hacer. Desayúnate mientras nos ensillan los caballos.

Después del desayuno, montaron.

El caballo que le tocó á Pablo era un bayo ahumado, flacucho, de piel lustrosa, de hocico pelado, orejas derramadas y ojos tristes. Tanto éste como el rucio mosqueado de D. Leonardo, de estampa casi igual á la del bayo, tenían por costumbre mirar al cielo siempre que sentían la acción de la rienda, y carecían de casi todas las prendas que hacen cómoda una cabalgadura.

Emprendieron marcha por una senda abierta en potreros de pasto de Pará, gramínea cuyos

tallos hacen ángulo en cada nudo, se extienden extraordinariamente, y entretejiéndose y sosteniéndose unos á otros, se levantan del suelo y lo cubren, como el vellón cubre la piel de la oveja. Por aquella espesura, que no puede penetrarse sino por donde el trabajo de los hombres ó el trajinar del ganado haya abierto sendero, caminaron tío y sobrino, sin ver durante largos ratos más que cielo y pasto.

Al llegar á un sitio algo despejado y en que el terreno empezaba á declinar, vio Pablo por entre unos ramajes muy ralos y á corta distancia, destellar la luz matutina con deslumbrante y trémulo resplandor, sobre una blanca superficie. Al percatarse nuestro viajero de que aquello era un jirón del Magdalena, alborozado y con el corazón palpitante, corrió á buscar punto de vista favorable para espaciar la suya de ribera á ribera. ¡Qué conmoción la que experimentó delante de aquella masa de agua que, en medio de su silencio y su sosiego, daba la idea de un poder inconmensurable!

La margen inmediata era acantilada. Por el lado opuesto, el río bañaba una playa tendida y arenosa; más allá se extendía una llanura terminada muy á lo lejos por la azul y majestuosa cordille-

ra. Ni la naturaleza ni la mano del hombre habían colocado en ese vasto y grandioso fondo del cuadro objeto alguno que hiciera sombra al que ocupaba su primer término; y, como para que nada distrajese la atención del espectador, ni aves ni embarcaciones interrumpían en esos momentos el sosiego y el augusto silencio del aire y de las aguas.

Pablo, embebecido en la contemplación de este espectáculo, dejó volar su espíritu de la prosaica esfera en que la suerte lo tenía sujeto; y, como solía sucederle siempre que lo dejaba vagar por otra superior, dio con la imagen de Cecilia. Todo lo bello se asociaba en su alma á lo que para él era la belleza suprema.

Sacado de su arrobó por una chanzoneta de D. Leonardo, continuó andando discursivo y taciturno.

Volvieron á intrincarse en los espesos pastales, y á poco se hallaron en peligro de verse derrocados de sus caballos, que se pararon de tenazón, al encontrarse de súbito con un corpulento novillo que, sobresaltado también con la repentina aparición de los jinetes, se levantó de pronto de la cama de hierba en que dormitaba muellemente á la vera de la senda. Con la poblada cola se sacudió el

animal la piel barcina y lustrosa; con unos ojos engastados en un cerco de color de fuego, dirigió una mirada llameante á los que habían venido á sacarlo de su somnolencia; y lentamente, pero rompiendo con empuje poderoso el enmarañado herbazal, se retiró del camino.

La grande incumbencia que llevaba á D. Leonardo al paraje que fue término de la excursión, se reducía á ver en qué estado se hallaban los novillos, á los cuales, según informes de uno de los mayordomos, se les había curado la gusenera veinticuatro horas antes. Los halló ó creyó haberlos hallado, entre varios que estaban echados á la sombra de un caucho coposísimo, en un sitio abierto y como sorrapeado en que se echaba de ver que los regalones habitantes de la dehesa gustaban de sestar.

Despachados de aquello, "ahora, dijo el tío, tenemos que ir al pueblo á practicar allí varias diligencias."

El pueblo á que se dirigían, que es aquél en cuya jurisdicción radica la hacienda, distaba mucho; y aunque, encaminándose á él, pasaron por las inmediaciones de la casa, no se detuvieron en ella.

En la primera de las calles de la población,

topó D. Leonardo con dos individuos que, por su traza, parecían de la aristocracia, ó á lo menos de la burguesía de la parroquia.

—Ya le tengo dicho á usted, prorrumpió D. Leonardo, dirigiéndose al más joven, que usted se desacredita y se pierde juntándose con ese viejo.

—Eso mismo le diría yo, respondió éste, que era tan dicharachero como su interlocutor, eso mismo le diría yo á ese caballero que viene contigo, si tuviera el honor de conocerlo.

—Es mi hermano mayor, y se llama D. Catalino.

—Ya te quisieras tú, para los días de fiesta, tener un hermano tan buen mozo.

Y encarándose con Pablo,

—Tenga usted la bondad, le dijo, de dispensar mis llanezas. Ya usted ve que con este zorro viejo no hay modo de hablar con seriedad.

—Nada hay que dispensar; y tengo mucho gusto en ponerme á disposición de usted.

La situación era embarazosa, y D. Leonardo quiso por fin poner punto á sus genialidades.

—Realmente, dijo, éste no es sino mi sobrino Pablo, que ha venido á hacerse calentano. Mis hermanos son mucho más bizarros.

—Ya; como su señor hermano.

Tras otro poco de palique, continuaron andando. A la entrada de la plaza alcanzó á ver D. Leonardo á otro de sus amigotes, y le gritó:

—¡Cuidado, que andan matando perros!

Otra parada y otro cacho de conversación.

Llegaron á una tienda á comprar un canda-do para la puerta de un potrero, y un poco de cebadilla, por si se acababa la que había en la hacienda para curar gusaneras. Pasaron luego á la oficina telegráfica á ver si había carta ó telegrama que recibir. D. Leonardo inquirió si ya habrían regresado el Alcalde y otro sujeto á quienes había visto en Bogotá, y héteme ya ultimadas todas las dependencias.

Pero no fue sino después de nuevas detenciones y conversaciones sobre si llovía ó si no llovía, sobre el precio del ganado gordo y el del flaco, y el de la carne; sobre el derecho de degüello y sobre todas las arruinadoras providencias de las autoridades, cuando D. Leonardo declaró que urgía volver á la casa á almorzar para quedar expeditos y poder atender á otros asuntos.

Pero el regreso no se efectuó por el camino más corto, sino por otro que atravesaba un paraje en que había que ver si ciertos peones ha-

bían afirmado unos rascaderos que estaban tambaleándose.

En fin, á la una del día, llegaron á la casa. La cocinera, al verlos llegar, comenzó á trajinar con afán, y media hora después dio aviso de que el almuerzo estaba servido.

En tierra caliente parece no aderezarse ni servirse cada comida y cada almuerzo en virtud de un hábito invariable y arraigado, de un método seriamente establecido, sino como si cada uno de esos importantísimos actos fuera función extraordinaria y como si no se hubiera previsto que habría que ocuparse en él. Las amas de gobierno y las cocineras de tierra caliente son las vírgenes necias, ó á lo menos las necias, del Evangelio.

Pablo, por el hilo de lo que vio y experimentó en el viaje y á su llegada á la hacienda, sacó el ovillo de las fatigas y austeridades á que tendría que sujetarse mientras viviera trabajando al lado de su tío. No era esto lo más á propósito para mitigarle á un enamorado las acerbidades de la ausencia y la incertidumbre; pero el amante de Cecilia, dotado de una entereza varonil de que no dan demasiados ejemplos los jóvenes criados en el regalo de la capital, de la contem-

plación de tan melancólica perspectiva, sacó con denodado aliento la resolución de no desaprovechar sus sacrificios, teniendo presente cuál podía ser el premio á que podía aspirar.

En lo sucesivo, los dulces recuerdos de aquellos años apacibilísimos que había pasado al lado de Cecilia, la imagen encantadora en que se recreaba su fantasía, y la inefable ventura que columbraba más allá de una vida de privaciones y de trabajo abrumador, le infundieron briosos ánimos y constancia inquebrantable.

La casa de Las Palmas era grande y antigua, y estaba cubierta de palma, que es la materia que en esa región suple la teja. Pablo se puso á recorrerla y vio que era un laberinto de piezas grandes y pequeñas y de encrucijadas de pasadizos y corredores en que se perdió más de una vez. No habían procurado los que la levantaron hacerla fresca, sino disponiendo que cada una de las puertas y ventanas quedase encarada con otra. En los patios y en otras anexidades, crecían incultos y en mísero abandono árboles y arbustos que habían sido plantados para embellecer el sitio, pero que, ahogados por la broza, no servían sino para entristecerlo y para proporcionar guaridas á las sabandijas de todo linaje.

Abrigados por esta maleza, se preservaban de la evaporación varios pozancos formados por la lluvia, viveros de gusarapos y de sapos y ranas que, con su aspérrimo croar, saturaban por las noches de tristeza aquella, de suyo, tan desapacible habitación.

Los muebles eran escasísimos, y ellos y todas las puertas, ventanas y barandales, carecían de barniz y habían tomado el aspecto que los años y el continuo resobamiento suelen dar á la madera desnuda.

Esta casa, en vez del poético atractivo que nunca falta á las moradas rústicas de otras regiones, tenía, como las más de las casas de campo de ésta, algo de adusto y esquivo.

Lo único en que allí descansaba apaciblemente la vista, era una tupida enramada de jazmines que, en medio del patio principal, servía de albergue á la tinaja de fino barro en que se refrescaba el agua, á la que Pablo acudió con frecuencia en los primeros días, atosigado como se hallaba por una sed devoradora.

D. Leonardo, ostentando, ya socarronamente, ya de otras maneras, la infalibilidad que, en concepto suyo, debía á una larga experiencia, empezó á hacer tomar parte á su sobrino en el

manejo de sus negocios. Lo primero en que lo probó fue en escribir los asientos que le dictaba en lo que él llamaba su libro de cuentas. Este tenía ya emborronados muchísimos de sus folios. Allí se hallaban engarbulladas las noticias de lo que rezaban las tarjas de los mayordomos con cuantas operaciones se verificaban y cuantos datos son imaginables: sumas que se recibían; sumas que se entregaban; cantidades que se debían ó que eran debidas; ventas y compras á plazo y al contado; obligaciones suscritas por deudores; adquisiciones y muertes de animales. Allí se asentaban en una misma columna los ingresos y las salidas. Tras una partida de ocho mil pesos en que se habían vendido ochenta novillos, venía una de dos reales y medio que se adeudaban á un jornalero. Una obligación por doscientos pesos figuraba por doscientos pesos en dinero, y así seguía figurando aunque el deudor falleciera insolvente. Si á buena cuenta de otra de mil se recibían trescientos, quedaban campando los mil y los trescientos como crédito vivo y efectivo. Para liquidar una cuenta con Pedro, era forzoso buscar en todo el libro todos los renglones en que apareciera el nombre de Pedro, que era como buscar en un monte ciertas y determinadas hojas de las que hubieran caído en el curso de algunos años.

Por suerte, D. Leonardo estaba dotado de una memoria infinitamente más feliz que su modo de llevar cuentas. Seguro estaba que á él se le olvidara qué había dado, qué había recibido, y sobre todo, qué se le debía.

Pablo, aunque espeluznado al ver tantos delitos de lesa contabilidad y de lesa sentido común, no se atrevió á los principios á hacer otra cosa que escribir y callar. Días andando, se aventuró á hacerle á su tío algunas observaciones.

En cierta ocasión en que, por haberse embrollado desacostumbradamente una cuenta que era urgentísimo aclarar, se patentizó la perversidad del sistema adoptado por D. Leonardo, le dijo su sobrino :

—Si á usted no le pareciera mal, tal vez se podrían llevar estas cuentas de modo que en el momento que se ofreciera saber el estado de alguna

—¡Hola ! interrumpió el tío; ya me quieres venir con las modas y con esas sus partidas dobles. Esos son enredos que han inventado ahora para confundir á la gente.

—No, tío: no es eso precisamente, ni yo sería capaz de

—Nada. Dejémonos de embolismos. Que

caja á caja, y que caja á varios, y que varios á caja, y que varios á varios ¿Quién diantre va á saber quiénes son esos *varios* ?

—Si usted consintiera en que hiciéramos un ensayo. . . .

—Nada, nada. Y luégo aquello de las obligaciones por pagar y las obligaciones por cobrar, como si todas las obligaciones no fueran para cobrarlas y para pagarlas. Y el saldo, y el balance, y el demonio que te lleve si me vuelves con esos embelecos.

Pablo aguantó esta andanada ; pero sin dejar de hacer en el fementido libro los asientos que se le dictaban, tomó otro que halló en blanco, y empezó á abrir unas cuentas corrientes, tales como las que le había visto llevar á su tío D. Jacobo.

D. Leonardo oliscó la cosa y rezongó bastante ; pero, sin que él mismo lo advirtiese, se fue acostumbrando á estar á lo que decidiera *el libro del doctor Sábelotodo*, que así llamaba al de Pablo; y día llegó en que el maremágnum y pandemónium aquel quedó arrumbado y entregado á la voracidad de las cucarachas.

Ha trascurrido un año ; un año que Pablo ha pasado sin ver á Cecilia y sin recibir de ella otras nuevas que las que recibe de los demás parientes. A muertos y á idos no hay amigos.

D^a Mariana ha escrito á su hijo por todos los correos y por cuantos conductos se le han presentado; pero en sus cartas no se ha hecho mención de Cecilia, ni ellas se han compuesto más que de consejos é instrucciones nimiamente prolijos, encaminados no sólo á apartarlo de los malos caminos, sino también, y muy especialmente, á señalarle la conducta que ha de observar para con su tío y en el desempeño de las tareas á que está dedicado, respecto de las cuales le ha dado reglas precisas y menudas, como si las conociera por sus cabales, pero de las que se ha formado la idea más extravagante.

Era Pablo hijo único y paño de lágrimas de la afligida viuda; desde la infancia lo habían adornado las prendas más amables, y había sabido corresponder al ardiente cariño de su madre. No era, por tanto, de extrañar que ésta lo amara con pasión ciega y violenta.

En cierta época, lo había colocado en un colegio como alumno interno, recomendándolo con encarecimiento á los superiores, á los catedráticos y hasta al portero. Al colocarlo, había sentido como si le arrancaran el corazón, y no había consentido en apartarlo de sí sino por haber reputado indispensable este sacrificio para evitar

que su hijo se echara á perder con el callejeo y las malas compañías.

Empero, mientras Pablo estuvo recluso, su madre hizo lo imposible para estar viéndolo á menudo; y, si en tres ó cuatro días eso no le era dable, pasaba y repasaba por la puerta del colegio, como pasa un enamorado por el pie de las paredes que le roban la vista del objeto de sus ansias.

De aquel establecimiento lo retiró al ver que, en una distribución de premios, no se le adjudicaron todos los de más valía. Determinó que siguiera estudiando como externo, proponiéndose acompañarlo ella misma por la calle, siempre que fuera á su colegio ó que volviera de él; y á sus hermanos les costó triunfo apartarla de éste último, tan descabellado propósito.

D^a Mariana cifraba su orgullo en que su hijo no tuviera defecto ni incurriese en yerro alguno. No envaneciéndose de ninguna prenda de su propia persona, aspiraba á poder mostrar á su hijo con la satisfacción con que aquella Cornelia, madre de los Gracos, mostraba á los suyos.

Y, á fin de ver cumplido su anhelo, pretendía intervenir en las acciones y dirigir los pensamientos y los sentimientos de Pablo, lo mismo

ahora que éste se hallaba lejos de ella y en capacidad de pensar con su propia cabeza, que cuando lo mecía sobre sus rodillas y que cuando lo enseñaba á persignarse.

Habiendo penetrado que el porvenir de Pablo dependía de que no perdiese la posición que ocupaba al lado de D. Leonardo, refrenaba los impulsos que la movían á solicitar que se le permitiera venir á visitarla, imaginando que eso podía perjudicarle en el ánimo del tío y que su ausencia de la hacienda originaría trastornos en los trabajos á que debía atender.

D. Leonardo adivinaba que su sobrino haría con mucho gusto una excursión á Bogotá, aunque ignorase qué era lo que podía hacérsela más apetecible; muchas veces había estado á punto de disponer que la hiciese, ya solo, ya acompañándolo á él en alguna de las que hizo; pero nunca había faltado motivo para retardarla.

Quien hubiera visitado la hacienda en los días en que Pablo vino á ella, y hubiera tornado á verla doce meses después, habría advertido con agrado y admiración los cambios que en ella se habían efectuado.

D. Leonardo monta todos los días, pero sólo á las horas en que el sol va asomando por el

Oriente ó en aquéllas en que se avecina al Ocaso; y durante la calurosa siesta, se le ve repantigado en una mecedora, en un corredor que mira al Norte, refrescado por enredaderas, y desde el cual se goza de la perspectiva de un campo salpicado de palmeras orgullosas, y al que por un lado sirven de linde unos montecillos de perfil elegantísimo.

Allí fuma, lee y conversa D. Leonardo, ó goza pasivamente y en beatífica somnolencia de las sabrosuras de una buena digestión.

Todavía se entera de cuanto pasa y de cuanto se hace, y regaña, y llama gente; y hace preguntas y da órdenes; pero las cosas han marchado tan bien en las semanas que ha pasado en Bogotá y en ocasiones en que, por jugar tresillo, se ha propasado á quedarse á dormir en el pueblo, como cuando ha estado presente.

¡ Dios nos librara de darle á entender que su sobrino es realmente quien maneja los intereses! Él mismo es á su propio juicio el alma de todo, y nunca ha hablado sino en primera persona tratando de lo que se hace y de las reformas que se han introducido; mas la verdad es que él *reina pero no gobierna*.

Cada cual se pone sus mandatos sobre la ca-

beza, como si fueran reales cédulas ; mas el mandato se obedece pero no se cumple, si no conviene cumplirlo.

Pablo, sin procurar de manera alguna imponérsele á su tío, llevándole el humor y mostrándosele sumiso y complaciente, por un generoso instinto y poniendo en ejercicio sus facultades, ha conseguido lo que seguramente no habría alcanzado el peor intencionado y más sutil camastrón echando mano de ingeniosas arterías. Se le ha hecho necesario á su tío ; lo ha aliviado del trabajo con que quizás estaba acortándose la vida, y ha hecho prosperar sus intereses.

La casa salta de limpia y de risueña, no obstante que las reparaciones no han consistido sino en blanquearla y pintarla, y en suprimirle paredes, tabiques, pretilles, y cobertizos caducos que la afeaban y no servían sino de estorbo. De la especie de agreste espesura que la cercaba, la invadía y limitaba la vista en redondo, no quedan sino árboles y arbustos que, podados y desembarazados de marañas y broza, lucen su gentileza y convidan con su sombra.

Las reformas introducidas en la hacienda y en el modo de gobernarla no han sido más que las que la experiencia aconsejó al principio y pro-

bó ser convenientes cuando se hubieron consumado.

De cinco ó seis mayordomos que consumían caballos haraganeando y ateniéndose cada cual á que sus colegas harían lo que él dejaba de hacer, sólo han quedado dos, y sus funciones están bien deslindadas. Estos, así como los vaqueros, los jornaleros y los vecinos que acuden á la hacienda á ventilar asuntos, prefieren entenderse con el *Patrón Pablitos*, á habérselas con D. Leonardo ; y, en tales casos, éste declina su fuero con la majestad con que un soberano comete á sus ministros el despacho de los negocios.

Y lo bueno es que el tío Leonardo no desaprovecha las ocasiones de dar cantaleta á su subrino con lo que llama su inexperiencia y, entre chanza y veras, le echa la culpa de lo adverso que sucede. Pablo, de ánimo demasiado largo para ofenderse con estas flaquezas, se ríe de ellas allá en sus adentros ; recibe deferentemente las lecciones que, con aire de suficiencia, le da su tío, y no le enturbia la satisfacción de atribuírse todos los aciertos.



CAPÍTULO V



SI EL lector hubiera sido uno de los amigos de la casa de D. Jacobo Ibarzábal que la frecuentaban por la noche, habría visto que, poco después de haberse ausentado Pablo, había empezado á acudir allí también un joven de corta estatura, muy rubio y de escaso cabello, de bigotitos muy finos con las guías enceradas, en cuyo atalaje, siempre correcto, pulcro y esmeradísimo, hacían papel todos los dijes que permite el buen gusto. Entre ellos figuraban la caja de los dientes y los anteojos que denunciaban su mucha miopía, los cuales eran de los que, careciendo de gafas ó manecillas que se enganchasen en las orejas, llevaban pendiente una cadenilla que resaltaba antipáticamente sobre la tez blanca y sonrosada de su dueño y venía á ser como una de sus facciones características.

Rugíase que era pretendiente de Cecilia, y se rugía con buen fundamento, dado que en calidad de tal se le había franqueado la entrada á su casa.

Jorge se había educado en Europa, ó á lo menos había pasado allá seis años, gracias á lo cual sus modales no cuadraban bien con los de sus paisanos y parecían, tal vez sin justo motivo, un poquito afectados.

No hacía juego con los jóvenes bogotanos, los cuales lo reputaban candidote y le ponían mote.

No se había aficionado á Cecilia por propio y espontáneo impulso. Su madre D^a Clemencia era quien había puesto los ojos en la hija de D. Jacobo como en el mejor partido que podía presentársele á Jorge, á quien temía ver cuando menos se pensara enamorado de alguna chica de alcurnia ó de caudal no muy calificados. Ella le había insinuado á Jorge lo que le convenía aquel partido, y había ocurrido á ciertas maniobras á fin de que conociera á Cecilia y comenzara á tratarla.

No era Jorge capaz de abrigar una pasión volcánica; pero, no siéndole dable por su cortedad de vista distinguir bien las facciones de las mu-

jes que trataba, y habiendo podido contemplar de cerca las de Cecilia, en los coloquios que le fue fácil tener con ella mano á mano, no pudo dejar de sentirse hechizado por sus atractivos ni de creerse perdidamente enamorado.

Si en Jorge no cabía un amor de novela, tampoco era él hombre de levantar tempestades en un pecho femenino; pero el corazón de Cecilia estaba nuevecito, y ella en la edad en que el amor tiene, sobre todos sus otros incentivos, el de ser cosa desconocida y nueva, y el más poderoso, de ser cosa prohibida.

Como cosa prohibida se le representaba á Cecilia el amor, allá entre las nebulosidades que le velaban los misterios de la vida; pero ignoraba que lo que iba sintiendo á medida que iba arregostándose al trato de su novio, era la mismísima cosa prohibida. Al amor, fantasma sin color y sin forma determinada que confusamente entreveía, estaba dispuesta á ahuyentarlo y á maldecirlo no bien se le pusiera delante; mas la dulce impresión que producían en sus oídos y en su alma las palabras halagüeñas de su pretendiente, la complacencia con que lo veía llegar y sentarse á su lado y la impaciencia con que lo aguardaba, eran unas cosas sencillísimas y natu-

ralísimas que ni por sombra tenían que ver con el endemoniado fantasma.

A los principios, tampoco eran precisas ni claras las ideas de Cecilia acerca de la relación que hubiera entre lo que ella sentía por Jorge y otro fantasma menos feo y repulsivo que el otro, que solía andarle por la imaginación y al que sí sabía designar con su verdadero nombre: el matrimonio.

Así fue que, cuando Jorge, aguijado por su madre y algo también por los encantos de Cecilia, le habló á ésta de casamiento, ella se sorprendió y se conturbó muchísimo; no supo qué contestarle á su cortejante y defirió á lo que decidiera su madre.

Aquí debemos advertir que esta deferencia no fue artificio del pudor ni melindre de muchacha remilgada. Según lo sentía Cecilia, no cabía en lo imaginable que, en asuntos de grande ó de pequeña monta, pudiera ella tomar por sí resolución alguna. No era ciertamente apocada ó pusilánime; pero, igual que Pablo, sabía emplear la energía de que estaba dotada, no en hacer prevalecer su propio gusto, sino en someterlo al de aquellos á quienes, por hábito nunca interrumpido y por amor al cumplimiento de la obli-

gación, no consideraba posible dejar de obedecer.

Ya deberíamos haber declarado que á D^a Lucía y á D. Jacobo les habían entrado por el ojo derecho las pretensiones de Jorge, por ser éste de familia distinguida y adinerada.

Cecilia, aprovechando coyuntura favorable para entrar en consulta con su madre,

—Tengo, le dijo, que contarle á usted una cosa.

—¿Qué cosa?

—Pero si es que me da tanta vergüenza.

—Cómo! ¿no tienes confianza con tu madre?

—Pues, sí, señora; muchísima, pero

—Anímate á hablar, que me tienes sobresaltada.

—No, mamá, no es cosa de que usted se asuste. Es una cosa que me ha dicho Jorge.

—¿Y qué es lo que Jorge te ha dicho?

—¡Ay, mamá! ¿para qué se me antojaría decirle á usted esto?

—¡Y qué! ¿Alguna vez has tenido motivo para arrepentirte de haber tenido confianza con tu madre?

—Pues bueno: me dijo que si me casaba con él.

—¡Conque eso fue lo que te dijo! ¡Atrevídate!

—Pero no, mamá; si usted quiere, le decimos que no vuelva á hablar de esas cosas.

—No, mi hijita: no es eso. Díme con toda franqueza: ¿te sientes inclinada á contestarle que sí?

—Si yo misma no sé.

—Y entonces ¿á quién se lo preguntamos?

—Si no sé.....

—¿Quieres decirle que te dé tiempo para pensarlo?

—Si á usted le parece.....

—¿Pero no lo has pensado en el tiempo que hace que Jorge está viniendo á casa?

—¿Y qué dirá papá?

—Tu papá dirá que no se determine sino lo que tú quieras.

—

En una mañanita de las que en la región del Magdalena, pero sólo allí, pueden llamarse frescas, después de haber atravesado un oquedal estupendo de rozagantes palmeras en que los había ensordecido el vocerío destemplado y alegre de centenares de monos, de guacharacas y de pericos, Pablo y un paje iban llegando al *paso*

del Magdalena. El grupo que formaban era singular por la notable semejanza que podía advertirse entre los dos. Felipe era ciertamente más moreno que su patrón y de estatura menos elevada; aunque vigoroso, ágil y enjuto de cintura, parecía un poco flojo de coyunturas y de carnes y no era, como Pablo, lo que se llama un hombre bien trabado. Echábase de ver que por algunos años, y quizás siempre, su agraciada boca había de seguir luciendo sin estorbo, unos dientes blancos y parejos, ventaja de que, según indicios ciertos, un negro y abundante bigote había de privar á la de su patrón.

Desde su niñez, Felipe servía en la hacienda para varios menesteres, sin considerarse como muy arraigado en ella; mas, desde que hubo conocido á Pablo, se le apegó á manera de perro noble y fiel y se consagró á su particular servicio sin curarse de si había ó no de ganar salario.

Al llegar á la orilla del río, Pablo observa que los *paseros* están en la contraria y que ya se aprestan á traerle la embarcación. En tanto que vienen, se sienta en un gran trozo de canoa vieja que sirve de poyo en el frente de la casa de los paseros, casa cuyas paredes están macizadas, lo mismo que el techo, con ramos de palma, asegu-

rados á los listones de guaduas que forman la armadura de la más que rústica vivienda. A un costado, se ve la piedra de moler blanqueada con los residuos de la masa de maíz que en la víspera se había molido; y del otro costado, arranca el platanar, por debajo del cual empiezan á buscar el pan de ese día los cerdos y las gallinas. Por allí se ven asimismo ollas ennegrecidas por el uso, una *coyabra* y un *túmbilo* que forman casi la totalidad de la batería de cocina y y de la vajilla.

De uno de los alares penden un racimo de plátanos verdes y los avíos de pesca, que, á juzgar por un olor á pescado bien poco llamativo de que por allí está impregnado el ambiente, han prestado sus servicios algunas horas antes.

La casera, hija del pasero más viejo, es una muchachona que estaría en la flor de la edad si esa flor no se agostara demasiado temprano en aquel clima. Sus ojos y sus dientes bastarían para hacerla pasar por hermosa, ó á lo menos por picante y agraciada, si el carate y cierta prominencia que le desfiguraba la garganta no echaran á perder lastimosamente el conjunto de sus facciones. En los movimientos de su cuerpo, esbelto y de gallardos perfiles, había tanto garbo

como dejadez. Todo su traje se reducía á unas enaguas de fula azul y una camisa que dejaba descubiertos los hombros y casi todo el pecho, partes que por su rubicundez y sus manchas denotaban haber estado habitualmente á la intemperie.

—¿Y ora paonde se nos quiere ir, patrón Pablito?, dijo á éste después de darle los buenos días.

—Me voy para Bogotá.

—Ni me lo diga. ¿Y ora va á quedársenos por allá?

—No, Jacinta, no me estaré en Bogotá sino algunos días.

—¡Hum! Quien sabe.

—¿Y porqué no habría de volver pronto?

—Como puaquí los cachacos de Bogotá no se amañan. Los primeros días muy contentos con los bailes y las francachelas con las calentanas; pero después

—Ya tú has visto que yo no voy á bailes y que no me he metido con las calentanas; y con todo ya llevo más de un año de vivir aquí. Y verás que vuelvo pronto.

—¿Y porqué no se ha metido con las calentanas? Pero yo sí sé porqué es.

—¿Porqué?

—Porque en Bogotá es onde tiene su querer.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie; pero si no lo tuviera no habría estado tan desdeñoso con las calentanas. Y si no lo tiene ¿porqué se va ora?

¿Querrán ustedes creer que Pablo no pudo oír sin emoción y sin cierta complacencia esta sombra de broma que le daba la calentana, sin maliciar siquiera con quién podía dársela? Ya se ve: como nadie le había hablado nunca de Cecilia, él se gozaba en traducir como alusión á ella las especies que la Jacinta soltaba por pura picotería.

Y nadie se admire de que lo hiciese con tanto desparpajo y familiaridad con el patrón Pablito: en aquellas comarcas, las hijas del pueblo se las han con la gente de más copete como con sus pares, y á ello se han habituado, tanto porque el pueblo no es allá menos arrogante que la gente de calidad, como porque, merced á la general libertad de costumbres, se ven desde temprana edad cameladas por jóvenes y hombres maduros (aunque no de madurez) de jerarquía superior á la de ellas, y aprenden á responder con gentil desgarró á las pullas, los donaires, las flo-

res y los requiebros, casi siempre sobrado acen-
tuados y transparentes que de continuo llueven sobre ellas.

La llegada de los paseros puso fin al diálogo; y poco después, y cuando los primeros rayos del sol titilaban quebrándose en las ondas menudas y movedizas del río, la barqueta se desprendía de la playa, llevando á Pablo y á su paje con sus monturas. Pero aquél, no bien hubo comenzado la navegación, se despojó en un periquete del ligero vestido, levantó las manos, unidas por las palmas, hasta más arriba de la frente, y de un salto se sumergió de cabeza en el río; desapareció bajo su superficie por algunos segundos y salió más adelante sacudiendo el cabello y empezando á bracear bizarramente.

La barqueta, oscilando con blandos vaivenes, iba gobernada por dos bogas, uno de los cuales, á popa, timoneaba la embarcación, y otro remaba pasando á menudo el canaleta de una banda á otra y dando á cada mudanza y por modo de floreo un golpecito en el costado. Manejaba el remo con tal finura, que parecía no hacer otra cosa que mojarle la punta sin agitar el agua.

El paje llevaba del cabestro las mulas, que, dejando á la vista todo el espinazo, nadaban

arremangando las narices para llevarlas sobre el nivel del agua y arrojando el aire con respiración un tanto vibrante y anhelosa.

Pablo ganó la orilla en un punto en que un payandé que inclinaba su copa sobre el río ofrecía con sus raíces salientes é intrincadas, lugar cómodo y aseado para vestirse.

Las mismas fluctuaciones entre las esperanzas risueñas y los perturbadores recelos que habían agitado á Pablo en su viaje de ida, lo trajeron cogitabundo y desasosegado durante el de regreso. Sus intereses amorosos podían haber padecido quebranto en los largos meses de ausencia; mas en el curso de éstos había aprendido á conocerse, y sabía ya que en él había un hombre; un hombre capaz de abrirse camino para llegar al término de sus caras y secretas aspiraciones.

Con honda impresión dejó atrás nuestro viajero las rocas que forman la *Boca del Monte*, rocas que la piedad sencilla de los campesinos que emprenden la bajada ha cubierto de crucecitas toscas, implorando así con muda plegaria la protección de que, no sin motivo, se juzgan necesitados.

Aridos son en cotejo con los de la tierra caliente, los campos de la Sabana, y áridos y tristes

los primeros que mira quien, de la *Boca del Monte*, emprende el camino de la capital. Las colinas cercanas están cubiertas de una vegetación pobre y como desteñida; en el llano creería el observador tener á la vista tierras agotadas y estériles si no divisara en ellas las greyes lucias y perezosas que ya saciadas, parecen estar saboreando sibaríticamente y como por mera golosina delicados alimentos.

Las lagunas y los pantanos están rodeados de juncas; y aquéllas sustentan á trechos mantas de hierbas acuáticas.

Por los espacios despejados nadan suavemente manadas de patos y gallinetas; por entre los juncas, van saltando y dando ligeros vuelos las monjitas; y en las orillas, las garzas y los guacos aguardan pacientemente que el agua, que, después de la inundación, va bajando poco á poco, deje en seco y al alcance de sus picos las presas apetecidas. El triste silencio de aquellos lugares es interrumpido de tarde en tarde por los chillidos de las chinitas, por el áspero cacareo de la gallina, y por la voz del guaco que levanta el vuelo pregonando su nombre.

Bien echa de ver Pablo la falta de la animación y la pomposa fecundidad de la naturaleza

que ha admirado en la región que acaba de dejar; el aire enturbiado por la niebla, corre áspero y destemplado; pero aquellos campos y este aire son los de la infancia de Pablo y éste saborea la fruición que experimenta quienquiera que, tras dilatada ausencia, se ve próximo á su hogar; y además la del amante que cree aspirar el mismo aire que ha sido respirado por la amada ausente.

Atravesando con la imaginación la Sabana, con la misma presura con que la atravesó Pablo, gocémonos en la dulce sorpresa de su madre al encontrarse estrechada por los vigorosos brazos de un mancebo guapísimo, á quien no habría conocido, si una madre pudiera alguna vez no conocer á su hijo; y asistamos á una conversación entre Pablo y Cecilia.

—¡Caramba! ¡Tres días hace que llegué á Bogotá y hasta ahora no había podido encontrar ocasión para que nos viéramos á solas!

Cecilia se cortó y se sonrojó un poco, y de pronto no supo qué decir. Al fin, por no quedarse callada, preguntó:

—¿Y querías que nos viéramos á solas?

—¡Y me lo preguntas! ¿A ti no te gustaría que habláramos como hablábamos antes?

—¿Cómo no?... Y hasta tengo que contarte una cosa.

—Ante todo: ¡Qué bien sabes cumplir tus promesas!

—¿Qué promesa no te he cumplido?

—¡Ni te acuerdas ya! La de procurar que yo recibiera noticias tuyas.

—Si yo sabía que tu mamá te escribía con muchísima frecuencia.

—Sí; pero ella nunca ha hecho más que hablarme en general de la familia. ¿Tú en lugar mío habrías quedado contenta con eso?

—Pues... en realidad, sí me habría gustado mucho saber de ti con más particularidad.

Ya un poco perturbado, Pablo continuó:

—A ver, dime pronto esa cosa que tienes que contarme.

—Es una cosa que ya te habrán contado.

—Nada me han contado.

—Imposible. ¿Nadie te ha hablado de mí después que llegaste?

—Nadie me ha referido cosa particular. Y añadió con cierta ansiedad:

—Sácame pronto de mí... de mi curiosidad.

—Por fin tendré que decírtelo yo. Es que tengo un pretendiente.

Pablo se quedó callado. Su amor propio le prestó energía para disimular su emoción.

—¿Conque no lo sabías?

—No.

—¿Ni me preguntas nada?

—Bien; ¿quién es?

—Es Jorge Anderson.

—No lo conozco.

—Es que vino de Europa después de tu ida.

Pablo preguntó, dominándose siempre con mucho esfuerzo:

—¿Y qué le has dicho?

—Pues, como á papá y á mamá les ha parecido bien

—¿Pero á ti qué te ha parecido?

—Mamá me aconsejó que le diera esperanzas.

Ven esta noche, y conoces á Jorge.

Tras un larguísimo silencio, Pablo contestó:

—No sé si podré venir.

—Sí puedes: si en Bogotá no tienes nada que hacer. ¡Tengo tanta gana de que conozcas á Jorge!

Pablo no fue esa noche á casa de D. Jacobo.

En un nuevo coloquio habido al otro día, Cecilia reconvino á su primo por no haber querido ir á conocer á Jorge, y lo apremió para que no faltara la noche del viernes.

Pero Pablo faltó.

El domingo debía pasar una procesión por la calle de D. Jacobo; y D^a Mariana forzó á Pablo á acompañarla á ver la procesión en casa de su hermano.

Pablo no quería hallarse á solas con Cecilia. Su amor propio le vedaba hacer reconvenciones (que, en todo caso, resultarían infundadas), y mucho más dejar escapar algún desahogo de la pasión que, avivada ahora con lo que la contrariaba, ardía en su pecho con una especie de acre intensidad.

Pero ocurrió que en un momento en que Pablo estaba conversando con Cecilia y con D^a Lucía, ésta se retiró inopinadamente y dejó mano á mano á su hija y su sobrino.

—Conque no has querido venir á conocer á Jorge.

—No he podido.

—Antenoche te estuviste solo en tu casa. Se lo oí á mi tía. Bien hubieras podido venir.

—Nada. Fue imposible.

—¿Sabes lo que estoy viendo?

—¿Qué?

—Que tú has mudado mucho para conmigo.

—¿Qué? ¿Que yo he mudado? ¡Yo!

Sintieronse voces. ¡ La procesión ! ¡ La procesión ! ¿ Dónde estará Cecilia ?

Con esto finalizó el diálogo.

Toda la gente de la casa había afluído al balcón ; el piadoso espectáculo estaba en todo su auge. Pablo se retiró furtivamente al cuarto del piano, llevado del deseo de apoderarse de una fotografía que allí había visto, que representaba á su prima en la edad que tenía uno ó dos años antes.

Entre los miembros de la larga familia de los Ibarzábales de quienes no hemos hecho mención, la merece muy particular Petrica Mayorga, hija de un D. Cipriano y de D^a Genoveva Ibarzábal, difuntos ya en la época á que nos vamos refiriendo. Era ocho ó diez años mayor que Cecilia, chiquita y enjuta. No había tenido más atractivos que los muy insidiosos de que la naturaleza dota á casi todas las muchachas cuando andan en los quince años, á fin, según puede sospecharse, de no hacerles de todo punto imposible á las que ha destinado para feas, el atrapar un novio. Petrica había tenido uno ; pero le había salido veleidoso y la había abandonado no bien empezaron á agostarse las flores de su fugaz primavera. Desde entonces Petrica se había vuelto

extravagante y aun alocada. Era inquieta como una ardilla ; y parecía vivir consagrada á ahogar lo amargo de sus recuerdos y de su desengaño, metiendo las narices (y también los ojos y los oídos) en todo aquello en que pudiera meterlos. Su entremetimiento crónico y su curiosidad la llevaban á todas partes. No perdía sermón. Oía misa en la iglesia en que hubiera Cuarenta horas, velación, fiesta solemne ó entierro sonado ; estaba adscrita á todas las cofradías y asociaciones religiosas. Que nos perdone las malas ausencias que de ella hacemos ; pero, como fieles y veraces narradores, no podemos dejar de hacer constar que todo ese piadoso trajín no era más que un medio de consumir actividad, de ocupar la inquieta imaginación y de dar ejercicio á la lengua. No queremos decir que fuera mala. Lo que juzgamos es que su entremetimiento y su curiosidad era lo que la hacía frecuentar las iglesias y tomar cartas en las empresas piadosas, más que una devoción seria y genuina.

Vivía al lado de su abuela paterna y se había otorgado á sí misma los fueros de señorita que puede salir á la calle sin compañía.

Después de oír misa, recorría los almacenes para fantasear ó hacer compras y para inquirir

qué cosas bonitas les habían llegado á los mercederos. Hacía tertulia en la tienda de una señora á que concurrían otras damas. Allí se abastaba de noticias y despotricaba las de que iba provista. El resto del día se le iba en visitas y en diligencias de bien dudosa importancia.

Como cierto aficionado á empinar el codo á quien conocimos, que sabía que una gota más de alcohol había de acabar con él, se abstenía de usarlo, pero se consolaba y se procuraba una acre satisfacción viendo beber á los camaradas con quienes él había solido hacerlo, Petrica mitigaba el desabrimiento de su tediosa soltería apacentándose con los amoríos y noviazgos ajenos. El garloteo sobre noviazgos, amoríos y casorios sazonados y malogrados, era su comidilla; y sólo á falta de tales asuntos, ó cuando ya se agotaban, seguía conversación sobre otros.

Había aún otra válvula por la cual se escapaban las fogosidades sobrantes de aquella alma: esta válvula era la amistad. Nubes de verano eran las amistades de Petra, y cada una de las que le acometían (porque eran como accesos de enfermedad agudísima) atraía sobre quien fuera objeto de ella chubascos de zalamerías, ternezas,

arrumacos y cariños. Y cuanto más intenso fuera el que experimentara por una amiga, tanto más exigente y quisquillosa se le mostraba.

Anudando ahora la rota hebra de nuestro relato, haremos saber que, acompañando á Cecilia en el balcón, estaba Petrica, y que ésta se quejó de lo que le ofendía el mucho sol que estaba haciendo. Cecilia corrió al cuarto del piano en busca de una sombrilla y sorprendió á Pablo absorto en triste contemplación del retrato. En pos de ella vino Petrica, que había corrido á alcanzarla, diciéndole que no se molestara en buscar sombrilla. Al sentir Pablo que llegaba gente, levantó la cabeza y dejó ver sus ojos aguados.

Ninguno de los personajes de esta escena halló qué decir. Miráronse rápidamente, y las dos muchachas, sonrojadísimas, se volvieron al balcón.

Media hora después se encontraban Pablo y su madre en el corredor ancho entre un enjambre de señoras que se estaban despidiendo y que no acababan de despedirse; que se abrazaban, y llamaban á las criadas y á los niños que habían de seguirlas, y preguntaban por sus sombrillas y sus sombreros, y acomodaban los suyos á los muchachos, y á éstos les repulían y les estiraban

los trajecitos. Se sintieron el abrirse y cerrarse ruidosamente de la puerta de la calle y los pasos de alguno que subía la escalera.

Con andar ágil y seguro, como de quien pisa en terreno conocido, desembocó en el corredor un joven rubio, de corta estatura y de movimientos estudiadamente blandos y ondulados. Traía el bigotito peinado á la rusa, levita de luengas faldas; corbata alagartada, con un alfiler en que se exhibía una moneda antigua, y pantalones de cuadros, todo, todo, de correctísimo estilo inglés. En la enguantada mano izquierda, el guante de la otra y el sombrero de copa nuevecito. El bastón, en forma de cayado, suspendido del brazo. En el meñique de la diestra un anillo *chevalier*. En la cara traía la sonrisa reglamentaria de la gente refinadamente culta.

Pablo no conocía á este joven, pero su corazón le declaró que era Jorge.

Este saludó.

—Pablo, dijo D^a Lucía, ¿tú no conoces todavía á Jorge?

—No, señora.

Y, como no se le vino á la boca ningún cumplimiento, carraspeó, se quedó callado y dio muestras de cierta turbación.

—Pues es preciso que lo conozcas. Jorge, este es Pablo, mi sobrino, de quien usted ha oído hablar.

Jorge, sonriéndose afablemente, le tendió la mano á Pablo.

Este, que por innata propensión, roborada por los hábitos que había contraído en tierra caliente, era incapaz de disimulo cortesano, correspondió con frialdad y marcado desabrimiento á aquella demostración amistosa: contentóse con hacer una ligera inclinación de cabeza y con tender tibiamente la mano larga y nerviosa.

Digno de estudio era el contraste que ofrecían aquellas dos figuras. Pablo era espigado y esbelto; llevaba el cuerpo erguido, aunque sin atisbo de altanero ademán; su tez trigueña se veía un poco bronceada por el sol. Sus ojos y su barba eran negros, así como el espeso y corto cabello. Lo único notable en su atalaje era la ausencia de todo lo notable.

Cecilia estaba á la puerta de la sala presenciando la entrevista de sus dos amantes.

Petrica conoció ser obligación suya no chistar acerca de lo que había presenciado en el cuarto del piano sino al oído de cada una de sus amigas; pero, eso sí, cuando estuviera sola, so-

lita con ella, y sin sombra de peligro de ser escuchada por ninguna tercera persona.

La corriente eléctrica que, en una fracción inapreciable de segundo, lleva el pensamiento desde Bogotá hasta los confines de la tierra, no devora el espacio con rapidez mayor que aquélla con que el secreto sepultado en el pecho de la discreta prima corrió de boca en boca.

A semejanza de los ríos que, mientras van corriendo, van engrosándose y mudando de color con las corrientes que á ellos afluyen, la noticia aquella, al ir corriendo, fue abultándose y enriqueciéndose con adornos, pormenores y circunstancias que le añadía la fecunda imaginativa de la gente picotera.

Y así llegó á los oídos de D^a Lucía, quien, habiendo reparado en ciertas particularidades de la conducta de su hija para con Pablo, y de la de éste para con Cecilia y para con Jorge, tenía ya cabos que atar.

Y llegó la cosa á los oídos de D. Jacobo y á los de toda la familia; y ¡ Santo Dios ! ¡ Santo Dios ! á los de D^a Clemencia, la madre de Jorge.

Pero D^a Clemencia merece capítulo aparte.



CAPITULO VI

DOÑA Clemencia Rigueros de Ánderson pertenecía á una de las familias más principales y acomodadas de Bogotá. Se había tratado de darle en sus primeros años la instrucción que en nuestra tierra suele darse á las hijas de padres pudientes; pero las lecciones no habían encontrado en aquella cabeza hueco en que poderse acomodar. Apenas si era capaz la buena señora de producirse con la cultura muy indispensable y de no dejarse pillar en flagrantes vulgaridades y desatinos. Había sido criada con mimo exorbitante; y, á causa de su bizarría, con exorbitante mimo contemplada por los parientes y los extraños que frecuentaban la casa de sus padres. Y siempre con mimo siguió siendo tratada después de su matrimonio, pues Míster Guillermo Anderson, que era el más bo-

nachón y calzonazos de los súbditos de Su Majestad Británica, vivía persuadido de que Clemi-ta, como él y otros solían llamarla, se lo merecía todo, no pensaba sino en su comercio, é imaginaba que las impertinencias de su mujer eran las mismas que podrían observarse en cualquier otro individuo del bello sexo. Hasta las conceptuaba como graciosas niñadas propias de una señora que se ha criado con delicadeza.

Conque díganme ustedes, después de apreciar estos antecedentes, si la D^a Clemencita podía ser un portento de humildad, de moderación y de abnegación.

Parecía ella penetrada de que cualquier incomodidad ó contratiempo que la afectara á ella, cualquier cosa que amagara turbar su tranquilidad, cualquier oposición á sus caprichos ó á sus gustos, era una injusticia que nadie debía tolerar. El regalo de su persona, las joyas y los trapos eran para ella lo único serio y digno de atención. Sólo sabía hablar de sí, de sus allegados y de lo que á ellos y á ella les atañía. Hacía destemplados aspavientos cuando algo la mortificaba ó la ofendía; y, en ocasiones, miraba como importunidades y pesadeces los acatamientos y las muestras de deferencia que se le dirigían. Todo

lo que no era ella, su familia y unos pocos amigos de ésta, era pura broza.

Acerca de lo que hizo y dijo cuando llegó á su conocimiento la relación de lo ocurrido entre Pablo y Cecilia en el cuarto del piano de la casa de D. Jacobo, la dejaremos hablar á ella misma.

“Apenas lo supe, decía, me puse la saya y la mantilla y me fui para la casa de Lucía á decirle suerte y verdad. ¡No ven esa infamia del mocoso atrevido de Pablo, que abusa de la confianza con que lo reciben en esa casa, para galantear á Cecilia!”

Por el tono y por los ademanes con que decía todo esto, parecía que había confundido y anonadado á su presunta consuegra.

—Y bien, le preguntó alguno, ¿qué le contestó D^a Lucía?

—Nada: si no la encontré.

Efectivamente, no encontró á D^a Lucía, ni le dijo nada; pero sí encontró á otras muchas personas, con las que se desfogó á contento. Levantóse un caramillo de todos los demonios, y la parentela de Cecilia y Pablo se convirtió en un hervidero de chismes y de enredos.

D^a Clemencia tenía una lengua como un manojito de centellas, y de aquellos días en adelan-

te nunca dejó de fulminarla contra Pablo, ni dejó de echarle la culpa de todo lo adverso que sucedía en orden al noviazgo de su hijo. Por de contado todas estas amabilidades de la buena señora llegaban á oídos de Pablo por el digno órgano de los chismeros de ambos sexos.

D. Jacobo, que se preciaba de *saber hacer las cosas*, bien que miró como muchachada sin consecuencia lo que le oía atribuir á Pablo, dijo á su mujer que asuntos como ese no se debían arreglar sino por medio de la diplomacia; y, á fin de emplear un medio diplomático, dispuso que su mujer hablara francamente con D^a Mariana y le hiciese presente la necesidad de poner punto á esas niñadas, que sólo habían de servir para fomentar habladurías, puesto que Cecilia no había de casarse sino con Jorge.

De la conferencia de D^a Lucía con su cuñada, resultó la determinación que ésta tomó de celebrar otra con su hijo; como en efecto la celebró, revistiéndose de antemano de energía y austeridad, y llevando la negra intención de ponerlo como chupa de dómene.

—¡ Conque tú cortejando á Cecilia !

Tanto predominan los gérmenes pecaminosos aun en las naturalezas más nobles, que el pri-

mer impulso de Pablo fue negarlo todo, y dar una explicación, que le parecía facilísima, de la escena que había levantado la polvareda, pero prevalecieron su rectitud y su amor á la verdad.

—Mamá, dijo, es cierto que quiero á Cecilia y que la quiero desde niño; pero jamás se lo he declarado, ni con la más ligera palabra.

—Pero hartó se lo has dado á entender: ¿ no ha de haber notado ella y no han de haber notado todos tu despego para con Jorge ?

—Todas las manifestaciones que yo haya hecho han sido involuntarias. Confieso que Jorge me inspira la repulsión más violenta: no sé si lo habré demostrado con demasiada claridad; pero yo no sé disimular lo que siento ni fingir lo que no siento.

—Pues esa tu antipatía por Jorge va á ser semilla de una división en nuestra familia, que tan unida ha sido siempre.

—¿ Y usted misma, mamá, puede mirar con simpatía á ese macaco que.....

—¡ Hijo, hijo ! ¿ Qué modo de hablar es ese ? ¿ Y qué dices de lo que ha dado tanto que hablar, de lo que pasó el día de la procesión ?

—Fue una desgracia. En lo que menos pensaba yo ese día era en manifestarle algo á Cecilia.

Me aproveché de los momentos en que me parecía seguro que nadie había de verme tomar el retrato.

—Cuéntame todo lo que pasó.

Pablo hizo aquí á su madre una relación exacta de lo poquísimo que había ocurrido en aquella ocasión.

—¿Y no fue más que eso? Como andan diciendo tantas cosas.

—No fue más que eso. ¿Sabe usted, mamá, lo que estoy resuelto á hacer? Irme mañana y no volver en mucho tiempo: así se acallarán los murmuradores y se acabarán los enredos.

—No. Si se ve que anticipas tu viaje, habrá quien vea en ello una confirmación de la noticia de que en casa ha habido tormentas.

—Haré lo que usted disponga.

—Pues lo primero es que dejes ese capricho y te olvides de Cecilia.

—Mamá de mi corazón, daría mi vida por que estuviera en mi mano obedecerle ahora como le he obedecido siempre; pero ¡si no me es posible!... Mamá querida, ¿cuando usted se casó estaba enamorada de mi padre?

D^a Mariana se conmovió, y con voz alterada, dijo:

—¿Para qué me lo preguntas?

—Para preguntarle luego á usted si, caso que le hubieran mandado no pensar en mi padre, le habría sido fácil obedecer.

D^a Mariana lloró un rato en silencio, y luego prorrumpió:

—¡Ay, hijo, hijo de mi alma, veo que vas á ser desgraciado!... ¡y yo! ¡y yo!

—¿Usted porqué, mamá de mi vida?

Y arrojándose entre los brazos de su hijo, y llorando tiernamente:

—¿Acaso crees, repuso con voz interrumpida por los sollozos, que yo puedo no ser desgraciada, que puedo gozar de un instante de tranquilidad viendo que tú no eres feliz?... ¡Ay! ¿Para qué fuiste á darle cabida á esa pasión?

—¡Perdóneme, perdóneme usted, mamá! Esa pasión se adueñó de mí sin que yo lo advirtiera.

—¿Porqué no fuiste franco con tu madre?

—Si le hubiera confiado eso á usted, lo habría hecho cuando ya no había remedio. Yo no supe que era amor lo que sentía por Cecilia sino cuando ya me era imposible dominar ese sentimiento.

—Me destrozas el alma... Mira, mil y mil enamorados han sido inconstantes y han ahogado ó dejado enfriar su pasión: ¿porqué no habrías de hacer tú lo que tantos han hecho?

—Conozco que no he de poder. Pero, por Dios, no se aflija usted. Soy joven; le he tomado ley al trabajo; con el trabajo me distraeré y podré vivir tranquilo.

—Eso no me consuela. En Dios, en Dios están todas mis esperanzas. ¡Cuánto voy á rogarle! Tú también pídele, pero pídele con verdadera voluntad de ser escuchado, que te dé fuerzas para vencer esa pasión.

La conferencia terminó con un largo abrazo, rociado con un diluvio de lágrimas.

Hé aquí en lo que pararon las energías, las austeridades y las negras intenciones de D^a Mariana.

¡Esto de ser madre es mucho cuento!

Otra medida diplomática de que echó mano D. Jacobo, fue la de telegrafiarle á su hermano. “Yo soy franco, dijo. Voy á decirle á Leonardo que conviene que antes con antes llame á Pablo.” El telegrama que le dirigió remataba en un *escribiré por correo*. Por el correo envió efectivamente una carta en que motivaba el telegrama y que empezaba así: “Mi querido Leonardo: ya tú sabes que yo soy franco.” Con esta diplomática medida le aparejó á Pablo un sinfín de mortificaciones: de la relación de lo sucedido sacó in-

agotable materia D. Leonardo para dar cordelejo á su sobrino sin descanso y sin conmiseración.

¡Cuántos y cuántos de aquéllos con quienes en el comercio de la vida nos estamos codeando llevan hiel en el alma, ó alguna espina, ó quizás un dardo, en el corazón!

Y con ser ello así, á casi todos se les ve la cara risueña, jovial la fisonomía y plácido el continente; y se les ve ocuparse en sus haciendas ó en sus entretenimientos favoritos, con aire de sosiego y de satisfacción.

¡Y gracias á Dios que así sucede! Si todos hubiéramos de estar echando á la calle nuestros enojos, nuestras zozobras, nuestras tristezas y nuestra morriña, cada cual, para procurarse un poco de alivio y esparcimiento, tendría que acudir á los cementerios ó á lo más repuesto de los bosques.

No es, por tanto, de extrañarse que pocos días después de aquéllos en que acaeció lo referido en este capítulo y en el final del precedente, encontremos á Pablo otra vez con las manos metidas hasta los codos en las empresas de D. Leonardo, y dado á sus faenas en alma y cuerpo, de manera que nadie hubiera podido adivinar que su espíritu era asiento de todas las tristezas y su imaginación una fragua en que se forjaban las más lúgubres imágenes.

En tierra caliente está otra vez; pero no allá en las abrasadas márgenes del Magdalena, sino en la *hacienda de cañas* que posee su tío en donde las faldas de la cordillera van á espirar bañadas por las aguas del Bogotá.

Había escrito D. Leonardo á Pablo que, al dejar la capital, no se encaminara á su antigua residencia sino á Guátima, que así se llama la dicha hacienda. Anunciábale que él mismo se trasladaría á ella y que en ella lo aguardaría.

Hacía tiempo que D. Leonardo deseaba que Pablo tomara parte en la administración de esta finca, y que abrigaba la idea (que á nadie le habría declarado por todo el oro del mundo) de que, bajo el gobierno de Pablo, se habían de realizar allí reformas importantísimas.

No sabemos cuánto se habría tardado en satisfacer aquel deseo si no hubiera recibido, como recibió, la infausta nueva de que el mayordomo de Guátima había imitado en parte á aquel otro mayordomo de que se habla en el capítulo XVI del Evangelio de San Lucas. Ciertamente, no había hecho sustituir á las obligaciones existentes otras de menos valor; pero, después de haber efectuado algunos cobros, las había afufado, sin dejar noticias del dinero percibido.

La ramada está cubierta de teja, y es cuadrilonga. Por su centro corre de uno á otro extremo, y por un caño descubierto á partes, el jugo que los tres cilindros del trapiche de madera, girando con áspero y quejumbroso rechinar, extraen de las cañas oprimiéndolas cruelmente y reduciéndolas á manojos de hilachas despreciables. La mujer que ofrece su alimento al monstruo, lo introduce por una como palmeta agujereada que se llama guarda-mano y que merece bien este nombre.

Cabalmente uno de los muchachos que con gritos, silbidos y azotazos van arreando los dos pares de mulas que, uncidas á los extremos opuestos del mayal, giran dando movimiento á la máquina, es manquito por haber metido caña en ocasión en que el guarda-mano no estaba ocupando su lugar.

En el extremo de la ramada opuesto al que ocupan la máquina y *el paseo* de las mulas, hierve un piélago de miel en *fondos* ó calderas de cobre con falcas (1) que aumentan la cabida é impiden el desbordamiento del borbotante líquido. Por

(1) *Falca*. Listón de madera, á modo de duela. Estas piezas suplementarias son á veces de otra materia.

junto á los bordes andan mozos con la *cusbira* (1) *descachazando* (2), y pasando á un receptáculo las espumas y superfluidades del caldo y trasegando éste con el *remillón* (3), del primer fondo á otro en que se perfecciona la cocción de la miel.

La hornilla que está debajo de las calderas devora activamente el bagazo y la leña con que la alimenta un peón que suda á ríos y que no lleva más vestido que los calzones. A un lado de la hornilla se ve una espita por donde, á su debido tiempo y cuando la miel ha dado punto, se extrae la que ha de trasegarse á los zurroneos que traen los compradores y la que el mayordomo reparte entre los jornaleros, sirviéndose de una totuma como de unidad de medida. Por el buitrón (4) se escapa en negros copos el humo, cuyo olor, mezclado con el del vapor de la miel que hierve y con el del bagazo y el caldo de la caña, forma el olor característico del trapiche. De cuando en cuando llegan y se introducen en la ramada ó se paran junto á la hornilla, las mulas

(1) *Cusbira*. Espumadera.

(2) *Descachazar*. Espumar.

(3) *Remillón*. Especie de cucharón tosco y grande.

(4) *Buitrón*. Chimenea ó cañón de ladrillo que sale fuera del tejado.

que, en angarillas, traen provisiones para los dos voraces monstruos, el trapiche y la hornilla; la caña viene oprimiéndoles á las portadoras no sólo el lomo sino también los cuadriles y la cabeza.

Amén de los peones que se ocupan en lo que queda apuntado, trabajan otros trasladando el bagazo á la bagacera, edificio en que se deposita el que ha de ir á la hornilla, y que, corriendo paralelamente á la ramada, limita el patio por uno de sus lados, así como un grupo irregular de ranchos destinados para vivienda y cocina de los peones cierra el del lado contrario.

Por ahí divagan ó están echados muchachos barrigones en cueros y peones aciguatados y enfermos. Y divagan también, hartos más animados y activos, las hormigas, las abejas, los abejones y las avispas, haciendo su agosto en todas las partes del edificio, del mobiliario y de los aparatos que están embadurnados de miel.

Hace oficio de pesebrera un gran cobertizo en que de una canoa comen cogollo de caña las mulas de relevo. Otras de éstas gulusmean desperdicios junto á los guayabos, naranjos, guásimos y totumos que amenizan el sitio, ó aguardan pacientemente y con las orejas caídas que les toque su turno; pero todas se entretienen en es-

pantar con la cola y con sacudimientos de cabeza y orejas los insectos que las hostigan, ó con penoso esfuerzo levantan una pierna y se la muerden para librarla de una hormiga importuna.

La puerta del cercado en que se hallan las fábricas y aparatos que hemos enumerado, gira á menudo con trabajo, imitando, al rechinar, los sonidos que un mal aprendiz de corneta saca de su instrumento al registrarlo.

El suelo está cubierto de matas empolvadas de escobo y de abrojo; de bagazo, de desperdicios de la leña, de estiércol de las mulas y de fragmentos de enseres de barro, de madera ó de cuero.

Como la molienda tenía que hacerse en sesión permanente, sobre todo cuando la caña amenazaba pasarse y cuando había subido el precio de la miel, era común que el trabajo no se interrumpiese por la noche. Grato es para quien lo presencia por primera vez, sentir interrumpido el sueño de que goza en su hamaca, por el rechinar del mayal y de las mazas del trapiche, por el restallar del zurriago y por los gritos con que se aviva á las mulas; por la charla de los peones y por sus cantos, cantos muy diferentes de los que en la capital se dan como imitaciones de los del trapiche, pero agradables é impregnados de dulce

melancolía, como todos los de la gente rústica de nuestra tierra.

Animan también la escena las luciérnagas y los cocuyos que entretejen los rastros de luz que al volar van dejando, y cuyo resplandor compite con el de las velas con que se iluminan diferentes puntos de la ramada.

Así como en Las Palmas todo era discurrir sobre el precio de los ganados y de la carne, sobre los mercados en que convendría expender las reses gordas y tomar ganado flaco, y sobre el derecho de degüello, en Guátima se platicaba sin tregua sobre el precio de la miel en diferentes plazas y sobre las causas de las alzas y las bajas de ese precio.

Tal es, amén de la casa de habitación de los patrones, edificio poco más *confortable* que los otros y situado á 50 pasos del trapiche, el teatro en que Pablo debía seguir ejerciendo su actividad y en que D. Leonardo pensaba, sin querer pensarlo, que su sobrino había de consumir reformas como las que allá en Las Palmas estaban dando testimonio de su idoneidad para las empresas campestres.

Pero las reformas por las cuales este establecimiento estaba clamando eran hartó más costo-

sas y radicales que las llevadas á cabo en el otro. Al trapiche, primitivo en demasía, imperfectísimo y dispendioso, movido por las mulas, había que sustituir el trapiche movido por el agua, y compuesto de piezas de hierro.

A las primeras puntadas que dio Pablo sobre la necesidad de tan estupenda innovación, D. Leonardo echó pestes; pero esto no impidió que con su tácita aquiescencia, Pablo resolviera dar pasos á fin de que se encargasen al extranjero la máquina y los útiles necesarios para la empresa; ni obstó para que diera orden de ir acopiando materiales para el nuevo edificio que había de levantarse.

Una circunstancia desgraciada estuvo á punto de hacer fracasar el proyecto, desanimando á D. Leonardo y aun haciéndole temer que para la industria mielera hubiera sonado la última hora.

Anuncióse que de hacia el Valle del Cauca empezaba á extenderse la langosta.

Por algunas semanas, se estuvieron solicitando con ansiedad y recibíendose noticias del curso que tomaba aquella plaga exterminadora, y al fin empezaron á verse bandadas de los maldecidos insectos. No pasaba día en que no se oyeran descripciones desconsoladoras de los estragos que

venían causando, ni sin que pareciesen aumentarse extraordinariamente las nubes de langosta que atravesaban el aire.

Y llegó día en que la calamidad cayó sobre Guátima y sobre los predios circunvecinos. Millones de millones de aquellos enemigos tan débiles y tan fáciles de aniquilar si se toma en cuenta lo que es cada uno de ellos, tan pujantes, tan indestructibles y tan invencibles reunidos en legiones, se asentaron sobre el suelo y sobre los árboles, y los matorrales, y los cuadros de caña (1) y los techos de las casas.

El color verde iba desapareciendo de aquellos campos, y el pajizo pardusco de los insectos invasores daba un solo tinte á casi toda la superficie de la región que ocupara.

En las plantaciones de caña y de maíz, y en dondequiera que abundaban los vegetales que prefiere la langosta, se percibía el rumor continuo que formaba al despojar á los árboles y arbustos de su follaje y á la tierra de sus hierbas. Oíanse también dar en el suelo como apretada lloviz-

(1) *Cuadros*. Porciones en que está dividida la plantación de caña y la de café. Cada cuadro tiene en la comarca en que está situada Guátima, unas 1,666 varas cuadradas. En otras comarcas tiene más y en otras menos.

na los residuos de la rápida digestión de los insectos.

Como se anda atravesando arenales ó lodazales espesísimos y profundos, se marchaba por los caminos y por las heredades hundiéndose en la gruesa capa viviente que los cubría.

Cuando una bandada había devorado todo lo que había producido la tierra en el espacio en que se había asentado, se levantaba y no dejaba más vestigios de vegetación que raíces y troncos desnudos.

El pobre labriego que libraba en los productos de su labranza la vida de su familia, vigilaba con cuidado, y al ver que la nube viviente iba á proyectar su sombra siniestra sobre su heredad, reunía la familia, y con la ayuda de toda ella, hasta con la del infante que la madre llevaba en los brazos, el cual, con los chillidos en que el susto lo hacía prorrumpir, no era el auxiliar menos poderoso, declaraba guerra á los condenados insectos, guerra en que las armas eran gritos y golpes sacudidos sobre tarros de hoja de lata, sobre tambores y panderos improvisados, y á veces detonaciones de armas de fuego y de cohetes.

Las más de las veces, la langosta hacía orejas de mercader y caía, impávida, sobre el sembrado

que tentaba su voracidad; otras veces se espanataba con el estrépito, y entonces, encima de la estancia, se veía un como desgarrón ó agujero en la nube, que se abría un poco al pasar por encima de la labranza y volvía á cerrarse algo más adelante.

Desconsolado á vista del desastre, D. Leonardo discurría que el negocio de la miel estaba arruinado para siempre, y que por de contado no había que pensar en hacer gastos para reformar el trapiche. Pablo, haciéndole presente á su tío que en regiones en que de muy antiguo se ha visto aparecer y desaparecer periódicamente la langosta, jamás ha perecido una industria; y que las plantas desnudadas por los insectos pimpollecen y vegetan más vigorosamente que nunca, recabó la aprobación de sus proyectos. Para ver de llevarlos á cabo, hubo de tomar la resolución de trasladarse á la capital, donde había que formular convenientemente el pedido de la maquinaria y que consultar con personas competentes sobre la manera de hacerlo y sobre la clase de aparatos que debiera preferirse. Hizo este viaje sin tomar el camino derecho, y recorriendo establecimientos de aquéllos en que se molía la caña por métodos modernos y perfeccionados, á fin de hacer sobre éstos un estudio práctico.



CAPÍTULO VII



JORGE también estaba en ese entonces consagrado á trabajos campestres. Su madre había heredado una buena hacienda situada en la Sabana de Bogotá, de la que derivaba una pingüe renta teniéndola arrendada á un campesino inteligente.

Al venir Jorge de Europa, su padre lo había asociado á sus empresas mercantiles, y su casa había empezado á girar con la razón social de *G. Ánderson & hijo*. Jorge había aprendido en una casa de Londres á mirar el comercio con una especie de religiosa veneración y á tomar aire grave cuando trataba de cosas mercantiles. Pero á un jovencito elegante y cuasi inglés, que se había sentado delante de un escritorio londinense, no le cuadraba situarse tras el mostrador del almacén para despachar á los parroquianos. Menos le

pegaba azotar calles haciendo cobranzas y arreglando en las oficinas lo concerniente á derechos de importación, y remenos tomar el plumero para quitarles el polvo á las mercancías. La correspondencia extranjera estaba á cargo del propio Mr. Ánderson, quien tenía para sí (y no sin mucha razón) que nadie era capaz de reemplazarlo en esa incumbencia. La contabilidad corría por cuenta de dos empleados antiguos y prestantísimos en su oficio, y ni había motivo para despojarlos de su colocación, ni era prudente despedirlos antes de experimentar al que hubiera de sucederles. Suma total, que el título de socio conferido á Jorge, era título colorado (como se dice tratando de beneficios eclesiásticos), y que, con la participación que él tomó en la gerencia de los negocios, mangoneando en el almacén *por hacer que hacía*, aquéllos no adelantaban un negro de uña.

Enterada de lo cual D^a Clemencia y ansiosa de que su hijo se estableciera y se casara pronto, dio en que Jorge tomara sobre sí el manejo de la hacienda.

A él le cuadró este dictamen, porque, gracias á lo que había visto y oído en Inglaterra, el *sport* le llamaba mucho la atención. En lo de ser hacendado no vio sino el caballo de cola trunca-

da, la escopeta, el perro de caza, el morral atestado de patos ó de perdices, la navegación por una laguna en un bote que haría venir del extranjero, un asiento en el club que había de fundarse para promover las carreras de caballos; y por añadidura, para cuando los tiempos estuviesen malos para todo lo demás, un poco de pesca.

¡ Poquita plata se gastó en gracia de Dios para pedir á Inglaterra una escopeta del sistema más reciente y un cargamento de cápsulas; un par de perros *gordon setters*, un morral, un bote y los avíos de pescar !

De los de cabalgar, inclusive el casco, las botas altas, los trajes para montar y los de entrecasa, determinó proveerse en Bogotá, en gracia de la brevedad.

De las primeras diligencias para vestir la hacienda y para iniciar trabajos agronómicos, consulta aquí, consulta allí, salió como Dios fue servido.

Pronto vino á hacerse frecuente, oírles á los hacendados y negociantes vecinos, cuando se trataba de caballo ó res que tuviera vicio redhibitorio, ó de una máquina agrícola que no hubiera resultado de provecho, ó de frutos pasados y

roñosos: "Eso está bueno para metérselo al inglesito."

El Libro Mayor, el Diario y los auxiliares, volúmenes lujosísimos que habían costado un dineral, fueron abiertos oportunamente; pero ¡qué demonios! si no había cuándo ocuparse en la contabilidad: de día, el pulso estaba agitado y había que hacer fuera de la casa; las primeras horas de la noche eran propicias para ello; pero ninguna noche faltaban un amigo que viniera á tomar el té con Jorge ó un motivo justo para trasladarse á la ciudad: ya era el recibo en casa del tío fulano; ya el cumpleaños de la prima mengana; ya la zarzuela, ya la ópera, ya el concierto, y ya el martes y ya el viernes, días de la visita reglamentaria á su novia.

Como para resarcir los daños ocasionados por tales desmanes, cuando había pernoctado en la ciudad, madrugaba exageradamente; ó si había salido muy tarde del baile ó del teatro, no se acostaba, y apenas terminaba la función, tomaba la vuelta de la hacienda. También solía suceder que la tomara al anochecer ó más tarde. Pero, en todas estas emergencias, se le veía acostarse en la casa de la hacienda apenas llegaba á ella, y reintegrarle á Morfeo las horas que le había defraudado.

Súpose que la escopeta con su dotación, el bote, los perros y los chismes de pescar iban á llegar á Honda. Jorge, que se sintió alborozado con la noticia, bien hubiera querido salirles al encuentro, pero, todo bien considerado, se le hizo muy de cuesta arriba el bajar hasta el Magdalena, y se contentó con enviar en lugar suyo al mayordomo de la hacienda, para que recibiese los dichos enseres y los hiciese subir hasta la hacienda.

Merced á la ausencia del mayordomo, motivada por esa diligencia, y justamente en días de muchos quehaceres, Jorge tuvo que pasar obra de quince días sin separarse de la hacienda; y gracias á esto, Pablo, que acertó á llegar á Bogotá al principio de aquella quincena, se encontró con que Jorge estaba ausente; y bien que, ni por soñación abrigase el designio de hacer por desbancar á su rival, se sintió como desembarazado de un fastidiosísimo estorbo.

Ni buscó ni rehuyó la ocasión de hallarse á solas con Cecilia. Verla y oír su voz era para él el sumo encanto, á lo menos en los instantes en que, arrobado, se olvidaba de que entre ella y él mediaba una barrera que se miraba obligado á reputar infranqueable. Conversar con ella refrenan-

do los apasionados ímpetus que lo movían á prorumpir en ardientes y ternísimas expresiones, le costaba penoso esfuerzo.

D^a Lucía, discurriendo como siempre con la cabeza de D. Jacobo, había ya aprendido á mirar lo del enamoramiento de Pablo como cosa de poca monta, y no hizo novedad en su modo de tratar y de recibir á éste en su casa.

En la primera conversación á solas que tuvieron los dos primos, dijo Pablo:

—Sin que esto sea, ni por sombra, principio de una queja, te preguntaré si te desagrada que yo venga á tu casa.

—¡Desagradarme que vengas! ¿Estás loco?

—Como yo hice en los últimos días que estuve aquí algo que debió disgustarte. . . .

—¿Qué, qué fue lo que hiciste?

—No me obligues á declarártelo. Me repugna hablarte de eso.

—Quiero, te exijo, me expliques con qué es con lo que crees haberme causado disgusto. Yo no recuerdo que me hayas mortificado en lo mínimo.

—Lo que hice no fue precisamente contra ti....

—Bueno, bueno. Ya sé. . . . De eso no volvamos á hablar nunca.

—Pero no me has contestado á derechas. ¿No te contraría el que yo venga?

—De ningún modo. ¿Cómo habría de contrariarme? Tú eres, fuera de mamá, la única persona de este mundo con quien tengo confianza.

—¿La única? ¿Y las amigas?

—Con las que tú llamas amigas mías, converso sobre trajes y sobre adornos de sombreros.

—¿Y de cosas más importantes y más íntimas?

—Míra, con tal cual de ellas hablo, una vez que otra, sobre si Jorge ha estado ó no ha estado fino conmigo; sobre si otros me han echado flores; en fin, sobre tonterías que pudiera hablar casi con cualquier desconocido. Pero yo estaba acostumbrada á no tener secretos para cierta persona, á desahogarme con ella de todo lo que me desazonaba, á no pensar sino conversando con ella; y esa persona. . . . ya tú sabes quién es. . . .

—No me hables así porque me matas. . . . Sí, no puedo conformarme con que haya algo de que los dos no podamos hablar; pero no hay remedio, no hay remedio.

—¿Porqué no hemos de seguir siendo lo que éramos antes?

—Para ti nada es más fácil que seguir así. Para mí. . . . ¡Dios mío, Dios mío!

Y se le anudó la garganta y estuvo á punto de prorrumpir en llanto.

Cecilia, también conmovida, dijo á Pablo:

—Pablo, por Dios, deja ese capricho con que te atormentas. No te empeñes en ver en mí más que á la que por tantos años fue tu hermana.

—¡ Si supieras qué desencanto, qué hielo hay para mí en esa palabra! ¡ Mi hermana! Es decir, la que puede ser de otro y no puede ser mía!

Al salir de la casa de D. Jacobo, Pablo se encaminó á la suya.

—¿ De dónde vienes? le preguntó D^a Mariana.

—De casa de mi tío Jacobo.

—¿ Cómo está Lucía? Ayer dijeron que estaba enferma.

—Estará repuesta ya, pues había salido.

—¿ Entonces con quién estuviste?

—Con Cecilia.

—Cuidadito, no volvamos á las andadas.

—No tenga usted cuidado, yo sé dominarme.

—¡ Dominarte! Es decir que todavía....yo estaba contentísima figurándome que ya te había pasado eso.... Como Leonardo me ha escrito que estás engolfado en el trabajo y con la cabeza llena de proyectos....

—Sí, mamá, nada es más cierto.

—Bendito sea Dios! ¿ Es decir que has conseguido olvidar....?

—Quizás lo conseguiré. Por Dios, mamá, no se preocupe usted con eso. Ya sabe usted por lo que le ha escrito mi tío Leonardo que yo estoy enfrascadísimo en otras cosas.

—¡ Ah! Pero lo cierto es que así no puedes vivir contento; y yo, sabiéndolo, no puedo menos de atribularme.

—Mamá, en el mundo no hay ni puede haber nadie tan feliz como usted quiere que yo lo sea. Considere con cuánta fortuna he bogado: hoy no puede ya espantarme la pobreza....

—¡ Hum, hum! No se trata de eso. ¡ Si supieras cuántas novenas y cuántas comuniones he aplicado por que te veas libre de eso!....¡ Y cuántas promesas!.... Pero Nuestro Señor no ha querido escucharme.

—¿ Sabe usted, mamá, en lo que consiste mi verdadera desgracia? En verla á usted preocupada y afligida.

—Pero si no puedo remediarlo.

La permanencia de Pablo en Bogotá se prolongó mucho más de lo previsto; y hubo tiempo para que él, en sus entrevistas con Cecilia, atizara la hoguera que le consumía el pecho; y para

que D^a Mariana concibiera y empezara á llevar á ejecución el designio que vamos á poner en conocimiento de nuestros lectores.

“Para quitarle á mi hijo de la cabeza este capricho, no hay, se dijo, medio tan acertado como proporcionarle un matrimonio.” Dióse á buscar con la imaginación una novia buena para el caso; y puso punto á la segunda conferencia que calladamente celebraron su memoria, su entendimiento y su fantasía, dándose una palmada en la frente y exclamando: “¡Necia de mí que me he andado buscando lejos lo que he menester, cuando lo tengo tan á la mano, y puedo decir que en casa! ¿No está ahí Modestica, que es una perla y un dechado de virtudes, y que nunca ha tenido pretendiente?”

Y cavilando más sobre el asunto, cayó en la cuenta, con satisfacción inexplicable, de que Modesta, como hija única de D. Leonardo, patrón y protector de Pablo, le venía á éste como anillo al dedo.

En lo oportuno y maravilloso de su invención creyó descubrir los efectos de la protección del cielo, que tan largamente había implorado; y sintió remordimiento de haber dicho que sus plegarias no habían sido escuchadas.

D^a Mariana tenía costumbre de hacer tomar parte á los Santos en sus empresas; y cuando, á fuerza de porfiar, empleando medios humanos, veía desempatada alguna de las que se proponía, por desatinada que fuera, luégo, luégo, atribuía á los divinos intercesores el triunfo que alcanzaba.

Aquél á que ahora aspiraba lo encomendó también á las potestades celestiales; y no habló á su hijo acerca de su prodigiosa invención sin haber hecho previamente promesa de vestir el hábito de Nuestra Señora del Carmen si Pablo se allanaba á conquistar á Modesta y á casarse con ella.

Modesta, un año mayor que Cecilia, era blanca, rubia, espigada y de airoso* cuerpo. Ojos azules claros, boca pequeña, facciones un tanto angulosas y prominente la sobreceja, lo cual daba á su fisonomía cierto aire de austeridad. Un artista la habría tomado por modelo, más bien para pintar á Minerva, que para hacer una Venus.

Su educación había sido esmeradísima, á lo cual, á su notable ingenio y á su sesudez en el modo de considerar las cosas, se debía su afición, poco común en las jóvenes, á lecturas serias. Chateaubriand, Silvio Pellico y Madame Craven, entre los profanos; y Granada, Santa Teresa,

San Francisco de Sales y Faber, entre los místicos, eran sus autores favoritos. Lo íntimo y frecuente de su trato con una amiga muy leída, y hasta un tantico escritora, dada al ascetismo y á las obras de celo y de caridad, había contribuído largamente á desenvolver en ella la dicha afición.

Harto fácilmente nos creerán los lectores si les afirmamos que Modesta no gustaba de terciar en pláticas con jóvenes más mundanas, y que éstas se afanaban poco por cultivar relaciones con ella.

Y con menos dificultad todavía seremos creídos si añadimos que aquella educación sobrado perfecta, por más que Modesta huyese de bachillerrear, la hacía aparecer como un poco afectada.

Todas sus partes, desde lo rubio del cabello hasta su conocimiento de las místicas delicadezas de Santa Teresa de Jesús, eran á los ojos de su tía D^a Mariana las más acabadas que la munificencia divina hubiera podido reunir en una joven.

Modesta, movida, menos según se nos alcanza, por una vocación verdadera, que por la exaltación en que mantenían su espíritu las santas lecturas y las conversaciones con su amiga, había manifestado inclinación al estado religioso. Decía, aunque no en términos altisonantes ni estu-

diados, que sólo en él podía su pensamiento elevarse hasta las esferas en que el alma, desasida de las miserias terrenales, puede dejarse penetrar por los rayos de la luz indeficiente, á fin de vislumbrar las perfecciones divinas y de empezar á amar al Sumo Bien, empezando á conocerlo.

Su alma, que era ardiente y apasionada y que no había probado las casi siempre insidiosas dulzuras del amor humano, aspiraba á lo único que le parecía capaz de saciar la sed de amor que la consumía.

Tenía ya consultado el punto con su confesor y con la Superiora de las Hermanas de la Caridad, y había comunicado á su madre el pensamiento que abrigaba. D^a Liboria nunca, al hablarle su hija de este asunto, había acertado á otra cosa que á deshacerse en llanto y ponderarle á Modesta lo triste de la soledad y lo acerbo de la pena á que la dejaría entregada si ponía por obra su propósito.

D. Leonardo, cada vez que se hablaba de aquello, prorrumpía en desahogos que nunca tardaban en convertirse en zumbas y chanzonetas de las suyas. Desde que tuvo conocimiento del particular, no llamaba á su hija sino la monja ó la Reverenda Madre.

En cierta época en que creyó Modesta que estaba próxima la hora en que debía realizar su intento, se proveyó muy á las calladas del equipo que debía llevar al claustro. Luégo había considerado prudente el aplazar su entrada al Instituto, y había guardado cuidadosamente el dicho equipo.

D^a Mariana, antes de declararle á su hijo su gran concepción, tomó toda suerte de precauciones espirituales y temporales, y cuando hubo llegado la ocasión que le pareció oportuna, prorrumpió:

—Hijito, me parece que ya he hallado el medio de que tú puedas ser feliz y de que á mí me sea dable pasar con tranquilidad los pocos días de vida que me quedan.

—Bien, mamá, ya usted sabe que lo único que yo anhele es verla á usted contenta.

—Como lo único que yo deseo es tu bien.

—¿Y cuál es ese medio?

—Que te cases; que te cases pronto.

—Usted me sorprende. ¿Y con quién he de casarme?

—Lo he consultado con Dios, y Él me ha inspirado. Con quien has de casarte es con Modesta.

—¡ Con la monjita !

Aquí no pudo Pablo reprimir una carcajada.

—Pablo, continuó la matrona, esta no es cosa de risa. Nadie puede saber como yo qué es lo que te conviene; y tú debieras mirar lo que te digo como cosa muy seria.

—Mamá, perdóneme usted este primer arranque. Ahora, hablando con toda seriedad, le digo á usted que para mi felicidad es infinitamente mejor no casarme nunca que casarme con una mujer que para mí no tiene atractivo ninguno.

En este lugar cabe advertir que Pablo, no sólo no había jamás hallado atractivos en Modesta, sino que era de los que la reputaban afectada; y que, siendo para él la afectación el peor de los defectos, tenía por sumamente empalagoso el trato con esta su prima, y huía de él en cuanto lo permitía la necesidad de acudir á menudo y por mil motivos á la casa de su tío Leonardo, con quien, en materia de negocios formaba una sola y misma persona.

—Si quisieras reflexionar con juicio, prosiguió D^a Mariana, verías que Modesta es la mujer que te conviene. No hay muchacha más virtuosa ni mejor educada. No me negarás que puedes estimarla. Trátala con familiaridad y sin prevencio-

nes, y te convencerás de que todo se lo merece.

—¡Pero casarse uno sin sentir el cariño que... en una palabra, sin estar enamorado!

—Así se casan muchos. Muchísimos conozco que se han casado así y han sido felices.

—Yo no creo poderlo ser de ese modo.

—Mira, el cariño viene después; y el que ha venido así es muchas veces más sólido y más duradero.

—Usted tiene razón; pero todas las que usted me expone deberían tomarse ahora en consideración si fuera urgente el casarme.

—Fíate en mi experiencia. Por urgente, por urgentísimo lo tengo yo.... Y debes considerar otra cosa: en la situación en que tú estás colocado respecto de Leonardo, tu matrimonio con su hija parece cosa tan natural....

—Ahora me hace usted advertir que, si se llegara á hablar de tal proyecto, no faltaría quien dijera que yo lo había concebido proponiéndome venir á ser dueño de los intereses que le estoy ayudando á manejar á mi tío. Estoy casi seguro de que á él mismo se le ocurriría....

—Pero ¡Dios mío de mi alma! ¡Qué cavila-

ciones las tuyas! Todo el mundo reputaría la cosa tan natural como yo la reputo.

—Y al fin y al cabo, todo esto que estamos diciendo es ocioso. Yo no podría inspirarle á Modesta sentimientos más tiernos que los que ella me inspira á mí; y por contera tiene resuelto hacerse religiosa.

—Nadie cree seria esa resolución. No hace mucho, Jacobo, que, como sabes, nunca se engaña cuando juzga las cosas del mundo y de la vida, me decía que Modesta no ha pensado en monjío sino porque no ha tenido objeto en que fijarse; y que, apenas se le presente un novio que le agrade, empezará á reconciliarse con el mundo. Además, tú sabes que Leonardo y Liboria miran con la mayor repugnancia lo del monjío de Modesta, y se empeñarían en impedirlo.

Aquella penosa conferencia terminó sin que D^a Mariana hubiese adelantado un ápice. Muy desconsolada, hizo ánimo de multiplicar sus oraciones y sus promesas á los Santos; y en las ocasiones en que se vio á solas con su hijo antes que él tratara de regresar á Guátima, no se atrevió á tocarle el espinoso asunto de una manera explícita.

Pablo la sorprendió repetidas veces dando muestras de haber llorado; y observó que cada

mañana las daba de haber pasado la noche en agitado insomnio.

Al abrazar á Pablo cuando éste se despidió para tomar la vuelta de Guátima, D^a Mariana, deshecha en llanto, renovó sus instancias, resumiendo en pocas pero sentidísimas frases las razones con que había tratado de inclinarlo á procurarse el enlace con Modesta.

Pablo, acongojadísimo, hizo lo que pudo para dejar tranquila á su madre; pero no le fue dable hacerle concebir esperanza de que accedería á sus instancias.

En aquellos días, la pasión de Pablo había tomado proporciones y fuerzas de voraz incendio. Ya debiéramos haber dicho que, en casi dos años que habían trascurrido desde que el amartelado mozo se separó de su prima por primera vez, los encantos de ésta habían llegado al colmo de su esplendor.

Cecilia no era una hermosura acabada, si por hermosura acabada hemos de entender la corrección académica ó convencional que exige la estatuaría. Su cuerpo, sin carecer de elegancia, ni de soltura de movimientos ni de proporción armónica en todas sus formas, no era tan esbelto como el de otras beldades afamadas, y sus fac-

ciones eran, aunque finas, un poco mórbidas. Su nariz era ancha, poco prominente, de perfil recto, un poco respingada y de ventanas poco extendidas, lo que le daba á todo el semblante cierto aire candoroso ó más bien aniñado. Su blancura era la de la perla, su tez fresca y aterciopelada; los ojos pardos, bien rasgados y sombreados por pestañas magníficas. A ciertos movimientos de aquella boca, asiento de todas las gracias, se formaban á los lados de ella dos hoyuelos capaces de hermosear por sí solos el rostro de una esfinge. Los dientes eran admirados por quien por primera vez los viese, como obra consumada de algún dentista más hábil que todos los conocidos. Y, vean ustedes cómo son las cosas, obra eran en efecto del artífice que nunca podrá ser bien imitado. La cabellera castaña, undosa y abundante, las orejas pequeñas y rosadas. El cuello, los brazos y las manos capaces de desesperar al artista que hubiera tratado de modelarlos en mármol.

Pero antes que estas perfecciones, se percibía en Cecilia algo como el resplandor inmaterial de una alma sencilla, candorosa y al mismo tiempo capaz de todos los amores que elevan y que disponen al sacrificio.

Si alguna de las prendas que pueden adornar

el alma de una mujer descollaba entre las de Cecilia, descollaba en ella la sencillez, virtud que sólo por maravilla se amalgama con las prendas, más brillantes que sólidas, que la refinada cultura de nuestros días exige en una joven. Y siendo Cecilia la sencillez misma y habiendo acaso heredado algo de la índole de su padre, era franca y sincera por todo extremo.

¿Qué mucho que Pablo, alma ardiente y apasionada; que Pablo, adorador ferviente de toda belleza, se sintiese cada vez más irresistiblemente atraído por aquella mujer á la cual desde su infancia se había acostumbrado á mirar como cosa suya y como imán de todos sus afectos y sus pensamientos?



CAPÍTULO VIII



HA N LLEGADO felizmente el bote, la escopeta con su dotación de cápsulas, los perros Jack y Frou-Frou y los avíos de pescar.

Jorge ha convidado á un amigo para que vaya á acompañarlo en el estreno de aquellos muebles y semovientes. A D^a Clemencia se le ha antojado ir también á presenciar la inauguración del bote. Ha llegado quejándose de la indiferencia de Mr. Ánderson, que, con pretexto de que tiene que despachar su correspondencia para Europa, no ha querido acompañarla. Se queja también del sol, del polvo y de que el cochero la ha dejado zangolotear por las asperezas del camino.

Se fija para la función la hora en que los patos han de hallarse en disposición de dejarse cazar; se señala su lugar á los mozos que han de

espantarlos para que tomen una dirección conveniente; se trasladan los cazadores y la espectadora á la orilla de la laguna; se echa el bote al agua y se aparejan la flamante escopeta, que va en manos de Jorge, y otra, un poco anticuada, que maneja el amigo.

Jorge, que ha bogado en el Támesis, empuña el remo, y la embarcación se desliza laguna adentro, con suave vaivén. Los perros, que no reconocen otro amo que la cocinera, atraillados á la orilla, se manifiestan poco deseosos de meterse al agua. Llega el momento crítico; suenan dos disparos dirigidos á unos patos que van nadando; D^a Clemencia hace aspavientos; los patos salen incólumes, gracias á la maldita miopía de Jorge y á la falta de habilidad de su acompañante. El mozo que tiene los perros los suelta, y ellos, más ligeros que la vista, huyen despavoridos hacia la casa.

El segundo tiro será al aire. Vuelan las presuntas víctimas del inocente entretenimiento; suena la detonación y ¡oh desgracia! un movimiento brusco é irreflexivo de los cazadores hace que el bote se vuelque y que aquéllos desaparezcan debajo del agua por unos instantes. D^a Clemencia da un chillido y se desmaya. Los náufra-

gos, que han dado el chapuzón en sitio en que las aguas tienen poca profundidad, salen á la orilla sanos y salvos, aunque rebozados con fango. D^a Clemencia vuelve en sí renegando de su hijo, que la mata con sus barbaridades; de los ingleses, que envían botes que se vuelcan; y de Ánderson, que, con su flema, no quiso ir á evitar desastres.

Los mozos que han acompañado á los cazadores reciben orden de desnudarse y de entrar á la laguna á recuperar el bote, las dos escopetas, los anteojos de Jorge, su casco y el sombrero de su amigo. Todo se salva menos los anteojos, que no pueden ser hallados. Jorge y el otro vuelven á la casa á despojarse de la ropa, calada por el agua y el fango. D^a Clemencia va á la cama con lo que ella misma califica de ataque nervioso. Se envía un emisario á la ciudad para que dé á Mr. Ánderson aviso del siniestro y le diga que envíe un médico á la mayor brevedad.

El médico llega con Mr. Ánderson ya muy entrada la noche, y le receta á la enferma únicamente calma y reposo. Ella duerme tan regaladamente; al otro día regresan todos á la ciudad.

Algunos días después, con ocasión de habersele de pagar al médico que había recetado calma y reposo, la cuenta que había pasa-

do, decía Mr. Ánderson delante de su mujer, con su voz despaciosa y aquella sonrisa benévola y propia de un inglés que profiere un chiste: Clemita, Jorge está comerciante y Jorge pide dinero de la caja del almacén; Jorge está campesino y Jorge pide dinero de la caja; Jorge compra bueys y Jorge pide plata de la caja; Jorge vende bueys y Jorge pide plata; Jorge siembra trigo y Jorge pide plata; Jorge coge trigo y Jorge pide plata. Yo no entiende este.

—Pero, Ánderson, usted sí que es desconsiderado y exigente, le respondió D^a Clemencia. ¿No ve que este niño apenas está principiando?

—Clemita, yo quería que me dicen, replicó el inglés, siempre con su sonrisa de chunguear, cuándo Jorge acaba de estar principiando.

En efecto, los gastos gordos de la hacienda salían de la caja del almacén, y los productos no se veían. Y no hay que hacer juicios temerarios: Jorge no era calavera ni vicioso, pero no tenía dedos para organista; no tenía aquellos dedos ágiles y sutiles que ha menester el campesino sabanero para no dejar escapar cuarto ni ochavo que pueda estar á su alcance. Sabía cinco idiomas, pero en ninguno de ellos sabía decir lo que sabe decir el labriego machucho para conse-

guir que los compradores paguen y paguen bien y que los vendedores vendan barato. Conocía, entre otros ramos de las matemáticas, la Astronomía, pero no podía calcular cuándo era tiempo de desocupar un potrero ó de vender ó de comprar ganado. Todo el punto fincaba para él en la aplicación á nuestra agricultura y á nuestra ganadería de los métodos y prácticas empleados en Europa y descritos en los libros. No cabe en guarismos lo que, en sólo un año y á tontas y á locas, gastó en semillas, máquinas, animales y aparatos comprados en el extranjero, y en intentar ensayos y pruebas que no sirvieron sino para hacer que los payos de quienes se servía se rieran allá en sus adentros (y á veces también en sus afueras) de lo que ellos miraban como *invenciones de los ingleses para sacarnos la plata*.

Lo peor era que no acertaba á obviar, sino derramando dinero, las dificultades de todos tamaños que el agrícola y el ganadero expertos vencen á diario á fuerza de maña y de ingeniosas industrias, sin detrimento del bosillo.

En resolución, llegó día en que se vio patentemente que aquello llevaba trazas de acabar de perrísima manera, y en que se decidió que la hacienda volviese á ser arrendada al mismo sujeto

de quien Jorge la había recibido. Aquél la recibió dotada con buen número de chirimbolos de reciente invención, inventados para engaitar á los hacendados menoristas y manirroto, y que diz que servían para facilitar maniobras.

D^a Clemencia, que, ansiosa de verse libre de cuidados, anhelaba que su hijo quedase cuanto antes definitivamente establecido, se quejó des-templadamente de los que lo habían educado, de Ánderson, que no había sabido elegirle carrera, y de su negra suerte que se había complacido en hacer de ella la más desgraciada de las mujeres.

Al tosco y chillón trapiche de Guátima ha sucedido una máquina en que tres rollos horizontalmente colocados y de luciente acero exprimen las cañas, y, como fuertes que son, trabajan sin quejarse y sin jactarse del esfuerzo con que desempeñan sus deberes. Varias ruedas y piñones dentados los ponen en conexión con la grande y ancha rueda de madera que, colocada fuera del testero del nuevo edificio, recibe el agua de la acequia que pausadamente cae sobre ella y que pausadamente va escurriendo, y gira con majestad y con empuje irresistible.

El aceite que lubrica las piezas de la nueva máquina ha reemplazado al zurriago que antaño facilitaba los movimientos de la antigua.

En vez del estruendo que solía reinar en el edificio que ha desaparecido, reinan ahora el sosiego y un silencio sólo interrumpido por la rueda hidráulica que, al girar, forma rumor como de golpes seguidos, isócronos y sordos.

Cuando hubo de montarse aquel aparato, vino de lejos un ingeniero á quien se buscó para que dirigiese la operación; mas el ingeniero enfermó cuando ésta se hallaba á los principios, y Pablo, que, con su natural despejo, había adivinado el uso y la colocación de cada pieza, fue quien puso la máquina en estado de funcionar.

En el tiempo que ha transcurrido desde su última entrevista con su madre, ésta en sus cartas no ha cesado de instarle para que se decida por el matrimonio con Modesta. Pablo, multiplicando siempre las manifestaciones de su sumisión y de su cariño, se ha esforzado por quitarle de la cabeza aquella idea y por persuadirla de que, para la felicidad de entrambos, más puede esperarse de la resolución de dejar las cosas como se están que de la realización de su designio.

La langosta ha desaparecido tiempo há, y

las plantas, podadas por ella, han retoñado vigorosamente.

Pero sobre Guátima y sobre su dueño ha caído una plaga peor que aquélla y peor que las diez de Egipto: ha caído un pleito.

D. Leonardo y aquel vecino suyo á quien llamaba D. Abelargo Barrabás nunca habían deslindado sus propiedades, que eran limítrofes; cada uno pretendía ser dueño de un gran triángulo que mediaba entre el terreno que, sin que en ello cupiese duda ni litigio, le correspondía, y el terreno que del propio modo poseía su colindante.

Por muchos años se habían bandeado para dirimir las competencias y reyertas que se suscitaban entre ellos, escribiéndose cartas como cantáridas, y mandándose recados que levantaban ampolla. Pero, como al señor Barragán se le hubiese antojado cultivar gran parte del litigioso triángulo, promovió un juicio de deslinde. D. Leonardo se trasladó á la capital y puso su asunto en manos de un famoso abogado. Las notarías brotaron mamotretos antiguos, y borbotaron declaraciones de los más viejos de los habitantes de las dos haciendas. Aquello se intrincó y se embarulló de manera que todas las Academias

de Jurisprudencia no habrían acertado á des-
embarullarlo.

Pero háganme ustedes el favor de declararme si sería fácil tal empresa, cuando las escrituras en que se describían los linderos de las dos fincas decían: "Por el Norte, la quebrada de Hernán Pérez, aguas arriba, hasta la casa en que vivía el difunto Angel Samudio, y de ahí una línea recta hasta el punto llamado Filo-de-sierra." Y el difunto Angel Samudio había, según se comprobó, vivido en dos casas, de las cuales *hasta las ruinas habían perecido*. Y el punto llamado Filo-de-sierra, era la cresta más alta de la montaña, cresta que no dejaría de medir una buena legüita.

D. Leonardo y su contrincante no hablaban sino de su pleito, y era raro no hallar á cada uno de ellos trazando los linderos en el suelo ó en la pared. Cada uno vomitaba denuestos contra el otro; pero ninguno acertaba á decir para ilustrar la cuestión pendiente, sino que su adversario era un bribonazo que debía arrastrar cadena.

Nada nuevo les diremos á los lectores si les decimos que sobre el punto debatido se escribieron y se publicaron dos folletos. Lo que pueden

ignorar ó haber olvidado son los títulos. El folleto que llevaba al pie la firma de Barragán, se llamaba *Conozcan ustedes á un bribón*. El otro, *¿Cuál será el bribón?* Ambos estaban decorados en la portada con su viñeta, que representaba la balanza de la Justicia; y ambos fueron muy leídos... por el empleado de la imprenta que corrigió las pruebas.

En el terreno disputado hubo *vista de ojos* con asistencia de jueces, abogados y curiales de todas raleas; pero ningunos ojos tuvieron la vista necesaria para penetrar en las oscuridades del asunto. Ya: como que los jueces y su comparsa no recorrieron todo el dicho terreno, y se contentaron con mirar hacia él desde un cerrito en él comprendido.

Pablo, que lo conocía como á sus manos, comprendió fácilmente, oyendo hablar á los abogados, cuál era el meollo del asunto, y comprendió asimismo que la litis entablada no podía ser decidida con visos de legalidad ni por el mismo Salomón, y que, tarde ó temprano, había de terminarse por una composición más ó menos amigable.

Adquirido que hubo esta convicción, empezó á tirar sus líneas.

D. Leonardo, que era rutinero y adverso á lo que él mismo no hubiese hecho ó discurrido, se había mostrado despreciador de la industria cafetera. A los cafeteros los llamaba *cafuches* ó *cafeotes*.

Pablo estaba madurando un gran proyecto, y el lector va á enterarse por sus cabales de las trazas de que se sirvió para preparar detenidamente y asegurar su realización.

Casi partiendo límites con las tierras más altas de Guátima, existía el cafetal de *Los Cayos*, reputado como el mejor de la comarca, establecido y cuidadosamente manejado por Gabriel Enríquez, joven caucano que, después de haber estudiado medicina, había resuelto consagrarse á la agricultura y lo había puesto por obra empleando para ello una cuantiosa fortuna que había heredado.

En la persona de Gabriel podía notarse más de un punto de semejanza con la de Pablo. Como él, era un apuesto y robusto mozo, y como él, despejado é infatigable.

Pablo procuró, y le fue facilísimo, trabar amistad con su vecino, é inducirlo á que convidase á D. Leonardo á dar un paseo por su posesión.

El convite fue hecho y aceptado; y un domingo se verificó la visita á *Los Cayos*.

Industriado por Pablo, Gabriel, como quien no quiere la cosa, le hizo recorrer á D. Leonardo lo mejor del cafetal y le conversó por largo rato sobre las excelencias de su industria.

La suerte, que parecía estar en connivencia con Pablo para poner en cierto temple el ánimo de D. Leonardo, había dispuesto que, en la semana anterior, se quemara parte de la miel, se descompusiese la hornilla y se muriesen dos mulas.

El domingo aquel volvió D. Leonardo del paseo muy bien humorado y lleno de animación.

Ya arrellanados tío y sobrino en sus mecedoras, dijo el primero:

—Pues sí, mi señor D. Pablo María Ferrer Ibarzábal Berabetacundi de los Cogollos y otras hierbas, ¿qué dice su señoría del establecimiento que acabamos de visitar?

Con marcada frialdad y como distraído, contestó el interrogado:

—Yo lo conocía mucho. Hoy nada me ha llamado la atención.

—¡Caramba! ¡Poquito descontentadizo es el niño! Yo me he acabado de convencer de que el cultivo del café es en esta tierra el único negocio que promete algo.

—Quién sabe, tío. Este negocio puede tener sus quiebras.

—¡Cómo que quién sabe! ¿pues no ves que el producto es infinitamente mayor que el de la caña y que el de la ceiba de ganado?

—En eso caben muchas ilusiones.

—Las cuentas que nos ha hecho el vecino son palmarias.

—Hum, hum. Mañana en todo el día salimos con que bajan las letras ó el precio del café en el extranjero.

—Las letras no harán más que ir subiendo mientras tengamos aquí el maldito papel-moneda; y el papel-moneda no se acaba sino cuando la rana críe pelos. El precio del café irá subiendo, porque, según dicen, su consumo se va extendiendo prodigiosamente.

—Y su cultivo también.

—Demos caso que se cultive en todo el mundo: el café colombiano es el más apreciado de todos.

—Y puede resultar también que viene la enfermedad del café, que faltan brazos, quién sabe cuántas otras contrariedades. Acuérdesse usted del tabaco de Ambalema, del añil, de las quinas.

—Vaya, señor D. Pablos, con hombres tan

apegados á la rutina como usted, este país no puede marchar.

—Nada. Hay que ir á paso que dure. Las cebas no caerán mientras la gente necesite comer carne; ni la miel mientras haya quien beba chicha, guarapo y aguardiente, y quien consuma azúcar y panela.

—¡Ah! Y hay que considerar otra cosa: viene una revolución, y le llevan á uno todo el ganado.

—Sí, señor, viene una revolución, y le llevan al cafetero todos los peones, á tiempo en que hay que desherbar ó que cosechar, y todo se lo lleva la trampa. ¿Sabe usted, tío, qué es lo que me provoca? Que usted establezca un cacaotal en Las Palmas.

—¡Quita allá! No me mientes cacaotal. Ya hice el ensayo y salió endemoniado.

Esta conversación no tuvo, por lo pronto, consecuencia ninguna.

En esos mismos días, Pablo, á fuerza de maña y de paciencia, le arrancó á su tío una autorización plena para intervenir en lo del pleito y para procurar un avenimiento con el señor Barragán. “Haga usted, señor doctor D. Pablos, todo lo que se le antoje; pero tenga desde ahora por averiguado que ese viejo bandido no entrará en com-

posición de ninguna clase. El no se conformará con no robarse ese terreno.”

Apercibido con esa autorización, Pablo se trasladó á la capital, y celebró consulta con el abogado y apoderado general de su tío. El abogado se rió cuando Pablo le dio á entender cuál era su intento. Ya él le había sondeado el ánimo á D. Abelardo y lo había hallado inflexible. Y le declaró positivamente á Pablo que, si iba á hablarle de cosa que oliese á avenimiento, se exponía á que lo echase de su casa á puntapiés.

Y así pudo suceder en efecto, á pesar de que Barragán estaba impaciente y furioso con las dilaciones, y renegaba como un condenado contra las notificaciones, los autos, los términos, las excepciones, las compulsas, los interrogatorios, las articulaciones, las apelaciones, las competencias é incompetencias, los incidentes y toda la monserga forense con que lo mareaba su abogado cada vez que él, esperando la noticia de que ya iba á salir la sentencia, lo interrogaba. Los rayos de su ira se encaminaban principalmente contra el bribón de D. Leonardo; pero no faltaban chispas que saltaran sobre los códigos, sobre esta nuestra enmarañada legislación, sobre los jueces y magistrados, sobre los abogados y los notarios,

sobre lo que costaba el papel sellado, y hasta sobre el cuitado del portero que le hacía las notificaciones.

Cuando Pablo, ya medio descorazonado con lo que le dijera el jurisconsulto, estaba devanándose los sesos á fin de hallar modo de poner por obra su propósito, sobrevino y llegó á sus oídos una circunstancia de la que, con su natural viveza, advirtió al punto que podía sacar gran partido: D. Abelardo iba á hacer ejercicios espirituales.

Pablo sabía bien que, de un hombre que ha hecho los ejercicios espirituales, por empedernido pecador que sea, se debe esperar que, á lo menos en los días inmediatos á los del piadoso retiro, no proceda sino con arreglo á las máximas evangélicas.

Pablo aguardó, pues, el fin de los ejercicios.

Como ya había empezado á hacerlo desde su venida á Bogotá, frecuentó la casa de su tío Jacobo y tuvo con Cecilia entrevistas en que, cualquiera que fuese el principio de la conversación y por más que ambos interlocutores se empeñasen en excluir de ésta todo lo concerniente á sus afectos respectivos, siempre venían á tratar de ellos. Absteníase Pablo de toda efusión tierna y apasionada del suyo; pero no podía ocultarlo á

su prima. Esta, demostrando á Pablo el más cariñoso interés, pugnaba por apagar suavemente la llama que ella misma, aunque sin saberlo, había encendido. Por de contado, sus esfuerzos, lejos de conducir al fin á que los dirigía, activaban aquel incendio.

Confidencias como las que se hacían Pablo y Cecilia no son comunes: el galán y la dama que no se corresponden, rompen de una vez, aunque en el enamorado quede ardiendo el fuego de la pasión; y aunque no rompan, se abstienen de hablar de lo que entre ellos pasa, y aparentan tratarse como si entre ellos no hubiera más relaciones que las comunes y ordinarias.

Pablo y Cecilia, gracias á la franqueza ingénita de entrambos, y al hábito, tan tempranamente arraigado, de comunicarse cuanto pensaban y sentían, no podían dejar de conducirse de un modo que parecerá extraño á los que no hagan caudal de estas dos circunstancias.

D^a Mariana tampoco perdió el tiempo que Pablo empleó en aguardar que D. Abelardo estuviera disponible. No quiso fastidiar á su hijo con largos sermones sobre el tema consabido; pero aprovechó todas las coyunturas que le parecieron propicias para soltar especies en favor de su pro-

yecto. En esta temporada, á lo que juzgó atinado aplicarse fue á trazar entrevistas entre Pablo y Modesta. Varias veces convidó á D^a Liboria y á Modesta á tomar chocolate en su casa, y advirtió á su hijo que debía no faltar á la merienda y ayudarle á hacer los honores de su casa. Otras noches hizo que Pablo la acompañase á hacer visita en casa de su cuñado. Al mismo tiempo cuidaba de introducir en la conversación con Modesta cuanto pudiera hacerle formar de Pablo el más ventajoso concepto.

Tal vez se le fue un poco la mano, y se le fue asimismo la lengua, al poner por obra sus estragemas, pues Modesta penetró sus intenciones. De lo que no se percató fue de que su tía Mariana obraba de *proprio motu*, sin consentimiento de Pablo y aun á pesar de él. Creyó, como era de cajón, que estaba trabajando en favor de su hijo á instancias de éste mismo; y se creyó preferida por Pablo. Este descubrimiento le hizo experimentar emociones nuevas y para ella desconocidas; fue como soplo repentino de viento cálido que agita las aguas de un lago tranquilo.

De ahí en adelante, la piadosa amiga con quien Modesta ventilaba cuestiones espirituales, á quien hacía y de quien recibía confidencias acerca de celestiales inspiraciones y de santos movi-

mientos del corazón, comenzó á notar reservas y restricciones en la expresión de sus sentimientos. Ya no decía, por ejemplo: "Si me siento tentada por el orgullo cuando me creo favorecida por Nuestro Señor con algún dón especial...." Si se le ofrecía expresar eso mismo, hablaba en tercera persona: "Si una alma se siente tentada...."



CAPÍTULO IX



PABLO, á su venida, había encontrado á su madre con la salud muy quebrantada. Aquejábanla cierta inanición, insomnios continuos y palpitaciones en el pecho. Un médico de nota por quien Pablo la hizo examinar, declaró, después de auscultarla y de darle golpecitos en toda el arca del cuerpo, que tenía muy afectado el corazón; otro médico de más nota, previos el tamboriteo y la auscultación, opinó que todos aquellos síntomas eran nerviosos, y que desaparecerían con sólo que la enferma llevara por algún tiempo un régimen reconstituyente.

Así estaban las cosas cuando Pablo volvió á ausentarse.

Pero Pablo no se ausentó sin haber llevado á cabo su insigne determinación. Para no dejar

traslucir la inocente malicia de su proceder, no se le presentó á D. Abelardo sino dos días después del último del retiro espiritual. D. Abelardo apenas alcanzó á disimular la violencia que tuvo que hacerse para no recibir con marcado desabrimiento al que él miraba como el *alter ego* de su contrincante.

Ninguna tuvo que hacerse Pablo para mostrársele respetuoso y amable: su presencia y sus modales cautivaban á quienquiera que con él tuviera que entenderse, y esto sin que él lo intentara ni lo supiera.

—Vengo, dijo al señor Barragán, á hablarle á usted de un asunto que le es enfadoso; pero con ánimo de tratarlo del modo que puede ser menos desagradable.

—Ya supongo cuál es ese asunto, respondió D. Abelardo, siempre refrenando los ímpetus del hombre viejo, es decir, del hombre que era antes del retiro espiritual. Ya supongo cuál es; y le aseguro á usted que necesito revestirme de mucha paciencia para ventilarlo, sea del modo que fuere.

—En todo caso, ruego á usted que vea en mí, no un representante de otra persona alguna ó de intereses opuestos á los suyos, sino un indi-

viduo imparcial que conoce muy á fondo el asunto á que usted y yo hemos aludido, y que desea ventilarlo con usted con la misma sinceridad, la misma buena fe y las mismas intenciones con que lo trataría si tuviera la honra de ser el mayor amigo de usted.

—Muchas gracias. Lo escucharé á usted con gusto.

—Bien. A usted no se le oculta que ni las pruebas preconstituídas....

—Alto ahí, señor D. Pablo. Para que los dos podamos entendernos, es menester que no me venga con términos de abogado. Ese guirigay me tiene frito.

—Mejor que mejor. Le decía á usted que, como lo comprenderá muy bien, ni las escrituras que describen los linderos ni las declaraciones que se han tomado pueden darle luz suficiente á un juez para fallar sobre el punto que es materia del pleito.

—¿Pues cómo no? Si las escrituras dicen que el lindero por el Norte es una línea recta....

—A mi vez, señor D. Abelardo, me permitiré suplicar á usted que no entremos en discusiones que ya se han repetido demasiado sin que á nadie hayan hecho mudar de parecer. Yo que-

rría no someter á su discernimiento sino una sola pregunta.

—Vamos á ver, ¿cuál es esa pregunta?

—Si usted, no como juez, ni como perito, ni como agrimensor, sino como hombre de buena vista y de tan buen entendimiento....

—Muchas gracias.

—Si usted tuviera que trazar la línea recta desde la casa que fue de Samudio hasta Filo-de-sierra, ¿cómo desempeñaría usted esa operación? ¿Cuál trazaría de las infinitas líneas que podrían tirarse suponiendo que fuese conocido el punto de partida y teniendo presente que Filo-de-sierra no es un punto sino un espacio muy extenso?

—Pues eso es lo que deben hacer los jueces: fijar esos puntos.

—Pero no lo han hecho en más de seis ú ocho meses que llevan de andar á vueltas con las escrituras y con las declaraciones.

—Es que esta administración de justicia.... ¡Dios me perdone, pero esos señores jueces y esos abogados....!

—No han hecho nada.

—Así es la verdad, por desgracia.

—Y al fin, si son rectos, y si ven que el asunto no puede aclararse, acabarán por decidir que

el terreno en cuestión debe dividirse en dos partes iguales, una para usted y otra para....

—¿Y harían eso?

—Póngase usted en lugar de ellos. Y resultaría que la parte mejor, la que tiene aguas, la que usted ha empezado á cultivar quedaría unida á Guátima....

—¡Cara....caramba!

—Mi deseo sería que eso no se dividiera y que todo el globo de tierra quedara de propiedad de usted.

—Pero si ahí está la dificultad.

—No, señor. Sin que usted desembolsara dinero, y con que hiciese sólo un pequeño sacrificio, podríamos alcanzar ese resultado.

—¡Caramba! ¿Y cuál sería ese sacrificio?

—Desprenderse de Ayamonte, de ese pedazo de montaña que usted posee en la parte alta de sus posesiones y del que no saca rendimiento ninguno.

—¡Caramba! ¡Caramba! Eso habría que pensarlo mucho.

—Pues piénselo usted todo lo que guste; y vaya usted pensando también en los términos en que ha de escribirle á su abogado que le pase la cuenta de sus honorarios y se dé por despedido.

rría no someter á su discernimiento sino una sola pregunta.

—Vamos á ver, ¿cuál es esa pregunta?

—Si usted, no como juez, ni como perito, ni como agrimensor, sino como hombre de buena vista y de tan buen entendimiento....

—Muchas gracias.

—Si usted tuviera que trazar la línea recta desde la casa que fue de Samudio hasta Filo-de-sierra, ¿cómo desempeñaría usted esa operación? ¿Cuál trazaría de las infinitas líneas que podrían tirarse suponiendo que fuese conocido el punto de partida y teniendo presente que Filo-de-sierra no es un punto sino un espacio muy extenso?

—Pues eso es lo que deben hacer los jueces: fijar esos puntos.

—Pero no lo han hecho en más de seis ú ocho meses que llevan de andar á vueltas con las escrituras y con las declaraciones.

—Es que esta administración de justicia.... ¡Dios me perdone, pero esos señores jueces y esos abogados....!

—No han hecho nada.

—Así es la verdad, por desgracia.

—Y al fin, si son rectos, y si ven que el asunto no puede aclararse, acabarán por decidir que

el terreno en cuestión debe dividirse en dos partes iguales, una para usted y otra para....

—¿Y harían eso?

—Póngase usted en lugar de ellos. Y resultaría que la parte mejor, la que tiene aguas, la que usted ha empezado á cultivar quedaría unida á Guátima....

—¡Cara....caramba!

—Mi deseo sería que eso no se dividiera y que todo el globo de tierra quedara de propiedad de usted.

—Pero si ahí está la dificultad.

—No, señor. Sin que usted desembolsara dinero, y con que hiciese sólo un pequeño sacrificio, podríamos alcanzar ese resultado.

—¡Caramba! ¿Y cuál sería ese sacrificio?

—Desprenderse de Ayamonte, de ese pedazo de montaña que usted posee en la parte alta de sus posesiones y del que no saca rendimiento ninguno.

—¡Caramba! ¡Caramba! Eso habría que pensarlo mucho.

—Pues piénselo usted todo lo que guste; y vaya usted pensando también en los términos en que ha de escribirle á su abogado que le pase la cuenta de sus honorarios y se dé por despedido.

Esta semi-chanza de Pablo iluminó como rayo vivífico el rostro del empedernido y aburridísimo litigante.

Pablo se levantó para despedirse.

—Aguárdese, mi amigo D. Pablo, le dijo Barragán, vamos á ver qué le parece este anisado que me han traído con muchas recomendaciones.

—Muchas gracias. Vamos á ver.

—Salud.

—Salud.

—¡Krrrrr!

—Está exquisito.

—¿Sabe usted, mi amigo D. Pablo, lo que hemos de hacer? Mañana. . . .no, mañana es día de fiesta; pasado mañana, se viene usted á almorzar conmigo y volvemos á hablar del negocio.

—Con mucho gusto. Un millón de gracias. Adiós.

—Adiós, señor doctor. . . .Usted es doctor, ¿no es así?

—Nada, señor D. Abelardo.

—¡Caramba! Qué tal si se hubiera graduado. ¿Quién se animaba á pasarle por junto?

Pocos días después llegaba á manos de D. Leonardo el siguiente telegrama: "Pleito acabado. Barragán dueño terreno disputado. Si usted

quiere establecer cafetal, mande peones rozar Ayamonte: es suyo.

FERRER."

Hé aquí la contestación: "¡Botarate de cien mil (100,000) demonios! Déjame sin lo mejor mis tierras. ¿Cuándo hay que ir firmar escritura?

LEONARDO."

¡La montaña! ¡Cuántos han visto de cerca ó de lejos la montaña! ¡pero qué pocos la conocen!

Es necesario haber penetrado en ella para saber cuán esquiva y adusta se nos muestra, y cómo nos halaga al mismo tiempo brindándonos con las riquezas que guarda para nosotros en su seno.

Bajo la inmensa y tupida bóveda que jamás han penetrado de lleno los rayos del sol, reina una claridad opaca, difusa y teñida de los colores que allí dominan, claridad de que no dan idea los crepúsculos y de que no pueden ofrecer imitación las cortinas que en nuestras viviendas mitigan la luz.

De cuando en cuando, y si el viento separa

momentáneamente los follajes, se dibujan en el suelo labores luminosas y movedizas, al mismo tiempo que las ondas de luz cabrillean en las hojas lustrosas de muchos árboles.

Aquella claridad parece ser una con el ambiente. El aire, eternamente encerrado, se carga de las emanaciones de los vegetales vivos, de las de los despojos que han estado por siglos en silenciosa efervescencia, de las de muchas plantas resinosas y de las de la tierra, que son como las que se exhalan del suelo de un camino cuando la lluvia comienza á humedecerlo.

Del ambiente parece quedársele algo adherido á quien penetra en la montaña. El que sale de ella, sale oliendo á montaña.

Las columnas, ya rectas y cilíndricas, ya airoosamente curvas é irregulares; ya formadas de haces de troncos; ya lisas, ya adornadas con labores más ó menos simétricas, corresponden por su grandiosidad y su poder á la soberbia bóveda; y cuando en uno de los oquedales del bosque se le presentan al espectador en hileras regulares, hacen comprender cómo sugirió la naturaleza á algún antiguo arquitecto el plan de una basílica.

No es raro que un accidente del terreno, como un peñasco blanco ó rojo, rompa pintorescamen-

te la uniformidad de la perspectiva. Abundan producciones raras que enajenarían á un botánico y á un naturalista; flores, plantas trepadoras, parasitas que serían el orgullo del jardín que las poseyese; árboles y arbustos de formas pictóricas; festones airoso que engalanan la gran bóveda como para una próxima fiesta; pero ninguno de estos detalles es poderoso á divertir el ánimo, absorbo en la contemplación del grandioso conjunto.

La primera de las hosquedades con que la montaña repele al que trata de violar su recinto, consiste en la naturaleza de su suelo. Infinitos troncos y ramos de árboles que han caído de vez y que aguardan su final descomposición se relazan unos con otros y con las raíces que salen fuera de la tierra. Los huecos de la intrincada red que forman se rellenan desigualmente con las hojas y la chamarasca que los años y los vientos desprenden de los árboles. Sobre esa masa se extiende una capa de musgos y de parasitas que prosperan viciosamente, protegidos por la humedad y la sombra perpetuas. El pie del explorador se hunde allí y encuentra, en vez de asiento sólido, marañas, espinas y púas que lo aprisionan y lo desgarran. El que, dando con algún espacio

en que el monte bajo sea menos denso é impene-
trable que en los demás, logra abrirse camino por
algún trecho y avanzar un poco, se ve detenido
por troncos gigantescos que, tendidos, le cortan
la ruta que pensaba seguir.

No menos que la vista se sorprende el oído
en la montaña. La resonancia del aire es allí pere-
grina, como es peregrina la claridad. Los sonidos
no se perciben allí como en otros lugares. El que
visita la montaña desconoce el de su propia voz.

Bandadas de guacamayos y de loros y mana-
das de monos, gritando en coro, llenan á veces
los ámbitos del bosque con sus voces penetrantes,
ásperas y desacordes. Otros habitantes de las es-
pesuras sueltan la voz en *solos* más ó menos me-
lodiosos. Cuál de los cantores alados alegra la
soledad con sus trinos; cuál, gorjeando melancó-
licamente, parece sentir é interpretar la poética
tristeza que en aquellos sitios se apodera del alma;
cuál parece hacer burla del viajero. La paloma
torcaz arrulla amorosamente.

También interrumpe á veces el casi pavoroso
silencio un animal montés que, sin dejar percibir
bien su forma y asustado con la presencia del via-
jero, cruza rápidamente por delante de él rom-
piendo las marañas que cubren el suelo.

Todo, en la montaña, convida á la meditación.
No sin cierto sobrecoimiento, se dice en ella el
hombre contemplativo: "Donde yo estoy asen-
tando mi planta, ninguna otra se ha asentado en
el curso de todos los siglos."

"Pocas horas hace que me aparté de los de-
más hombres, de las poblaciones, tal vez de los
refinamientos del lujo, y me hallo en este mo-
mento tan separado de la sociedad, tan en pose-
sión de la libertad natural y primitiva, tan fuera
de la acción de las leyes y de toda jurisdicción
humana, como si me hubiera trasladado á la más
desconocida de las islas desiertas.

En la montaña se adivina un mundo aparte,
un mundo con sus amores, sus odios, sus comba-
tes, sus agitaciones, sus apacibles escenas y sus
horrores.

¡Cuántas generaciones de vegetales han vivi-
do y han perecido ignoradas en la selva, prepa-
rándose con sus propios despojos gloriosa suce-
sión, sin espectador humano que contemple su
majestuosa hermosura ni admire los primores de
sus galas!

No sin razón los antiguos, con su fantasía,
poblaron los bosques de seres capaces de enten-
der los rumores misteriosos que los animan y de

gozar las voluptuosidades para las cuales la umbrosa soledad ofrece repuesto y sosegado retiro.

Al pie de los fornidos, corpulentos y vividores hijos de la tierra, el hombre se siente pequeño y endeble; pero ¡cómo se siente luego rey de la creación si considera que el bosque, en su silenciosa inmovilidad, ha aguardado por siglos á que el hombre quiera venir á aniquilar su pompa para enseñorearse del suelo y obligarlo á cubrirse de producciones que, en cotejo con las que de suyo ha ostentado, son harto efímeras y ruines.

Pablo, dándose á la tarea de talar el bosque y de disponer su suelo para el nuevo cultivo, contempló y estudió la montaña con alma de poeta; y, con brío y pujanza de varón fuerte, se preparó á dominarla y á hacerla tributaria.

Ya el acero y el fuego les han abierto espacio al aire y al sol para que bañen á su sabor el suelo de un gran recuesto de la montaña, undoso y cortado por hondonadas. Alterna allí el blanco de la ceniza con el negro de los troncos que han resistido sin consumirse al abrazo mortífero de las llamas.

Como algunos raros habitantes de un lugar

arrasado súbitamente por espantable catástrofe, que han tenido la triste fortuna de sobrevivir á sus convecinos, contemplan atónitos y macilentos las ruinas de lo que fue su pueblo, algunos árboles que han resistido á la devastación de la selva parecen llorar sobre sus despojos.

Pero aquella superficie por donde ha paseado la destrucción es ahora más inaccesible y escabrosa que nunca. Falta *despalizarla* y descubrir el suelo en que han de vivir el café y los árboles que deben favorecerlo con su sombra.

Esta faena no es la menos costosa ni la menos dilatada, por más que el fuego haya de auxiliar en ella al cultivador, tornando á cebarse en los troncos y en las ramas no consumidos por el grande incendio.

En tal faena se hallaba ocupado Pablo, cuando cierta noche, al volver él de la montaña, le dijo su tío:

—Hombre, parece que tu madre sigue un poco mal: sería bueno que fueras á hacerle una visita.

—No me oculte usted nada, tío. ¿Es que mi madre está muy grave?

—No, no te alarmes. Lo que me escriben es que tuvo un ataque de su enfermedad que la re-

dujo á la cama por dos ó tres días, y que la ha dejado quebrantadita y muy preocupada.

—Bien, tío, si á usted le parece, me voy ahora mismo.

—No hay para qué hacer el viaje de noche. Mariana se sobresaltaría cuando supiera que te habías apresurado tanto. Dicen que hay que ahorrarle con mucho cuidado las emociones y las contradicciones.

Esta última especie trajo instantáneamente á la cabeza de Pablo un mundo de pensamientos. Su imaginación le representó el cúmulo de combates y de sacrificios que aquella situación de su madre le aparejaba.

La presencia de Pablo iluminó las facciones demacradas de su madre como con destello de felicidad. Pablo había llegado á su casa antes de mediodía; acompañó á D^a Mariana hasta después de la comida, y luego salió. Á eso de las siete de la noche, D. Jacobo fue á hacer á su hermana la visita que á esa hora acostumbraba hacerle desde que su dolencia se había agravado.

—Cada vez, dijo á su hermana, que viene Pablo, viene más hombre y más buen mozo. Ni siquiera se ha puesto amarillo como todos los que residen en tierra caliente.

—¿Ya lo viste?

—Sí: estuvo en casa esta tarde.

D^a Mariana reprimió un movimiento de disgusto y tocó otro registro.

Pablo la halló aquella noche en la postración en que, según le habían dicho, se la había visto antes de su llegada.

Su primera diligencia al día siguiente fue avisarse con el médico que asistía á su madre y rogarle que le hablara con toda claridad acerca de su situación.

—La situación de la señora, dijo el facultativo, me parece grave, pero de ningún modo desesperada. En el corazón no le he hallado cosa que deba alarmarnos. Pero estas afecciones nerviosas, ya usted sabe que á la larga originan desarreglos en la circulación, y por lo mismo no hay que desatenderlas.

—Y fuera de la aplicación de las medicinas que usted ha prescrito, ¿qué más juzga usted conveniente?

—No conveniente, sino absolutamente necesario, me parece, evitarle á la señora su madre sustos, contrariedades y motivos de aflicción.

Pablo se le abocó también al otro médico que había visto á D^a Mariana.

—Mi opinión, le dijo éste, ha sido la de que mi señora D^a Mariana tiene afectado el corazón.

—De manera que el caso, en concepto de usted, es de los más graves.

—No digo tanto. Con un buen régimen y con tal que la señora no tenga que sufrir sinsabores ó contradicciones que le alteren el ánimo, puede aún vivir bastantes años. Quien vive pacífica y sosegadamente, sin agitaciones ni luchas interiores, consume pocas fuerzas vitales. Ya usted sabe que todo malestar moral penetra en el organismo y dificulta y altera el funcionamiento de los órganos, principalmente de aquéllos que ya están afectados.

El dictamen del profesor que hallaba el desorden en los nervios no difería en un ápice en cuanto á tratamiento y en cuanto á pronóstico del del que le echaba la culpa de todo al corazón.

Cuando hubieron pasado dos ó tres días, D^a Mariana preguntó á su hijo:

—¿Has ido á ver á Modesta?

—Nada, mamá: no he tenido un momento desocupado. Anteayer fui á entregar á mi tía Liboria la carta de mi tío; pero no vi á Modesta: supuse que estaría fuera de la casa.

Pablo salió anunciando que tardaría en volver, pero antes de salir á la calle, recordó que había dejado su sombrero en el cuarto de su madre, entró en él inopinadamente y sorprendió á D^a Mariana llorando.

—¡Qué es esto, dijo, qué es esto, mamá de mi corazón!

—Nada, hijito, es que con estos males y esta debilidad me entra de golpe una lloradera....

—No, mamá; usted, por no mortificarme, me quiere ocultar el motivo de su aflicción; y para mí no habría ninguna como la de saber que entre usted y yo hay algo reservado. Por Dios, mamá de mi vida, no tenga secretos para mí.

—Nada hay que tú no sepas. Pero no quiero que te atormentes por mí. Muy pocos serán ya mis días, y Nuestro Señor ha de darme su gracia para que pueda pasarlos con conformidad.

—No, no, mamá, no es conformidad lo que yo quiero para usted: quiero tranquilidad completa, paz para su espíritu y contento inalterable.

—Pero ya tú ves que esos son bienes que nadie consigue en este mundo.

—Por bastantes años los ha gozado usted y los han gozado todos los nuestros. ¿Porqué no ha de poder suceder lo mismo en adelante?



CAPÍTULO X

DESPUÉS de haber tenido este coloquio con su madre, Pablo se abstuvo de frecuentar la casa de D. Jacobo, y más de verse á solas con Cecilia. D^a Mariana se enteró de ello cierta noche en que, á presencia suya, D. Jacobo preguntó á Pablo por qué no se había dejado ver en su casa.

Y á medida que escaseaban las visitas á Cecilia, menudeaban visitas á Modesta. En largas pláticas con ella, en que se trató de toda especie de asuntos, Pablo hubo de convencerse y aun de confesarse á sí mismo á pesar suyo, que esta su otra prima estaba muy lejos de ser bachillera y marisabidilla, como antes se lo figuraba. Y quienquiera que tratase frecuente y familiarmente á Modesta, advertía que ella, sin echarse por las veredas de un desenfado excesivo, se había munda-

nizado un tantico y aficionándose á conversaciones menos doctas y graves que las que solía seguir con su espiritual amiga. Habría podido asimismo notarse que la joven cuidaba con más esmero que antes de su traje y de su tocado.

—¿No te aburres, preguntó una vez á su primo, no te aburres mortalmente allá en Guátima? A ver, píntame tu vida.

—No tengo tiempo de aburrirme. Madrugo mucho; dispongo lo que hay que hacer en el trapiche y subo á la roza. Me estoy todo el día con los peones y almuerzo con ellos.

—¿Y almuerzas de lo mismo que ellos?

—La cocinera busca huevos y otras golosinas y hace buen café para mi almuerzo.

—¡Pero qué tristeza debe hacer allá!

—No. En primer lugar, hay muchísimo movimiento. Se trabaja de diferentes modos para acabar de limpiar la tierra; con el machete, y haciendo hogueras. Estoy ya poniendo estacas para marcar el sitio en que ha de sembrarse cada pie. Se están levantando los edificios en que han de montarse las máquinas. Ya hay un pedazo cubierto, y ahí he formado con tablas un cuartico en que me quedo á dormir cuando mi tío está aquí y cuando por algún motivo se redobla el trabajo.

—Y cuando te quedas á dormir allí, ¿te quedas solo?

—No: por ahí se quedan muchos peones, y para mi servicio se queda Felipe.

—¿El Felipe que dicen que se te parece?

—El mismo.

—No lo conozco.

—Está en Bogotá: vino á acompañarme.

Abriendo un paréntesis, observaremos que, desde aquel día, Modesta fijó la atención en Felipe, á quien veía á menudo apoyando con abandono el cuerpo en una de las jambas de los portones de las casas de sus tíos y de la suya, con su corroasca, que iba tomando forma de campana, la nuez al aire, la ruana blanca atravesada, el garriel y el cuchillo al cinto, sosteniéndose en una pierna y pasando la otra por delante, para venir á asentar en el suelo los dedos del pie.

Felipe, que era perspicaz, echó de ver que Modesta lo miraba con cierto interés, y empezó á mostrársele muy comedido. Si entre los dos se cruzaban algunas palabras, Modesta aprovechaba la ocasión para estudiar los puntos de semejanza y de disimilitud que podían observarse entre Felipe y su patrón, y reparaba, suponemos que con complacencia, en un óvalo de cara co-

rrespondiente por su regularidad á todas las facciones, en unas cejas bien delineadas, en una nariz recta y prominente, en unos ojos negros de mirada dulce, en los que echaba de menos cierta propensión á animarse y á chispear, que tenía muy estudiada en aquéllos con los cuales los comparaba.

Ahora volvamos al coloquio.

—¿Y dónde comes?

—Allá mismo, y con muy buen apetito.

—¡Ay, pero sólo con los peones y sin tener con quién hablar!

—Entretiene mucho oír la conversación de esa gente. Hay varios toldos, y van muchas mujeres de las familias de los peones. Aquello parece un campamento.

—Bien; pero el sitio se me figura que ha de ser muy triste: ¿no está todo quemado?

—En la roza sí, casi todo. Sólo han quedado dos fajas de monte á los lados de la quebrada que atraviesa oblicuamente el terreno destinado para cafetal. Pero eso no importa: aquél es un punto de vista magnífico, y desde él se abarca el paisaje más hermoso.

—Descríbemelo.

—Pues mira: la roza tiene ya unas doscientas

fanegadas que por abajo tocan con el lindero que separa á Guátima de Ayamonte.

—No me vengas con fanegadas, ni con números, ni con linderos. Esas cosas son muy prosaicas.

Pablo, dando forma poética á su razonamiento, sin hablar como libro y sin emplear expresiones que desdijeran del tono propio de la conversación más familiar, le hizo á su prima una animada pintura de lo que ella deseaba conocer.

Hé aquí el cuadro que quedó estampado en su imaginación:

Las faldas de la cordillera, plegadas y arrugadas como los bordes de un largo manto que arrastraran, llegan hasta la orilla del Bogotá. De la orilla opuesta arrancan otras semejantes. En esas faldas arrugadas se conciertan con arte exquisito colores y matices: el negro de los barrancos por cuyo fondo corre el río, en dondequiera que los derrubios los han despojado de vegetación; el verde tierno y alegre de los cuadros de caña, y el de los potreros de pará y de pasto de guinea; el verdinegro de las manchas de monte; el pardo oscuro de los potreros arrasados; el azul celeste de la sierra más alta; el blanco de las rocas que coronan esa sierra. A grandes tre-

chos resaltan como manchas blancas y rojas las casas de las haciendas y las de las poblaciones. En tiempo seco surgen plumas de humo blanco, de diferentes puntos de los cerros, mientras en otras partes el humo parece salir á borbotones de las entrañas de la tierra, si se le ha puesto fuego á un potrero, á una roza ó á una soca.

Ese humo se desata en el aire y se difunde por todo el paisaje como una gran gasa blanca, esfumando las líneas y aclarando los tonos. La luz se pone azulosa y los objetos proyectan una sombra indecisa.

Entonces, si la tarde está serena, los vapores se condensan en una grande y luminosa masa de ópalo que, cuando el sol va á llegar al Ocaso, se desgarrá y deja á la vista celajes rutilantes en que se combinan maravillosamente todos los tonos del oro y del fuego, escenario glorioso que el sol se apareja para, sin deslumbrar los ojos, dejarnos contemplar su disco agrandado y de color de brasa.

En ese mismo cuadro, culminando sobre los nevados de Ruiz y de Santa Isabel, aparece el Tolima, que, no recibiendo ya sino por la espalda los rayos del sol, se muestra como cubierto con un manto de moaré gris, á la vez mate y luminoso.

Por la noche, en tiempo de quemas, el ruedo del horizonte se ve tachonado de rojos luceros; á veces, por detrás de los montes lejanos, asoma el relámpago, semejando una ave gigantesca del color del nácar, que se empinara erizando su plumaje y sacudiendo sus alas.

En otra ocasión preguntó Modesta á su primo:

—¿Allá, en tierra caliente, no lees mucho?

—¡Qué he de leer! Cuando me fui á vivir allá, llevé libros, alucinado con la idea de que, en horas de descanso, había de poder estudiar algo; pero ¡qué engañado estaba! Allá no hay cuándo abrir un libro, y si hubiera cuándo, el cansancio, el calor y sobre todo el sueño, lo harían caer de las manos.

—Apenas concibo que una persona como tú pueda vivir sin leer. ¿No se puede siquiera hacer una lectura entretenida?

—Mira, tres veces he empezado á leer la *María* de Isaacs, y no he podido acabarla.

—¿Y la *María* no te ha interesado vivamente?

—¿Es decir que tú la has leído? Yo creía que tú no leías sino cosas muy serias.

—No he leído otra novela, ni quiero leer ninguna.

—¿Porqué aborreces las novelas?

—Porque casi todas tratan de un asunto que....

—¿De un asunto que qué....?

Esta pregunta la hizo Pablo mirando fijamente á su interlocutora con cierto aire de malicia infantil. Modesta se cortó un poco, y cuando alzó los ojos y miró á su primo, sorprendió en su rostro una sonrisa. Pablo no sabía sonreírse sino con dulzura, y Modesta estuvo muy lejos de interpretar aquella sonrisa como sonrisa de burla.

En varios coloquios como éstos, Pablo y Modesta llegaron á tocar, sin que aquél supiese cómo, á los confines de lo que era peligroso para su prima, alma ardorosa, sedienta de impresiones, inexperta y desapercibida.

En seguir esos diálogos encontraba Pablo el placer que encuentra siempre quien va mostrándole á un viajero curioso las peculiaridades, y acaso las maravillas, del país que éste visita por primera vez.

Pablo, movido por el deseo de darle un gusto á su doliente madre, le ponderó más de una vez el que él experimentaba departiendo con Modesta. Modesta, á su vez, le encarecía á D^a

Mariana el hechizo que hallaba en la conversación con Pablo. Con esto, la pobre señora vio el cielo abierto. Muchas de sus anhelosas plegarias se convirtieron ya en acciones de gracias.

Digamos de una vez que el contraste entre la conducta anterior y la presente de Pablo para con ella, tuvo á los ojos de Modesta el sentido y la fuerza de una declaración.

En aquellos días en que las cosas habían llegado á esta sazón, el viento de la amistad de Petrica había soplado hacia el lado de Modesta, y sobre ella soplaba con desusada violencia. A sus ojos, que eran de lince para todo, y mucho más para lo que concernía á la amiga predilecta, no se escapó la gran novedad de haberse tornado casi súbitamente íntimas y afectuosas las relaciones entre Pablo y Modesta.

Ni había olvidado Petra aquella escena del cuarto del piano, de que la suerte la había hecho testigo, ni dejaba de creerse sin motivos para juzgar que Pablo seguía aficionado á Cecilia. Entróle gran desazón y temor de que Pablo fuese á inspirar á Modesta una pasión que él no sintiera; y se propuso evitar esa desgracia tratando de infundir en su amiga los mismos recelos que á ella la inquietaban.

Modesta tenía de Pablo concepto demasiado elevado para que pudiera admitir como posible que él fuese capaz de engañarla; pero, con todo, las advertencias de la amiga dejaron su ánimo en tal disposición, que ya hubo de hacer involuntariamente cierto estudio de la conducta de su primo, y de reparar en nimiedades que, sin tales advertencias, habrían pasado para ella totalmente inadvertidas.

No omitió tampoco Petrica el ir á comadrear en casa de Cecilia sobre aquellos particulares, á fin de investigar qué emociones excitaban en ella. Halló á Cecilia impuesta en que Pablo parecía estar cortejando á Modesta; pero ni de sus palabras ni del juego de su fisonomía pudo sacar con qué satisfacer su curiosidad.

El frívolo y maligno público está dotado de un instinto tan misterioso y tan seguro para dar con lo que puede servirle de comidilla, como el que hace al animal recién nacido dar con su alimento.

Merced á esa preciosa facultad, se enteró de cuanto pasaba entre Pablo y Modesta y de mucho más; de aquí el que á ésta se le diesen bromas que, á falta de otros datos, habrían bastado para persuadirla de que su primo había puesto los ojos en ella.

Los amores y el noviazgo de Cecilia y Jorge se hallaban en un *statu quo* desesperante. Desesperante era para D^a Clemencia, que, por razones ya conocidas, ansiaba que se efectuase el matrimonio; desesperante para D^a Lucía, que estaba sobreaburrida de autorizar con su presencia las entrevistas de los dos amantes, cayéndose de sueño y suspirando por el feliz momento en que había de meterse en la cama y calentarse los pies; desesperante para los dos interesados, que no sabían qué explicaciones trazar para satisfacer á los que les preguntaban cuándo sería esa boda tan esperada.

Maliciamos que los coloquios bisemanales con su novio no le atenuarían mucho á Cecilia el fastidio de aguardar un día y un suceso que no se sabía si por fin habían de llegar. Y para que se vea con cuánta razón lo maliciamos, ofrecemos al lector algunas muestras de lo que eran dichos coloquios.

PRIMERA MUESTRA

—He pensado mucho (dice Jorge) sobre el modo de arreglar nuestra casa. Creo que lo mejor es la *sala imperio*.

—¿Y eso cómo es?



—Pues es el estilo griego resucitado cuando el primer imperio. . . . ¿No le parece que los *stores* han de ser cremas más bien que blancos? A mí me gusta mucho el crema.

—A mí también me gusta. Es muy bonito.

—Sobre las consolas, vasos etruscos.

—Sí.

—Cuarto del piano, Luis XV.

—Ese estilo tampoco lo conozco.

—Ah, muy hermoso. Abundan las curvas y dominan, como motivo decorativo, las tallas en forma de conchas.

—Ajá, eso debe ser muy lindo.

—Los muebles, forrados en terciopelo de Génova, y como adorno de las mesas, mayólicas italianas.

—¿Qué son mayólicas?

—Piezas de porcelana antigua.

—Ahora, el corredor ancho, con sillas de cuero, portuguesas, como las que vi en Dudley-House, que es el palacio del Conde Dudley. Comedor renacimiento, bien cargado de muebles. *Découvoir*, *dressoir* y *buffet* del mismo estilo. Las ventanas con *blinds* ingleses. Y ahora me acuerdo de que nos los puede despachar la casa de Maple á razón de tres libras seis.

—Muy bonito, muy bonito.

—Ah, y en el vestíbulo, un busto de Napoleón, como el que hay en Apsley-House, que es el hotel del Duque de Wéllington.

SEGUNDA MUESTRA

—¿Qué está leyendo ahora?

—No leo sino uno que otro ratico. Hemos leído unas pocas obras de Madama Craven, y papá nos trajo hace poco el *Diario de Margarita*. Nos ha gustado muchísimo; pero casi no hay tiempo de leer.

—No conozco esas obras. ¿A usted qué le gusta más, la novela sicológica, como la de Bourget; la descriptiva, como la de los Goncourt, ó la de Claretie, que es.

—Si no conozco nada de eso. Ni á papá ni á mamá les gusta que yo lea novelas. El *Diario de Margarita* dicen que es una novela muy moral, y por eso está en casa.

—¿Y poetas? ¿Usted conoce á Ténnyson?

—¿Nada. Apenas he visto una que otra composición en verso que me ha señalado alguna amiga.

TERCERA MUESTRA

—¿Cuándo va á casa?

—Quién sabe cuándo tendrá tiempo mamá de llevarme. Puede ser que en la semana entrante.

—Es que tengo mucha gana de que vaya para que vea un *Kettle* que le ha llegado á mamá de Inglaterra.

—¿Un qué?

—Un *Kettle*. Es un aparato para hacer el té y para mantenerlo caliente. Es mueble muy bonito..... Ah, y para que lo vea funcionar, váyase una noche á tomar el té con nosotros.

—Voy á decirle á mamá que tenemos que ir.

—Usted va muy poco á casa: mamá la quiere mucho á usted.

—Sí: misía Clemencia es muy fina conmigo.

—Mi papá también la quiere extraordinariamente..... Si usted hubiera visto la carta que le escribió á mi abuelita contándole nuestro compromiso y haciéndole elogios de usted.....

—El señor Árderson es también muy bueno. Yo le tengo muchísimo cariño.

CUARTA MUESTRA

—No: primero á New York, en el Allegany. Yo conozco ese vapor. Nos alojamos en el Windsor. Para la travesía hasta Francia, en el Turenne: es un buque-palacio. En París *nos apeamos*, como se dice aquí, en el hotel Maurice, rue Rivoli; y después nos establecemos en un *apartamento* cerca á la Estrella. Esto, en la primavera.

—¿Y cómo vive uno ahí? ¿Hay que tener cocinera?

—Como á cada uno le parece más cómodo. Yo preferiría que usted no tuviera que intervenir en menudencias domésticas.

—¡Pero qué feo! Eso de estar uno siempre como de visita.....

—Ah, es que allá apenas si alcanza el tiempo para visitar todo lo digno de verse y para asistir á los espectáculos. Para visitar el Salón, no más, necesitaremos quién sabe cuántos días.

—¿Cuál salón?

—El de la exposición de pinturas en el Palacio de la Industria.

—¿Y cuánto nos estamos en París?

—Ah, después del *grand prix*, nos vamos á la *Season* á Londres. En Londres, va usted á oír á Irving. . . . Sir Irving, porque la Reina lo ha ennoblecido. Va á oír á Sir Irving en Shakespeare, en el *Liceum*. En *Covent-Garden*, oiremos á la Melva y á los Resky. Usted va á gozar infinito en la *Agricultural-Hall*, que es una exposición muy superior á la del Palacio de la Industria. Usted no puede figurarse lo sabroso de la vida de Londres. Por la mañana, paseo á caballo en *Hide-Park*.

—No creo que una bogotana pueda acomodarse con esa vida. Las diversiones también empalagan.

—Oh, no, no, no lo crea. ¡ Hay tanta variedad! Antes de que usted pueda aburrirse en Londres, ya habrá arreciado el verano, y nos iremos á la isla de Wight. En el invierno, á Roma y á Florencia.

—¡ Qué papel el que iré yo á hacer por allá, siendo tan simple como soy!

—Oh, le aseguro que muy bueno, muy bueno. ¿ Y cómo vamos de lengua inglesa?

—Malísimamente. La señora que me enseña ha estado enferma, y hace días que no viene.

—Es mucha lástima, no sólo por la falta que

puede hacerle el inglés en el viaje, sino porque es menester que usted saboree la literatura inglesa.

QUINTA MUESTRA

—¡ Qué bonito vestido! ¿ Ese encaje es de los de.

—No sé de cuáles es. La modista fue la que lo compró.

—Lástima que las mangas no sean un poquito más anchas y más cortas. Mire, Cecilia, aquí no consigue uno que le hagan bien la ropa. En casa todo lo que usamos es traído de Europa. Y no sólo la ropa. Vea, mis armas me vienen de Westley, de New-Bond Street; las joyas se las envía á mamá Emmanuel. Ni aun los paraguas los compramos aquí; los que tenemos son de Sangster. Usted debe pedir á Europa sus trajes. Cuando quiera, yo le doy la dirección de las mejores modistas. Ah, y sus perfumes. Los perfumes debe encargarlos de la fábrica de Atkinson.

Si hubiera caracteres adecuados para representar los bostezos, estarían señalados de cuando en

cuando los que, más ó menos, bien contenidos, figuraron en los cinco diálogos que hemos presentado como muestras. D^a Lucía soltaba los primeros; y luégo, como tienen la maldita propiedad de ser contagiosos, se le pegaban á Cecilia. Algunas veces le parecía á la madre que la hija estaba conmovida por ternezas de Jorge; pero no había tales carneros: era que con la gana de bostezar lagrimeaba y tenía que enjugarse los ojos con el pañuelo.

D^a Clemencia había concebido el designio de vender la hacienda á fin de habilitar á su hijo para que hiciese los gastos del matrimonio y para que trabajase. Pero Mr. Ánderson, con su flema habitual, había hecho el *observamiento*, como él decía, de que, "si un joven no está buen por hacer un capital, él también no está buen por conservar el patrimonio que recibe de su padre ó de la señora su madre."



CAPÍTULO XI



MÁS QUE las enfadosas dilaciones, inquietaban á D^a Lucía y á D. Jacobo ciertas alteraciones en la salud de su hija. La principal de ellas consistía en unos dolores en las piernas que, á los comienzos, calificaban los médicos de dolores nerviosos. Este dictamen era sustentado por todas las mujeres que disertaban sobre el caso, las cuales sacaban á colación casos análogos á granel y porfiaban por que á Cecilia se le aplicasen los mismos remedios cuya eficacia habían experimentado los pacientes que mencionaban.

Alternaban los remedios caseros con los prescritos por los médicos. Unas veces parecían provechosos los primeros y otras los últimos. Los dolores crecían y menguaban, pero no se alcanzaba la curación completa. Por suerte, el médico

de la casa y otros á quienes se consultó, habían declarado que el mal no era de gravedad, y lo mismo hacían cuantos trataban del particular, afirmando que aquello era *un mal que andaba* y anunciando que, con el próximo cambio de estación ó con el simple trascurso del tiempo, Cecilia recobraría la salud.

Pablo, dejando á su madre bastante restablecida y consolada, merced á las inocentes trazas de que se había valido para hacerle olvidar cuánto le repugnaba á él la idea del enlace con Modesta, hubo de ausentarse nuevamente.

Partió de la ciudad llevando como espina clavada en el pecho la idea del conflicto en que había de hallarse si, como no era dudoso que aconteciera, su madre lo apuraba para que diese pasos serios á fin de hacer efectivo el soñado matrimonio.

Grande había sido siempre su sumisión al querer de su madre, pero ahora eran más poderosos que nunca los motivos para mostrársele dócil.

Aguardaba, y tal vez para dentro de poco tiempo, hallarse frente á frente con el tremebundo dilema que su conciencia le proponía: *Tratarás formalmente de casarte con Modesta, ó matarás á tu madre.*

Las cartas que siguió recibiendo de D^a Mariana no eran á propósito para tranquilizarlo ni para hacerle mirar como remoto el peligro que lo hacía temblar. Entre efusiones de cariño, cada vez más arrebatado, D^a Mariana le dejaba traslucir á su hijo la esperanza que parecía ser el hilo de que pendía su existencia.

No queremos pasar en silencio un hecho, al parecer, baladí, que ocurrió algunos días después de la partida de Pablo. Vino el cumpleaños de Modesta; y D^a Mariana no pudo conformarse con que ella no recibiera algún obsequio de su hijo. Mandó hacer un hermoso ramillete, ató á él una tarjeta de visita de las de Pablo, y lo envió á Modesta, haciendo ánimo de comunicar á Pablo lo que había hecho. Luégo se olvidó de escribírselo.

Desde el principio de la dolencia de Cecilia, los particulares que discurrían sobre ella y que daban consejos para su curación, habían apuntado la idea de que la enferma debía ser trasladada á tierra caliente, reforzando el consejo con relaciones de verdaderos milagros efectuados por la mudanza de temperamento. Los médicos, aburridos de probar tratamientos terapéuticos, vinieron á opinar como aquellos particulares y á pres-

cribir formalmente la traslación de Cecilia á alguno de los pueblos de clima cálido. El pueblo que se eligió fue aquél en cuya jurisdicción radica Guátima, por ser muy sano, por haber en él un baño de virtud muy probada contra dolores de todo linaje y por distar sólo una legua de las posesiones de D. Leonardo. Esta última circunstancia fue mirada como muy favorable, pues hacía aguardar, y con razón, muchas conveniencias para Cecilia y para sus padres, los cuales, como era de cajón, habían de acompañarla.

El único entre los nacidos á quien D^a Mariana le abría su pecho era el P. Velásquez, grande amigo de todos los Ibarzábales.

Entre las ventajas temporales á que este religioso había renunciado al pronunciar sus votos, debían contarse las que su buena cara y su postura hubieran podido proporcionarle. Su tez era fresca y sus ojos brillantes, igual que los de todos los hombres de vida inmaculada. Su continente era grave y reposado y con su mirada dominaba y atraía. Su trato tenía el hechizo particular que raras veces falta á los hombres de su estado, inteligentes y cultos. Jamás se mostraba propagandista ni daba á conocer en la conversación sus piadosos sentimientos; pero, aun tra-

tando de cosas indiferentes y aun festivas, disponía los ánimos á gustar de las cosas divinas.

Este sacerdote había aconsejado á D^a Mariana que, puesto que al matrimonio de Cecilia se le iban dando largas, y más de lo regular, aguardase con paciencia hasta ver si, como era muy factible, las partes interesadas se desajustaban, caso en el cual debería dejarse que Pablo proveyesse á su propia felicidad como mejor pudiera.

Si D^a Mariana no se hubiese sentido impulsada por otro móvil que por el anhelo de que su hijo no viviese torturado por aquel amor sin esperanzas, acaso habría seguido el atinado dictamen del eclesiástico; pero continuó emperrada en el propio, y vamos á explicar el porqué: allá en los repliegues de su corazón, había nacido muy endeble y muy á las calladas un sentimiento que, sin que ella quisiese consentirlo, se había arraigado y robustecido.

El desvío de Cecilia y el no haber sus padres sabido estimar la fortuna que había querido entrárseles por sus puertas, ofendía á D^a Mariana y la humillaba, y excitaba en su pecho el deseo de que su hermano, su cuñada y Cecilia vieses á Pablo casado con quien, según su particular criterio, valía por todos títulos más que la misma Cecilia.

Dados estos antecedentes, nadie habrá de maravillarse al saber que D^a Mariana se sobresaltó terriblemente al oír que Cecilia iba á pasar algún tiempo en las cercanías del domicilio de Pablo, cosa que reputó peligrosísima para su proyecto favorito. Bien echó de ver que habían de llover ocasiones para que los dos primos se hallaran mano á mano y para que Pablo multiplicase sus atenciones para con Cecilia.

A fin de hallarse á la mano para poder *atajar pollos*, como ella misma se lo decía soliloqueando, D^a Mariana deliberó declarar que también sería de la partida para acompañar á sus hermanos y á ver si el clima cálido le procuraba alivio en sus dolencias.

D. Leonardo y Pablo se enteraron de la determinación de que vamos tratando. El primero escribió á su hermano D. Jacobo instándole para que llevase á Cecilia, no á otro lugar que á Guátima, cuyo clima y cuyas aguas eran los de más probadas virtudes salutíferas entre cuantos podían hallarse en toda la redondez de Cundinamarca.

“Lucía y yo, contestó D. Jacobo, te hemos agradecido mucho la invitación que nos haces; pero, yo soy franco: si fuéramos á residir en tu casa, tú te empeñarías en hacer todos los gastos,

y eso no sería corriente. Tampoco querías consentir en que yo los hiciera y te mantuviera á ti y mantuviera á Pablo.

“Conque siempre nos iremos á permanecer en San Rafael, como lo han ordenado los médicos; pero con frecuencia iremos á Guátima á comerte medio lado.”

En el mismo punto en que se hubo recibido la contestación de D. Jacobo, su hermano y su sobrino se dieron con grande ahinco y echando mano para ello de muchos de los oficiales y peones que estaban trabajando en los edificios de Ayamonte, á hacer reparaciones en la casa.

Para que los lectores se hagan cargo de la urgencia con que las reclamaba, haremos de ella una ligera descripción.

La sala era espaciosa; en los ladrillos desnudos del pavimento y en las paredes y la tosca bóveda, enlucidos con cal, resonaban los pasos y la voz, como resuenan en todo aposento desprovisto ó escasamente provisto de muebles. En las paredes campeaban cuatro estampas, en que el tiempo había apagado los colores y dado al fondo color de humo. En cada testero y en cada costado había una puerta; faltaban ventanas; pero, aunque las cuatro puertas estuviesen ce-

rradas, entraba bastante luz por los agujeros que habían dado paso á la llave y á los clavos en época en que había habido cerraduras.

En un ángulo se veía un escaparate dado de ocre, en otro una mesa de nogal, y contra las paredes, dos escaños con balaústres torneados. Por ahí andaban también seis ú ocho taburetes forrados en vaqueta, á los que el uso había dado lustre y ciertos tonos oscuros. De dos de las vigas del techo pendían los lazos de que se suspendía la hamaca cada vez que debía funcionar.

A un lado de la sala estaba el cuarto que servía de escritorio y de alcoba de Pablo, en el que á duras penas cabían la cama, un taburete, una mesa en que reposaban el recado de escribir, los libros de cuentas, el frasco de la tinta, cajitas que habían contenido plumas de acero, el revólver, algunos números de periódicos y otros de una revista agrícola que trataban del cultivo de la caña, y de los cuales Pablo no había podido sacar más reglas aplicables á nuestra agricultura que las que de tiempo inmemorial conocían todos los trapicheros.

Debajo de la mesa, cubiertos de polvo, de telarañas y de cadáveres de polillas, y visitados á menudo por las cucarachas, se encontraban al-

gunos instrumentos de carpintería, un rollo de alambre, clavos, tornillos, candados sin llave, y varios tarros de hoja de lata, botes, botellas y cajitas que contenían ó habían contenido remedios para los animales, y otras varias sustancias.

De estacas fijadas en las paredes colgaban piezas de vestir, y el sombrero dominguero de Pablo.

Frontera á este cuarto se encontraba la alcoba de D. Leonardo, casi tan espaciosa y aun más escueta que la sala.

De comedor hacía veces el extremo de un corredor cerrado por el lado que miraba al patio, con una reja de listones de palo, en la que se enmarañaba una enredadera descuidada, sembrero de orugas peludas, de aquéllas que llamamos *churruscos*.

Formaban patio, por una banda, la cocina y las piezas de los criados; y por otras dos, dos crujías de piezas, abandonadas hacía muchas navidades y algo ruinosas.

Reparar y adecentar esta parte de la casa fue lo que se propusieron D. Leonardo y su sobrino, y tan buena mano se dieron en su empresa y en la de amueblar las habitaciones recién reparadas, que á ambas habían dado cima antes de que sus parientes emprendieran el viaje á San Rafeal.

Pero D. Leonardo pensó que, una vez que aquéllos habían de hacer sus paseos á Guátima, era forzoso introducir en el servicio doméstico radicalísimas reformas. Conferenció con Pablo sobre el particular, y ambos se sintieron muy atados. En diez leguas á la redonda no se habrían podido hallar dos hombres tan poco comineros como Pablo y su tío. La cocinera de Guátima no sabía sazonar por lo fino; y á malas penas aderezaba guisotes y fritangas cuando había que obsequiar á algún huésped.

En tal emergencia, hubo de tomarse el partido de escribir á D^a Liboria invitándola para que, con Modesta y con su servidumbre, fuera á pasar en la hacienda el tiempo que D. Jacobo y sus compañeras habían de pasar en San Rafael.

Poco gustaban la mujer y la hija de D. Leonardo de vivir en aquel retiro, en el cual echaban menos todas sus comodidades y en que faltaba totalmente el pasto espiritual. Pero, visto lo apurado del caso y echando pelillos á la mar, aceptaron la invitación, y, acompañándolas en el viaje D. Leonardo, se trasladaron á Guátima antes que la familia de D. Jacobo á San Rafael. Esta providencia le dio por el gusto á D^a Mariana, haciéndole esperar felicísimos resultados de que

Modesta fuese á vivir bajo el mismo techo que Pablo.

En la Boca del Monte, se han apeado de los carruajes D. Jacobo, su mujer, su hija, su hermana y Jorge, que ha venido en el coche de su mamá, trayendo en él á D^a Lucía y á Cecilia, y que ha tomado la vuelta de la capital.

Pablo ha venido á traer las cabalgaduras en que ha de continuarse el viaje. Ni él ni D. Leonardo han consentido en que se haga uso de otras que de las suyas. Pablo ha llegado con ruana; pero, después de saludar á sus parientes, se despoja de ella, aunque corre un remusgo helado y cargado de niebla, y toma parte activamente en la tarea de ensillar las bestias de las señoras.

D^a Mariana y D^a Lucía apenas pueden atender más que al miedo que las posee de que la mula que les toque no sea bien mansita, y cuando se le ha mostrado á cada una la que debe montar, no se atreven á quitarles los ojos para descubrir si dan muestras de malas intenciones, y hacen preguntas á Pablo y á los mozos que lo han acompañado sobre las probabilidades que hay de que aquellos animales no las derroquen.

Para Cecilia ha traído Pablo un caballo de buena estampa, un poco vivo y muy avezado á transitar por caminos escabrosos.

Al montar las señoras y las criadas, alternan las exclamaciones de miedo con las invocaciones á los Santos.

Las mismas viajeras se santiguan devotamente al ir á hundirse en el que para ellas es abismo pavoroso. La niebla no les deja descubrir el camino á más de veinte pasos, y así cada escabrosidad que se presenta y cada nuevo escalón que hay que bajar, ocasiona una sorpresa.

D^a Mariana se ha quedado un poco atrás, y de golpe llama con voz trémula á su hijo. Este, que va delante y que monta una mulita pequeña y muy avispada, la revuelve rápidamente, y, para acortar el camino, la hace trepar por una escarpa. Este rasgo de atrevimiento les arranca un ¡ *Jesús!* á D^a Lucía y á las criadas.

D^a Mariana ha llamado á Pablo porque le parece que el galápago se le va hacia un lado. Pablo se desmonta, se cerciora de que la montura va bien, tranquiliza á su madre y vuelve á montar. Digamos de una vez que lo del ladeo del galápago fue causa de desazón y de detenciones durante todo el viaje.

El cual terminó felizmente en el pueblo que hemos llamado y seguiremos llamando San Rafael. No se nos objete que en Cundinamarca no hay población de ese nombre. Bien lo sabemos; pero bautizamos así al pueblo de nuestra historia, porque, por justos respetos, como suele decirse en casos análogos al presente, no queremos darle su verdadero nombre.

Pero mucho será que el advertido lector no adivine cuál es, si fija la atención en los siguientes rasgos de su fisonomía.

El piso de las calles *in puribus naturalibus*, es decir, sin capa artificial que cubra la tierra, salvo en uno que otro sitio en que hay un angosto pavimento de piedras desiguales y lustrosas. En las calles vegetan algunas matas de higuerilla, y cubren á partes el piso el abrojo y el escobo; pero en vez del lozano verdor y el aire de juventud de la vegetación del campo circunvecino, estas plantas se muestran siempre mustias y medio agostadas.

Pocos edificios cubiertos de teja. Entre estos pocos, la casa municipal y el hotel, que, aunque mal que bien, están prestando sus servicios hace algunos años, no están terminados. Ambos tienen de piso alto el tramo que da á la calle, y ese piso

alto está solado con tablas mal ajustadas por entre cuyas junturas (ó más bien, disyunciones) se puede ver lo que pasa en la planta baja. En la casa municipal habrá alguna vez balcón, pues ahí están anunciándolo los canes sobre que ha de descansar cuando lo construyan. Para enlucir el edificio se aguarda que se le haya dado la última mano. Así en la casa municipal como en el hotel, el corredor del piso alto tiene un extremo inconcluso.

Los techos empalmichados de la generalidad de las casas, se parecen á la cabeza de un hombre que se ha asentado con el cepillo empapado en agua algunas partes del cabello.

En la plaza se ven dos almacenes en que se venden mercancías, y uno de ellos es al mismo tiempo la botica.

En la principal calle, que es parte de un camino nacional, el billar brinda con honesta recreación á los desocupados; una tienda de licores, esto es, de brandy y de buen aguardiente; y otra de aguardiente, mistela y guarapo brindan también con recreación. Esto en la parte central. En uno de los extremos y formando ángulo con la calle principal, está la *calle caliente*, con abundancia de tiendas en que se hace un comercio todavía más recreativo.

Las calles y la plaza, solitarias y silenciosas los días de trabajo que no sean de mercado. Se perciben únicamente rumor de reyertas en el Juzgado; pasos de uno que otro de los señores y señoritos del pueblo que recorren alguna calle con aire de quien va á diligencia urgente, pero que no van sino á volver; silbidos ó gritos con que los granujas arrean á los burros que llevan á las casas barriles de agua y les ayudan en su labor cargando ellos mismos los *túmbilos* llenos; las boladas que se dan en el billar; los rebuznos, gruñidos y cacareos que dan de cuando en cuando los burros, los cerdos y las gallinas, respectivamente.

El silencio y la inmovilidad se extreman á las horas en que el sol abrumba y enerva más implacablemente á los vivientes. Quien se aventura á recorrer una de las calles á esas horas, si comete la indiscreción de mirar por las siempre abiertas puertas y ventanas hacia las habitaciones, ve siempre á sus moradores, más ó menos adormilados, en sus hamacas ó en sus *chinchorros*. Para no faltar á la puntualidad, observaremos que en la calle caliente sí no falta bulla de personas que hablan á la vez, aun á la hora en que el sol inflama el aire más brutalmente.

La casa en que se alojan los señores Ibarzá-bales tiene, como todas las mejores del pueblo, su corredor sobre la calle. A este corredor da la puerta de la sala. A un lado de ésta se halla la tienda con su estantería, la que está haciendo oficio de despensa. En el patio, en el que campean un guásimo, dos totumos y un amago de jardín en que, ahogadas por el escobo y el abrojo y perseguidas por las hormigas, desfallecen algunas matas de buenas-tardes, de caracuchos y de habanos, y un emparrado ya ruinoso. Dicho patio está medio dividido del de las casas contiguas por una cerca de listones de guadua en que los burros y los cerdos han abierto más de un portillo. Allí, en amor y compañía con las gallinas, buscan su sustento los gallinazos, aves que, á juzgar por su mansedumbre y por la familiaridad con que se las han con los hombres, deben de estar tan protegidas por las costumbres como los ibis en Egipto, los ratones en la India y los perros en Constantinopla.

Merced á los buenos oficios de D. Leonardo, que era muy conocido y respetado en San Rafael, se hicieron sus hermanos, á fuerza de préstamos, con los muebles indispensables; si bien, para que las criadas pudieran no dormir en el suelo, hubo

que hacer construir *cañizos*, esto es, barbacoas de cañabrava. El propietario de la casa aguardó en ella á sus inquilinos, se la hizo pasear, les advirtió que había cuidado de tenerles tinaja llena de agua, y que lo tenían á su disposición para todo lo que se ofreciera.

Cecilia, que nunca había puesto los pies fuera de la Sabana, tuvo ocasión de ver y conocer varias cosas.

Vio calentanas cabalgando á horcajadas en sillas masculinas.

Conoció calentanos con sombrero *marranero* de alta copa y con el ala arriscada por delante ó por detrás; con la ruana doblada y llevada al hombro; con las faldas de la camisa blanca, rosada ó azul, pendientes fuera del pantalón; con el cuchillo envainado y ceñido al cinto; con *quimbas*, con carate de diversos matices y con su apéndice en la parte anterior del cuello.

A ellos y á las calentanas los oyó producirse con el dejo y las prolongaciones de vocales propios de quien ya no tiene aliento para hablar; y con cierta blandura de expresión que no dejan aunque estén maldiciendo ó dándose á los demonios.

El día siguiente al de la llegada era festivo.

Cecilia, en la misa, pudo observar á las calentanas, que, ya con traje de fula azul oscura, ya con faldas de colores vivos y con pañolones blancos, encarnados ó de azul celeste que en la iglesia, y sólo en la iglesia, les cubre la cabeza, se echan aire en la mejilla sacudiendo el borde del pañolón. Pudo observar asimismo lo escaso del recogimiento con que cumplían el primer mandamiento de la Iglesia y el estrepitoso fervor con que al *Sanctus* hicieron sonar una descarga cerrada de golpes de pechos.



CAPÍTULO XII

ANTES DE entrar en pormenores relativos á la vida que la familia de D. Jacobo empezó á llevar en San Rafael, observemos lo que en esa vida hubo de común con la de todos los temperantes sabaneros (1).

En las regiones cálidas se siente el sabanero como si él fuera otro, como en otro mundo y en otra vida. Si de un golpe y en medio segundo se viera trasladado á ella, se palparía con sobresalto y se preguntaría si era que había muerto de repente y se hallaba ya en el cielo, en el purgatorio ó en el infierno; y se creería habitador

(1) En español *peninsular*, la palabra *temperante* no tiene la acepción en que aquí está empleada y en que por necesidad la usamos los colombianos. Con ella designamos al individuo que, residiendo habitualmente en una comarca de cierto clima, sale de temporada á otra de clima diferente.

de uno de estos tres lugares según fueran las sensaciones que estuviera experimentando.

Trajes, alimentos, alojamiento, acento con que se habla, aspecto de cuanto se ve, ruidos, olores, todo parece sustancialmente diverso de cuanto se ha visto, oído, olido y sentido.

Todo lo que ocupaba el ánimo en la tierra fría, queda borrado.

Las constantes é invariables preocupaciones son el calor, las culebras y las sabandijas, y el baño. Un chusco dijo con razón que á lo que se va á tierra caliente es á buscar fresco. Cada cual se queja á toda hora del calor que está haciendo, como si el que haga mucho fuera contra lo natural y contra lo que se debiera esperar. No se da paz al termómetro; y, marque los grados que marque, siempre parece la temperatura exorbitantemente elevada. Se extraña el hallar calientes las paredes, los muebles y cuanto se toca; y no se puede sufrir la transpiración, que siempre está incitando á mudar de ropa, y que no permite que en el traje haya el primor y la limpieza apetecibles.

De la abundancia de bichos dañinos se tiene tal idea, que los desconchados, rasguños y manchas de las paredes, así como las arrugas de los

vestidos, son siempre, á primera vista, alacranes, salamanquesas, cientopíes ó peludas y horribles arañas. Alacranes que pican y producen trastorno por veinticuatro mortales horas; salamanquesas, que, ó se nos pegan á alguna parte del cuerpo y no se desprenden de ella sino cogiéndolas con algo muy caliente, pero que dejan una úlcera incurable, ó si caen en la tinaja, envenenan el agua. Cientopíes, que se introducen por el oído chiticallando, y se comen los sesos. Arañas que, con su picadura, pueden, desde levantar una roncha, hasta quitar la vida.

En las primeras horas de la noche, se sacan asientos á la parte exterior de la casa, se reclinan los respaldos contra la pared, y en ellos se hace tertulia, disfrutando del fresco. Tal tertulia pudiera ser siempre sabrosísima; pero viene indefectiblemente la conversación sobre las culebras y sobre las demás alimañas dañinas, á arrancar aspavientos y á imprimir en las fantasías imágenes horripilantes. En una de esas tertulias oyó la familia de D. Jacobo referir el caso, ocurrido en el propio San Rafael, de una muy conocida señora bogotana que, habiendo dejado en una pieza á su hijo, de dos años de edad, lo halló, al volver, jugando con una gran taya que se le en-

roscaba y se le desenroscaba, enlazando el cuerpo y los bracitos del infante. Contábase que la señora había sabido dominar su horroroso espanto, y había aguardado con paciencia heroica, aunque consumida por la angustia, á que la culebra dejase espontáneamente su entretenimiento. Hablóse asimismo de úlceras incurables causadas por la raya, habitadora de los remansos de los ríos y de los arroyos, que clava su arpón en el pie que la toca.

Jamás deja de observarse en aquellas tertulias que los bichos menudos, tales como las chinches, los mosquitos y los zancudos, se ceban de preferencia en los individuos que recientemente han venido de la tierra fría.

Entre los insectos que llaman la atención del *mosca*, como llaman en tierra caliente al sabanero, deben contarse las hormigas. Raro es que piquen en el cuerpo; pero pican y pican con voraz destemplanza en las vituallas, señaladamente en las de dulce. Son la langosta de las despenas. En compensación, ofrecen grato entretenimiento á quien observa sus costumbres, el orden que guardan y la sumisión á sus leyes y á sus gobernantes, y la fuerza y la destreza con que trasladan á los hormigueros los cadáveres de ani-

males que son para ellas más que lo que los elefantes son para nosotros.

El baño se mira como complemento indispensable del placer ó el recreo que ha de producir la mansión en tierra caliente, y de la acción benéfica que el clima ha de ejercer sobre los enfermos. Esto no admite duda; pero se diserta continuamente sobre las aguas ó corrientes que se han de preferir; sobre qué pozo es el mejor del río; sobre la hora á que conviene tomar el baño; sobre si lo más higiénico es tomarlo refrescándose ó dejándose de refrescar, ó tomarlo largo ó corto.

Todos dan por asentado que con el baño se gana frescura, no sólo para algún rato, sino para todas las horas del día y de la noche; y no es raro ver personas que, acabando de salir del río, sostengan esto último, soplando como ahogadas por el bochorno, abanicándose y enjugándose el sudor.

A las orillas de los pozos es donde nacen las *amistades de tierra caliente*, esto es, las relaciones, casi siempre efímeras, que contraen unas con otras las familias bogotanas á quienes reúne el acaso en una población de las de aquella tierra. Y entre los modos de cultivarlas, el más común

es el que consiste en convidarse recíprocamente las familias á tomar el baño juntas.

Fuera de los tres asuntos mencionados, hay otros dos que, aunque con menos insistencia, llaman la atención de los *temperantes*: la hamaca y el sueño. La hamaca es para unos el *non plus ultra* de lo beatífico y voluptuoso; y para otros el acabóse de lo mareante y casi de lo emético.

Del calor excesivo, de la abundancia de exhalaciones del suelo y de las plantas y, sobre todo, de lo escaso de la altura sobre el nivel del mar, se originan profundas alteraciones en el sér animal; alteraciones benéficas y sabrosas para los individuos de cierta complexión y de ciertas disposiciones naturales ó morbosas; pero penosas y desfavorables para los de otras complexiones y disposiciones.

Entre aquéllas deben contarse la casi perenne somnolencia que sentimos en tierra caliente, y la dejadez y flojedad que hacen apetecer el reposo y las posturas descansadas. De aquí el que los temperantes se lamenten de no poder leer ni entretenerse en otra ocupación sedentaria sin verse avasallados por el sueño.

Una semana haría que nuestros temperantes habían llegado á San Rafael, cuando la noti-

cia de una catástrofe terrorífica, acaecida por el lado de Guátima y no muy lejos del pueblo, vino á esparcir el espanto y la consternación entre sus habitantes.

Una descomunal avenida de agua y lodo había causado grandes estragos y cubierto y arrastrado algunas viviendas.

Una mujer, moradora de una de éstas, había perecido de una manera horrible y, á duras penas, se había salvado una criaturita que tenía en los brazos.

Como para que la relación fuese más espeluznante, se daba visos de cosa misteriosa ó sobrenatural á una parte del suceso. Decíase que, sin que se hubiese podido saber de dónde había salido, alguien á quien la anciana madre de la víctima, único testigo del hecho, no se atrevía á considerar como simple mortal, había como volado por sobre el torrente, había tomado en sus brazos al niño y colocándolo en los de su abuela. La infeliz madre no había podido ó querido aprovecharse del auxilio del salvador de su hijo.

Al pasar el relato por las bocas de los habitantes de la comarca, iba recibiendo retoques y adiciones que lo hacían cada vez más interesante y más á propósito para amotinar los nervios.

Por entonces hubo de efectuarse la primera visita de D. Jacobo y su familia á la hacienda de D. Leonardo.

Sin que faltase más que Pablo, estaban visitantes y visitados reunidos en el corredor de afuera, cuando se presentó una campesina vieja, trayendo en los brazos una criatura de cosa de dos años y un canastico en que venían una gallina y algunos huevos. Ella, después de saludar, preguntó por Pablo; y, como se le hubiese contestado que estaba ausente, dijo, dirigiéndose principalmente á D. Leonardo: "Es que esta pobre criaturita venía á traerle esta cortedá á mi amo Pablito."

Esto diciendo, se enjugó los ojos.

—¿Y eso cómo es?, preguntó D. Leonardo. ¿Porqué es la criatura y no usted quien le trae ese regalo?

—Ay, mi amo D. Leonardo: este niño le debe la vida á mi amo Pablito.

Rompió á llorar, y de cuando en cuando prorrumpía: "¡Ay, mi Paulita, mi hija de mi corazón!"

Todos los circunstantes se habían levantado y acercádose al barandal del corredor, frente al cual se había detenido la anciana.

—¿Qué es? ¿Qué es lo que le ha sucedido?, le preguntó D^a Mariana.

—¡Ay, mi señorita! Si sumerced supiera. . . . ¿Susmercedes no han sabido lo que sucedió allá en la Quebrada de Iguacalí?

—¡Cómo! saltó D^a Lucía, ese niño fue el que. . .

—Sí, mi señora. Ya la creciente se lo iba á llevar cuando mi amo Pablito.

¿Porqué, en este punto, la mirada de Modesta, enturbiada por las lágrimas, se encontró con la mirada de Cecilia, anegada también en llanto de ternura?

¿Era que cada una quería saber si la otra hacía suya la gloria de aquella acción heroica?

Decídanlo los que sepan penetrar mejor que nosotros en las profundidades del corazón femenino. Nosotros sólo sabemos decir que ese incidente fue la primera prueba que pudo notarse de que entre las dos primas había algo que no había habido antes.

El llanto ahogaba á la viejecita, y ella tardó en serenarse.

Todos se miraban unos á otros, atónitos, mudos y enternecidos.

Las criadas habían olfateado que algo curioso estaba pasando allí, y habían acudido.

Una de ellas fue quien rompió el silencio :

—Con razón, dijo, con razón la ropa de mi amo Pablo resultó á ese otro día como si la hubieran batido entre harto barro.

Todas las mujeres sollozaban. D. Jacobo y D. Leonardo se paseaban á lo largo del corredor, y de cuando en cuando se paraban y hablaban en voz baja.

Se obligó á la abuelita á quedarse en Guátima hasta el día siguiente. Todos á competencia la ajonjeaban y procuraban traerla en palmas.

Exprimirles datos históricos á los jeroglíficos egipcios, á los códices apolillados y á las figurillas que los indígenas americanos dejaron estampadas en piedras toscas, no es más laborioso que formarse idea de un suceso con las noticias que acerca de él se reciben de boca de una persona rústica é ignorante. La persona ignorante y rústica, al narrar lo que ha presenciado, no acierta á dar razón más que de sus propias impresiones y de la parte que ella misma ha tenido en el suceso. Aquí lo subjetivo se lleva de calles á lo objetivo. La tal persona pone todo su conato en infundir en sus oyentes, á fuerza de ponderar y de repetir, las mismas impresiones que ella ha recibido,

y no se cura ni de exponer antecedentes, ni del enlace, ni del orden de los hechos.

Esto pudo observarse muy bien en la ocasión á que nos vamos refiriendo.

Todos los habitantes de la casa de D. Leonardo, ansiosos de conocer los pormenores y circunstancias de lo acontecido en Iguacalí, una vez que vieron ya un poco calmada á la abuelita, hicieron llevar preguntas sobre ella, sin poderle sacar más que exclamaciones sobre el susto y la congoja que ella había padecido, ó noticia de lo que ella misma había hablado y tratado de hacer. Para que, aunque imperfectamente, satisficiera la curiosidad de sus oyentes, fue preciso rogarle que no hablase sino para dar respuestas ceñidas y categóricas á las preguntas que se le hicieran ; y, así y todo, aunque ella tenía voluntad de complacer, costó Dios y ayuda sacar en limpio lo que se deseaba averiguar. De los datos que se le pudieron arrancar y de los que luégo se le arrancaron á Pablo, resultó la descripción completa del suceso.

La Quebrada de Iguacalí es un torrente bastante caudaloso que corre por el fondo de una cañada. En uno de los declives que la forman, y á corta distancia de la corriente, se hallaban tres

ó cuatro casas y estancias de gentes pobres, y entre ellas, la de Paula.

Notóse cierto día que el torrente había dejado de correr; y, averiguada la causa, se supo que, arriba y en la boca inferior de una hondonada extensa, parte de un cerro se había derrumbado sobre el cauce y lo había obstruído.

Amedrentados los habitantes de las tres ó cuatro casas, y previendo la catástrofe que era inevitable, habían liado sus bártulos y emigrado presurosamente.

Paula, que tenía un hijo pequeñito, había hecho lo que sus vecinos. Pero en la tarde del tercero de los días en que se estaba aguardando el siniestro, como se viese apremiada por la necesidad y recordase que había dejado unas yucas en estado de sacarse de la tierra, volvió á la estancia, llevando al niño y acompañada de su madre, y á muy gran priesa se puso á recoger las yucas.

Sintióse, confusamente primero, y unos segundos después, distinto y amenazador y cada instante más cercano, un estruendo espantable y cavernoso. La madre de Paula, que estaba á alguna distancia de la casa recogiendo leña menuda, dio voces á la hija llamándola afanosamente. Paula, despavorida, entró á la casa á sacar al niño, á

quien había acostado en un *chinchorro*, y antes que ella lograra alejarse, se vio como una montaña negra que venía dando tumbos estruendosos y hacía estremecer la tierra. El turbión bajaba arramblando con los ramajes, los pedrones y los árboles que descuajaba de las orillas. Llegar y colmar el cauce, y desbordarse y rodear la casa, todo fue uno. Paula, en su fuga, alcanzó á trepar con la querida carga á la cima de una gran piedra poco distante de la casa y colocada en sitio más alto.

La avenida circundó al punto la piedra y formó entre ésta y la orrilla un brazo de agua negra, cenagosa y pestilente. Este brazo tendría unos ocho pasos de anchura.

Pablo, que aquella tarde andaba por esos alrededores atendiendo á alguna de sus incumbencias, había oído el estruendo y, aguijado por la curiosidad, á todo el correr de su cabalgadura, había venido á colocarse sobre un morro que dominaba la cañada. Apenas llegó á ese sitio, se presentó á su vista la horrenda y lastimosa escena; corrió hacia el teatro de ella; saltó de su mula, asió un gran palo y, sirviéndose de él como de un báculo, se metió, denodado, en la formidable corriente y, luchando con ella, llegó al pie de

la piedra. Más recia fue la lucha que hubo de sostener con la infeliz Paula, que pretendía asírsele y ser salvada junto con su hijo. El retronar de los rabiosos turbiones no permitía que aquella mujer oyese las instancias con que Pablo trataba de reducirla á que le entregase el niño y á que aguardara su vuelta; difícil sería explicar cómo, pero ello fue que Pablo logró al cabo apoderarse de la criatura, llevando á la cual volvió á la orilla.

De nuevo iba á arrostrar la furia del tremendo raudal, cuando se vio que, con ímpetu sañudo y rugir pavoroso, persiguiéndose y alcanzándose como los copos de humo que brotan de una hoguera, rollos inmensos venían precipitándose unos sobre otros.

Sin duda las aguas, represadas y comprimidas, no habían hecho antes más que desbordarse por sobre su dique, y ahora lo habían ya sacado de su base y arrollado, y en fiero tumulto pugnaban por lanzarse todas de una vez, cañada abajo.

La piedra en que Paula estaba refugiada quedó cubierta en un instante; y un instante después, dominando el estampido ensordecedor de la catarata, rasgó el aire un alarido lastimero.

A los últimos resplandores del Ocaso, las masas líquidas y fuliginosas que venían despeñándose daban reflejos bronceados que llevaban á colmo lo tétrico de aquel escenario.

La mísera anciana, antes de apartarse de él, dirigió una larga y ansiosa mirada hacia el monstruo rugiente que había devorado á su hija. ¿Era que quería desasirse de una vez de alguna loca esperanza abrigada todavía por su corazón de madre, ó era que con los ojos dirigía un amarguísimo y último adiós?

Cecilia y Modesta cuidaron de no asistir á la escena á que, según lo preveían, había de dar ocasión la llegada de Pablo. Cada una temía no poder ocultar en presencia de la otra las emociones que habían de agitarla en esa coyuntura. Cuando Pablo hubo llegado, su madre y sus dos tías se le colgaron del cuello. Una vez enterado del porqué de esta demostración que lo había dejado suspenso, declaró que la cosa no prestaba motivo para tales extremos; y, sin atisbo de afectación, hizo por rebajar el mérito de su hazaña. De ella nada refirió espontáneamente, y sólo

á poder de preguntas se le hizo conversar sobre el caso durante la comida y de sobremesa.

Cuando Pablo se hubo retirado,

—Yo soy franco, observó D. Jacobo: en nuestra familia ha habido siempre hombres de valer, pero ninguno como Pablo. Bien había yo dicho desde que este muchacho tuvo uso de razón, que él había de ser la perla y la honra de nuestra casa.

—Ah, terció D. Leonardo, es que aquí en tierra caliente es donde los hombres se hacen hombres.

—Mucho te debo á ti y mucho te debe él, dijo enternecida D^a Mariana. ¡Cómo te bendecirá su padre desde el cielo!

—Vaya, D^a Marianita, no hay que.....

Y ¡caso pasmoso! al viejo se le anudó la voz y se le aguaron los ojos, cosa que verosíblemente no había ocurrido jamás.



CAPÍTULO XIII

LA PRIMERA visita de D. Jacobo y sus compañeras no alcanzó á una semana; pero desde ella se empezó á notar que, para la salud de Cecilia, era más provechoso residir en Guátima que en San Rafael. D. Leonardo se bañó en agua rosada al oírlo declarar: “Yo lo tenía dicho, afirmó. No hay clima ni aguas como los de Guátima. Y si este Jacobo no tuviera esa cabeza tan dura, ya habría dispuesto que Cecilia pasase aquí toda la temporada.”

Por entonces, se trazaron excusas y se fijó día para el regreso. Como D. Leonardo y D^a Liboria instasen á fin de que éste se retardase, D^a Lucía alegó que Jorge había anunciado que llegaría á San Rafael en la tarde del mismo día en que habían resuelto dejar á Guátima.

“Pues para cuando vuelva á ocurrir el caso,

le dijo D. Leonardo, has de decirle á Jorge que esta casa es suya y que tendremos mucho gusto en recibirlo en ella."

Pablo acompañó á los viajeros. Desde que éstos habían venido á San Rafael había tomado firme resolución de abstenerse en su trato con Cecilia de toda palabra y de toda demostración que recordase lo que entre ellos había pasado. Su delicadeza le representaba como una especie de péfido abuso el valerse de las buenas ocasiones que se le habían de presentar, sobre todo en Guátima, para desahogar de alguna manera sus sentimientos y para ganar terreno en los de su prima.

Pero en aquel viaje de Guátima á San Rafael, creyó indispensable quebrantar su propósito, si bien en materia levísima.

Emparejando con Cecilia, que iba muy adelante,

—Mira, le dijo, has de hacerme el favor de decirle á Jorge que yo, como mi tío Leonardo, tendré mucho gusto en que él venga á casa.

—Está bien: se lo diré.

—¿Pero me prometes con toda formalidad cumplir este encargo?

—Te lo prometo muy seriamente. Y jamás

podrás figurarte cuánto te agradezco esta fineza.

—Sí me lo figuro. Como esto te facilitará en algunas ocasiones el ver á Jorge....

—No, no es eso. Si te lo agradezco con toda mi alma es porque conozco que no te mueve sino el deseo de evitarme contrariedades.

—¿Y tiene algo de nuevo ó de particular que yo sienta ese deseo?

—Pero es que, en este caso, creo que tú te impones un sacrificio ó á lo menos un desagrado.

—Y aun cuando así fuese.... pero no: ¿No sabes tú que Jorge y yo somos los mejores amigos del mundo?

—Ni lo sospechaba.

—Pues sábelo. No nos hemos encontrado en tu casa, pero sí en otras partes, y hemos conversado como camaradas viejos.

En la punta de la lengua tuvo Cecilia alguna calurosa exclamación sobre la generosidad de los sentimientos de su primo; supo reprimirla, pero no supo dejar de suplirla con una mirada elocuente.

Jorge no llegó aquel día á San Rafael. En cambio, llegó un telegrama suyo en que ponía por excusa del no cumplimiento de su promesa una indisposición de su madre.

El día siguiente al de su regreso, empezaron

nuestros temperantes á recibir visitas de algunas personas indígenas (queremos decir naturales del pueblo ó vecindadas en él) y de dos ó tres familias bogotanas que en él estaban mudando de aires.

Presentóse una señora de las del pueblo, acompañada de dos hijas. Era larga y flaca, de ojos muy claros, rubia y blanca; pero la acción del clima había dado á su tez un tinte pergaminoso. Las hijas tenían trazas de venir á ser, años andando, su vivo retrato. Traían el pelo suelto y se observaba que éste hacia su extremidad parecía ahumado y era más claro que hacia la raíz.

Como las que hacían y las que recibían la visita no se conocían recíprocamente, la conversación no se sostenía sino á pujos.

—¿Cómo les *va yendo* á ustedes en San Rafael?

—Bien. Es muy bonito.

—¿Y se van reponiendo?

—Sí, señora. Esta niña, que es la que viene enferma, se ha empezado á mejorar.

—Este baño es muy bueno. Un jovencito que trajeron, hará como un año, enteramente tullido, se repuso tanto con los baños, que á los ocho días ya podía ir al río por sus pies.

—Lo malo es que no hay buenos pozos en el río.

—Quién sabe. Ese pozo que llaman *de los patos* dicen que se ha echado á perder.

—¿Ustedes no se bañan?

—Sí, señora. Pero nosotras nos bañamos en una manita que está cerca de la casa.

Para ver de animar la conversación, se le ocurrió á D^a Lucía preguntar á las visitantes qué familias bogotanas habían conocido en el pueblo.

—Aquí hemos tenido mucha amistad, respondió la señora indígena, con las Garcías. Ustedes serán muy amigas de ellas ¿no?

—Las Garcías. . . . Las Garcías. . . . Nosotras como que no las conocemos. . . .

—¿Cómo no han de conocerlas? Son tan sociables y de tanto humor. Vivieron en esta misma casa en que están ustedes, y aquí se reunían las familias y bailaban mucho.

La visita terminó sin que las dos niñas hubiesen desplegado los descoloridos labios.

Por la muestra se conoce el paño. Todas las visitas fueron como ésta; en todas se sintió el empacho que ocasiona el no saber con quién se está tratando; y después de todas, hubo que ave-

riguar á la disimulada cómo se llamaban y dónde vivían los que las habían hecho.

Por las noches se reunían las familias bogotanas en casa de alguna de ellas; se cantaba y se bailaba cuando había quién tocara algún instrumento; y era de notarse que cuantos llegaban á tocar y á cantar, tocaban y cantaban después de protestar que se les había olvidado todo lo que sabían. Se jugaban juegos de prendas, en los cuales todo el conato de los jóvenes que concurrían se dirigía á hacer que Cecilia fuese quien pagase prenda y cumplièse penitencia.

Cecilia era el encanto y el ornato de estas reuniones. Sus modales eran los más suaves. Siendo, aunque sencilla, exquisitamente culta, no daba en cara con su cultura á las personas que no la poseían sino en grado muy inferior. Su conversación fácil, ligera, y exenta hasta de los menores atisbos de vulgaridad, estaba siempre al alcance de los más romos, al propio tiempo que podía embelesar á los más refinados.

El propietario de la casa, atento siempre á festejar á sus inquilinos, les presentó una noche á tres músicos trashumantes que habían acabado de llegar del Tolima. Cantaban y tocaban tiple y bandola, ya rasgueando, ya de punteo. Reci-

bióseles con agrado y ellos empezaron á dar muestras de su habilidad. Cantaban con afectados garganteos canciones que ellos reputaban más finas y urbanas que los populares bundes y bambucos. En los instrumentos ejecutaban con destreza piezas de baile y trozos de óperas y zarzuelas. El concierto que dieron hubiera sido agradable; pero estos músicos de tiple, igual que todos sus congéneres, si sabían templar sus instrumentos, no sabían templar su comezón de tocar; y tocaron y tocaron sin tregua, tanto que, ya hacia el alba, los concurrentes, cansados de inventar y proferir expresiones de aprobación y de entusiasmo para el fin de cada pieza, oyeron sin chistar el de las diez ó doce postreras.

En el programa de las diversiones diarias entraba el paseo vespertino, y para él estaban citados todos los bogotanos presentes; pero siempre se malograba, porque el baño de las criadas impedía que la comida pudiera servirse antes del anocheecer.

En el pueblo había banda de música, que se desencadenaba á cada triquitraque. Tocaba en la iglesia para solemnizar funciones; tocaba en las vísperas de los días de fiesta; tocaba para celebrar los aniversarios de las batallas y tocaba por todo.

Cierto día se presentaron en la casa de los señores Ibarzábales dos jovencitos del pueblo muy endomingados y peripuestos.

Antes de explicar el motivo de su visita, pasaron saliva á cántaros y se dirigieron incontables miradas con las que cada cual procuraba animar á su compañero á que prorrumpiese.

Por fin uno de ellos habló y dijo que iban comisionados por otros jóvenes á convidar á las señoras y al señor D. Jacobo á un baile que tenían dispuesto en obsequio suyo para esa misma noche. Protestaron que no se trataba de una función de etiqueta sino de una reunioncita casera.

No estando presente D. Jacobo, se les contestó que más tarde se les comunicaría la resolución que éste dictara.

Despidiéronse los comisionados repitiendo instancias para que no se fuese á dejar desairados á los invitantes; y se les aseguró que, si era posible, las señoras asistirían al baile con infinito gusto.

En consejo de familia se debatió el asunto, y tras largas y expresivas ponderaciones de la pereza que daba asistir á la función, y por lástima á los que se habían afanado por disponerla, se vino en asistir á ella.

El baile se dio en el edificio de la escuela. Las paredes estaban adornadas con festones de musgo; de las vigas del techo pendían una araña de cristal y dos de hoja de lata que, haciéndoles espaldas el sacristán, habían los bastoneros del baile sacado de la iglesia.

La concurrencia de invitados no era muy numerosa. Los curiosos, que al principio se habían contentado con mirar desde la calle por las ventanas y por las puertas, se fueron animando poco á poco á penetrar en el salón y lo ocuparon de manera que sólo podía bailarse en un círculo de cuatro pasos de diámetro.

Los pies de los danzantes, arrastrándose sobre los ladrillos desnudos, formaban un charrasqueo que seguía el compás de las piezas que se tocaban.

Cada bailarín sacaba á bailar á su pareja, bailaba bien ó mal, en silencio, con devoción, y atento únicamente á los movimientos de sus pies. Concluída la pieza, acompañaba á la señora hasta que ésta encontraba asiento, le daba las gracias, salía al corredor, se cubría la cabeza con el pañuelo y encendía cigarrillo. Mientras no se bailaba, las señoras permanecían clavadas en sus asientos, y sólo interrumpía el silencio que

entre ellas reinaba uno que otro resoplido y una que otra exclamación sobre el calor que hacía, el cual era verdaderamente intolerable, lo mismo que lo denso y lo pesado del ambiente.

Cierta familia, de las bogotanas, dispuso un paseo á cierto sitio muy pintoresco de las orillas del Bogotá, en el que se había de tomar un piscolabis. A él concurrieron los demás bogotanos y varias personas de San Rafael. Quien lo había dispuesto ignoraba cuál era la distancia que de San Rafael separaba el sitio elegido para el piquete (1) distancia que no podía recorrerse en menos de tres horas. Así fue que aquello, más que paseo, fue viaje laborioso. Pero todos los paseantes dieron sus fatigas por bien empleadas al contemplar la apacibilidad del paraje y al disfrutar del rústico banquete, en el que, entre todos los manjares, se llevaron la palma las gallinas asadas. Con la gallina gorda de tierra caliente se prepara un plato infinitamente más delicado y gustoso que cuantos se aderezan para los convites de tono, con elementos costosos y exquisitos.

(1) *Piquete*. Ligera refacción que se toma por regalo. A veces, por atenuación, se da el nombre de *piquete* á una comida abundante á que se convida á algunas personas.

Lo premioso del apetito, de que habían hecho larga provisión, no permitió sino á muy pocos de los convidados disfrutar de las dulzuras del baño, el que, en aquel lugar, ofrece atractivo muy señalado.

El río se extiende por una playa cubierta de guijas menudas y de vivos colores, y hacia el promedio de su anchura deja en seco varias islas en que luce la más viciosa vegetación.

A la izquierda del río se levantan pendientes cubiertas de pasto de color tierno. A la derecha se extiende una vasta playa, soberbiamente adornada con árboles gigantescos, á la sombra de los cuales se sirvió la refacción.

Las ceibas, con su tronco de perfil arqueado, con su cintura inmediata al arranque de las extendidas y frondosas ramas, y con sus raíces planas como tablas, que sacan de canto fuera de la tierra, constituyen uno de los principales ornatos de aquella vega encantadora. Al pie de varias de ellas, algunas mujeres, en fogoncillos provisionales, freían empanadas de masa de maíz, que vendían á los transeúntes.

El regreso fue calamitoso. Como todo lo que se hizo aquel día se empezó tarde, tarde también se pensó en volver á San Rafael.

Al bajar una cuesta, por camino un poco áspero y estrecho, nuestros paseantes alcanzaron una recua numerosa. Los capataces de la expedición dispusieron que se aguijara á las cabalgaduras á fin de rebasar de la parte del sendero ocupada por la recua. De los esfuerzos que se hicieron para conseguirlo, resultó que los cabalgantes quedaron mezclados y confundidos con las bestias de carga. Estas, al bajar con gran empuje, amenazaban atropellar á la gente; y hasta hubo quien recibiera sosquines de los tercios y se viera en riesgo de ser derribado.

Varias de las señoras gritaban asustadísimas, y sus compañeros pugnaban por defenderlas; pero, como para hacerlo se detenían, detenían á las acémilas que bajaban en pos de ellos, y así se aumentaban el peligro y la confusión. Estos no cesaron sino cuando se hubo llegado á una explanadita, en la que se dejó á la recua adelantarse por buen trecho.

Para colmo de males, ya entrada la noche, empezó á llover y á relampaguear y tronar, como muchas de aquellas damas no habían oído ni visto tronar y relampaguear; y todas temblaban y rezaban á más y mejor.

Cuando los paseantes iban llegando al pue-

blo, estaban tocando las ánimas; pero los fúnebres tañidos fueron escuchados como regocijado anuncio de que iban á cesar los trabajos.

Las señoras Ibarzábales habían observado, desde su llegada á San Rafael, que la iglesia y el culto se hallaban algo abandonados; y, con la ayuda de otras de las temperantes, se dieron á asear la iglesia, barriéndola, quitando el polvo de los altares y las imágenes y lavando todo lo lavable. Se empeñaron en proveerla de varios paramentos y en adornarla para las fiestas. Cecilia, que se pintaba sola para las labores mujeres, se puso á bordar purificadores y corporales.

En la tarea de conseguir musgos, ramas y flores silvestres, ayudaba una boba que á todas horas acudía á la puerta de la casa. Era ésta de edad indefinible, andaba cubierta de andrajos, llevaba desgredada una melena rubia, y estereotipada en el semblante una sonrisa, con la que parecía siempre estar dando á entender algo de lo que sus defectuosísimos órganos vocales no alcanzaban á expresar.

Entre los individuos que continuamente se estaban viendo, merece particular mención el doctor Olañeta, sujeto que nadie sabía de dónde había venido, ni para dónde iba ni de qué vivía. El

doctor Olañeta, al decir de él mismo, era médico homeópata é hidrópata y poseedor de secretos de los indios del Andaquí, y de las hierbas con que éstos curaban todas las enfermedades, inclusive las incurables. Conocía las contras para mordeduras de culebras, y métodos para destruir hormigueros. En San Rafael no había dado pruebas de sus habilidades, pues ni enfermo ni hormiguero alguno se había puesto en sus manos. En sus palabras y en su porte había algo de misterioso, y hasta su atalaje era singular. No dejaba traslucir sus opiniones acerca de punto alguno, y tenía un modo de callar con el que manifestaba claramente que, sobre cualquier asunto de que se tratase, él podría, si quisiera, decir cosas que, si las dijera, dejarían suspensos á sus oyentes.

D. Leonardo, que visitaba frecuentemente á sus hermanos, reiteraba sus instancias para que ellos y Cecilia se trasladaran de nuevo á Guátima. La observación ya hecha de que este clima le era á Cecilia más propicio que el del pueblo, vino á dar vigor á aquellas instancias; cedióse al cabo, y la familia volvió á la hacienda con ánimo de residir en ella más largamente que la primera vez.

El clima enervante que disponía al voluptuoso abandono; el tiempo, que estaba sereno y apacible; la ilimitada libertad de que se gozaba allí, sin trabas sociales de ningún linaje y sin preocupación por el día siguiente; el baño, que estaba á la mano y que era delicioso; el espectáculo que ofrecían las variadas labores de la hacienda, todo conspiraba allí para hacer paradisíaca la vida.

Necesario es haber vivido en tierra caliente para penetrar cuánta poesía encierra la naturaleza para una alma contemplativa, especialmente en la noche. De los encantos que ofrece la noche no se puede disfrutar ampliamente en las comarcas en que el frío atormenta y apareja quebrantos en la salud.

Nuestros temperantes pasaban las primeras horas de la noche reunidos en el corredor que se extendía por el frente de la casa sobre el camino que la comunicaba con la vía pública. Este corredor, bastante largo y amplio, tenía, más que el resto de la vivienda, olor y semblante de cosa antigua y agradablemente rústica. Era el punto de reunión favorito de los habitantes de la casa, y aquél á donde maquinalmente se dirigían y en que hacían mansión cuan-

do no los llamaba á otro sitio algún menester. Llamábasele por excelencia *el corredor de afuera*, si bien D. Leonardo no lo apellidaba sino *el mentidero*.

Allí, las conversaciones nocturnas eran animadas y ruidosas ó lánguidas é intermitentes, según las disposiciones de los tertulianos.

Al canto de las aves y á los demás alegres rumores del día, sucedían, en esa plácida hora, otros rumores dulcemente melancólicos. Las chicharras, los grillos y mil otros tenues insectos daban testimonio de la poderosa vitalidad que es el distintivo de las regiones cálidas.

De gargantas micróbicas, de tiples, tenores y sopranos liliputienses; de pitos y flautines capilares, salían silbidos cuasi-musicales, sutiles y prolongados en interminables calderones; píos y trinos de aves microscópicas; semifusas sacadas de imperceptibles campanillas de cristal; martilleos sobre calderos como dedales; notas sobreagudísimas, repetidas, y seguidas luégo de un silbido sin fin, ó un silbido larguísimo, seguido de notas sueltas. Y, como para que estos sonidos más ó menos argentinos ó metálicos parecieran por comparación melodiosos, con ellos alternaba de cuando en cuando otro como el rechinar de

dos maderos que se luden, ó el áspero croar de los sapos y de las ranas.

Una atenta observación hacía patente que no era un vano prurito de hacer ruido lo que ponía en acción las diminutas gargantas: como en el confuso bullicio que se levanta de entre una muchedumbre, no hay palabra que no se dirija á algún oído señalado, cada vocecilla de aquéllas va encaminada á alguno; cada una es un reclamo y una cita, ó un *allá voy* con que se la corresponde.

Había aún otro ruido arrullador y apacible.

Un arroyo caudaloso que corre á pocos pasos de la casa y que viene despeñándose, hace sentir, al conmover el aire de la cuenca profunda por donde baja, un rimbombo grave y continuo del cual se destaca el rumor variable y más agudo de las aguas que chocan con las piedras del escabroso lecho, que saltan sobre ellas desatándose en gotas y en menudos chorros y que bruscamente se paran y vuelven á juntar sus tumultuosos raudales.



CAPÍTULO XIV

EN CONTRA de lo que parecía natural, de los habitantes de Guátima los más maduros eran los que mejor saboreaban los regalos de aquella vida. Pablo y sus dos primas, preocupados con lo que atañía á sus afectos, tenían el espíritu en molesta tensión.

Pablo, cada vez que se hallaba reunido con Cecilia y con Modesta, se sentía forzado á estudiar sus propios actos y expresiones, sujetándose al plan que se había propuesto de no quitar á la segunda sus ilusiones, y de proceder respecto de la primera como si entre ellos nunca hubiesen mediado más relaciones que las del parentesco; pero al mismo tiempo no tenía corazón para hacer ó decir cosa que en lo mínimo desdijera del culto fervoroso que en su interior le tributaba.

En el fondo de todos nuestros sentimientos, se halla más ó menos disfrazado el culto del yo. A pocas mujeres las enoja el verse amadas, y á la que sabe que lo es por un hombre á quien ella no ha de amar, la halaga el ser objeto de esa pasión y tal vez quiere gozar como una diosa demasiado excelsa, de acatamientos y homenajes que á nada la obligan.

Esto era acaso lo que pasaba con Cecilia, sin que ella, ni de mil leguas, pudiera analizar ni calificar acertadamente ciertos impulsos interiores que la movían.

Ello era que se sentía invenciblemente necesitada á observar la conducta recíproca de Modesta y Pablo. No cesaba de repetirse que á ella, la prometida de Jorge, nada le debía importar aquella conducta; avergonzada y severa con exceso, tachábase á sí misma de indiscreta, de envidiosa y de egoísta; rogaba á Dios con lágrimas que apartase de ella estas tentaciones; pero algo que obraba tenazmente en su interior era más poderoso que su voluntad. Cuando sentía en su corazón un movimiento de despecho por haber presenciado alguna demostración cariñosa de Pablo para con Modesta, se preguntaba, irritada consigo misma, si tenía derecho para in-

terponerse entre aquél cuyo amor había desdeñado y aquélla que, sin ofender á nadie y teniendo motivo para creerse amada, lo reclamaba para sí.

Modesta, á medida que se sentía más enamorada, recordaba más vivamente aquella escena que había hecho patente la afición de Pablo á Cecilia, y las amonestaciones de la oficiosa Petrica. Parecíale que, dada la frialdad de las relaciones de Cecilia con su novio, éstas no debían servir para desvanecer los celos que, á pesar suyo, la inquietaban. Como Cecilia, condenaba sus propios sentimientos y vivía descontenta de sí misma; pero su virtud y su buen natural, si le bastaban para abstenerse cuidadosamente de toda manifestación de desagrado ó de desconfianza, no eran poderosos á ahogar en su nacimiento las sospechas y el desasosiego que, en circunstancias como aquéllas, no podían dejar de agitar el espíritu de una mujer que amaba, y á quien su amado no había hecho aún ninguna declaración.

Cecilia penetraba que lo que privaba á su alma de la antigua serenidad era el haber la caprichosa suerte traídola á ser testigo de las que, con razón ó sin ella, reputaba finezas cam-

biadas entre Pablo y Modesta. Ansiosa de recobrarla, propuso á sus padres que regresasen á San Rafael, añadiendo que, según le parecía, su salud no andaba peor allí que en Guátima, y haciendo valer el argumento de que allí se carecía de los recursos espirituales.

¡Tú que tal dijiste! D. Leonardo se puso hecho un basilisco. Las señoras y D. Jacobo, que estaban en Guátima muy bien hallados, hicieron llover demostraciones de que Cecilia estaba mejor en la hacienda que en cualquiera otra parte, y repitieron lo que ya otras veces habían dicho, á saber, que el Prelado de la Arquidiócesis y el Párroco de San Rafael les habían declarado que, una vez que iban á residir en una casa de campo, no por antojo, sino por la necesidad de procurar el restablecimiento de una enferma, estaban dispensados de oír misa los días festivos.

Por añadidura, D. Leonardo anunció que iba á sacar licencia para que en Guátima se dijese misa los días festivos, y á buscar sacerdote que fuera á celebrarla.

Cecilia, que no sabía porfiar, se vio reducida á renovar el propósito que cien veces hiciera de no pensar en lo que pudiese haber entre Pablo y Modesta. De ahí en adelante pensó con más fre-

cuencia que nunca que no debía pensar en semejante cosa.

Gabriel, el dueño del vecino cafetal de *Los Cayos*, sabedor de que la familia de D. Leonardo había venido á residir en Guátima, se había apresurado desde el principio, á visitarla y á ofrecerle sus servicios. Sus visitas se repitieron y fueron por grados haciéndose más frecuentes; y no tardó en echarse de ver que Modesta lo había flechado. Modesta recibía sus atenciones con cortesano agasajo, pero nada hizo que pudiera infundirle al galán esperanzas de ser correspondido.

Pablo, al notar lo que pasaba, sintió como una ráfaga de contento: su fantasía le hizo vislumbrar en un instante la posibilidad de un evento que podía desembarazarlo; pero al punto refrenó aquel impulso como contrario á la obligación que le imponían el amor y el respeto que debía á su madre.

El vecino había intimado con él, y llegó el caso de que le hiciera confidencias:

—Usted habrá notado, dijo á Pablo cierto día en que iban caminando juntos hacia un pueblo vecino, usted habrá notado la impresión que me ha hecho su prima.

Pablo se cortó visiblemente y titubeó antes de responder, que sí había creído notarla.

Gabriel, sorprendido, continuó:

—Pero yo tal vez estoy cometiendo una gran tontería. Se me figura que usted.....

—No, no tema usted eso. Usted no debe en ese asunto consultar otra voluntad que la de Modesta y la de mis tíos.

—Quizás me dice usted eso por pura generosidad. Le ruego encarecidamente que me hable con entera franqueza.

—Con entera franqueza le he hablado á usted. Si usted ha advertido en mí alguna turbación, debe atribuirlo á que los asuntos de esa clase, cuando se trata de personas muy allegadas, no pueden ventilarse al principio sin cierto empacho.

—Está bien. ¿Y usted juzga que puedo abrigar esperanzas?

—Nada puedo presumir. Modesta es reservadísima.

—¿No habrá algún compromiso anterior?

—Sobre eso sí puedo contestarle á usted asertivamente. Si hubiera algún compromiso, lo que se llama un compromiso, yo lo sabría, y nada sé..... Puedo decir más bien que sé que no lo ha habido.

—Algo es para mí haber adquirido conocimiento de esa circunstancia. Puede que pronto me anime á hacer mi proposición.

En Guátima se había hablado mucho sobre el proyecto de hacer un paseo á Ayamonte. Su ejecución se festinó, gracias al deseo de tener á Cecilia distraída y contenta, deseo que se había avivado desde que ella había dejado conocer el de trasladarse á otro punto. Llegó el día de emprenderlo. Las señoras mayores montaron en sus mulas, poseídas de miedo, pues habían oído ponderaciones de lo malo de las trochas por donde se subía al cafetal. Hízose lo que se pudo para infundirles ánimo y se dispuso que cada una llevase su espolique (vulgo, peón estribero).

Las sendas que hubieron de recorrerse aquel día eran una sucesión de escarpas pedregosas, de angosturas en que se rozaban las rodillas de los viajeros, de caminitos medio abiertos por entre arboledas y matorrales, en que era forzoso ir inclinándose sobre el cuello de la bestia, y defendiendo la cara con las manos; de angostas cornisas labradas en las vertientes de los cerros, y, últimamente, de puentecillos endebles improvisados sobre cañadas y sobre arroyos.

D^a Mariana no se cansó durante el viaje de

hacer exclamaciones considerando la barbaridad que Pablo cometía transitando, como en efecto transitaba, casi todas las noches por aquellos senderos.

—¿Qué diría Mariana, le observaba D. Leonardo á su hermano, si le hubiera tocado andar por aquí en tiempo de lluvia? Ya tú sabes que yo todavía me tiento y me hallo, y con todo y á pesar de que sé que mi mula Comadreja es capaz de subir por un chorro de agua, no pasaría este camino estando húmedo aunque supiera que el diablo se llevaba el cafetal.

Entre el confín superior de la *hacienda de cañas* y el inferior del nuevo cafetal, se extienden vastos y muy quebrados terrenos. Como se van desvaneciendo dos colores de los que se reúnen en una pintura, sin que pueda determinarse dónde empieza y dónde acaba cada uno, en aquellos sitios van desapareciendo gradualmente las señales del cultivo y empezando á mostrarse los vestigios de la ruda é indómita vegetación de la montaña. Allí se ostentan las adustas bellezas de lo agreste y primitivo entremezcladas con las más geniales y risueñas de los espacios cultivados.

Al transitar por un laberinto de cerros, nues-

tras viajeras encantadas se mostraban unas á otras las que para ellas eran ignoradas maravillas. Sobre faldas de suave y dilatada pendiente, se levantaban conos agudos ó truncados; crestas de colinas, ya barbudas, ya rasas, se dibujaban sobre nubes de plata, ó sobre otras eminencias lejanas, ó sobre copos de niebla que se asentaban á su espalda.

Desde lo alto de una sierra divisaron un como campo undoso, crespo y aterciopelado de verde claro, formado por las copas de una espesa arboleda.

Como para que más resaltase el alegre matiz de los taludes cubiertos de maizales, de pasto oriental, de pará, ó de guinea, de cuando en cuando se ofrecían á la vista colinas descarnadas en que vegetaban pobremente algunos arbustos tiesos y macilentos, sembradas de piedras redondas que remedaban granos nacidos en una cara enfermiza.

Las recortaduras de las cumbres inmediatas representaban á trechos grotescos perfiles de rostros humanos, escalones, almenas y dientes de sierra; y á trechos ondeaban suavemente. Así iban á tocar con las dilatadas curvas de la azul y remota cordillera que cerraba el panorama.

En el fondo de algunas cañadas, las guaduas mecían sus airosos plumajes. Elevábanse majestuosos en otros sitios el cedro, el nogal, el roble y el patadegallo, que debe su nombre á la forma de sus raíces; el dinde, el botundo, el ocobo, que se cubre de flores como violetas; el caucho y el guásimo, que sostienen su copa, no sobre un solo tronco, sino sobre haces de ellos; la palmicha, que pudiera llamarse mata de abanicos; y las *vividoras palmas*, que se las apuestan en cuanto á gallardía con todos los demás hijos de la tierra.

La luz de la mañana, derrochada en una atmósfera de maravillosa diafanidad, perfilaba netamente las figuras, así las de los montes lejanos, como las de las hojas más menudas que se iban tocando con la mano.

Gabriel, que ha sido convidado al paseo por D. Leonardo, llega al cafetal al mismo tiempo que los demás paseantes. Acude á ayudar á las señoras á bajar de las cabalgaduras; y como buen conocedor de la aguja de marear, no hostiga á Modesta con porfiados galanteos. Reparte sus atenciones entre todas las damas, y va en seguida á darles conversación á D. Jacobo y á D. Leonardo, que forman corro aparte. Enredaron

conversación sobre los asuntos que de continuo alimentan la de los cafeteros: la gota ó enfermedad de la planta; precios del artículo en los mercados extranjeros; fundamentos para la esperanza de que no bajen; impuestos extranjeros y nacionales; cosechas en el Brasil; consumo y producción; camino que deba elegirse para sacar el café á los puertos del Magdalena; si los árboles deben podarse ó no; si se debe adoptar tal máquina ó tal aparato de los conocidos, ó si más bien se debe aguardar el resultado de un invento que está haciendo cierto inventor que nunca ha acabado de inventar nada; si se ha de exportar el fruto trillado ó en pergamino; si se ha de preferir la tahona á la trilladora ó ésta á aquélla y si es buena ó mala aquélla, que trilla y pule el grano; qué árboles han de preferirse para el *sombrío*, si los cámbulos, los muchos ó los guamitos. Vinieron en seguida los lamentos sobre la escasez de brazos y la subida de los jornales, con la relación hecha por Gabriel de las diligencias, casi siempre infructuosas, que había hecho para traer peones de Boyacá, y la de las trazas empleadas por los competidores para sonsacarle los que había conseguido; vinieron asimismo las discusiones sobre la excelencia comparativa de

las estufas *Górdon, Mejía, Zanetti y Guardiola*. Por de contado, le tocó su turno á la cuestión batallona de si las letras sobre el extranjero han de subir, ó de bajar ó de mantenerse en su sér actual.

Contrastaban singularmente en la recién sembrada roza el fúnebre aspecto que le daban las señales de la destrucción que por sobre ella había pasado, los enormes troncos medio carbonizados; otros de árboles que, picados por el hacha, se habían desplomado desgarrándose; árboles que retoñaban hacia el promedio de su altura y levantaban de ahí palos secos y muertos; otros troncos que, privados de ramas y follaje, sacaban de la tierra raíces como zarpas y se agarraban desesperadamente á la tierra, como ancianos que, aunque faltos ya de esperanzas, se asen á la vida con todas sus fuerzas; piedras ennegrecidas por el fuego; palos gigantes que descansan echados y han de aguardar por largos años su disolución; un suelo negruzco formado de carbones y de ramiza chamuscada; contrastaban, decimos, todas estas cosas, que podían recordar un campo de batalla con sus heridos y sus muertos insepultos, con la juventud, la frescura y la vitalidad representadas por los arbolillos

llos de café, por los rarísimos que el hacha había respetado á fin de que sirviesen de *sombrío*; por otros nuevos que para lo mismo se habían plantado, y por el maíz que, sembrado entre el café, erguía ya su espiga y agitaba sus sonoras y gallardas hojas.

La contemplación de este contraste y la del soberbio panorama que se presentaba, y acaso la idea de que aquel sitio predicaba la excelencia de las varoniles prendas de Pablo, exaltaron el alma sensible, poética y contemplativa de Modesta. Ella sabía muy bien que mostrarse romántica sería ridículo; mas no tuvo el valor de guardar para sí sus impresiones. Aun más que reservarlas, le habría repugnado comunicarlas á quien, en su sentir, no fuera capaz de participar de ellas. Así, después de haber permanecido en largo y mudo arrobamiento, reuniéndose con Pablo, “ésta es, le dijo, la perspectiva que tú me habías pintado: la pintaste muy bien; pero me parece todavía mejor de lo que me la había figurado.”

—¿Cómo habrá, continuó, quien no crea en Dios y quien no piense en el cielo, viendo esto tan hermoso?

—Por desgracia, repuso Pablo, la costumbre de ver estas cosas les quita el prestigio.

—¿Aun para la gente educada?

—La mayor parte de la gente educada, á lo menos la mayor parte de la masculina, no ve en lo que á ti te parece tan capaz de levantar el espíritu, sino elementos de que la industria puede aprovecharse, y fenómenos que no significan nada, si no contribuyen á lo que se llama la obra de la producción.

—¡De cuántas cosas deliciosas se priva esa gente!

—¿Sabes qué es lo primero que dice un hombre de negocios al llegar por primera vez al Salto de Tequendama? —¡Qué chorro tan famoso para mover una rueda hidráulica!

Y como la vista de Modesta se hubiese detenido en un grupo de trabajadores,

—Y esta pobre gente, dijo, esta pobre gente que no disfruta como nosotros de la lectura, de los espectáculos y de tantas otras diversiones ¿tampoco gozará viendo estas hermosuras tan grandes?

—Tampoco. Esa gente no estima la ventaja de poder contemplarlas, más que tú y yo la de tener aire que respirar.

Detúvose la joven y girando lentamente se recreó en el panorama entero. Admiró la luz in-

tensa que penetraba las inconmensurables profundidades del cielo; el amplísimo horizonte cerrado por montañas azules y gigantescas y las maravillas con que Flora engalanaba el primer término del grandioso cuadro.

—¡Que allí no más, exclamó señalando hacia Bogotá, á unas pocas leguas de distancia, pasen tantos la vida entre paredes sin sospechar siquiera que tienen tan á la mano algo que vale más que la ópera, más que las corridas de toros y que todo lo que allá buscan para esparcirse!

En tanto que Modesta y Pablo seguían su conversación, Cecilia, olvidada ese día de su dolencia, y seguida de lejos por su madre y sus tías, mariposeaba alegremente por la vera del terreno cultivado, atraída por la belleza de las flores y de las plantas que iba encontrando.

—Mamá, decía, venga y verá qué enredadera tan linda. ¡Si pudiéramos llevar á casa la semilla ó unos pies!..... Pero esta otra de las trompeticas moradas..... ¡Esta sí que es preciosa!.....

Vengan, vengan todas. ¡Esto es una maravilla! Miren ese árbol con hojas de dos clases, unas grandes y redondas y otras chiquitas y de figura de corazón, y todo cubierto de florecitas blancas.

—No seas boba, le contestó D^a Liboria, las hojitas y las flores no son del árbol sino de una enredadera que lo ha vestido. Es como si yo me emperifollara con un traje tuyo.

Nuevas exclamaciones y nuevos comentarios al topar con un bejuco que, habiendo nacido en la axila de un árbol, había bajado, echado raíces en la tierra y vuelto á trepar.

—Este bejuco, dijo Cecilia, ha nacido dos veces.

—Y ha nacido la segunda, repuso D^a Liboria, sin haberse muerto.

Yo me figuraba, observó después Cecilia, que un cafetal era como una huerta muy cuidada; y nada: aquí, por ejemplo, donde estamos, no se ven los arbolitos en hilera, ni el piso está despejado.

—Aquí, le dijo su madre, los palos y las piedras no han permitido que se formen hileras. Vén á este otro lado y verás.

—¡Qué cosa tan divina!, exclamó Cecilia, al situarse en un costado del cafetal, desde el que se extendía la vista por calles rectas, formadas por las matas de café, y al observar que estas mismas formaban otras calles que cortaban oblicuamente á las primeras.

¡Pero este suelo!, prosiguió. Mi tío y Pablo no hablan de otra cosa que de la deshierba. Que no hay peones para que deshierben; que esta semana ha costado la deshierba tanto más cuanto; que se pongan más peones á desherbar; que la deshierba por aquí; que la deshierba por allí... y ya ven cómo está esto hecho un basurero.

Cecilia llamó á un mayordomo que, por orden de Pablo, iba siguiendo á las señoras, por lo que pudiera ofrecerse.

—¿Qué son, le preguntó, esas como pelotas que están prendidas á aquellos árboles?

—Son avisperos.

—¿Y se comen?

—¡Qué se van á comer, mi señorita! Antes hay que tenerles mucho miedo, porque esas avispas son bravísimas.

—Pues yo no conocía más avisperos que unos como merengues ordinarios, que por cierto son muy sabrosos... ¿Y aquellas como mochilas que cuelgan de esos otros árboles?

—Esos son los nidos de los pájaros muchileros.

Y dígame, ¿porqué con tanto desherbar, el suelo está lleno de hojarasca y de ramas secas? ¿Porqué no se llevan bien lejos toda esa basura?

—Es que cuando se deshierba se deja todo ese desperdicio al pie de las matas de café porque dicen que ese es buen abono para la tierra.

—Pues cuando se deshierba el patio de casa luego se barre y queda como una plata.

Las criadas, entre las cuales había dos muchachas sabaneras muy avispadas y de buenos palmitos, se habían quedado atrás y detenídose en estancias situadas abajo de la roza. Habiendo sido muy mimadas por los mozos de la hacienda que subían y por los dueños de las labranzas, pudieron forrajear á contento, y llevaban grueso botín de mangos, madroños, pomarrosas, guamas, guayabas, platanitos y naranjas. Hechas unos cuernos de la abundancia, se presentaron á las señoras y excitaron en Cecilia el deseo de visitar aquellos lugares.

Sirvióse el almuerzo á la margen del arroyo rumoroso que cruzaba la plantación y bajo un emparrado natural formado por un grupo de árboles que entretejían sus ramas; la cura, el plátano, la yuca y la mazorca que figuraron sobre los manteles, pasaron sin intervalo del lugar de su nacimiento al fogón en que se aderezaron.

Durante el almuerzo, cayó sobre el maizal inmediato, alegrando el aire con sus garrulerías,

una bandada de pericos contrabandistas, de los que eligen para su residencia las lindes de la tierra caliente y la fría, á fin de refugiarse en la una cuando se ven muy perseguidos en la otra. De allí se les hizo huír, y entonces pasaron por el aire dibujando su sombra sobre el suelo de la roza.

Atravesando gran parte del cafetal, se dirigieron nuestros paseantes después del almuerzo al edificio que se estaba levantando; y, de camino, vieron las viviendas que iban convirtiendo aquellos parajes en una especie de colonia. Unas, ya habitadas, y hechas de guadua y barro, dejaban á la vista los listones, que parecían costillas de un animal desollado. De otras no había aún sino el esqueleto. Unas estaban cubiertas de palmicha y otras de astilla de roble.

El edificio, formado de machones de calicanto, se estaba construyendo con bastante primor artístico. La cubierta era de palastro, y sobre las dos vertientes de ella, descollaban simétricamente cuatro bohaldas que permitían utilizar los desvanes.

Esta vistosa fábrica se destacaba vigorosamente sobre el fondo oscuro de una colina recién sembrada; y contrastaba por su aspecto de obra

de arte con el silvestre y rudo conjunto de objetos que la rodeaban. Sobre aquella colina seguían escalonándose otras eminencias, hasta la que llegaba á confundirse con el cielo, siempre por ese lado, nebuloso y amenazador. Hacia él dirigían á menudo inquietas miradas las señoras mayores, temerosas de que viniese á aguarles el gusto una lluvia intempestiva.

Todos los de la partida iban recorriendo las diferentes partes del edificio, siguiendo á D. Leonardo.

Este, al ir acercándose á una puertecilla que se veía al extremo de una crujía del piso alto, "Aquí es, dijo, la celda del hermano Fr. Pablo." Oyendo lo cual, éste, con cierto sobresalto que no pudo encubrir, se desasíó del brazo de Modesta, á quien iba acompañando, pasó delante de los que le precedían y entró á su cuarto con manifiesta intención de ocultar algo de lo que en él se encontraba.

Entretanto, Modesta decía:

—Ajá, este es el cuartico de que Pablo me había hablado. No me figuraba que tan pronto hubiera yo de venir á conocerlo.

Al oír esto, Cecilia acortó el pasó, afectó mirar con indiferencia aquella habitación, y estuvo

por algún rato mucho menos jovial y expansiva que en el resto de la jornada.

D^a Mariana, al ver aquel como camarote, exclamó: ¡Pobre mi hijo!, y se puso á quitar arrugas de las mantas de la cama, á sacudir el polvo y á colocar simétricamente los objetos que había sobre la mesa.

En el punto en que todos estaban montando para tomar la vuelta de Guátima, la cocinera de los peones, que era una mulata vejancóna y muy desenfadada, y que tenía fijos los ojos en el grupo de las señoras,

—¡Pero cómo se parece, exclamó, cómo se parece esta niña á la mona que tiene el amito Pablo allá arriba!

¿Cuál era la niña que se parecía á la *mona* que Pablo tenía en su cuarto?

Tal fue el problema que preocupó á Cecilia y á Modesta en el resto de aquel día y probablemente en el curso de muchos otros.

De vuelta para Guátima, después del almuerzo, se detuvieron nuestros expedicionarios en varias de las estancias en que las fámulas habían hecho su agosto.

Al recorrer los senderitos que las cruzaban, Cecilia iba encontrando bandadas de mariposas

multicolores, que revoloteaban en los sitios por donde corrían hilos de agua y en aquellos en que el último aguacero había formado charquitos. De cuando en cuando daba, ora ligeros gritos de horror al ver un lagarto que atravesaba el camino ó una iguana pegada á un árbol, ora otros de placer al ver una ardilla que, luciendo su grande y airosa cola, subía ágil y velozmente á los árboles y bajaba, sin darse momento de reposo. En otros espacios, el suelo se veía cubierto con las flores rojas-amarillentas de los cámbulos, que no por haber engalanado profusamente el suelo como para una procesión, dejaban de verse cubiertos con su pomposo ropaje.

En ciertas estancias, los árboles de la platanera parecían estar mostrando, engreídos, sus frutos agrupándose y constriñéndose en los pingües racimos. Cada uno de estos árboles erguía ufano sus estupendas hojas, sanas las unas, convertidas otras por el viento en flecos vistosos, al mismo tiempo que dejaba pender sobre su tallo las ya muertas y desgarradas.

Cecilia se acordó al verlas, de cierto pelete relamido que solía acudir á su casa y que se acicalaba muy orondo con los arreos nuevos que le regalaban, sin despojarse de los guiñapos viejos y dejándolos á la vista.

La *bellísima*, enredándose en las cercas, justificaba su nombre. Otra planta mostraba unas preciosas campanillas. Cecilia la oyó nombrar y dijo para sí:

“..... La flor de batatilla,
La flor sencilla, la modesta flor.”

La palma de mararay ó corozo, lucía en su alta copa los rojos racimos que tanto tientan á los muchachos y que burlan su codicia amenazándolos con los recios pinchos de que está armada.



CAPÍTULO XV

EN ESOS mismos días recibió Modesta una carta de la prima Petrica, carta de la cual transcribimos un par de fragmentos:

“Modestica mía, amiga y hermana de mi corazón,

“Tu cartica del día 18 me demuestra lo mucho que me quieres, pero me hace comprender que tú te resistes á tener conmigo una confianza tan grande como la que yo tengo contigo. Las confidencias que me haces son casi las mismas que pudieras hacerle á una extraña. ¿No adviertes cuánto debe lastimarme esta reserva tuya ?

“ Pero, á pesar de ella, trasluzco que va adelante aquello que tanto me espanta.

“ Por Dios, por Dios, queridita mía, no dejes sorprender tu corazón. Ya sé que Pablo es caballero y que sus sentimientos son los más nobles ;

pero es preciso que sepas que los más de los desengaños que hemos visto lamentar no han sido causados por canallas sino por personas que, si se hubiera tratado de cosas de intereses ó de cualquier otro asunto, se habrían horrorizado de parecer poco leales.

“Créeme, por Dios: tú no sabes lo que son la viudez anticipada y el vacío que atormentan toda la vida á la infeliz que ha sido víctima de un desengaño. Ya sabes que aludo á mí misma; y deberías aprender de mí á ser franca y á tener confianza.

.....

“He ido muchas veces á tu casa á ver si los pajaritos y las flores están bien cuidados; y he tenido muchas ocasiones de hablar con Micaela. Mucho de lo que ella me cuenta me hace sospechar que las atenciones con que Pablo ha empezado de golpe á favorecerte, no se deben sino á maniobras de mi tía Mariana, que sin duda está empeñada en que Pablo se case contigo.”

.....

Aquí hay que advertir que la Micaela mencionada era una antigua criada de D^a Liboria, tan fiel y apegada á la familia como entremetida y picotera.

Cualquiera que fuese el concepto que á Modesta le merecía el juicio de su correspondal, aquella carta y otras del propio tenor y de la misma procedencia que recibió, no podían dejar de inquietarle el ánimo y de disponerla á proceder como quien anda desconfiado y receloso.

Merced á ello, creyó advertir que los obsequios y finezas de Pablo para con ella, parecían como arreglados á un ceremonial, mientras aquellos que dirigía á Cecilia eran, á su modo de ver, arranques de cariño imprevistos é irresistibles. El lector, que está más en autos que Modesta de lo que pasaba en el corazón de su primo, echará de ver que ella no se engañaba.

Por aquellos mismos días recibió D. Jacobo una carta de Jorge, en la que, después de disculparse de la falta en que había incurrido, comunicaba que, para desempeñar cierta comisión de su padre, iba á hacer una correría por varios de los puertos del Magdalena, y que de regreso para la Sabana llegaría á San Rafael y haría la visita que tenía anunciada.

No habiéndosele aún hecho á Jorge la cortés invitación de D. Leonardo para que viniese á Guátima, aquel aviso hacía indispensable el vol-

ver á trasladarse al pueblo, cuando se fuera acercando el día de la visita.

Tres ó cuatro faltaban para que aquél llegase, cuando una noche en que la familia estaba reunida en el corredor de afuera, llegó un peón trayendo una carta del Cura de San Rafael, en la que participaba á D. Jacobo que Jorge acababa de llegar, traído en una camilla y gravemente enfermo de fiebre, y que el mismo Cura, conocedor de las relaciones que unían al enfermo con la familia, lo había hecho alojar en la casa que ésta ocupaba.

Todos se quedaron atónitos y consternados al recibir esta nueva, y todos, menos Pablo, empezaron á conferenciar sobre lo que debía hacerse en aquella emergencia. Pablo salió del corredor y, después de haber permanecido afuera por algunos minutos, volvió y, con su voz llena y vibrante, dijo:

— Todo está ya dispuesto para que mañana muy temprano se vayan para San Rafael mi tío Jacobo, mi tía Lucía y Cecilia. Yo parto ahora mismo á hacer todo lo que sea posible en favor de Jorge. Felipe me acompañará, y á prevención, llevo dos mulas de repuesto.

D^a Mariana, sobresaltada al ver que Pablo

iba á emprender el viaje á hora tan desusada y estando la noche oscurísima, trató de disuadirlo; Modesta se atrevió á apoyarla; pero D. Leonardo declaró que lo que Pablo había dispuesto era lo único que podía disponerse, y que el viaje que se proponía hacer era infinitamente menos peligroso que el que habitualmente hacía al volver del cafetal.

En los momentos en que Pablo se estaba disponiendo para montar, Cecilia buscó manera de verse con él á solas; la halló fácilmente; pero, una vez encarada con su primo, no supo qué decirle, ó no se atrevió á declararle lo que sentía. Cuando él partió, Cecilia lo siguió con la vista y con el oído hasta que la oscuridad y la distancia no le dejaron verlo ni sentir los pasos de las cabalgaduras.

Pablo halló á Jorge asistido por el Cura y por algunas señoras del pueblo, y en una situación que le pareció desesperada. Los síntomas eran los de la fiebre perniciosa del Magdalena.

A tres leguas de distancia estaba una población en que residía un médico reputado como el más práctico y más hábil para la curación de la fiebre; Pablo pensó enviar á Felipe á llamarlo; pero luego discurrió que diligencia tan importan-

te no debía confiarse á nadie. Administró á Jorge una dosis de quinina mucho mayor que otras que ya se le habían administrado, y se puso en camino seguido de su paje y llevando las dos mulas que, con acertada previsión, había traído de Guátima.

Ya había pasado la media noche cuando se puso á llamar á la puerta del doctor. Costóle gran trabajo hacerse recibir de él; expúsole el caso, pero no pudo reducirlo á que lo acompañara. Lo que recabó de él fue que, después de oír la descripción del estado del enfermo, le diera instrucciones sobre lo que se debía practicar.

—Administre usted al enfermo otra dosis de quinina como la que dice haberle dado. Si á las seis horas no se presenta la crisis, está perdido.

—Doctor, respondió Pablo, usted me mata con ese pronóstico. Si usted supiera..... No se trata simplemente de salvar una vida: hay una cuestión, hay algo que no puedo explicar á usted en estos momentos, que hace esta situación tan grave y tan delicada..... ¿De veras, de veras, no quedará más recurso?

—¡ Ah, si yo pudiera ir! Pero es imposible. Mi mujer está en un peligro poco menos grave que el de su enfermo..... Mire usted, si esa

fiebre no hace crisis con la quinina, la muerte es casi segura.... No quedaría sino un arbitrio extremo y arriesgadísimo.....

—¿Cuál, doctor?

—Una gran dosis de estricnina. Esto podría levantarle las fuerzas, y quizás.....

—¿Usted en lugar mío echaría sobre sí la responsabilidad.....?

—No lo sé..... Esa medicina hasta podría acelerar un desenlace funesto.

—¡ Dios mío, qué perplejidad tan cruel!..... Pero dice usted que si el mal resiste á la última dosis de quinina.....

—Sí, sí: la muerte es inevitable.

—Pues bien: asumo la responsabilidad.

Pablo llegó solo á San Rafael. La mula del paje y las otras dos se habían quedado por el camino medio muertas de fatiga.

Con ayuda de un termómetro de que el doctor lo había provisto, se persuadió de que la fiebre de Jorge no había cedido. Además, su prostración parecía mayor.

Apresuróse á administrarle la nueva dosis de quinina, y se puso á observar al enfermo sin quitar la vista del reloj.

¡ Con qué escrupuloso esmero, con qué la-

tidos de su corazón, espió todos los movimientos de Jorge! ¡ Con qué angustia y con qué temblor de manos observó el termómetro después de aplicarlo una y otra vez á la axila del enfermo!

Su perturbada imaginación le representaba á Cecilia acusándolo de la muerte de su prometido, y á D^a Clemencia llamándolo asesino de su hijo.

Iba viendo acercarse el término fatal, y se preguntaba, cada vez más acongojado, si merecería aquella acusación absteniéndose de ocurrir á la peligrosa medicina, ó llevándola á los labios de Jorge.

Ya había consultado el caso con el Cura y con todos los que acompañaban al enfermo, y nadie había osado compartir con él la tremenda responsabilidad, dándole consejo.

Trascurrieron los 360 minutos, sin que asomara una esperanza.

Cuando iba corriendo el siguiente, Pablo ya no se sintió preocupado por la perplejidad que lo atosigara; ahora lo que le ocurrió y lo que lo llenó de mortal afán fue la idea de que por su cobardía se estaba perdiendo un tiempo precioso; y, echándose en cara el haber perdido unos instantes, introdujo en la boca de su rival lo que nadie podía saber si era la vida ó la muerte.

Veinte minutos después Jorge empezó á moverse y á poco se incorporó en la cama y dirigió á todos lados una mirada incierta, pero no dio muestras de conocer á los que lo rodeaban. Tornó á tenderse y á cortos intervalos trataba de volverse á incorporar, demostrando cada vez más fuerzas. De cuando en cuando, se agitaba con ligeros sacudimientos en los brazos y las piernas.

Cuando, dos horas después de haber amanecido, llegaron á San Rafael D. Jacobo, su mujer y su hija, el enfermo pudo conocerlos. A cosa de las diez de la mañana, el termómetro patentizaba el descenso de la fiebre, y al mediodía pudo considerarse asegurada la curación. D^a Lucía no se apartaba de la cabecera del enfermo y, contestando á sus preguntas, lo iba enterando de lo que había pasado.

Entretanto, el Cura les refería á los demás de la familia, en una pieza distante de la del enfermo, los sucesos de aquella noche y se hacía lenguas de la actividad y del valor de Pablo. Sin acabar de oír su relato, Cecilia había salido y buscado un sitio repuesto para no dejar conocer su agitación. Sentíase poseída de una lástima ternísima por Jorge, del horror que le inspiraba la idea de que hubiera muerto, y de un sentimiento por Pablo

que ella calificaba de gratitud, pero que era demasiado vivo y ardiente para no ser más que gratitud.

Por la mañana, Pablo había espiado el momento en que se abriera la oficina telegráfica y había comunicado á una persona discreta y amiga de Mr. Ánderson lo que había ocurrido con Jorge.

A las nueve de la noche, llegó el inglés, triturado por la larguísima jornada y llevando consigo al doctor Leiva Gayón, médico de su casa, profesor de la más moderna escuela. Era éste uno de los que, en Bogotá, habían tenido á su cargo la curación de Cecilia y de los que habían aconsejado su traslación á tierra caliente.

Este facultativo aplaudió el tratamiento aconsejado por su colega y mucho más la valentía y decisión de Pablo, á quien, según él, se debía la salvación de Jorge.

Enterado Mr. Ánderson de todo lo ocurrido é incurriendo en el mayor enterneamiento que cabía en su alma británica, dio á Pablo un violento apretón de manos y le dijo: "My very dear, D. Pablo, usted ha estado un salvador de mi hijo Jorge. Yo soy muy enteramente agradecido á usted."

Muy enteramente agradecido estaba; pero estaba más enteramente magullado por la violenta jornada. Por lo cual y por el deseo de acompañar á Jorge en el principio de su convalecencia, determinó prolongar por algunos días su mansión en San Rafael. Aficionóse al baño en el río, á pesar de que de él solía volver con el cuerpo cuajado de unas garrapatitas que lo atosigaban y de que no se veía libre sino con la aplicación de unturas.

Cuatro ó seis días había pasado allí, cuando empezó á sentir dolor en cierto punto de una pierna. Tras el dolor vino la hinchazón y tras una y otra cosa vino fiebre y notable malestar.

El doctor Leiva Gayón hizo cuanto estaba en su mano, ó por mejor decir, en su cabeza, para calificar aquella dolencia; pero su saber no se manifestó sino en que á la hinchazón la llamaba *tumefacción* ó *absceso*.

Este crecía, crecía el dolor y subía la fiebre. El facultativo recetaba tópicos y sedativos; pero todo era inútil. Parecíale á veces que debía sajar el tumor, pero no acababa de resolverse á sacar el bisturí.

Ya el paciente, la familia de D. Jacobo, y el médico mismo habían entrado en cuidado.

A Guátima había llegado la noticia del conflicto. D^a Mariana escribió á D. Jacobo haciéndole presente que urgía tratar de que Mr. Anderson se bautizara y se preparara para la muerte, y aconsejándole que lo hiciese conferenciar con el señor Cura.

A tal extremidad habían llegado las cosas cuando á cierto vecino del pueblo, ya enterado del caso, se le ocurrió preguntar si el señor Anderson, cuando iba al baño, andaba sin precaución y con las piernas desnudas por entre los matorrales de la orilla del río. Informado de que así lo había hecho, declaró rotundamente que lo que tenía era un *nuche*. El médico se sonrió desdenosamente al oír este nombre, que no figuraba en el largo catálogo que él conocía de las enfermedades que afligen al pobre género humano. Pero la opinión de este vecino fue decididamente confirmada por la de muchos otros, y hubo de tomarse la resolución de seguir el consejo que todos los opinantes daban, de extraer el bicho por el método conocido y aplicado en todas las tierras plagadas de nuches, que son las de temperatura no muy alta en que abundan malezas.

El paciente, no sin repugnancia, se allanó á

sufrir la operación aconsejada. Llamóse para que la ejecutase á un indio sabanero muy bruto que había trabajado en trapiches y cafetales y era reputado insigne extirpador de nuches.

Este dispuso que, unas horas antes de la operación, se aplicase á la parte enferma un apósito de cabos de cigarro mascados, confección que él mismo se prestó gustosísimo á preparar.

Llegó el momento, el operador, empleando los dos pulgares y no sabemos cuántos caballos de fuerza, apretó el tumor como para oprimirlo. Pero antes que se viera el resultado, Mr. Anderson, fulminando denuestos en inglés y repitiendo con gran vehemencia una interjección castellana asaz castiza, aunque mal pronunciada, le asió fuertemente las manos al indio, con lo que la maniobra quedó sin efecto.

Se instaba al enfermo que se dejara operar, pero él le decía á D. Jacobo:

—No, no, no operación. Yo mejor aguardo que el *mucha* se muere de su edad.

—¡De mi edad! exclamó D. Jacobo, muerto de risa.

—No, intervino Leiva Gayón, pudiendo apenas contener la suya. Lo que Mr. Anderson quiere decir es que prefiere aguardar á que el bicho

se muera naturalmente ; es decir, que se muera de viejo.

—¿Y antonces, terció el indio, pa qué jue el chicote mascao ? Ai han de ver que el nuche está muerto.

El enfermo se resistía obstinadamente á volver á ponerse en manos del indio ; pero á D. Jacobo se le ocurrió decirle :

—¡ Inglés y tan cobarde !

—Inglés tan cobarde, no ; inglés tan cobarde, no, exclamó el enfermo, y llamó al sayón y le ofreció la pierna, sin dejar de repetir : *inglés tan cobarde, no.*

Pero ahora la lucha hubo de ser con el indio.

—Pus yo con tua verdá les digo á sumercedes que lo que es á un güey ú á un perro, con perdón de sumercedes, sí le sé sacar el nuche. Ai está mi amo Torcuatro, que asiste en el propio pueblo, que lo diga. Yo lestaio trabajando tres ú dos años y yo he sío, aunque me pese el decirlo, el que lé esnuchao siempre el ganao. Prigúnteles sumercedes sino esnucho en menitos un güey anque esté empredao dende la cabeza hasta las patas, y mas que los nuches estén ya tamaños como mi deíto chiquito y llenos de pelos. Pero á los patrones como sumercedes sí me

da á yo como miedo é manosiarlos, y tal vez puese jue que no hice harta juerza.

El marrullero indio se hizo de rogar, y no cedió al cabo sino al ofrecimiento de una buena gratificación.

La cosa tuvo éxito satisfactorio. Con el nuevo apretón, por la misma parte de la piel en que fuera depositada la cresa origen del endemoniado gusano, salió éste inanimado aunque entero, dejando un agujerito de que manó algo de sangre.

La curación quedó consumada con la extirpación de lo que era causa del mal ; y Mr. Anderson, sin tornar á bañarse en el río, tomó la vuelta de la capital.

El doctor Leiva Gayón permaneció por algunos días en San Rafael y durante ellos se aplicó á examinar el estado de Cecilia ; pareció sorprendido de que su dolencia hubiese resistido á los tratamientos que se habían empleado y á la acción de la tierra caliente ; prescribió un nuevo régimen, y en vista de los datos que se le suministraron, confirmó el parecer de los que opinaban que á la enferma le convenía más el clima de Guátima que el de San Rafael. Además, siendo, no sólo médico de la casa, sino amigo íntimo

de la familia de Ánderson, ofreció, al ir á regresar á Bogotá, que dentro de poco volvería á ver á la novia de su amigo.

La convalecencia de éste fue larga y penosa, y durante ella Cecilia desempeñó para con él oficios de solícita enfermera.

D^a Clemencia, noticiosa de todo lo que había pasado, solía decir: "Con razón nunca me ha entrado el tal Pablo: ¿se ha visto hombre tan bárbaro como ese, que va á poner á mi hijo en manos de un mediquín de pueblo y á darle él mismo esa toma de estricnina? ¡Hasta pudo haberlo envenenado!"

Ha pasado tiempo. D. Leonardo y Pablo han dado una vuelta por Las Palmas. Jorge, sano y sonrosadito ya como una manzana, está en su casa. Guátima ha recibido de nuevo á sus antiguos huéspedes, y allí miden las tranquilas horas, amén de los sonos del cuerno que convoca á los peones para el almuerzo y para la comida, los pacíficos entretenimientos y ejercicios que desde el principio de la temporada fueran acostumbrados.

La cadena que ataba á Pablo, bastante fuerte desde los principios, vino á hacerse más inquebrantable, merced á dos acontecimientos.

Gabriel, que infatigablemente, aunque con rara discreción y delicadeza, había seguido cortejando á Modesta, pidió por fin su mano. D. Leonardo y su mujer defirieron á lo que ella decidiese acerca del particular y recibieron de su hija el encargo de contestar á su pretendiente que estimaba como quien más sus relevantes prendas y que se tendría por muy honrada en seguir llamándose amiga suya; pero que no se sentía inclinada á corresponder al honor que él quería dispensarle. Como D. Leonardo habló del asunto con el desparpajo con que los trataba todos, Pablo quedó enterado de lo que había ocurrido. Las muestras de preferencia que Modesta estaba dándole hacía ya bastante tiempo no le dejaban duda de que los nones echados por su prima se debían al cariño que ésta le profesaba.

"Ahora, se decía, ahora que Modesta ha rehusado un enlace á todas luces ventajosísimo, por tenerme entregado su afecto, yo si no la tomara por esposa, cometería una crueldad de que no me siento capaz, y tal que, si la cometiera, me atarazaría el alma toda mi vida aunque me fuera dable disfrutarla al lado de Cecilia."

Una noche lóbrega y borrascosa en que de todas las cañadas subía el bramar de los torren-

tes formados ó acrecentados por una lluvia inicamente, le retentó su mal á D^a Mariana. Cayó primero en desmayo, y cuando hubo vuelto, sintió opresión y palpitaciones en el pecho y empezó á tiritar como los que padecen el frío de las tercianas.

Llena de temor y de congoja, rogó que inmediatamente se enviase al pueblo por el Cura y, si era posible, por un médico. Era de todo punto imposible complacerla, y fue preciso engañarla asegurándole que ya habían partido mensajeros á cumplir con sus órdenes.

Hallándose en aquel lastimoso estado, manifestó deseo de hablar reservadamente con D. Leonardo y con D^a Liboria.

—Hermanos de mi alma, les dijo con voz anhelosa, cuando se vio sola con ellos, conozco que voy á morirme y que no puedo llegar al día de mañana. Para morir tranquila, necesito desahogar con ustedes la pena que más me oprime. Mi idea fija, la esperanza que me ha hecho soportable la vida desde que me comencé á ver enferma y separada de mi hijo, ha sido la de que éste se case con Modesta. No puedo explicarles á ustedes, hallándome en esta apretura, cuántos motivos tengo para anhelarlo. Básteme repetir

que de la seguridad de que eso se realice depende que yo pueda morir tranquila.

—Vaya, vaya, dijo D. Leonardo, déjate de pensar en que vas á morirme. Mira, con sólo haberte distraído unos momentos hablando con nosotros, te has mejorado sensiblemente. Dios ha de darte tiempo de sobra para que podamos tratar con sosiego de la suerte de nuestros muchachos.

—Por mi parte, intervino D^a Liboria, ¿qué puede haber que no haga por tenerte contenta? Ahora, cálmate y procura dormir.

—Ya sé lo buenos que son todos mis hermanos para conmigo. ¡Dios los bendiga!

Después de una pausa,

—Ya ustedes habrán notado, añadió, que Modesta y Pablo manifiestan estar muy inclinados á la unión que yo deseo. Pablo nada tiene, pero creo que sabe trabajar y tal vez.....

—No te esfuerces por decirnos lo que ya sabemos, repuso D. Leonardo. Pablo es para mí como un hijo; más que un hijo, si cupiera en lo posible ser más que hijo.

Estas palabras fueron cordial eficacísimo. La enferma no tardó en dormirse. Todo el patatús había sido efecto de una indigestión.

Pasajera había sido aquella novedad; mas

para Pablo tuvo serias consecuencias. Habitado como estaba, á esforzarse por no oír lo que de él se estuviera hablando, ya fuera agradable, ya desagradable, se empeñó en no percibir una palabra de la conversación aquella *in articulo mortis*, ni de otras á que ésta dio margen. ¿Pero qué valía su delicado proceder contra el hipo de bromear y de desembucharlo todo que aquejaba á D. Leonardo? El parlero tío empezó á decir como para sí, pero de modo que Pablo pudiese oírlo: “Siempre tendremos en la familia religiosos que nos encomienden á Dios..... Religiosos de los de á dos en celda.”

Estas chanzonetas y otras por el mismo arte, le hacían patente á Pablo que su tío acogía gustoso la idea de su enlace con Modesta, y discurría: “Ya, si rehusara tal enlace, no sólo abreviaría los días de mi madre y despedazaría el corazón de Modesta, que tanto me quiere, sino que dejaría desairado y burlado al que tan generosamente hace para mí veces de padre.

No hay para qué decir que D^a Liboria pensaba como su marido. El matrimonio con Pablo daba al traste con el proyecto de Modesta de hacerse religiosa, proyecto que con tanto horror había mirado siempre su madre.

Pocos días después, se hallaban Pablo y Modesta en un extremo del corredor que daba al camino, mientras, en el otro extremo, D. Leonardo conferenciaba con un tolimense muy bien portado, espigado y airoso que había venido con la pretensión de comprar la hacienda de Las Palmas.

Cuando el tolimense quiso marcharse, D. Leonardo le instó que lo acompañara á comer, añadiendo: “Comeremos más y comeremos menos.” El invitado se excusó cortésmente, se despidió, se puso el sombrero de alta copa y de funda blanca y los zamarros de tela encauchada, recogió el cabestro de su mula, que estaba atada á una de las columnas del corredor, le deshizo las arrugas á la sábana que cubría el asiento del galápago, se terció al hombro la ruana blanca doblada, montó y partió taloneando la mula, la que salió coleando y á trote largo.

Pero no había andado cincuenta pasos cuando el tolimense se volvió; y sin desmontarse dijo á D. Leonardo:

—Conque quedamos en eso: usted medita mi propuesta; y dentro de algunos días, cuando yo regrese de Bogotá, paso por aquí y volvemos á hablar.

—Lo dicho, respondió D. Leonardo. Ya no me gusta meterme en negocios de importancia. La cosa ya no les interesa sino á estos muchachos.

Diciendo estas palabras señalaba á Pablo y á Modesta.

—Más tarde, prosiguió, más tarde, tal vez podrá usted hablar con Pablo, y no es difícil que lleguen á entenderse.

Con esto, ¿qué duda podía ya quedarle á Pablo de que su tío daba por cosa arreglada su matrimonio con Modesta?



CAPÍTULO XVI



HABÍA LLEGADO el tiempo de las quemas y se había resuelto la de una soca. Junto con ésta debía arder un rastrojo en medio del cual, y ocupando considerable extensión, crecía profusamente la cañabrava.

Esta última circunstancia había de hacer especialmente interesante el espectáculo.

Quería Pablo que fuesen á presenciarla su madre, sus tíos y sus primas; pero sólo éstas determinaron concurrir, y, á las tres de cierta tarde, se trasladaron á una casa situada á la vera de la soca y junto á un arroyo que marcaba el límite que el fuego no debía traspasar.

El fuego se aplicó á la soca por diferentes puntos y no tardó en cobrar vigor ni en cundir al rastrojo; allí se cebó con impetuosa voracidad en las malezas. El tiempo estaba sereno y las columnas de humo, que subían rectas, llevando en su

seno pavesas y chispas, formaron como una gran nube que se descubría posada delante de una colina. Por la espalda, le daba el sol, que había declinado bastante. Los rayos luminosos penetraban por entre los claros que dejaba el humo, se quebraban al pasar por allí, y descendían verticalmente formando inmensos abanicos.

El fuego embiste con la cañabrava y entonces comienza á oírse una crepitación que las dos primas no pueden escuchar sin cierto pavor. Aquel estrépito remeda el de un nutrido fuego graneado, y nadie puede percibirlo sin imaginar que está presenciando un desastroso combate. Hasta los estampidos intermitentes de la artillería son representados allí por las detonaciones de algunas guaduas que quedan envueltas en el estrago.

De súbito se escucha un grito lejano:

¡ Se está quemando la caña !

Pablo antecoge todos los peones que tiene á la mano ; manda á uno que monte en su mula y corra á buscar otros, y acude al lugar del siniestro. El fuego se ha extendido ya demasiado por la orilla del cañaduzal (*) y amenaza destruir en poco tiempo gran parte de él.

(*) *Cañaduzal*. Nos es forzoso usar de este provincialismo. No hay otro nombre que dar á la plantación de caña de azúcar.

Con el ímpetu que las impulsaría si pretendieran asaltar las nubes, las lenguas de fuego se lanzan rabiosas vibrando con zumbido medroso y aguzando sus puntas, de las que se desprenden con violencia llamas menudas que semejan dardos asestados al cielo. Más que las llamas, suben pavesas que chisporrotean en el aire ; y entre tanto, sierpes de fuego se deslizan á las calladas por el pie de las cañas y por las hierbas para subir en seguida á ceñir con mortífero abrazo el cuerpo de cada planta, y á engendrar nuevas llamas.

Al inflamarse, las cañas y los arbustos se convierten como en desesperada agonía, y asordan con multiplicados y rápidos chasquidos, iguales á los que producirían si los rompiesen con violencia.

Los peones, sudorosos, tiznados, y anhelantes, apalean las cañas encendidas, pero su afán es infructuoso.

Pablo, que se ha detenido para ver de colocar á sus compañeras en lugar cómodo y seguro, llega, recoge á los peones que llevan herramienta, y, con ayuda de ellos, penetra en el cañaduzal y ataca el fuego saliéndole al encuentro. Corta cañas, las arroja hacia la orilla que arde y arra-

sa una faja de terreno. El fuego, al llegar á ella, se detiene por falta de pábulo; cuando vienen muchos peones apercebidos con machetes y con otros instrumentos, se trata de ejecutar aquella acertada maniobra en toda la orilla del plantío.

Pero, en tanto que Pablo y los peones están embebecidos en el afanoso combate, se ha aparejado otro peligro más terrible.

Las pavesas y ramas inflamadas que han volado por encima del arroyo han incendiado las cañas y los rastrojos del otro lado, y acaso han encerrado á los vivientes que se encuentran en aquellos sitios.

Nótalo una mujer, habitante de la casa, lo comunica á Cecilia y á Modesta, y ellas, sobrecogidas de espanto, vuelan en busca de Pablo exponiéndose á ver prender el fuego en sus vestidos.

Pablo sube corriendo á una eminencia, tiende la vista y se estremece al descubrir que efectivamente el incendio está á punto de cerrar toda salida.

El camino por donde habían venido está cortado y no hay esperanza de poder huír á caballo.

Pablo discurre que lo más seguro es descen-

der al cauce del arroyo, aunque es pedregoso y desigual por extremo, y subir por él, si bien teme que el humo haga ese camino tan peligroso como cualquiera otro.

Pablo, por un impulso instintivo, va á tomar la mano de Cecilia para ser su compañero en el peligroso viaje; pero en el mismo punto y por acaso, sus miradas dan con Modesta, que aguarda pasivamente lo que ha de disponerse para salvarla; su compasivo corazón le representa lo que ella ha de sentir si en aquella crítica coyuntura se ve pospuesta á Cecilia; y toma la resolución de no consagrar sus esfuerzos á ninguna de sus primas en particular; confía una de ellas á Felipe y otra á otro mozo igualmente ágil y esforzado, y él sigue delante ayudando en los pasos más difíciles, ya á la una, ya á la otra de sus compañeras.

La marcha se efectúa, ya chapoteando, ya sumergiendo los pies en lodo, ya trepando por piedras grandes y resbaladizas.

Llegaron momentos de suprema angustia en que, cegados todos y medio sofocados por el humo, caminaban trabajosamente sin saber si lo hacían para huír del peligro conocido ó para dar con alguno más inminente.

Cecilia y Modesta, que en casi todo aquel

trance habían mostrado buen ánimo, gracias á aquella fe en la propia fortuna que no abandona á los que nunca han conocido la adversidad, se acobardaron al cabo; y Pablo, con el corazón lastimado, se esforzó por infundirles las esperanzas que él mismo hubiera querido abrigar.

Díos quiso que salieran á un sitio ya arrasado por el fuego y de donde el viento barría el humo.

Las dos jóvenes, al medir el peligro de que acababan de escapar y al experimentar el gozo de verse libres de él, se pusieron en un estado de exaltación en que no eran dueñas de sí. Pablo, no bien las hubo dejado en seguridad,

—Ahora, dijo, yo me vuelvo: los peones y la gente de la casa están en peligro.

Modesta, asiéndole nerviosamente un brazo,

—No, le gritó; ¡me matarías!

Cecilia, al oír las palabras de Pablo, se había estremecido, había abierto desmesuradamente los ojos y hecho ademán de ir á contenerlo; mas, al escuchar el grito de Modesta, frunció el ceño y fulminó una aguda y colérica mirada que fue á clavarse en los ojos de su prima. Pablo, entre tanto, agitado por terrible perplejidad, dirigía los suyos hacia todos lados, como si buscara algo que lo hiciera salir de ella.

Por suerte, en ese mismo punto se oyeron voces de peones que, habiendo atravesado el cuadro de caña cuya orilla había estado ardiendo, habían salido sanos y salvos.

Por ellos se supo que en aquella parte el incendio estaba ya dominado.

No sin dificultad se logró haber á las manos las cabalgaduras. Los tres primos, precedidos por las pavesas que se levantaron del incendio, las que revolaban por sobre sus cabezas, llegaron á su casa. Procuraron ocultar lo que les acababa de acontecer; pero aquello no era practicable. Pablo parecía un carbonero, y las jóvenes llevaban los trajes enfangados. Aquél trató de meter la cosa á barato, pintando la aventura como muy divertida; mas los muchos testigos de ella pusieron la relación en su punto, y allí fue el hacer exclamaciones y aspavientos sobre el riesgo que la familia había corrido de verse sumida en el más espantoso duelo.

La escena con que había terminado la aventura puso un sello en los labios de los tres primos: ninguno de ellos volvió á tomar en boca delante de otro nada de lo ocurrido aquella tarde.

Siempre se había distinguido Cecilia por su ecuanimidad y por lo blando de su condición;

mas, desde los días en que ocurrieron los lances que acabamos de relatar, se empezó á notar en ella un cambio que sus padres y sus tíos atribuían á su enfermedad. Dejábase á veces dominar del espíritu de contradicción, daba respuestas desabridas y se mostraba impaciente por causas baladíes. Allá en su interior, condenaba como impertinencias, como torpezas ó como errores de Modesta, muchos actos suyos que en los demás le parecían laudables ó indiferentes; y se complacía en expresarlo de algún modo en presencia de Pablo. Cada una de las primas se retrajo de tratar con la otra: sólo en presencia de otras personas se dirigían la palabra.

Lo embarazoso de esta situación y la violenta tensión de ánimo vinieron desde luego á hacerseles intolerables á Cecilia: ella no concebía que se pudiese vivir sino dentro de un círculo de afectos puros y bien correspondidos, y en un ambiente de paz y de franqueza.

Las agitaciones de su espíritu se renovaron, además, merced á una carta de Jorge que se recibió en aquellos días. Comunicaba que había deseado vivamente ir á Guátima, pero que su señora madre no se lo había permitido por creer que él no podía volver á pisar la tierra caliente

sin exponerse á morir de fiebre. Noticiaba también que de nuevo había abrazado el comercio, no asociándose á su padre, sino abriendo un almacén por su propia cuenta. Dejaba traslucir que, mediante este paso, esperaba poder, dentro de breve término, fijar época para su matrimonio.

Una noticia como esta última habría alborozado á cualquiera otra novia: á Cecilia más bien le ocasionó cierta inquietud. Ella le declaró á su madre que con más gusto habría sabido que aquello seguía aplazándose como hasta entonces.

D^a Lucía oyó esta declaración con desagrado y sermoneó á su hija, afeándole su conducta como propia de una muchacha caprichosa y voluble.

Era lo natural que los contratiempos sufridos el día de la quema, y el mal estado de su ánimo hubieran hecho estragos en la salud de Cecilia; empero, lo que había sucedido era todo lo contrario. Sus dolores y cierta insensibilidad que días antes había experimentado en diferentes partes del cuerpo, habían desaparecido casi enteramente.

Alegando esto, había rogado á su padre y á su madre que dispusiesen su regreso á la capital. Ellos empezaban ya á aburrirse en tierra caliente, y dieron oídos á su hija. Mas, antes de resolver

nada, escribieron al doctor Leiva Gayón consultándole el punto. El médico opinó que bien se podía resolver afirmativamente una vez que, si la prueba salía mal, era fácil que Cecilia volviese á mudar de clima.

D^a Liboria, á quien aquella determinación dejaba en libertad para volverse á su casa, la vio con buenos ojos. No así su hija, para quien no podía haber perspectiva más grata que la de permanecer en Guátima con Pablo y sin Cecilia; pero no dio muestra alguna de desagrado cuando se dispuso que, dos días después de aquél en que D. Jacobo y su familia habían de emprender el viaje á Bogotá, lo emprendieran también D. Leonardo y la suya.



CAPÍTULO XVII



TENEMOS ya en la ciudad á todos los personajes de nuestra historia. A todos sin excepción, dado que Pablo ha venido á acompañar á su tía Liboria y á Modesta, y ha determinado aprovechar esa venida para entender en varias incumbencias.

No bien se hubo Pablo dejado ver en Bogotá cuando empezó á ser interrogado ó bromeado por amigos y conocidos acerca de su enlace con Modesta, del cual supo que se hablaba como de cosa notoria. No dejaba esto de ser para él bastante significativo; pero era tortas y pan pintado en comparación con lo que en último lugar llegó á sus oídos. Llegó á sus oídos que D^a Clemencia decía: “¿No ven las picardías del tal Pablo? Ahí dicen que está comprometiendo á su prima Modesta y haciéndole creer que la quiere y que se casa con ella.”

Lo que decía esta mala lengua lo repetían otras no muy buenas, anteponiéndole el inevitable *se dice*.

Irritado Pablo, á la vez que harto de agitaciones interiores y de conflictos, resolvió hacer luego lo que con dejar pasar tiempo no había de evitarse.

—He resuelto casarme cuanto antes, dijo á su madre.

—Dios te bendiga, hijo de mi corazón. ¿Ves cómo sólo tu madre era capaz de acertar con lo que te convenía?

A la mañana siguiente, D^a Mariana estrenó su hábito de Nuestra Señora del Carmen, que estaba bien aparejadito tiempo hacía.

En la noche del mismo día en que participó su resolución á su madre, Pablo habló con Modesta.

—¿Me das tu consentimiento para pedir tu mano?

Modesta se sorprendió y tardó un poco en contestar.

—¿Y tú crees que yo sea capaz de hacerte feliz?

—¿A quién no podrías tú hacer feliz? No podré gozar de un instante de calma mientras no me vea unido contigo.

—¿De veras? Todo el bien á que aspiro es poder hacerte feliz.

—Te hablo con entera sinceridad. ¿Porqué dudas?

—Porque yo no merezco ser tuya.

—Calla esa boca. ¡Tú, tú, tan buena, tan sensible, tan cariñosa, no habías de merecer, no digo ser esposa mía, sino serlo del mejor de los hombres!

—El bueno eres tú. Pregúntalo á todos los que te conocen. No hay quien no se haga lenguas de ti.

—¡Aduladora! Dime más bien si me das el consentimiento que te pido.

—¿No habías adivinado hace tiempo que yo no había de negártelo?

—Para prometérmelo, contaba con tu bondad angelical.

—¡Si yo pudiera expresarte bien todo lo que me hace sentir ese lenguaje tuyo!

En esta conferencia, como en todas las que los dos novios tuvieron de ahí en adelante, Pablo se abstuvo cuidadosamente de decirle á Modesta que la amaba.

Esforzóse siempre por no dejarle traslucir cuáles eran los móviles que lo impulsaban á unir-

se con ella y por dejarle anchura para suponer en él los sentimientos que más pudieran halagarla. Pero su honradez y su amor á la verdad lo hubieran hecho atragantarse con un *te amo*, y la estimación y el tierno agradecimiento que profesaba á su prima le hubieran hecho sentir como un desgarramiento del corazón al engañarla. Por lo demás, se juzgaba bastante fuerte para poder conducirse toda su vida como si por su esposa sintiese un amor igual al más acendrado y ardiente de cuantos se han sentido en el mundo.

El lector no se sorprenderá si le contamos que los futuros suegros no opusieron dificultad para que el asunto quedase arreglado.

Como se hubiese convenido en que la celebración del matrimonio se verificara dentro del término de tres meses, D. Leonardo dispuso que Pablo permaneciera en la ciudad casi continuamente y que sólo diera en ese lapso dos ó tres vueltas por las haciendas. Añadió que él mismo daría otras si parecía necesario, á fin de que el novio pudiera atender á las prevenciones del matrimonio.

Petrica no era torpe ni perversa; pero carecía, como carecemos todos, de la penetración ne-

cesaria para analizar y calificar acertadamente los sentimientos propios. De aquí el que cierto despecho que excitó en ella la resistencia de su amiga á seguir sus consejos fuera tomado por ella misma como amargura ocasionada por la previsión de los males que aquélla se aparejaba consintiendo en enlazarse con su primo.

Y de aquí el que sus entremetimientos, cada vez más frecuentes, en lo atañadero á dicho enlace, tuvieran á sus propios ojos el carácter de pruebas de interés por la suerte de Modesta. Diose, con tesón, á espiar las acciones y las palabras de Pablo, de sus padres y de cuantos los rodeaban, y á aprovecharse de cuanto pudiera ofrecer pruebas de lo que tanto se empeñaba en hacer patente. En sus pláticas con su amiga, nunca dejaba de sacar á lucir los argumentos de que ya se había servido, reforzados con los nuevos que le iban ocurriendo.

Cecilia, que había observado en Guátima que el pasto espiritual era allí muy escaso, había dejado pasar sin acudir al tribunal de la penitencia toda la larga temporada de tierra caliente.

Trató de acudir á él. Su madre le declaró que no había de ocurrir á otro confesor que al que ella le eligiera, y se entendió con un sacer-

dote de toda su satisfacción, al cual previno con instrucciones acerca del modo como había de habérselas con su penitente en orden á lo del casorio.

Hízole presente que el compromiso era serio y antiguo; que las dos familias interesadas lo estaban á más no poder en que aquél se respetase; que, si llegara á romperse, padecería el buen nombre de Cecilia; y, últimamente, que ésta, de tiempo atrás, se estaba manifestando resfriada y poco deseosa de cumplir la promesa que tenía hecha á su pretendiente.

El confesor, cuando se le presentó la ocasión, á fin de complacer á la madre de su penitente, le tocó á ésta el punto, aunque de un modo somero y con circunspección y mesura. Mas lo poco que dijo bastó y sobró para que Cecilia se percatara de la maniobra de su madre.

Era Cecilia la misma obediencia y la docilidad misma: su voluntad no habría podido apartarse un ápice de la de sus padres; pero su corazón, sin que ella se lo quisiera consentir, se sublevó contra la autoridad que quería imponérsele y hacerse árbitro de sus afectos. La especie de intriga empleada por su madre le fue tanto más antipática cuanto era innecesaria; y concurrió con

otras circunstancias á producir resultados opuestos á los que con ella se había esperado conseguir.

La fijación de época para el matrimonio de Pablo no llegó á oídos de Cecilia sino al cabo de algunos días. Al saberla, los confusos y mal definidos sentimientos que habían estado agitándola se fundieron en uno que le hizo tomar una peregrina resolución. Ordenó á una sirvienta fuese á la casa de Jorge y le dijera que viniese á hablar con ella. Sólo veinticuatro horas faltaban para una de las visitas reglamentarias de aquella semana; pero Cecilia temió que con el trascurso de las horas se aflojara el impulso que le prestaba energía. Y con tanta razón lo temía, que no bien hubo salido la mensajera, salió ella al balcón á ver si podía detenerla. En un pestañear, había contemplado que el paso que iba á dar era atrevido y quizás indecoroso.

Pero una vez encarada con Jorge, que acudió al llamamiento, le fue preciso, para motivarlo, cumplir su resolución.

—Tengo, le dijo, que exigirle una cosa.

—Ya usted sabe que mi voluntad es la suya.

—Bien. Pero usted me preguntará qué es lo que me mueve á hacerle la exigencia.

—Si usted quiere, me lo explica. Si no, podrá mantener en reserva ese motivo.

—Pues bien : quiero que nuestro matrimonio se verifique dentro de dos meses.

—Yo quería hacer á Europa pedido de algunas cosas que me faltan ; pero si usted lo exige...

—Sí : lo exijo.

—Corriente. Hoy mismo hablaré con papá y con mamá.

D^a Clemencia hizo objeciones fundadas en lo del pedido. Pero las personas débiles que, cediendo á un ímpetu momentáneo, han llegado á desplegar energía, si no tienen tiempo para reflexionar y acobardarse, saben ser obstinadas. Cecilia se mantuvo en sus trece.

Mr. Ánderson dijo :

—¿ Dos meses ? Dos meses no está un tiempo demasiado cerco. Me parece muy bien.

En Bogotá no se habla sino de un grande y fastuoso baile que va á interrumpir la monotonía de la vida que suelen llevar los habitantes de la capital.

La familia de los Ibarzábales y la del señor Ánderson están invitadas y decididas á concurrir.

Las señoras mayores hubieran querido excusarse, señaladamente D^a Mariana, que á pesar de haber visto colmada su más cara esperanza, se siente bien aquejada de sus dolencias ; pero no puede resistir á la tentación de ir á regodearse viendo á su hijo descollar y lucir en medio de la más selecta sociedad. Algo análogo le pasa á la madre de Cecilia, y D^a Liboria se ve arrastrada por el ejemplo de sus cuñadas.

Llega la fecha en que ha de verificarse la función. Y llega una hora en que numerosos coches han acarreado la brillante concurrencia, y en que, colmados ya los salones, los curiosos, agolpados á la puerta de la casa, se despistojan por absorber y asimilarse algo de lo que allá dentro se está gozando, por percibir bien las sombras movedizas que se dibujan en las cortinas de las ventanas, y por no dejar escapar ninguna nota de las que brotan de la orquesta.

Ciertó hechizo indescriptible se ha apoderado ya de los concurrentes. Cada uno ha convenido consigo mismo en que, en aquellas horas, no han de existir negocios, ni quehaceres, ni preocupaciones, ni cuidados, ni pesares, ni porvenir oscuro. Hasta para las envidias y los rencores ha de haber tregua.

En la vida ordinaria, los halagos para la imaginación y para los sentidos se nos ofrecen aislados. Ahora nos deleita la conversación amena; luego la música; aquí la vista de las bellezas naturales ó de las producidas por el arte, y la de la belleza femenina; allá las viandas y los olores exquisitos.

En un baile se reúnen todas las seducciones, y cada una presta más eficacia á las otras.

En aquél á que estamos asistiendo, el ambiente es luz, perfume embriagador y susurro de conversaciones animadas, chispeantes y ligeras, salpicadas de dulces confidencias y acaso de ternezas.

Los grandes espejos, encarados unos á otros, se reproducen y reproducen hasta una lontananza indeterminada las risueñas y deslumbradoras imágenes que toman de los espléndidos salones.

En éstos, cada llama de bujía, no sólo contribuye á formar el inmenso caudal de claridad, sino que parece una joya que embellece el conjunto y que lo anima, como los ojos animan un semblante. Los jardines han rendido larga cosecha, para que aquellos recintos se rían y se inunden en aromas.

Las ricas y muelles alfombras, los muebles

elegantes y de maderas exquisitas, las pesadas cortinas, la porcelana, el cristal, la plata, el bronce, la seda, todo lo más precioso que el lujo aprovecha para deslumbrar, y el arte para crear sus maravillas; todo allí sirve de adecuada decoración para el espectáculo sin igual en que, poniéndose en juego afectos y emociones no simulados, cada uno es actor y espectador á un tiempo mismo.

Cecilia se lleva tras sí las miradas. Su larga ausencia de la ciudad hace que se la mire como á estrella nueva de nuestro cielo. Su larga permanencia en tierra cálida ha cubierto su semblante de una palidez mate que realza sus encantos. Sobre los hombros, divinamente modelados y por primera vez descubiertos, resaltan las perfecciones de su rostro y de sus cabellos. Su traje blanco y como de espuma de aire, no lleva otro adorno que un bejuquito por la orilla del escote.

Modesta viste un traje de color de aurora, y según el voto de muchos, debe contarse entre las mujeres que de mejor ornato sirven á aquellos salones.

D^a Clemencia lleva en la cabeza una diadema de brillantes, y brillantes lleva en dondequiera que ha podido acomodárselos. Su traje, de terciopelo verde-botella, deja descubiertos el pecho

y los hombros de marfil, que todavía dan golpe; la nariz, un poco borbónica, y su mirada que, á fuerza de no penetrar y de no ver obstáculos, se ha acostumbrado á ser serena é imperiosa, comunica á su semblante algo de augusto.

Al encontrarse por primera vez la bizarra matrona con su futura nuera,

—¡Qué linda estás, mi hijita, le dijo, pero qué mal vestida! Mientras tú no pidas tus cosas á Europa..... ¡Y ese peinado!

En el baile, el ritmo de la música penetra los músculos y se sustituye á la voluntad. Así, los cuerpos de los que valsan, giran como arrebatados por una fuerza invisible y extraña sobre olas melodiosas. Ese raudo girar es un placer que no divierte de los otros que lo acompañan.

En los salones que hemos probado á describir, se mezclan los trajes blancos con los de colores vivos, y el conjunto de las parejas que bailan semeja torbellinos de nieve que arrastran flores.

Jorge brilla por lo correcto de su traje y atavío. Lleva cuello alto y cerrado, una flor grande al ojal, y los extremos de la corbata prendidos con alfileres, cada uno de los cuales remata en una perla. En su pechera no se descubre más que un botón, formado de tres piedras.

Acaso hará memoria el lector de que, en cierto cumpleaños de Modesta, D^a Mariana le había enviado un ramillete, dándole á entender que era obsequio de Pablo.

Al principio del baile, yendo aquélla de bra-cero con Pablo, dio con un ramillete magnífico que le llamó la atención, se detuvo á mirarlo, y, mostrándole á su acompañante cierta flor rara y preciosa,

—Mira, le dijo, yo no había visto otra flor como ésta sino en el ramillete que tú me mandaste el día de mi cumpleaños.

—¿Qué ramillete?, preguntó Pablo sorprendido y sin advertir que cometía una sandez.

—¿No lo recuerdas?

—Ah (repuso Pablo, sin caer en la cuenta de que acababa de hacerla cerrada) sin duda fue que mi mamá.....

—Eso fue, dijo Modesta con sequedad y con el rostro encendido.

Ella había venido al baile esperando pasar horas muy agradables. Pero el incidente del ramillete, que confirmaba cruelmente las sospechas sugeridas por Petrica, quedó clavado en su pecho como aguda espina.

Sin embargo, por momentos, podía más con

ella la eficacia embriagadora de cuanto la rodeaba.

Poco después, estaba valsando con Pablo. En los ratos en que, asida la una al brazo del otro, descansaban, se cruzaban entre ellos algunas palabras. En uno de esos intervalos, quedaron cerca de una pareja de enamorados que notoriamente estaban arrullándose con ternura. Pablo y Modesta la miraron y en seguida se miraron sonriéndose.

—¿Cómo es posible, dijo Modesta, que tú nunca hayas pronunciado la palabra que tanto encanta á los que se quieren? Dicen que la dicha suprema consiste en amarse y estárselo repitiendo.

—Tú no te atreverías á decirme eso si creyeras serme indiferente.

—Sabes responderme, pero no sabes dejarme contenta. ¿Porqué no profieres esa palabra?

—No sé: tal vez la repugnancia á lo que lleva visos de romanticismo.

—¿Y será romanticismo declararme que sientes lo que es indispensable que sientas para que nuestra unión sea prenda de felicidad?

—Perdóname, perdóname que sea como soy. Ya sabes que para mí el bien supremo consiste en hacerte feliz á ti.

—Eso pudieras decirlo por generosidad ó por otros motivos.

—¡Por otros motivos!

Al llegar aquí, el movimiento general los arrastró y el diálogo quedó interrumpido.

Jorge pone con Cecilia la primera cuadrilla, llevando en la mano el clac, con su monograma de plata pegado al ala.

Pablo y Modesta hacen frente á Jorge y Cecilia. Esta, que aquella noche no ha visto á su primo sino de lejos, se fija con agradable sorpresa en las ventajas que le procuran el traje de etiqueta y el esmerado aliño. El frac, más ajustado á la cintura que los sacos de que usa habitualmente, deja apreciar lo robusto del pecho y de los hombros, sobre los cuales la cabeza se asienta graciosamente, y los bien delineados contornos de aquel cuerpo de esbelteza nerviosa y fuerte, sólido sin tosquedad y erguido sin tiesura.

El cabello, negro y echado hacia atrás, deja ver la frente despejada y morena, pero menos bronceada por el sol que el resto de las facciones. Su barba abundante, crêspa y sedosa, se destaca bizarramente sobre la blanca pechera.

Su ademán y sus movimientos sueltos y nunca estudiados, denotan la fe en las propias

fuerzas y el hábito de mandar y verse obedecido.

Cecilia, que desde los principios se ha mostrado alegre y llena de animación, sufre el hechizo de cuanto la rodea. El movimiento; la multitud de semblantes risueños y afables, que cuadra con la de objetos y trajes preciosos que recrean la vista y halagan el gusto; las ondas de armonía que agitan el aire; los perfumes y el aroma de las flores; el esplendor de las luces que, atravesando millares de prismas, arrojan destellos en que los colores del iris brillan en toda su vividez y su pureza, todo, todo penetra en el alma virgen de Cecilia, que se deja ganar por aquellos hechizos que seducen y embriagan.

Todo en torno, todo en los ámbitos de la ciudad está ya sepultado en sueño, tinieblas y silencio, cuando, para aquella mansión del placer y de los pomposos alardes del lujo, llegan horas en que nadie topa con una cara, siquiera sea la que la víspera fuera la más desconocida, sin ver en ella la de un amigo; en que se desvanecen las líneas que suelen separar las edades y las categorías; en que todo es bullicio y amable confusión. El contagio de la alegría ha cundido por dondequiera.

Jorge, que no tiene muy buena cabeza que

digamos, ha apurado varias copas de champaña y se ha convertido en un bullebulle locuaz y decididor. Por desdicha, no es el chiste el dón que la naturaleza le ha otorgado más largamente, ni sus donaires son de la mejor ley. Ha dado en andar recorriendo los salones llevando de brazo á Cecilia y presentándola á todo el mundo como novia suya. Para las presentaciones y para los gracejos prefiere hablar en inglés ó en francés siempre que le parece que puede ser entendido. Por contera, ha dado en requestar á Cecilia con arrumacos y zalamerías.

Mr. Ánderson está también de bellísimo humor. Háblele cobrado mucha ley á Pablo desde que *estuvo un salvador de su hijo Jorge*, y D^a Mariana, por concomitancia, gozaba de las simpatías y de las graciosas amabilidades del inglés.

Este, durante el baile, se constituyó *cavaliere servente* suyo; y, con obsequiosidad y obstinación que, en circunstancias ordinarias, eran muy ajenas á su índole, se empeñó en llevarla de braçero á recorrer salones y corredores. Si la dama se le ponía ronquera,

—Nosotros, le decía, no hemos ido á esta casa sino por paranda.

Dos ó tres veces la condujo al buffet. D^a Ma-

riana, temerosa de que el golosear le hiciera daño, rehusaba lo que le ofrecía; pero él porfiaba:

—Yo he leído que Hipo-crátes, el padre de la medicina, dijo que es propio que se volvamos de tiempo á tiempo un poquita locos.

Ello fue que obligó á D.^a Mariana á comer sandwiches y otras golosinas, á tomar helados y á beber madera y champaña.

Cecilia, invitada á bailar por un extraño, se le pierde á Jorge, cosa que á ella no le pesa, pues ya le cargan sus ternezas y sus bulliciosas y poliglutas expansiones.

Ella y Pablo se han seguido con la vista cuanto les ha sido dable. Lo han hecho sin querer hacerlo; pero sus ojos se han sentido atraídos irresistiblemente, y justamente porque se buscaban sin reflexión se miraban sin disimulo.

Solo y cogitabundo estaba Pablo, inclinado sobre el barandal de un corredor y sintiendo cómo la alegría de los demás aquilataba su tristeza, cuando Cecilia, que salía sola del tocador de las señoras, pasó por junto á él y, dándole un golpecito en el hombro con el abanico,

—¿Qué tienes?, le preguntó.

Pablo, para no detenerla en el corredor, le ofreció el brazo y los dos siguieron andando.

—¿Que qué tengo? No tengo nada.

—Algo tienes: estás melancólico y preocupado. Vamos á buscar dónde sentarnos.

Un saloncito de aquellos en que se bailaba se hallaba junto al lugar de la orquesta. Mientras sonaba la música y se bailaba, era fácil conversar en él con tanta reserva como en un yermo. A él vinieron á dar Pablo y Cecilia, y se sentaron en un rincón. Ni en medio del bosque más desierto hubieran podido encontrar sitio tan adecuado para una conversación íntima y confidencial. Estaban tan acompañados como lo exigía el decoro, y aun mucho más; pero se sentían seguros de que nadie había de fijar la atención en ellos.

—Mucho deseaba hablar contigo, dijo Cecilia á su primo. A todas las personas de nuestra familia les has dado parte de tu matrimonio, sólo á mí me has excluído. ¿Es que quieres romper conmigo? ¿Qué te he hecho yo?

En esta última pregunta no había querido Cecilia poner más alma que en las expresiones que le habían antecedido; pero, sin que ella lo intentara, y gracias á la dulzura de su voz y á la habitual suavidad de sus modales, parecía llevar el acento de tierna y amorosa queja. Pablo, que la oyó como tal, se sintió conmovido hasta lo íntimo de su sér.

—¿Qué hubieras podido hacerme tú?, repuso Pablo con voz temblorosa y acariciadora. Y aunque me hubieras agraviado, continuó, aunque me hubieras abofeteado, yo habría besado la mano que me ofendía.

Después de una pausa, prosiguió:

—Te aseguro que, si no te he hablado de aquello, ha sido por una causa tal, que si la conocieras te reirías de mí ó me tendrías compasión.

—No, no me reiría de ti: eso lo sabes muy bien. ¿Te humillaría el que yo te tuviera compasión?

—No.

—Entonces, si tu silencio no nace de algo que pueda ofenderme, ¿porqué no me hablas con franqueza?

—¿No te basta saber que mi reserva no nace de falta de cariño ni de falta de confianza?

—No, no, no.

—Es que..... es que hablar contigo de lo que quieres saber no es lo mismo que hablar de eso con cualquiera otra persona. No puedo vencer el empacho.....

—Está bien: te admito esa excusa con tal que me contestes ahora: ¿Estás contento? ¿Esperas ser feliz?

—Ya tú sabes que nadie en el mundo puede ser feliz.

—No te me vengas con teologías. Tú sabes que eso no es contestar á mi pregunta.

—Por Dios, no me obligues á responderte.

—¡Ah! ¡bueno, bueno! Ya sé lo que quería saber. Si te casaras con esperanza de ser feliz, no tendrías reparo en decírmelo. Pero dime: ¿cómo has podido contraer ese compromiso? Tú no has obrado con libertad.

—¿Y quién hubiera podido forzarme?

—Mira, Pablo, todo se sabe. Ha habido quien te espíe y quien averigüe muchas cosas, y quien converse de ellas.

Pablo dirigió á Cecilia una mirada tristísima.

—¡Pobre Pablo!, dijo ella.

—Esta es la segunda vez que te oigo decir ¡Pobre Pablo! ¡Qué triste estaba yo la primera vez que lo dijiste, ¡pero quién pudiera volver á esos tiempos!

—¿Te acuerdas de una conversación que tuvimos cuando viniste de Las Palmas?

—¿Cómo hubiera podido olvidarla?

—En ella te di á entender que quería que nunca se desmintiera la franqueza que había reinado entre los dos: yo siempre he contado con que tú habías de querer lo mismo.

—¿Y lo dudas?

—Esta noche me has hecho dudar. Para ponerte á prueba, voy á hacerte otra pregunta: ¿De quién era el retrato que tenías en tu cuartico de tablas, allá en Ayamonte?

—¿Quién te dijo que yo tenía retrato?

—¿No te digo que todo se sabe? Lo que no pude descubrir fue de quién era la fotografía.

—Aquella era, dijo Pablo, tomándole una mano á su prima y apretándola por un instante, aquella era la misma imagen que, para gloria mía, ha estado impresa en mi corazón desde que tú y yo éramos niños.

Y viendo que la música estaba á punto de cesar, que Jorge iba acercándose y que tendría que interrumpirse aquella conversación, dijo rápidamente y en voz muy baja:

—Cecilia mía, voy á casarme. Dedicaré mi vida á hacer feliz á mi esposa; pero mi primer amor será el último.

Jorge, si no se hubiera detenido unos instantes cerca de la puerta, habría podido notar en Cecilia las señales de una profunda emoción. Venía siempre jovialísimo y chancerísimo, y dijo á Pablo:

—Hombre, Pablo, usted está cortejando á mi novia. Mañana le mando mis padrinos.



CAPÍTULO XIX



LA INQUIETA y traviesa Petrica ha bailado poco; y menos habría bailado si ciertas almas compasivas no hubieran intrigado á fin de reducir á algunos galanes á invitarla. Las horas libres las ha empleado en huronear á contento. No se le había escapado aquel buscarse con los ojos, de Cecilia y Pablo; y sobre ello le había llamado la atención á Modesta, la que, fastidiada con su oficiosidad, la había escuchado y respondido con desabrimiento. Picada con esto, se propuso no dejar pasar aquella noche sin darle en cara á Modesta con alguna prueba inconcusa de la verdad de sus asertos.

Observó cómo Pablo y Cecilia se habían retraído á aquel rincón del saloncito, y muy á la disimulada se mezcló por un rato con los que lo ocupaban. No pudo percibir sino palabras suel-

tas é inconexas de las proferidas por los primos ; pero notó el ademán de ellos y el juego de sus fisonomías, que hablaban clara y aun elocuentemente. De allí voló en busca de Modesta y le dijo :

—Tú me tendrás por entremetida, y sabe Dios si por envidiosa ; pero como no puedo conformarme con verte atada con un compromiso que ha de hacerte infeliz, te ruego que vengas conmigo y veas por tus propios ojos lo que no has querido creerme.

Pálida, temblorosa y llena de espanto imaginando lo que deseaba y temía ver, siguió á Petra hasta un aposento desde el cual, sin ser vista, podía fijar los ojos en la escena para ella tan horrible y odiosa. La suerte la hizo llegar en el instante en que Pablo tomaba furtivamente la mano de Cecilia, al mismo tiempo que derramaba su alma en una apasionada declaración.

Petra, que adivinaba lo que estaba pasando en el pecho de su prima, la condujo á otra habitación en que podía estar sola. Allí, comprimiendo con violencia los latidos de su corazón y el llanto que acudía á sus ojos, trató Modesta de prepararse para tornar á mezclarse con la concurrencia. Turbósele la vista y sintió que iba á des-

mayarse ; pero, con esfuerzo inaudito de su voluntad, logró quedar dueña de sí y de sus movimientos.

Pablo ha advertido con pena que ha dejado pasar mucho tiempo sin atender á Modesta. Y su pena se apura con la consideración de que lo que acaba de pasar entre él y Cecilia es una cruel ofensa que, aunque sin que estuviera en su mano evitarlo, ha irrogado á su prometida. La busca para invitarla á bailar con él la pieza que se va á tocar, que puede ser la postrera, y la encuentra cuando ella acaba de salir del aposento en que se había retirado.

—No quiero bailar, le dice ella : preferiría hablar contigo en lugar en que no se nos interrumpiera. Pablo la siguió sobresaltado con aquellos preliminares.

Su cólera y todos los tumultuosos sentimientos que agitaban á Modesta habrían estallado destempladamente si la dificultad de hallar sitio adecuado para hablar en reserva, y el encuentro con personas que tuvieron algo que decirle á ella ó á su compañero, no la hubieran forzado á contener sus ímpetus. Hubo tiempo para que la mirada dulce y penetrante de Pablo ejerciera sobre ella el acostumbrado prestigio, y para que

sus cristianos sentimientos prevalecieran sobre los instintos que estaban á punto de arrebatarla.

Cuando se hubieron instalado en una pieza en que de nadie podían ser oídos,

—He querido, le dijo Modesta á Pablo, con voz balbuciente, he querido que nos veamos á solas para perdonarte.

—¡ Para perdonarme ! ¿ Qué quieres decir ? ¿ Qué falta he cometido ?

—Escúchame. Durante muchos años, te fui indiferente. Te me acercaste por complacer á tu madre ; me inspiraste una pasión que tú no sentías que no podías sentir cuando tu corazón abrigaba la que ha reinado en él desde que eras niño, la que reina todavía. Por amor á tu madre y por compasión hacia mí resolviste sacrificarte

—No sigas, no sigas, que me destrozas el alma. No sé qué apariencias te engañan.

—No estoy engañada. ¿ No habré yo notado con amargura que tú te has abstenido siempre con estudio de dirigirme una palabra de amor ? Esta noche misma tuve el arrojo de reclamarla y tú buscaste efugios para negármela.

—¿ Y lo que he hecho ? ¿ No te he ofrecido consagrarte mi vida ?

—Eso es muy diferente. Te conozco y sé que estás dispuesto á sacrificar otro afecto, á vencer repugnancias y á dedicarte por toda tu vida á hacerme feliz. Es decir, quieres, á costa de tu propia felicidad, mantenerme eternamente en el dulce engaño en que me has tenido. Pero yo no quiero sino tu amor.

—¡ Angel, ángel, delante de quien yo debería vivir de rodillas !

—Mira, Pablo: preferiría mil veces vivir cercada de privaciones y de todo género de males, y, si pudiera suponerse, hasta maltratada por ti, pero sabiendo que me amabas, á esa felicidad que tú me ofreces, á esa felicidad que no había de consistir en saber que tu corazón me pertenecía.

—Dame, dame ese perdón generoso que me has ofrecido ; pero dame también una prueba de que me lo das con toda tu alma.

—¿ Qué prueba ?

—La de no rechazarme. ¿ Quién podría vivir algunos días al lado de un ángel como tú sin entregarle su corazón ?

—No, no acepto tu sacrificio.

—Tén compasión de mí. Sábe que me condenas á un remordimiento eterno.

sus cristianos sentimientos prevalecieran sobre los instintos que estaban á punto de arrebatarla.

Cuando se hubieron instalado en una pieza en que de nadie podían ser oídos,

—He querido, le dijo Modesta á Pablo, con voz balbuciente, he querido que nos veamos á solas para perdonarte.

—¡ Para perdonarme ! ¿ Qué quieres decir ? ¿ Qué falta he cometido ?

—Escúchame. Durante muchos años, te fui indiferente. Te me acercaste por complacer á tu madre ; me inspiraste una pasión que tú no sentías que no podías sentir cuando tu corazón abrigaba la que ha reinado en él desde que eras niño, la que reina todavía. Por amor á tu madre y por compasión hacia mí resolviste sacrificar

—No sigas, no sigas, que me destrozas el alma. No sé qué apariencias te engañan.

—No estoy engañada. ¿ No habré yo notado con amargura que tú te has abstenido siempre con estudio de dirigirme una palabra de amor ? Esta noche misma tuve el arrojito de reclamarla y tú buscaste efugios para negármela.

—¿ Y lo que he hecho ? ¿ No te he ofrecido consagrarte mi vida ?

—Eso es muy diferente. Te conozco y sé que estás dispuesto á sacrificar otro afecto, á vencer repugnancias y á dedicarte por toda tu vida á hacerme feliz. Es decir, quieres, á costa de tu propia felicidad, mantenerme eternamente en el dulce engaño en que me has tenido. Pero yo no quiero sino tu amor.

—¡ Angel, ángel, delante de quien yo debería vivir de rodillas !

—Mira, Pablo: preferiría mil veces vivir cercada de privaciones y de todo género de males, y, si pudiera suponerse, hasta maltratada por ti, pero sabiendo que me amabas, á esa felicidad que tú me ofreces, á esa felicidad que no había de consistir en saber que tu corazón me pertenecía.

—Dame, dame ese perdón generoso que me has ofrecido ; pero dame también una prueba de que me lo das con toda tu alma.

—¿ Qué prueba ?

—La de no rechazarme. ¿ Quién podría vivir algunos días al lado de un ángel como tú sin entregarle su corazón ?

—No, no acepto tu sacrificio.

—Tén compasión de mí. Sábe que me condenas á un remordimiento eterno.

Modesta sentía que iban á faltarle las fuerzas; temía desmayarse y darse en espectáculo á la turba indiferente; pero sobre todo temía los desfallecimientos de su corazón. Conocía que mientras tuviera delante á Pablo y estuviera oyendo su voz, su resolución podía flaquear.

Se levantó con enérgico esfuerzo, y, sin atender á Pablo, que desesperadamente trataba de detenerla, corrió á perderse entre los grupos de concurrentes.

Algunos minutos después, Pablo que, devorado por la angustia, y decidido á hacer nuevos esfuerzos para combatir la resolución de Modesta, se pone á buscarla, la ve retirarse acompañada de D. Leonardo y D^a Liboria.

Nada le quedaba ya que hacer en aquella casa, y suponiendo que su madre quería también marcharse á la suya, la buscó por los salones, y averiguando su paradero, supo que se había sentido indispuesta y que las señoras de la casa la habían conducido á una alcoba.

Aquellos polvos habían traído estos lodos. No era posible que los sandwiches, los helados y el champaña dejaran de hacer de las suyas en un organismo delicado y habituado á la dieta y á un régimen riguroso. D^a Mariana se había sentido

trastornada por los perfumes y el olor de las flores. A los desvanecimientos de cabeza habían seguido las náuseas; á estas novedades había seguido el miedo de verse acometida de sus opresiones y palpitaciones; y, con pensar en ellas, se las produjo; con todo este cúmulo de síntomas, sintió miedo de morir; y con el miedo de morir, le entraron el frío y el temblor de miembros.

Entre los concurrentes había médicos, y dos ó tres de ellos la habían visto y habían declarado que aquello no era grave, pero que era necesario que la paciente reposase en una cama por algunas horas.

Y así aconteció que Pablo, el convidado que, hacia el remate de la función, era sin duda el menos divertido y alegre de todos, asistió al cotillón y estuvo como alelado, viendo pasar figuras que en su cerebro calenturiento tomaban la forma y los aires de visiones de aquéllas que se presentan en las pesadillas. Tuvo que permanecer en la casa más que todos; que presenciar los trajines de los que buscaban sus abrigo y sus sombreros, y los de los maridos que trataban de reunirse con sus mujeres, los de las mujeres que buscaban á sus maridos, los de los padres y ma-

dres que buscaban á sus hijas, y los de las hijas y hermanas que buscaban á sus hermanas y á sus padres. Si su espíritu hubiera estado para observaciones, habría hecho la de que los convidados, después de haber estado tan complacidos y tan á gusto, una vez decididos á retirarse, mostraban un afán como el que agita al preso cuando oye que se le van á abrir las puertas de la cárcel.

Salen los músicos y salen los criados que, con su frac y sus guantes blancos, han mangoneado en el buffet; dan algunos revoloteos y van á acostarse las gentes de la casa, y todo queda en silencio.

Pablo, que se hallaba fatigado y con los pies adoloridos, se tendió en un sofá; pero, lejos de poder conciliar el sueño, se sintió como ahogado: la tormenta que le agitaba el pecho lo necesitaba al movimiento. Levantóse y se puso á vagar por los ya desiertos salones. El remordimiento de que á Modesta se le había manifestado temeroso, empezaba ya á lacerarle las entrañas. Y no pensaba únicamente en la triste suerte que le aparejara á Modesta: representábase también á aquel tío que era para él segundo y generoso padre, participando de su aflicción; y á su propia madre

llorando la ruina de sus esperanzas y acaso sucumbiendo á su pesadumbre. Con estas desconsoladoras imágenes é ideas batallaba en su pecho la pasión que, sin haber nunca dejado de arder en él, se había encendido más aquella noche en que, en expresiones y en miradas de dulzura infinita, había creído hallar la realización de sus esperanzas.

¡Ay! Pero ¿de qué serviría verse amado si de Cecilia lo separaba un compromiso que ella no había de atreverse á quebrantar?

La hora y el sitio contribuían á anegar en tristeza aquella alma combatida y atribulada. Tristes son siempre los rastros que deja lo que pasa para no volver.

La luz opaca del alba se confundía con la ya inútil de algunas bujías que llameaban soñolientas entre los fanales de las arañas y de los candelabros.

Pablo, con su ligero vestido de etiqueta, siente la destemplanza del aire áspero y sutil que penetra por las ventanas entreabiertas.

Por ellas entran, viniendo de la calle, rumores extraños á lo que en aquellas estancias acaba de pasar. Los últimos silbidos del sereno; pasos de alguna mujer ó de algún viejo que han ma-

drugado para ir á misa, y de una que otra persona que acude al mercado; toses carrasqueñas de algún tahir trasnochado y enronquecido; los toques de campanas de las iglesias vecinas; los primeros gorjeos de los gorrones.

En algunos aposentos se siente todavía la atmósfera caldeada y espesada por las luces y por la respiración y las exhalaciones de muchos cuerpos agitados, por los perfumes que allí se evaporaron y por el aroma de las que poco antes fueron flores y ya no son sino imágenes del deleite gozado.

Los asientos están tibios y en desorden. Por los suelos se ven flores y jirones de encajes y de telas pisoteadas; alfombras y muebles deslucidos por el chorro de las bujías. Los atriles desordenados y los instrumentos músicos ya mudos y como cansados.

Todo allí parece haber envejecido y marchitándose en breves horas; todo, hasta el aire, la luz y el cristal, parece ajado y empañado.

Pablo siente sed, y se dirige al buffet. Las mesas están cubiertas de migajas y mendrugos, de botellas y garrafas destapadas, de tapones inutilizados, de copas y vasos con heces de bebidas. En los manteles se descubren manchas de vino.

Nunca se hace tan palpable la inanidad de los placeres mundanos como cuando se comparan los vestigios que ellos dejan, con el aparato con que la riqueza se esfuerza por producirlos.

Para aspirar por un instante su aroma, se destriza una flor que formó la naturaleza haciendo funcionar largamente á todos los elementos. Del mismo modo, para gozar un breve espacio de los encantos de una fiesta, se trastorna y se despule lo que, con dilatados afanes, se había allegado y dispuesto para satisfacción del gusto y regalo de la vista.

En enfadosa espera estuvo Pablo hasta que, ya bien alto el sol, condujo á su madre á su casa.

Ella lo obligó á acostarse, le mulló la cama y lo abrigó como lo hiciera veinte años antes.

Pero, en vez de dejarlo reposar tranquilamente, dos ó tres horas después interrumpió su sueño.

—Levántate, hijito, le dijo con voz temblorosa y quebrada.

Pablo, trabajado por las emociones y luchas de pocas horas antes,

—¿Qué hay, mamá? preguntó ansiosamente y se puso á disponerse con afán para salir de su aposento.

—Lo que hay es que Modesta nos ha dejado

Aquí los sollozos la interrumpieron.

—¡Cómo, mamá!, ¿qué quiere decir eso?

—Que Modesta está en el Noviciado de las Hermanas de la Caridad.

Pablo se sintió anonadado. Su delicada conciencia formuló una acusación neta y terrible.

—En el Noviciado, siguió D.^a Mariana, y, conteniendo apenas los sollozos, prorrumpió en quejas contra su hijo que, según ella lo adivinaba, era la causa de aquel quebranto.

Ya un poco calmada, refirió que D.^a Liboria y D. Leonardo estaban en mortal aflicción y que la primera, en arranques de cólera, achacaba á Pablo la desgracia de la hija y de los padres. Para ella, el paso que había dado Modesta no era sino un ciego arrebató de desesperación que no podía atribuírse sino á malos procederes de Pablo.

Este procuró desimpresionar á su madre; pero en la perturbación en que ambos se encontraban, no era dable entrar en las dilatadas explicaciones que habían de sincerar al hijo ante la madre.

Unas señoras, amigas de ésta, entraron á darle pésames por el suceso que atribulaba á la fa-

milia; y Pablo, retraído en su cuarto, pudo reflexionar, tomar una resolución extrema y ponerla por obra.

Sentóse delante de su mesa y escribió á D. Leonardo, la carta siguiente:

“Mi querido tío,

“La noticia de lo que ha pasado esta mañana me ha herido como un rayo. Sé que mi tía Liboria me hace inculpaciones, é ignoro si usted me juzga como ella. Dadas las circunstancias, y sobre todo la hora, en que ha sobrevenido esta novedad, hay apariencias que harán *mirar como justas aquellas inculpaciones, y yo no espero poder sincerarme. Se trata de cosas íntimas que se supondrá haber pasado entre dos personas.

“En tal conflicto, mi conciencia me impone el deber de renunciar á los favores que usted y mi tía, con tanto cariño y tanta generosidad, han estado dispensándome por muchos años, sin merecimiento mío.

“Con el corazón hecho pedazos, me separo de usted, rogándole que, sean cuales fueren los sentimientos que usted abrigue hoy para conmigo, admita las expresiones de un reconocimiento que no se borraría de mi corazón en toda mi vida, aunque usted llegara á mostrarse tan riguroso

para conmigo, cuanto hasta ahora se ha mostrado indulgente y bondadoso.

“Mi última súplica á usted será la de que, si usted me juzga con menos severidad que mi tía, tenga la bondad de defenderme ó siquiera de mitigar el enojo que, según se me asegura, manifiesta contra mí.

“Su siempre amantísimo sobrino,

“PABLO.”

No dejó de pensar Pablo que dar este paso era condenarse á la pobreza; ni dejó de ocurrirle la reflexión de que, destituido de recursos, no podía abrigar esperanzas de hacer suya á Cecilia, aunque, por circunstancias que no podían preverse, llegaran á estar libres su mano y su corazón. El mismo estaba ajeno de que en su pecho se albergase esa esperanza, que no vino á hacerse sensible sino por el hecho de desvanecerse.

La hora de la comida y algunas otras pasaron sin que ni Pablo ni su madre saliesen de un hosco silencio. Las explicaciones que aquél podía dar se resumían en esta acusación que un hijo respetuoso no podía arrojar á la cara de su madre: “Usted me forzó á entrar por un camino en que tarde ó temprano se había de tropezar con el desengaño y la desgracia.”

A las ocho de la noche se oyó tocar á la puerta. D^a Mariana y Pablo aguardaron ver entrar algún extraño, y, por cierto, no les halagaba la idea de tener que dar tregua á sus melancólicas cavilaciones y que entrar en triviales comentarios sobre el hecho que traía conmovida á la familia de los Ibarzábales.

La sorpresa fue indecible cuando se les presentó D. Leonardo; y no fue menor, aunque sí infinitamente más agradable, cuando él abrazó con efusión á su sobrino y á su hermana.

Traía una carta, y, sin tomar asiento, se acercó á la luz y dijo:

—Voy á leerles lo que me ha escrito mi hija.

Y fue á leer, pero se le anudó la garganta y rompió á llorar.

¡Quién podría dar idea de lo que sintió Pablo al ver por primera vez enternecido á aquel hombre que, además de ser fuerte, había afectado toda su vida la más varonil entereza y truhanesco desenfado!

Ninguno de los tres actores de aquella escena pudo dar cabo á la lectura de la carta. La tomaba uno, leía algunas líneas, y cuando la emoción lo ahogaba y las lágrimas le velaban los ojos, la pasaba á otro.

Hé aquí la carta :

“ Amadísimos padres,

“ Para mí ha sido cruelísimo afligirlos á ustedes dando el paso que acabo de dar. Lo que yo misma estoy sintiendo me da la medida de lo que estarán sintiendo la madre y el padre más amantes. He rogado mucho á Nuestro Señor que les dé fuerzas para resistir el golpe que, para cumplir con su santísima voluntad, les he aparejado yo misma, y que á todos tres nos dé conformidad para saborear sin quejarnos la amargura de esta separación.

“ Mi pena es tal, que sin la gracia de Dios yo no podría soportarla ; y la acibara más el temor de que mi resolución se atribuya á cierta causa.

“ Este temor es el de que, habiendo yo estado dispuesta á casarme, al verme tomar súbitamente la resolución de renunciar al mundo, juzgue alguien que ésta ha sido un acto de despecho.

“ Estoy escribiendo en la pieza de la Madre Superiora, delante de una imagen de Cristo crucificado que se halla en su mesa : delante de ella, y cuando estoy determinada firmemente á consagrarme sin reserva al servicio de mi Redentor, no me atrevería á mentir. Pues bien, les aseguro á ustedes que aquél con quien debía unirme ha

hecho por mí cuanto podía esperarse del más generoso y el mejor de los hombres : en cuanto hubiera dependido de él, mi vida en el siglo habría sido la más feliz.

“ En lo humano, no deseo sino que ustedes sigan queriendo á Pablo como lo han querido hasta ahora, y más si fuere posible.

“ Ustedes no han podido olvidar que, desde hace mucho tiempo, yo me había sentido llamada por Dios á servirle en el estado más perfecto. Jamás ha callado por entero la voz con que se ha servido llamarme, ni mi conciencia ha estado enteramente tranquila cuando la he desoído para pensar en dichas terrenas.

“ Nuestro Señor se ha dignado procurarme luz especial para que conozca que la felicidad para que he nacido no es aquélla con que me brindaba el mundo.

“ Esta es una merced señaladísima, y el despreciarla sería ofender gravemente á Dios. Para corresponder á ella, tengo que hacer un sacrificio muy grande ; pero es proporcionada á él la gracia que el Señor me ofrece para cumplirlo.

“ De ustedes también exige un sacrificio, y también los fortalecerá con su gracia. Bendigamos al Señor, que nos ha brindado un medio de

purificarnos y de santificarnos. Yo le ruego que, si mi sacrificio y las obras santas á que voy á dedicarme han de ser aceptos á sus divinos ojos, mi escaso mérito redunde sobre mis amadísimos padres y sobre todos los miembros de nuestra familia.

“Para uno, sobre todo, para aquél que quiso consagrarme su vida, espero que sean manantial eterno de bendiciones.

“En estos momentos voy á vestir el traje de las postulantes. Quedaré separada del mundo; pero, en Nuestro Señor Jesucristo, quedaré unida de un modo más perfecto á aquéllos á quienes he amado. Ojalá que con mis oraciones les pueda ser más útil en el claustro que lo hubiera sido en el siglo.

“Concluyo, querido papá y querida mamá, pidiéndoles la bendición para su hija. . . .”

Después de la lectura de la carta, tuvieron poco vagar los sollozos y los suspiros.

D. Leonardo, al ir á despedirse, y sacando del bolsillo la carta de Pablo,

—En cuanto á esta carta, dijo, aquí está mi contestación.

Y la aplicó á la luz y se la vio arder.

—¿Y mi tía? dijo Pablo.

—Tu tía quería venir conmigo, pero la trashedada y estas cosas de hoy la tienen muy quebrantadita. Yo no la dejé venir y. . . . ¡qué diablos! estuvo bueno que no viniera: para moquear y hacer pucheros, bastábamos tres.

No terminaremos este capítulo sin hacer saber al lector que Modesta no pudo vestir el nuevo traje tan pronto como lo había anunciado. Su vigor corporal no alcanzó hasta donde alcanzó su valor. No bien hubo despachado la carta, se vio acometida de un accidente que la tuvo postrada por uno ó dos días.



CAPÍTULO XX

DABLO PENSÓ ausentarse de Bogotá sin dilación. Quería huír de Cecilia. Cada pensamiento que iba dirigido á ella, le parecía sacrílega ofensa con que agraviaba á la magnánima mujer á quien él había sacrificado ; y erróneamente se imaginaba que la distancia había ahora de borrar de su corazón la imagen adorada.

Cuando anunció á D. Leonardo su partida,

—No te vayas todavía, le dijo éste : necesito que estés aquí cuatro días más. Al cabo de ellos lo tomó consigo y lo condujo á una Notaría. El Notario, al ver entrar al tío y al sobrino, dijo al primero :

—La escritura está lista, ¿ quiere usted que la leamos ?

—Sí, señor.

Y empezó á leer una escritura. Pablo, que oyó los preliminares, en los que se declaraba que él mismo había *parecido presente*, se sorprendió y no sabía qué pensar. Pero más sorprendido y aun aturdido se sintió cuando se hubo hecho cargo del meollo de aquel documento: en él se declaraba que D. Leonardo le hacía donación *inter vivos* de la hacienda de Ayamonte. Mientras se estuvo leyendo, estuvo Pablo conmovido y su semblante mudando de color. Cuando el Notario, terminada la lectura, fijó en el otorgante y en su compañero una mirada que quería decir: *¿esto está en regla?*, D. Leonardo manifestó que no tenía reparo que hacer; se acercó á la mesa y firmó. El tabelión le ofreció la pluma á Pablo; pero éste, llamando aparte á su tío, le dijo en voz baja:

—Tío, esto no puede ser.

—¿Cómo que no puede ser? ¿Qué trabajo te cuesta echar ahí una firma para declarar que aceptas?

—Es que no debo aceptar. Lo que usted ha hecho por mí es ya demasiado.

—Yo sé lo que hago. Firma, firma y despachémonos.

—Es preciso que hablemos.

Y dirigiéndose al Notario,

—Tenga usted la bondad, dijo, de suspender esto.

E invitando á su tío con el ademán, marchó resueltamente hacia la calle; los dos entraron en un zaguán inmediato y Pablo continuó:

—Usted se propone hacerme un gran bien; pero le aseguro á usted que, admitiéndolo, me sentiría tan abrumado y tan confundido, que para mí se convertiría en tormento.

—¿Es decir que te sería desagradable mirarte obligado para conmigo como para con un extraño?

—¡Ah, tío, eso no, eso no!

—No he resuelto esto á tontas y á locas. A ti te debo el aumento de mi fortuna. Ayamonte es un producto de tu trabajo.... Pero no vayas á pensar que se trata de un pago. Esta es una muestra de cariño.

—Las que usted me ha dado son ya demasiadas.

—¿Y tu madre? Mañana en todo el día estiro yo la pata, y quién diablos va á saber qué sucede.... Ah, y ahora me ocurre.... eso es.... eso es. Si tú rehusas, otorgo una escritura á favor de Mariana.

—Obedeceré, pues. Al cabo, las cosas que-

dan como están. Usted siempre será dueño de todo.

—Allá veremos.

Pablo firmó la escritura.

Lo que más urgía visitar era la hacienda del Magdalena.

Allá ha pasado ya Pablo unas cuantas semanas pugnando, aunque en vano, mediante un trabajo abrumador, por divertir su mente de las ideas que pertinazmente la asediaban y por ahogar en su pecho la pasión que lo devoraba.

Muchas amarguras había saboreado Pablo; pero aún no conocía la del remordimiento. “Ya que estaba resuelto, se decía, á unirme con Modesta, no he debido flaquear: he debido apartarme valerosamente de Cecilia. Creyendo hacer un noble sacrificio, lo que he hecho ha sido, gracias á mi debilidad, labrar la desgracia de aquélla por quien iba á hacerlo.”

Si las tareas propias de quien gobernaba la hacienda le dejaban vagar, montaba y, mezclado con los vaqueros, trabajaba como ellos. El era el primero que enlazaba el novillo engusanado ó el muleto ó la yegua cerrera que había que atusar, el primero que alcanzaba á la res arisca para ata-

jarla. Los *marchantes* que venían á hacer negocios, lo encontraban frecuentemente á caballo, con el un extremo del rejo de enlazar asegurado á la cabeza de la silla y el otro á los cuernos de un animal bravío; ó lo veía coleando un toro ó esquivando con destreza la embestida del que acababa de levantarse suelto.

Su paje Felipe, que lo había acompañado en sus viajes á Bogotá y que se había quedado lelo viéndolo con el traje de baile, contemplándolo en el potrero ó en la corraleja, con su corroasca de alta copa y ancha ala, sin más atavíos que la camisa listada, los zamarros y los alpargates, les decía á los vaqueros:

—¿Pero quién va á creer que éste sea el mismo patrón Pablito que en Bogotá parece una imagen?

Probada la ineficacia de aquel trabajo con que quebrantaba su cuerpo para ver de cambiar de sufrimiento, y recordando que debía hacer una cobranza en una población distante y para él desconocida, Pablo resolvió encaminarse á ella, aguardando que un viaje tuviera la virtud que sus otras labores no habían tenido.

Tocóle hacer aquella excursión por una comarca árida y desolada.

En ella, el viajero que, abrasado por el sol, va soñando despierto con manantiales cristalinos, con refrigerantes baños y con harturas de bebidas frescas, encuentra tal cual arroyito de agua caliente y de superficie mate que ocupa un cauce negruzco de piedras desiguales y retostadas por los soles de muchos siglos, y resbala por el pie de ellas sin ruido ni movimiento perceptible. Aquello parece, más que arroyo, una sucesión de pozancos de agua estancada.

A la hora en que el sol extrema sus rigores, llegó Pablo á un pueblo en que los techos y las paredes de las casas están formados de palma y parecen aguardar una chispa imperceptible para arder como pólvora; y en que los habitantes parecen no tener sino la porción de vida indispensable para aguardar horas en que se pueda vivir.

La tétrica soledad y la vista de aquellas calles que llorarían si el fuego que las abrasa permitiera secretar lágrimas, procuraron á Pablo cierto bienestar indefinible que los sitios amenos y las risueñas perspectivas no le habían procurado.

Hay situaciones en que necesitamos que lo que nos rodea guarde armonía y congruencia con los sentimientos que nos dominan.

A la villa menos distante de Las Palmas, que

es importante y populosa, solía Pablo trasladarse los sábados y en ella pernoctaba alojado en la casa que poseía D. Leonardo.

Por la noche, sacaba un asiento y lo reclinaba contra la pared exterior de la casa, que daba á la plaza principal, y allí oía los cantos de las gentes del pueblo, sencillos, acordados y melodiosos, é impregnados de dulce melancolía. A ratos tomaba la hamaca en la sala de la casa, sin cerrar las puertas, y ora dormitaba, ora seguía escuchando los sabrosos cantares.

¡Oh noches de tierra caliente! El que no ha disfrutado de vuestros encantos en suave entorpecimiento del alma y de los sentidos y llevando en la mente una imagen querida, no conoce el más inefable de los halagos con que la generosa naturaleza sabe mimar á sus hijos.

En ellas y bajo su mágico influjo, Pablo, libre pasajeramente de negras é importunas memorias, dejaba volar su alma por los espacios en que nacen los sueños y recomenzaba las horas que había pasado al lado de Cecilia; en ellas se le presentaba sonriente su imagen, de cuyos labios salían palabras de indecible dulzura, que lo hacían palpar de esperanza. ¡Pero con qué celeridad resurgían sus negras ideas, y qué bruscamente el

sentimiento de las realidades lo hacía descender de la región de las lindas quimeras, y tornaba el poético y melancólico arrobamiento en amargura y en tristeza mortal !

Cecilia, dominada por el deseo de no faltar al baile, había ocultado que los síntomas de su dolencia, no sólo habían reaparecido, sino se habían complicado con otros nuevos. Pero, pasado el baile, nada le ocultó á su médico. Este, cada vez más admirado al ver la pertinacia con que aquella enfermedad resistía á todos los tratamientos, y después de haber probado por algunos días y sin éxito alguno otro nuevo, propuso á D. Jacobo que se convocase una junta de médicos. A ella concurrieron muchas de nuestras notabilidades; y, como de costumbre, se examinó con acuciosidad á la paciente, se conferenció en reserva, y se adoptó un plan curativo. A las preguntas de los deudos de la paciente acerca de la naturaleza de la enfermedad, dieron algunas respuestas vagas, como la de que, para hacer diagnóstico y pronóstico ciertos, era preciso aguardar á que el mal se desarrollara más. Otros, manifestando atender especialmente á la debilidad y el abatimiento que á veces se habían observado en Ce-

cilia, hablaron de anemia y de dispepsia. Otros, dijeron que ciertos síntomas parecían denunciar el reumatismo crónico; otros mencionaron el histerismo y todos soltaron términos técnicos, tales como *hiperestesia*, *anestesia* y otros aun más revesados y peregrinos.

Impuestos los facultativos por su colega el doctor Leiva Gayón en el antecedente de que Cecilia había recobrado casi enteramente la salud en la hacienda de su tío, todos unánimemente opinaron que se la debía trasladar allá.

Noticioso de lo cual D. Leonardo, tomó la empresa por suya y en un periquete tuvo arreglado el viaje.

D. Jacobo hizo una objeción. Yo soy franco, dijo á su hermano. En la temporada que pasó, nos mantuviste á mi familia y á mí. Ahora no lo consiento: si vamos á Guátima, yo he de hacer los gastos de la casa. Los dos viejos eran cabezudos y porfiaban á más y mejor. Al cabo defirieron á lo que decidieran sus mujeres, y ellas arreglaron el asunto á su amaño y á satisfacción de ambas partes. La pobre D^a Liboria, que seguía inconsolable, debía acompañar á su marido y á sus hermanos esta vez como la primera.

El asunto de la misa de los días festivos es-

taba desempatado de antemano. La licencia del Superior eclesiástico se había obtenido, y hasta se contaba con un capellán fijo.

Hacía algún tiempo que al Padre Velásquez no le permitía su mala salud residir en Bogotá ni en su Sabana. Ya dando misiones, ya desempeñando temporariamente algún curato, hacía mansión en tierra caliente.

A él ocurrió D^a Lucía, y él prometió acompañarla en Guátima por el tiempo que su presencia fuese necesaria.

Bien advertirá el lector que el estado de Cecilia y su regreso á Guátima entrañaban un nuevo aplazamiento de su matrimonio.

Acababa de pasar una estación lluviosa, y las tierras de Guátima y de sus alrededores, refrescadas y fecundizadas, parecían estar estrenando pomposas galas. Brisas inconstantes agitaban los follajes; y en los oídos de Cecilia sonaban sus susurros como voces amigas que le daban la bienvenida.

Para Pablo, que ya había regresado del Magdalena, y no menos para Cecilia, la situación había cambiado, pero no era menos difícil. El primero amaba con más ardor que nunca. Por momentos, al recordar su última conversación con

Cecilia en la noche del baile, se sentía alentado por halagüeñas esperanzas; mas entre él y Cecilia surgía Jorge como obstáculo invencible. Por otra parte, su conciencia, con sobra de rigor, le representaba como una especie de felonía el aprovecharse de la libertad en que lo dejaba el noble proceder de su otra prima.

El primero de estos obstáculos se le presentaba también á Cecilia cuando se entregaba á dulces meditaciones. Ella ya no veía en su novio sino un estorbo para su dicha.

La indiferencia ó desdén que por ella había manifestado Pablo al pretender á Modesta, y esto cuando Cecilia le había dado señaladas pruebas de cariño, la hacían mirarse como empeñada en un combate en que, según se lo dictaba el amor propio, sería vergonzosa y humillante la derrota. Y no hacía mucha falta el que el amor propio tomara cartas en el asunto. Las prendas de su primo; lo interesante que lo hacía el sacrificio que otra mujer había consumado por él; el recuerdo de la coacción que se había tratado de ejercer sobre ella, coacción que no podía dejar de obrar en sentido contrario del fin con que se le había empleado, todo había servido para encender en su pecho una pasión tan vehemente como

la que ella había inspirado. La que creía haber sentido por Jorge, si había sido pasión, era ya como la luz de una bujía que arde en un sitio iluminado por el sol, y bien poco le faltaba para quedar convertida en antipatía.

Pero hay que repetirlo: Cecilia y Pablo no sabían ser enérgicos sino para refrenar sus sentimientos cuando chocaban con una voluntad que tuvieran que respetar.

Empero, si callan los labios de los dos amantes, sus almas están en comunicación, y no faltan ocasiones en que inevitablemente se le revelan al uno los sentimientos del otro.

Cada noche, Pablo al volver á la casa, adivina que Cecilia, oculta en un sitio que domina la senda por donde él debe venir, espía su llegada.

Pablo profesa singular cariño á su paje Felipe, y estima y quiere, entre todos los objetos que le pertenecen, un caballo castaño que, según él mismo pretende, lo conoce y le obedece. Cecilia se desvive por que Felipe goce de todos los regalos que comporta su condición de criado, y cuida con esmero de que el castaño esté á cuerpo de rey, y lo acaricia con una especie de ternura.

Cierto día, van los dos con los demás de la casa, de paseo por entre un arbolado no distante

de ella, se detienen á descansar, y D.^a Lucía repara en unas letras que están esculpidas en la corteza de un árbol, una *C* y una *I*, y pregunta quién las habrá grabado.

Pablo, colorado como achiote, responde que eso parece estar ahí desde tiempo muy antiguo.

—Así debe de ser, repuso D.^a Lucía, pues en mis tiempos ya era cosa vieja, y hasta había caído en desuso, eso de grabar iniciales en los árboles.

Cuando los demás hubieron echado á andar, Cecilia, que estaba también con el rostro encendido, miró á su primo y ambos se rieron con una risa más elocuente que el más expresivo razonamiento.

En épocas anteriores, si los dos primos estaban solos conversando y así eran vistos por otra persona, Cecilia no lo notaba siquiera; ahora, si tal cosa llegaba á acontecer, se le ponían la frente y las mejillas como una grana.



CAPÍTULO XXI



ABRIEL tenía convidados á sus vecinos á un paseo á su cafetal de Los Cayos. Determinóse aceptar, y el día señalado se experimentó, con general aflicción, que Cecilia no podía ir á caballo sin grave incomodidad. Fue necesario que Pablo improvisase una silla de manos. Por fortuna, cuando hubieron llegado á Los Cayos, Cecilia pudo, sin dificultad, recorrer á pie los sitios que importaba visitar.

El árbol ó arbolillo del café puede compararse á quien, teniendo finas y acabadas facciones, no presenta en el conjunto de su persona nada de gallardo ni atractivo. Las hojas, lanceadas, lustrosas, de un verde subido y hermoso, están por las orillas coquetamente fruncidas y tienen sus nervaduras muy artísticas y bien marcadas.

Las flores, de muy corto pecíolo, semejantes

por su blancura y su suave aroma al jazmín de España, nacen á lo largo de las ramas, adornándolas á intervalos con los anillos que forman. Agrúpanse en el arranque de las hojas, que es donde más tarde han de lucir los rojos racimos del fruto. En la plenitud de la florescencia, el cafetal semeja un campo cubierto de copos de algodón blanquísimo. Pero las ramas, demasiado largas y delgadas, que arrancan del tronco horizontalmente como brazos de cruces, se extienden desmadejadas y aisladas unas de otras; no van á unirse sino en sus extremos; y allí se enmarañan desordenadamente.

Sin embargo, el café bien nutrido y en la plenitud de su desarrollo, encubre con su exuberante frondosidad las desairadas desnudeces de su esqueleto. Los árboles, al presentarse á vistas en conjunto, ganan con creces lo que pierden mostrándose aislados y poco vestidos.

Las calles regulares que forman, embellecidas por los cámbulos floridos y por los *muches*, que se asemejan á las acacias y que extienden horizontalmente sus ramas planas, como inmensos quitasoles, compiten en galanura y amenidad con las de los huertos y jardines más espléndidos. Desde una eminencia, se descubría, á vista de pá-

jaro, otra de ancha cima cubierta de café. Presentaba una superficie afelpada y acanalada, con matices de verdeesmeralda en los puntos heridos por los rayos del sol, y de verde oscuro en los que quedaban á la sombra. Veíanse asimismo lomas empinadas y suaves recuestos escalonados, en que se alineaban los cafetos, recreando la vista con el movimiento del terreno y con el contraste de brascas quiebras con curvas dilatadas y suaves.

La cosecha grande ya había pasado; pero en un cafetal nunca falta totalmente el fruto sazonado. Individuos de diferentes edades y sexos lo estaban recogiendo. En aquellas partes de la plantación en que los árboles habían sido cercenados á la altura de la mano, no tenían los jornaleros más trabajo que el de extenderla; en otras en que se habían dejado crecer las ramas hasta su altura extrema, tenían que ingeniarse y, por lo común, que maltratar el árbol, para arrancarle su fruto.

Los jornaleros desempeñaban su tarea cantando ó silbando. Cuando llenaban de café su canasto salían con él á uno de los caminos que en diferentes direcciones cruzaban la plantación, lo conducían al edificio y lo depositaban cerca de la tolva.

En Ayamonte se había admirado Cecilia de que hubiera que desherbar sin descanso. En Los Cayos se admiró más de que, aun en la plenitud del desarrollo de los árboles, fuera necesario aquel trabajo. A sus observaciones, añadió Gabriel la de que el *paloteo* y la vejez obligaban á la constante resiembra de los árboles.

Gabriel había dispuesto los trabajos de aquel día de manera que sus convidados pudiesen ver funcionar todos los aparatos y las máquinas.

La fábrica tenía planta baja, entresuelo y desván. Todos los pisos, y gran patio bien pavimentado que se extendía delante del edificio, estaban cubiertos del grano, ya sin pulpa, esparcido allí para que se secara. Por ninguna parte se podía transitar sin que se hundieran los pies en la capa de café.

En el entresuelo, y viniendo de la tolva, el café, *en cereza*, entraba en las fauces de un tambor, dentro del cual giraba un cilindro. De allí salía la pulpa desgarrada, y desnudo el grano. Pasaba éste á un gran depósito de agua para permanecer en él más de un día, y de allí al lavador, alberca alta y cilíndrica de calicanto en que un eje vertical, provisto de aspas, agita violentamente el agua que viene trayendo el café ya macerado.

Por un conducto que se abre al pie, sale el agua y deposita el grano, ya limpio, en una ligera concavidad del suelo, en el fondo de la cual se ve una reja. Por ésta se escapa el agua, y el café, se hace pasar al patio por medio de rastrillos, para que empiece á enjugarse.

Cuando está enjuto pasa á la estufa. La de *Los Cayos* era la llamada *estufa Mejía*: no es otra cosa que un salón caldeado y dispuesto para que en él se suspendan unos sacos largos y estrechos, en los que va el grano.

Pero Gabriel explicó la estructura de la estufa *Zanetti*, la más ingeniosa y científicamente construída.

“Figúrense ustedes, dijo, una torrecita, ó, si se quiere, un gran tubo de ladrillo, de casi tres estados de altura. El alma de este tubo está llena de aire caliente que le traen muchos tubos delgados, y que, impelido por un aventador que gira entre dos como conchas de hierro, sube después de pasar por una hornilla.

“Cuatro elevadores conducen el café desde un receptáculo que se halla al nivel del piso hasta la boca del gran tubo; baja el grano por entre él y en él vuelve á ser arrojado por los elevadores, tantas veces como sea necesario para que el café quede seco.

“Los elevadores, aparatos análogos á los que suelen emplearse en las norias, son correas provistas de cajas metálicas que toman el grano del receptáculo, lo suben y lo dejan caer en la boca de la estufa.” Gabriel describió luego la *Guardiola*, estufa semejante á la Zanetti, en que el gran tubo es horizontal.

Al ir los convidados recorriendo el entresuelo, en el que por muchas partes se veían ruedas dentadas, poleas, piñones y largas correas que comunicaban á las máquinas el movimiento impreso por la gran rueda hidráulica que giraba fuera de los salones, y al detenerse á ver funcionar cada máquina, D^a Lucía y D^a Liboria advirtieron repetidas veces á sus acompañantes que anduviesen con cuidado, y no olvidasen el peligro de verse agarrados por aquellos monstruos que nunca sueltan la presa que llegan á agarrar.

Esto dio pie para que se hiciera grata y triste conmemoración del padre de familia, por todos respetado, y amadísimo de los suyos que, instigado por su amor á cuanto representaba adelantamientos y trabajo inteligente, quiso examinar el funcionamiento interior de una máquina y fue agarrado del vestido por sus dientes implacables. Su venerable cabeza quedó dividida en dos par-

tes, y centenares de deudos y de amigos sumidos en honda consternación.

La trilladora, máquina que despoja al grano de la película que lo viste (llamada entre nosotros pergamino) y que lo abrillanta, no había llegado sino poco antes y no se había armado. La tahona estaba todavía haciendo sus veces, y funcionando en un cobertizo separado del edificio principal. Un mayal movido por mulas sirve de eje á una rueda pesada y gruesa que trilla el grano extendido por el camino circular que la rueda recorre.

El grano ha quedado revuelto con broza; y sometido á una violenta corriente de aire, se limpia en el aventador.

La separadora clasifica y aparta los granos según su tamaño.

La última maniobra que presenciaron los visitantes fue la de ensacar el grano, apisonándolo en sacos que, como las máquinas, tienen que ser importados.

Como alguien hubiese ponderado la suma de esfuerzos que cuesta el producir y beneficiar el café hasta ponerlo en estado de ensacarlo, Gabriel observó que aún faltaba el rabo por desollar. Faltaba llevarlo á lomo de mulas y por ca-

minos imposibles hasta un puerto del Magdalena; lidiar con bodegueros; batallar para que se le embarcase sin hacerle sufrir cuarentenas que suelen alcanzar á más de seis meses; y entenderse con comisionistas que seguro está que se ahilen con el afán de servir á los dueños de cargas; y todo esto derramando dinero sin duelo, como hubo de hacerse desde que se mandó levantar el plano del futuro cafetal y extender y registrar la escritura otorgada por el vendedor del terreno. No son raros los casos, concluyó, en que el infeliz cafetero, cansado de aguardar que le embarquen sus cargas en un vapor, dispone que se le baje en champanes ó en almadías, con riesgo manifiesto de que el grano se humedezca, se deteriore y pierda parte de su valor.

¡ Gran novedad ! ¡ Novedad enorme !

Jorge está en Guátima.

A él le entró la ventolera de ir á visitar á Cecilia. Quién sabe como que, desde la noche del baile, está más enamorado.

D^a Clemencia no se ha opuesto, gracias á que Leiva Gayón ha conseguido meterle en la mollera que Guátima no está á la orilla del Magdalena y que no todas las tierras calientes son malsanas.

Cecilia, desde que siente que su corazón le ha jugado á Jorge una mala pasada, lo mira con una especie de tierna compasión. Esto, la innata suavidad de sus modales y el tener presente el empecatado compromiso, la hacen mantener á Jorge tan satisfecho y tan orondo.

Pablo, presenciando las continuas entrevistas de los novios, siente feroces, aunque momentáneos ímpetus de celos; pero se ha impuesto el deber de hundir sus sentimientos en los últimos repliegues de su corazón, y lo cumple. Jamás hubo en Guátima huésped más ajonjeado que Jorge. Nada se omite de cuanto puede hacerle agradable aquella mansión. Residiendo en una hacienda, á Jorge se le presentaban coyunturas de hablar de los *sports* á que se consideraba aficionado: de equitación, de natación, de caza, de *football* y de *lawn tennis*. Lo hacía en reunión con las señoras; si bien no jactanciosamente. Pablo procuraba ofrecerle ocasiones de lucir cuanto lucir pudiera como cazador, como nadador y como jinete.

Jamás se ha sentido Jorge más á gusto. En lugar de la conducta ceremoniosa y etiquetera que se observa en su casa, encuentra, en vez de las murmuraciones contra los que no se ajustan

en todo á la pauta europea, y de conversaciones sobre negocios, sobre lo que debería practicarse para que todo pasase aquí como pasa en Europa, y sobre modas y joyas; en vez de las fanfurrinas con que su señora madre enturbia á cada paso la atmósfera de su casa, encuentra sencillez, franqueza y urbano desembarazo, y jovialidad y gracia en la conversación, por más que haya de versar sobre asuntos graves. El estiramiento á que lo había habituado su calidad de persona de tono, no le había dejado gustar ni conocer siquiera el hechizo de un trato familiar como el de aquella casa. Sus visitas, largas ó cortas, nunca habían sido más que visitas de etiqueta.



CAPÍTULO XXII



ARIOS de los síntomas del mal de Cecilia se acentuaron súbitamente al mismo tiempo que apareció uno nuevo, inquietador y penoso como el que más: consistía en opresión del pecho y dificultad para respirar.

Llamóse por el telégrafo al doctor Leiva Gayón; pero no calmada con esto la mortal inquietud de los habitantes de Guátima, se acordó ocurrir al doctor Vásquez Villa, facultativo que, acompañando á una hermana suya hidrópica que estaba temperando en San Rafael, permanecía allí casi de asiento.

Vásquez Villa era médico antiguo que, no por haber comenzado brillantemente su carrera, había dejado de aplicarse con perseverancia al estudio de las más flamantes doctrinas, sin mostrarse fanático parcial de lo viejo ni de lo nuevo.

Su experiencia no consistía en la larga repetición de los diagnósticos y de los tratamientos con que se había estrenado, sino en la observación y comparación prolija de resultados. Entre sus colegas, su opinión era respetadísima.

Cuando este profesor hubo examinado á Cecilia é impuéstose en los antecedentes de su dolencia, escribió una receta y regresó á San Rafael ofreciendo volver apenas hubiese llegado el médico de cabecera, si éste convenía en que los dos conferenciaran.

Vino Leiva Gayón y se efectuó la conferencia.

De ella resultaron dos cosas: un nuevo medicamento, de cuya aplicación los doctores anunciaron que podía haber consecuencias alarmantes, pero sólo en apariencia; y otro coloquio á que Leiva Gayón citó á Jorge. "Tengo, le dijo, que cumplir un penoso deber como médico y como amigo. Salgamos en achaque de ir de paseo y hablaremos fuera de la casa."

Del misterioso coloquio salió Jorge lleno de pena y de ansiedad. Hizo esfuerzos por ocultar su turbación; pero D^a Lucía y D^a Liboria la echaron de ver. Había manifestado anteriormente el propósito de permanecer en Guátima por algunos días más; pero ahora expuso que, ha-

biéndosele acabado los cuellos y los puños limpios con que se había apercibido al salir de su casa, había resuelto partir al día siguiente con Leiva Gayón. Aseguraba que regresaría á Guátima muy en breve. Decía todo esto con el embarazo y los titubeos propios de quien está fingiendo, sin estar avezado á hacerlo. Al otro día se marchó efectivamente con el médico.

El nuevo medicamento, sin producir los efectos alarmantes que se habían previsto, fue de asombrosa eficacia.

No sólo desaparecieron los síntomas que recientemente habían sobresaltado á la familia, sino que se atenuaron sensiblemente los antiguos.

A Cecilia le había hecho la más triste impresión el experimentar que no podía montar á caballo. Pablo quiso que se hiciese otra vez la prueba, y se hizo con el resultado más satisfactorio.

Habían pasado cuatro días desde aquel en que se ausentaran los dos huéspedes. Acababa de cerrar la noche del último, cuando se presentó un mozo de cordel con una carta para D. Jacobo. Este la abrió, y sin acabar de leerla,

—Lucía, gritó con no disimulada conmoción.

—¿Has visto cosa igual?, le dijo, apenas llegó. Escúcha esta carta.

Y le leyó la en que Mr. Ánderson, después de algunos exordios y rodeos, comunicaba que ciertas circunstancias graves é imprevistas hacían imprescindible la resolución de enviar á Jorge á Europa por tiempo cuya duración no podía por lo pronto fijarse.

Al compromiso contraído no se hacía referencia ninguna; pero hartó decía aquel callar respecto de él.

Era manifiesto que los primeros párrafos de esta carta le habían sido dictados al señor Ánderson. Si no campaba en ellos un castellano como el del Padre Miguel Mir estaban en un bogotano más bogotano que el que el padre de Jorge solía usar.

Pero las últimas líneas eran notoriamente parto de su ingenio y expresión genuina de sus sentimientos. En ellas, chapurrando el español y con el calor posible, trataba de dar á entender, ó bien que le desagradaba la resolución expuesta en la misiva, ó bien que le desagradaba el que hubiera habido que tomarla. No se podía inferir con mediana certeza cuál de las dos cosas era la que estaba en su mente.

D^a Lucía rabió un poco, y atribuyendo el desaguizado á D^a Clemencia, la puso como ropa de Pascua.

—Es preciso, dijo D. Jacobo, enterar de esto á Cecilia.

—¿Y si le hiciera mucha impresión?

—¿Y no ha de saberlo alguna vez? Llámala.

—Pero á lo menos hay que darle la noticia con precauciones.

Con tantas como las que se usan para notificarle á una madre la muerte de su hijo, se le comunicó á Cecilia el contenido de la carta.

Cecilia se quedó estupefacta y en silencio.

Su madre vino á ella, y tomándole cariñosamente la cabeza entre las manos,

—No te aflijas, le dijo. No te aflijas, hijita; antes todos debemos alegrarnos: este procedimiento nos hace conocer á tiempo que ese.... ese joven no te merecía.

—Pero, mamá, si no me aflijo.

—Es decir que.....

—Es decir que yo no quería á Jorge.

—Francamente, francamente, terció D. Jacobo, no te faltaba razón. A mí también había dado el mocito en no gustarme.

—Es decir que ibas á casarte.....

—Iba á casarme porque tenía que cumplir mi palabra.

—¡Pobrecita mi hija!

—¡Pobrecita!

—Pero ya ¡bendito sea Dios!

—¡Bendito sea una y mil veces!

Pero á D. Jacobo no le salió del cuerpo el enojo. Irritábalo el atrevimiento de dejar desairada á su hija, á quien miraba como tesoro que nadie podía dejar de codiciar. Veíasele á menudo distraído y cogitabundo; y alguna exclamación que se le soltaba hacía patente cuál era el asunto de sus cavilaciones.

Apenas pudo desprenderse de sus padres, voló Cecilia en busca de Pablo y lo halló solo.

—Vén, le dijo, con voz agitadaísima.

Lo tomó de la mano y lo arrastró con fuerza hacia la salida de la casa.

—¿A dónde me llevas?

—A la orilla de *El Pozo*.

Llamábase, por excelencia, *El Pozo* un sitio, treinta ó cuarenta pasos distante de la casa, en que las aguas del torrente, después de despeñarse con fragor de unas grandes piedras, se rebalsaba en un rellano de la cañada.

—¿Estás loca? ¿Al pozo á esta hora?

—Sí. Estoy loca, pero loca de alegría. Y apretaba el paso.

Cuando hubieron llegado al sitio en que el

estrépito de las aguas podía cubrir la voz humana,

—Te he traído aquí, le dijo á su primo, porque quiero gritar, quiero desahogarme. Lo de Jorge se ha acabado.

—Cómo: explícate. No me atrevo á creerte.

—Papá acaba de leerme una carta del señor Ánderson. Jorge se va para Europa.

—¿Conque ya puedo decirte á boca llena que te quiero?

—Sí, sí. Dímelo y no te canses nunca de repetírmelo.

—¡Cecilia mía!

—¡Sí, tuya, tuya para siempre!

—¿Y no oiré de tus labios la palabra que he esperado por tantos años?

—Pablo, Pablo mío, te quiero, te adoro con todas las fuerzas de mi alma. Ya no viviré sino para amarte y para repetírtelo.

Las estrellas, retemblando en el cielo y reflejándose triscadoras en las aguas del remanso ligeramente rizadas, parecían festejar con regocijo aquel desposorio secreto de dos almas.

—Vén, continuó Cecilia. Vámonos: pueden echarnos menos.

Y comenzaron á andar; pero, á la mitad del

camino, Cecilia volvió á arrastrar á su amado hacia el borde del torrente.

—Vuélveme á decir que me quieres: necesito oírtelo otra vez.

—¡Angel mío, luz de mi vida! ¡Cuánto te amo!

—¿Me lo seguirás repitiendo esta noche siempre que podamos hablar sin que nos oigan?

—Esta noche y siempre. ¿Y tú?

—Siempre, siempre.

Partieron, pero en el camino, no cesaron las dulces protestas, que nada perdían por ser proferidas en voz baja.

D. Jacobo y su mujer se sentían muy ofendidos con Jorge y con sus padres. Aquella misma noche se abrió discusión sobre los términos en que había de contestarse la carta. Rechazábase todo lo que llevase trazas de moderación. Cada ponderación que hacía uno de los consortes de la indignidad de la familia de Jorge exacerbaba más al otro, y las ponderaciones se sucedían sin tregua, y sin tregua las modificaciones propuestas al proyecto de contestación.

Según la resolución que D. Jacobo llevaba al irse á la cama, la carta para Mr. Ánderson había de ser un brulote, un metrallazo. Yo he sido

siempre, decía, claro como el agua, ¿y había en esta ocasión de andarme en chiquitas?

A la mañana siguiente, Cecilia dijo á su padre:

—Papá, yo creo que á ese señor no hay que darle á entender que su carta nos ha anonadado. Eso sería una vergüenza, y vergüenza tanto mayor cuanto la cosa es menos cierta.

—¿Sabes que tienes razón?

—Y que yo querría que al señor Ánderson, que ha sido tan bondadoso para conmigo y que seguramente no ha tenido la culpa de lo que ha pasado, no se le mortificara sino lo menos posible.

—Ah, pero es indispensable hacerle ver de algún modo á esa gente lo malo de su proceder.

En fin, tras nuevas discusiones y después de haberse escrito y rasgado varios borradores, se vino á adoptar la siguiente fórmula:

“Muy señor mío:

“Con mucho placer he recibido la favorecida de usted y me he enterado de su contenido.

“Todos los de esta su casa, deseamos vivamente que su hijo de usted se acomode mucho en Europa.

“Tengo el honor de suscribirme, etc.”

El mismo día en que se hubo ultimado este asunto, echándole el brazo por sobre los hombros y tuteándola, como en determinadas ocasiones solía hacerlo, dijo Pablo á D^a Lucía:

—Tiita, ¡si supieras cuánto te quiero! ¡si lo supieras!

—¡Hola! ¿Porqué estás tan zalamero?

—Porque tengo algo que pedirte.

—Lo que yo me figuraba.

—¿Qué era lo que te figurabas, lo que tengo que pedirte ó que, si estaba zalamero, era porque tenía que pedirte algo?

—Lo segundo.

—¿Y lo primero no te lo figuras?

—¡Qué voy á figurármelo!

—¿No te acuerdas de los tiempos en que yo iba á tu casa á jugar con Cecilia?

—Sí: bien me acuerdo.

—¿Y de un escándalo que hubo en tu casa un día que iba pasando una procesión?

—Sí. ¡Tonto! ¡Qué buenos ratos me hiciste pasar!

—¡Conque ya te figuras qué es lo que voy á pedirte?

—¡Hum! ¡Tan pronto! ¿Cuando el otro apenas acaba de retirarse?

—¿Y tenemos que guardarle luto?..... Y, á propósito, recibe mi más cumplido pésame.

—¿Porqué?

—Porque no te saliste con ser consuegra de Clemita.

—¡Ay! ¡Ni me digas!

—¿Conque sí?

—Quien sabe. Hay que hablarlo con tu tío y con Cecilia.

—Es muy justo.... Y mira, hazme el favor de empeñarte con ella para que consienta.

—¡Bribonazo!, le respondió D^a Lucía atizándole un pellizco.

—¡Caramba, que te has vuelto intratable desde que perdiste la esperanza de enconsuegrar con Clemita!

Otro pellizco.

—¿Y qué dirá mi tío Jacobo?

—Pregúntaselo tú.

—Con él sí no me atrevo.

—¡Malhaya el nene tan encogidito!

—Dámele siquiera una puntada.

Dada ésta, D. Jacobo llamó á Pablo y le dijo:

—¿Eso que piensas, lo piensas para dentro de poco?

—Para cuando usted y mi tía lo dispongan.

—Yo soy franco. No es bien visto que dos que van á casarse estén viviendo bajo un mismo techo, y....

—Así es. ¿Le parece á usted que en el ínterin me vaya á residir en Las Palmas?

—No; no es eso. Lo que iba á decirte era que lo más pronto sería lo más político.

—Y es lo que más deseo.

—¿Le has escrito á Mariana?

—Sí, señor; pero no me ha contestado todavía.

—Cuando te conteste, volveremos á hablar.

—Tío, no sé cómo explicarle á usted mi agradecimiento.

El doctor Leiva Gayón estaba en Guátima, y por procurar esparcimiento á él y al Padre Velásquez, dispuso Pablo un paseo en que debían ir á admirar las bellezas de cierto trozo del camino que más directamente conduce de Guátima á la Sabana.

Parecía el paseo muy largo para que Cecilia pudiese hacerlo todo á caballo, y Pablo dispuso que hasta cierto sitio fuera conducida en silla de manos, y que montara á caballo cuando se llegase á la parte más pintoresca del camino.

Los contrafuertes de la una serranía, al espi-

rar, forman senos en que vienen á encajarse los de la opuesta. Por entre ellos, corre el Bogotá en rápido descenso, torrencioso y precipitado. Sus aguas van estrellándose sin tregua: apenas han doblado un recodo, chocan con un espolón que las fuerza á cambiar bruscamente de rumbo.

En aquellos parajes ha quedado consignada la historia de un cataclismo. Las aguas, al abrirse paso, lucharon con gigantes; les arrancaron las carnes y las arrebataron, y dejaron á partes desnudos los esqueletos.

Unas rocas rodaron violentamente, otras se mantuvieron firmes. De ahí el desorden y la confusión en que yacen. Unas permanecieron cubiertas de tierra ó la han visto acumularse sobre ellas grano á grano en el curso de siglos, y se ven vestidas por la vegetación. Otras ocupan grandes espacios áridos, desnudos y escabrosos.

Las ondas del río levantan su rugido sempiterno, sin que se aplaque el coraje que las agita al chocar con las rocas y los pedrones que, habiendo resistido á su empuje allá cuando se labraron su cauce, siguen, un siglo tras otro, oponiéndose á su paso. Parecen á veces dragones de melena blanca que, encelados, se persiguiesen.

El Padre Velásquez y el médico acostumbraban disputar medio de veras y medio de broma.

—Estas rocas son muy viejas, Padre Velásquez.

—¿Qué edad les calcula usted?

—No puede precisarse; miles.... tal vez millones de siglos.

—¿Y la especie humana?

—También es muy vieja. También cuenta de veinte mil años arriba.... ¡Qué digo veinte mil!.... Sesenta mil, ochenta mil, qué sé yo.

—Ajá. ¿Usted también admitirá lo del progreso indefinido?

—Por de contado.

—Pues, admitiendo esas dos teorías, hay que admitir, ó que los hombres somos mucho más topos de lo que parecemos, ó que ya los médicos han tenido tiempo sobrado para aprender á reponer los corazones y los hígados dañados.

—A la ciencia le falta mucho menos de lo que usted piensa para llegar allá.

Mientras el Padre y el médico seguían demostrándose las discrepancias de sus opiniones, Pablo y Cecilia, andando juntos adelante ó atrás de sus compañeros, se demostraban la conformidad de sus sentimientos.

—¿Qué fue, preguntó la segunda al primero, lo que estuviste conversando con mamá y después con papá?

—Con mi tía estuve conversando varias cosas. Hablámos de D^a Clemita.

—¿Y no más?

—Sí: le hablé de otra.... así.... así por el estilo de D^a Clema.

—¿Y ella qué contestó?

—Contestó, entre otras cosas, dos pellizcos. Todavía me duelen.

—¿Y papá?

—Tu papá me llamó para aconsejarme que, cualquier disparate que yo hubiera de hacer, lo hiciera pronto.

—Pues yo te digo que mejor es que no hagas disparates.

—Está bien.

Siguiendo su camino por las faldas á cuyo pie corre el Bogotá, vieron cómo por un largo trecho se deslizaba por entre dos taludes planos, sin hallar recodos y sin tropezar más que con las desigualdades del fondo y los costados de su lecho. Aunque menos impetuosos y arrebatados en aquella parte, se veía á sus raudales saltar por encima de enormes cantos y formar, al caer, pabellones cristalinos guarnecidos de espuma; ó partirse en dos al dar con un pedrón, para volver á juntarse violenta y ruidosamente.

Los paseantes se apearon para tomar un tettetioso en una choza nueva, limpia y risueña, al redor de la cual se extendía un sembrado de maíz y yucas.

Los dueños de casa acogieron respetuosa y afablemente á sus huéspedes. Aquéllos eran dos muchachos recién casados, de graciosa y simpática fisonomía, calentano él, y ella sabanera.

El marido estaba aquejado de una herida causada en un pie por una estaca.

La mujer lo estaba curando; la operación le arrancaba ayes al paciente, y su enfermera trataba de infundirle paciencia hablándole con el acento y los halagos de madre que mima al hijo pequeño.

Cecilia y Pablo, al apartar la vista de esa escena, se miraron, y las mejillas de la primera se tiñeron de carmín.

—¡Cuánta envidia le tengo á ese muchacho!, dijo Pablo.

—¿Querías estar herido?

—Sí, con tal que tuviera una enfermera como ésa.

—¿Así, como ésa?

—Quiero decir una tan cariñosa como ésa y que fuera que fuera una enfermera mía.

—¿Y no esperas tenerla?

—¿A ti qué te parece? ¿Será locura mía el esperarlo?

—Tal vez no.

—Pues voy á procurar herirme pronto pero no: mejor será buscar primero la enfermera.

—Sí, porque si no, cuando ya estés cojo, no puedes salir á buscarla.

Terminada la curación y ya fuera del aposento, preguntó Cecilia á Petronila (que así se llamaba la mujer):

—¿Y usted está contenta? ¿Es feliz?

—Sí, mi señorita: *él* me trata muy bien.

—¿Y tienen todo lo necesario?

—Pues como tenemos la estancia, que nos cuesta poco y como *él* es tan trabajador . . .

Al regreso, como el médico hubiese reparado en un mico que estaba diableando á la puerta de otra choza, dijo al Padre Velásquez:

—Ahora recuerdo que le debo á usted la explicación de que, haciendo tantos millares de siglos que empezó á aparecer sobre la tierra el género humano, el progreso no haya pasado todavía de ciertos límites.

—Sí, ya adivino la explicación. Para que los monos lleguen á trasformarse en hombres, se necesita un lapso muy regular.

—Es claro: se necesitan muchos siglos.

—El darwinismo me parece muy racional. Lo que no me explico es qué están haciendo esos imbéciles monos que de monos se han quedado y que desde que tenemos descripciones de ellos, esto es, desde hace más de dos mil años, no em-

piezan á perder rabo ni á echar más caletre que el que tuvieron desde el principio.

—Ah, pero esté usted seguro de que la evolución tarde ó temprano ha de verificarse.

—Y otra cosa: los micos de la familia de ese que acabamos de ver, que se parecen al hombre no mucho menos que el gorila, el chimpancé y el orangután, ¿también han de ser origen de hombrechitos liliputienses?

—¿Qué sabemos?

—Vaya. Pues con esto y con el progreso indefinido, podremos tener, andando el tiempo, descendientes de este mico que puedan ser insignes médicos.

—Y curas.



CAPÍTULO XXIII

ERA UNA noche de luna. La dulce y fiel amiga de los enamorados brillaba en el cielo con resplandor insólito. Durante el día, el sol parecía haber agotado su caudal de luz y de calor, y el cuerpo sentía sed de frescura.

D. Jacobo y su hermano jugaban tresillo con el médico. El Padre se había retirado á su aposento. D^a Liboria y D^a Lucía, después de haber cabeceado un poco, se habían rendido al sueño.

Nuestros dos amantes, sentados fuera del bazar del corredor, se repetían aquellos arrullos de inefable suavidad que son el eterno lenguaje del amor, siempre nuevos y siempre unos mismos.

Ya habían evocado, y no por primera vez, los recuerdos de los sucesos (importantes sólo para ellos) en que los dos habían tenido parte,

que habían influido en su suerte, y que habían dejado impresión en sus corazones.

—¡ Cuánta envidia te tengo !, dijo Cecilia á su primo.

—¿ Porqué ?

—Porque me has amado siempre. ¡ Cuánta sería mi dicha si ahora pudiera decir : “yo he querido siempre á mi Pablo !”

—Tienes razón. Me siento satisfecho. ¡ Miro mi vida como tan bien empleada cuando considero que te quise desde que fui capaz de querer !

—¡ Y yo ! ¡ Cuántos años perdí !..... Pero no. Yo te quería sin saberlo. Yo era una tonta, que ignoraba porqué sentía que algo me faltaba..... que me faltaba todo cuando tú estabas ausente ; que estando contigo todo me sonreía. Me parecías el mejor de los hombres, y como que no me atrevía á confesarme que en lo íntimo de mi corazón te reputaba mío.

—¡ Ah, si yo lo hubiera adivinado !

—Por eso, después de haberle ofrecido mi mano á otro, sentía celos con sólo pensar que tú pudieras querer á otra mujer.

—No te atormentes ya con esas ideas. El haber anhelado por tantos años sin esperanza el bien que he conseguido ahora, le ha dado un valor que tú no puedes imaginar. En pocos días

he apurado la dicha que podría llenar siglos enteros.

—No, no podrá dejar de atormentarme la idea de haber perdido tanto tiempo que pudo haber sido de indecible felicidad ; y más me atormenta la de que te hice padecer tanto. ¡ Si tú pudieras sospechar siquiera qué gloria es para una mujer poder llamarse tuya !

D^a Liboria, que se había percatado de lo que ocurría entre Pablo y Cecilia, hablándole de ello á su marido, decía :

—Hum, esto estaba andando hacía años. Ahí está la causa de la resolución que tomó mi pobre hijita.

D. Leonardo, que era generoso y que además gustaba de dar oídos á su generosidad para no mortificarse con rencillas, ni resquemores, ni resentimientos, estuvo muy lejos de participar del que había nacido en el pecho de su consorte, resentimiento que nunca se dio á conocer, si bien hubiera podido observarse que el cariño de D^a Liboria para con Pablo no fue desde entonces tan entrañable como había solido ser.

La salud de Cecilia estaba sujeta á alternativas. Cuando su estado lo permitía se la sacaba á pasear á pie á la hora de la tarde en que el sol estaba á punto de ocultarse.

En uno de estos paseos, yendo con Pablo,

dio con el árbol en que, días antes, se habían visto esculpidas las iniciales *C. I.*

—¿Conque quién sería, preguntó risueña, quién grabó esta *C* y esta *I*?

—Pregúnta también quién grabó estas iniciales queridas en mil otros árboles, aquí y en Las Palmas. ¡Ah! ¡si yo pudiera contarte todo lo que he hecho para dar cuerpo á mis recuerdos, y para desahogar los ímpetus de ternura que me rompían el pecho!

—¡Dios mío! ¿Cuándo merecí yo ser amada de este modo?... ¿Pero qué mujer pudiera merecerlo?

—Mira, Cecilia mía, cuando yo estaba ausente de ti me cercaban una soledad y un vacío que nada podía llenar. Cada segundo del tiempo que pasaba lejos de ti era para mí un siglo; cada línea de la distancia que nos separaba era como un montón de leguas. Mis labios empañaban tu retrato, y más de una vez tuve que valerme de arbitrios raros para hacerme con uno nuevo.

El doctor Leiva Gayón había estado ausente de Guátima por algunas semanas. El día de su regreso encontró allí al doctor Vásquez Villa, y al avistarse con él,

—Ahora sí he traído, le dijo, el folleto de que le había hablado á usted. Esto diciendo, puso en

sus manos un cuaderno de forro amarillo. El doctor Vásquez Villa, lo hojeó un poco y dijo:

—Ajá. Es una monografía.... Y aquí está descrito el caso de aquella señora... Yo tuve mucho conocimiento de ese caso.

El Padre Velásquez, que venía dirigiéndose hacia los dos profesores y que había alcanzado á oír la palabra *monografía*, dijo, al dar la mano al médico joven:

—Monografía: esto será una descripción de los monos de que van á descender los futuros médicos.

—Y los futuros curas.

—Este doctor Leiva Gayón, continuó el Padre, dirigiéndose al otro físico, es un librepensador empedernido. Estoy catequizándolo y no pierdo la esperanza de que se confiese conmigo.

El doctor Vásquez Villa seguía aquella conversación, como acostumbraba seguir todas las del mismo linaje, con una sonrisita muy bellaca al propio tiempo que alegre y bondadosa.

—¿Y sabe usted, preguntó al religioso, quiénes fueron los que imbuyeron á Leiva Gayón en las doctrinas heterodoxas? Los jesuitas. Pregúntele usted si no fue con ellos con quienes estudió filosofía.

—Padre, intervino el médico joven, no se deje

usted engañar. Este doctor, que parece un santo, es un volterianote de siete suelas.

—Pues veremos, concluyó el Padre, si á él también se le puede convertir. Tales cosas se ven todos los días.

En aquél, Cecilia se hallaba muy postrada y abatida. Pablo, por ver de distraerla, le movió la siempre embelesadora conversación sobre sus comunes recuerdos y logró levantarle un poco el ánimo. Cecilia, después de ponderar la fortuna que había tenido de quedar libre de su compromiso,

—Este, añadió, ha sido un milagro que me ha hecho Nuestra Señora. Nuestra Señora me ha alcanzado siempre lo que le he pedido.

—Entonces, dijo Pablo, pídele para mí una cosa que quiero.

—Está bien. Y, siendo para ti, se la pediré con más fervor. El domingo es una fiesta de la Virgen: si puedo levantarme temprano, ese día comulgo, y ofrezco la comunión por eso que tú desees. y ahora se me ocurre que si tú me acompañaras

—Con mil amores.

—¡Ay! ¡qué dicha! ¡Comulgar juntos! Pero yo quisiera saber cuál es esa cosa que vamos á pedir.

—No te la digo; no conviene decírtela.

—Es que, si yo supiera qué es lo que voy á pedir, pediría con más fervor.

—Pídela con el mayor que puedas, sabiendo que vale para mí más que la vida. . . . tanto como tu amor.

Cecilia se halló el domingo en disposición de comulgar.

Una pieza situada al extremo del *corredor de afuera* había sido aparejada para oratorio.

En aquella mañana, mucha gente rústica ocupaba el corredor, desde el cual se descubría el improvisado altar. Habían tomado puesto dentro del oratorio las señoras, Pablo, y D. Jacobo, que ayudaba la misa.

Cuando el Padre subió al altar con las vestiduras sacerdotales, después de haber anunciado que iba á *acercarse al ara divina* y purificándose por medio de la confesión hecha á Dios y á los Santos para prepararse á celebrar los augustos misterios, se sintió cómo aquel recinto, simple y común habitación de mortales y de pecadores, se convertía en santuario, en *lugar terrible*, en *casa de Dios*. No interrumpían el silencio dentro de él sino las palabras del sacerdote. De afuera venían el rumor sordo y solemne del torrente y el canto de las aves que, ahora más que otras veces, parecía voz con que la naturaleza glorifica á su Hacedor.

Ni flores, ni profusión de luces, ni imponente acompañamiento de ministros. Ni hacen vibrar el aire melodías sagradas, ni lo carga el humo del incienso. No obstante, parece allí inundado el espacio de un flúido que, embargando las potencias, ahuyenta los pensamientos profanos é infunde reverencial sobrecogimiento.

Abstraído de todo lo de la tierra y embebido en místico trato con la Divinidad, el Padre Velásquez no parece ser el mismo humilde religioso á quien, momentos antes, todos trataran con familiar llaneza.

Los pobres campesinos atienden á los sacros ritos con recogimiento y con aquella fe de los ignorantes que, ante el Dios que escruta los corazones, vale por muchas virtudes.

Hasta el joven médico, que, únicamente por acatamiento á los que lo hospedan, asiste á la misa, siente dominada su orgullosa incredulidad.

Cuando el celebrante, vuelto hacia el pueblo, expuso entre sus dedos la sagrada Forma y empezó á recitar la oración con que el cristiano se prepara por medio de la humildad y de la fe á la participación de los divinos Misterios, Cecilia, auxiliada por su madre, se arrodilló cerca del altar, y Pablo se colocó á su lado.

Jamás almas de amantes se confundieron en unión más inefable que la que se consumó entre

aquéllas en el acto de hacer úno su pensamiento y úna su voluntad en Aquel que es el Amor.

Después de la misa, Cecilia insistió en inquirir qué era lo que Pablo deseaba alcanzar.

—Hazme el favor, le dijo éste, de no empeñarte en eso. Me lastimas el corazón poniéndome en el caso de negarte una cosa.

—Está bien, repuso Cecilia dando señales de un enojo infantil, más poderoso á derretir el corazón de su amante que todas las ternezas; yo estaba envanecida presumiendo que entre los dos no podía haber nada reservado. Ahora ya sabré á qué atenerme.

Pablo no pudo resistir.

—Lo que he querido que pidas es que tú sa-
nes y que tu enfermedad se me pase á mí.

—Entonces no me quieres. Tú sabes que para mí tú estás antes que mi salud, que mi felicidad, que mi vida, como para ti yo estoy antes que todo.

—Mira, no puedo pensar sin desesperación que esta felicidad tan grande que Dios nos ha concedido está amargada por esa tu dolencia; y creo firmemente que, si yo fuera el enfermo, no me acordaría de ella y seríamos tan dichosos como si no existiese. Tu amor no me la dejaría sentir.

D^a Mariana había escrito á Pablo y dádole el consentimiento que de ella había solicitado, con-

dimentado con reflexiones sobre las cosas pasadas, y rebozado con amonestaciones y consejos.

Pablo había departido con sus tíos sobre el asunto, y ya parecía no depender sino de su voluntad y de la de Cecilia la fijación del día de su matrimonio.

Pero antes que le hubiera tocado aquel punto, los médicos le manifestaron deseo de tener con él una entrevista muy reservada.

—Para que la entrevista lo sea absolutamente, respondió, hoy montaremos el doctor Leiva Gayón y yo é iremos hasta San Rafael á acompañar al doctor Vásquez Villa.

Los médicos vinieron en ello. Partieron á la caída de la tarde, y cuando se habían alejado de la casa, Leiva Gayón dijo á Pablo:

—Hemos creído deber nuestro imponer á la familia en lo que juzgamos acerca del estado de nuestra enferma. No hemos tenido valor para afligir á los señores padres de ella, y hemos creído que usted es el individuo de la familia á quien debemos hablarle con toda claridad.

Pablo, lívido y demudado, no tuvo ánimo para preguntar nada; pero el médico, que no podía ya retroceder, se le acercó mucho y, en voz baja, le dijo unas pocas palabras.

Pablo detuvo de pronto su mula, y parecía que iba á caer. Sus compañeros se le acercaron

en ademán de ir á sostenerlo. Preguntáronle qué sentía; pero él no dio respuesta.

Leiva Gayón observó que lo racional era que él y Pablo no pasaran de aquel punto y regresasen á Guátima. Pablo siguió al doctor sin chistar. El otro doctor los acompañó hasta un sitio inmediato á la casa; allí volvió bridas y emprendió de nuevo su camino hacia San Rafael.

Ya en aquélla, Leiva Gayón llamó al Padre Velásquez para que procurara infundirle á Pablo valor y resignación.

La tarea del Padre no fue difícil: Pablo había aprendido, enfrenando sus propios afectos durante lo más de su vida, á ser dueño de sí.

Sin embargo, todas las horas de aquella aciaga noche fueron para él de cruel agitación.

Al día siguiente, tras una larga consulta con el médico y con el Padre Velásquez, desempeñó para con su tío Jacobo la obligación que para con él habían desempeñado los médicos.

El pobre anciano, como herido de rayo, apenas volvió á desplegar sus labios. Sin embargo, dos ó tres veces dijo con expresión de acerbo encono y soliloquiando: “¡Conque Jorge lo supo antes que todos!” Desde aquel día se le vio sin cesar pasearse taciturno á lo largo del corre-

dor, con las manos atrás y con los ojos en el suelo. Se le consultaba á menudo sobre ciertas providencias que era indispensable tomar. El parecía no poder entender sino con dificultad, y sólo contestaba :

—Ahí está Pablo: que él disponga.

Como la niebla solía después de una lluvia caer sobre aquella casa y cubrirla y penetrar en los aposentos, se había asentado sobre ella una negra, pesada y ominosa nube de tristeza. D. Leonardo, su mujer y D^a Lucía leían en los semblantes de los demás la sentencia que no dejaba esperanzas.

En vano el primero fingía dar rienda á su buen humor y se chungueaba, ya con el Padre, á quien repetía que á los padres hay que oírles la misa y sacarles el cuerpo ; ya con los médicos, á quienes nunca llamaba sino los matasanos ; ya con su mujer y su hermana, á quienes llamaba *las viejas* ; ya con Cecilia, cuyas dolencias trataba (aunque otra le quedaba en el cuerpo) de dengues de niña mimada.

Pablo eligió hora y momento oportunos ; se revistió de serenidad ; compuso su semblante y entabló coloquio con Cecilia.

—Amor mío, le dijo, mucho hemos llorado el

tiempo que hemos perdido. ¿ Porqué seguimos perdiéndolo de otro modo ? Mis tíos y mamá consienten en nuestra unión y dejan á nuestro arbitrio señalar el día que ha de ser el mejor de mi vida.

—No. No quiero oírte hablar de eso.

—¿ Qué es esto, ángel mío ? ¡ Cuándo yo esperaba verte en el colmo de la dicha y apresurarte á coronar mis esperanzas !

—No, no.

—Pero entonces me has engañado. Tú no me quieres.

—¡ Que no te quiero ! Escúchame. Cuando miro dentro mí, me asalta una inquietud terrible, algo como un remordimiento. Te adoro como sólo debe adorarse á Dios.

—Dios ño condena un afecto como el nuéstro.

—Pero es que en todo mi sér no hallo más que amor á ti..... amor cada vez más ciego y más encendido..... y sin embargo, te digo que no me hables de eso de que empezabas á hablarme.

—Harás que me vuelva loco si no me explicas esa resolución que me confunde y me anoda.

—Pablo de mi vida, mi pecho no ha guardado hasta ahora secreto que tú no le arranques.

hermosura, pero el enflaquecimiento del cuerpo era lastimoso. Pablo lo notó viéndole un brazo descubierto, y sintió que ya le faltaba aliento para batallar con su pena. No hay cosa más amarga que el tener que sentir compasión por la persona á quien amamos, por aquélla para quien nos parecen pocos y mezquinos todos los bienes que acertamos á imaginar.

El doctor Leiva Gayón no deja pasar una semana sin ir á Guátima, y el doctor Vásquez Villa apenas deja pasar día. Los dos profesores estudian, consultan y prueban á menudo nueva medicación. Por fortuna, con las inyecciones hipodérmicas de que echan mano, logran calmar por algunas horas los sufrimientos de la paciente.

D^a Lucía y D^a Liboria siempre tienen empezada alguna novena por la salud de aquélla, y no se cansan de hacer promesas y de pedir oraciones.

A la primera se le asentó que era necesario trasladar á Cecilia á Bogotá. Los facultativos declararon que en la Sabana el mal se desarrollaría más rápidamente.

¡ Ay ! Pero no cabía mayor rapidez. La respiración se hacía hora por hora más laboriosa, y las funciones de casi todos los órganos se entorpecían progresivamente.

Llegó día en que los médicos, por conducto del Padre Velásquez, enteraron á la familia de que la enferma debía disponerse para morir. Al mismo Padre le tocó desempeñar la dolorosa obligación de comunicárselo á Cecilia.

Dolorosísima fue, porque ella no recibió con serenidad el terrible anuncio.

— ¡ No me quiero morir ! ¡ No me quiero morir !, exclamaba con su voz fatigosa y anhelante. Hizo llamar á los médicos y, con súplicas capaces de deshacer corazones de piedra, les rogó que la salvaran. A los demás les rogaba que pidiesen á Dios no la dejase morir.

¿ Qué hubiera sido de aquella familia en tan acerba tribulación sin la presencia del Padre Velásquez ?

Los recursos que para conflictos como aquél ofrece la Religión, rara vez son ineficaces. Puede haber entendimientos obcecados y corazones empedernidos en que se estelle todo esfuerzo intentado para hacer admitir la gracia que se rechaza.

Mas para aquél que, por impulso de la flaca naturaleza y sin aborrecer á Dios y á su propia alma, se empeña en repeler la muerte, la contemplación de ciertas consoladoras verdades y la palabra del sacerdote tienen siempre eficacia victoriosa.

Cecilia recibió el Santo Viático y la Extremaunción, deshaciéndose en dulces afectos y aspirando al cielo, cuyas puertas se le abrían.

Apenas hubo recibido los sacramentos, llamó á Pablo.

—Pablo mío, le dijo. te he llamado para decirte cuál es mi último deseo.

—No hables así, no hables. Dios ha de tener piedad de nosotros.

—Dios la ha tenido muy grande al llamarme á sí antes de que esta enfermedad.....

La opresión del pecho no le dejó continuar.

Al cabo de algunos minutos prosiguió:

—Sé que pronto no podré ni respirar ni alimentarme. Yo me voy á morir; quiero que en la lápida que han de poner en mi sepultura quede recuerdo de que yo he tenido la gloria de ser tuya. ¿Será posible que el Padre nos case?

—¡Bendita seas, bendita seas! ¿Porqué no ha de ser posible?.... Pero ahora dime: ¿porqué me retardaste esta dicha?

—Hoy puedo tenerla yo porque sé que no he de durar sino algunas horas. Cuando me hablaste de nuestra unión, yo conocía ya mi enfermedad. Yo no podía consentir en que te unieras de por vida á una.....

—Cállala, le dijo Pablo, tapándole la boca con la mano. ¡Conque fuiste capaz de eso! Pero dime ¿quién tuvo la crueldad inaudita de decirte....

—Nadie. Lo largo y raro de mi mal, el ver á los míos y á los médicos tan preocupados y tan afanosos, me habían infundido sospechas. Un día, el doctor Leiva Gayón trajo un cuaderno amarillo, el doctor Vásquez Villa lo tomó y dijo no sé qué cosa que alcancé á oír y que me llamó la atención. Me la llamó también el ver que ocultaban el cuaderno con mucho cuidado. Ese cuidado no lo tuvieron siempre, y al fin pude dar con él. El título me bastó: *Monografía de la lepra en su forma nerviosa. Caso de la joven N. N.* Lo hojeé y encontré la descripción de mi mal.

—¡Dios mío, Dios mío!

—¿Y tú, Pablo, sabías este secreto?

—Sí. Los médicos me lo revelaron.

—¿Cuándo?

—Hace bastante tiempo. Una tarde que Leiva Gayón y yo nos fuimos á acompañar al doctor Vásquez Villa, que se iba para San Rafael.

—De modo que cuando me dijiste que querías que no perdiéramos más tiempo....

—Yo lo sabía todo.

—¡Qué alma la tuya!

—¡Y qué! ¿Habría en el mundo quien no procediera como yo he procedido?

—Ha habido..... pero no, no quiero recordar eso.

Pablo se quedó suspenso por un instante, tratando de penetrar el sentido de esta respuesta; hizo un movimiento de cabeza como para indicar que lo había penetrado, y continuó:

—¿Pero á mí, á mí, habría algo capaz de hacerme renunciar á lo que ha sido la suprema aspiración, el fin único de mi vida?

El Padre Velásquez, informado de lo que deseaban Cecilia y Pablo, declaró que, para complacerlos, era forzoso obtener del Prelado diocesano las dispensas, y entenderse también con el Párroco de San Rafael.

A D. Leonardo y á su mujer les dijo en reserva:

—Hay que dar los pasos necesarios; pero, según mi parecer, confirmado por el de los médicos, ya es demasiado tarde.

Felipe fue despachado llevando cartas para el Señor Arzobispo y para otras personas á quienes se recomendaba encarecidamente que activaran las diligencias.

Cecilia lo supo y, desde el momento de la

partida de Felipe, no cesó de preguntar qué hora era, ni de hacer la cuenta de las que faltaban para su regreso.

Pablo conferenciaba incesantemente con los médicos. En una de sus conversaciones, el doctor Vásquez Villa, viéndolo afligidísimo, le dijo:

—Mi colega opina que el desenlace funesto es seguro y que está muy próximo. A mí me parece que en casos como éste nada debe afirmarse de un modo absoluto.

—¿Es decir, repuso Pablo alborozado, que pudiera abrigarse esperanza de que viva siquiera algunos meses más?

—¿Qué sabemos?

Cecilia, sin perder la resignación que la había fortalecido, mostraba de todas maneras su anhelo de no morir antes de que llegara Felipe.

Cuando se le dijo que con el Cura de San Rafael estaba ya arreglado el asunto del matrimonio, y se le pusieron á la vista los objetos que eran necesarios para su celebración, se aquietó y estuvo contenta por algunas horas. Pasaron éstas y se la vio otra vez impaciente y agitada.

Se acabó el tiempo durante el cual Felipe podía en rigor ir, desempeñar su encargo y estar de vuelta.

Desde ese punto, Cecilia no dejó pasar cuarto de hora sin rogar á alguno que se asomara á un sitio cercano desde donde se divisaba parte del camino de Bogotá; y que, si se columbraba á Felipe, corrieran á avisárselo. Tampoco dejó de tener los ojos fijos en la puerta de la habitación.

Se vio al cabo que Felipe iba á llegar, pero á Cecilia no se le hizo saber esto sino con las mismas precauciones con que se le habría debido dar una mala noticia. Se temía que una emoción, aun la más plácida, le acelerara la muerte.

Desde que supo que ya el deseado mensajero se acercaba, empezó Cecilia á apurar al Padre Velásquez para que estuviera dispuesto. Sentía que la muerte no había de dar más tiempo que el muy preciso.

Cuando los dos amantes hubieron recibido la bendición nupcial,

—¡Ahora, dijo Cecilia, ahora sí!... ¡Que se cumpla la voluntad de Dios!... Ayúdenme todos á darle gracias.

Los esfuerzos y las agitaciones empeoraron en extremo su situación y la dejaron desfallecida. Mediante una fuerte inyección de morfina, se logró adormecerla y aliviarla. Cuando hubo pasado un poco el efecto del narcótico, cobró algo de fuerzas y pudo volver á hablar.

Viendo á Pablo, que, haciendo visibles esfuerzos por no prorrumpir en llanto, estaba á su lado,

—¡Mi esposo! ¡Mi esposo, por fin!, exclamó y en su rostro brilló una expresión de placer y de gozo que debía ser la postrera.

—¡Qué luna de miel!, exclamó luego.

Finalmente, recogiendo las últimas fuerzas, con palabras casi imperceptibles y batallando con la opresión que la ahogaba,

—Pablo mío, dijo, trata de ver pronto á Modesta y dile que ruegue por los dos. Por el descanso de mi alma y por que tú puedas resignarte y ser feliz.

Todos estaban al rededor de la cama. Pablo, de rodillas, tenía entre las suyas la mano de su esposa.

Cuando vio que los ojos de ésta empezaban á empañarse, no tuvo valor para ver á la Muerte profanar aquel semblante adorado, y hundió la frente en la orilla de la cama.

El Padre Velásquez, con el ritual en la mano, estaba recitando la recomendación del alma. D. Leonardo, de pie, tenía la bujía bendita. Ya el religioso había recitado muchas de aquellas preces en que rebosa la unción divina. Al acabar las palabras *Recíbate el alegre coro de las Vírgenes,*

guardó silencio; y á breve rato, y conteniendo mal el llanto que le embargaba la voz, principió el responso.

Entonces supo Pablo que su alma estaba sola. Ninguna contracción, ningún estremecimiento de la mano que tenía entre las suyas se lo había hecho advertir.

D^a Liboria, empleando amorosa violencia, arrancó á Pablo del sitio en que á un tiempo había visto coronadas y desvanecidas todas sus esperanzas. Había que ataviar para la sepultura el cuerpo que no había podido ataviarse para la boda.

Eran las nueve de la noche.

Felipe y el mayordomo se le acercaron tímidos y llorosos á Pablo. El primero le dijo:

—¿A San Rafael ó á Bogotá?

—A Bogotá, y ahora mismo.

Pero poco después Pablo hizo llamar á Felipe y añadió:

—La camilla muy bien hecha y con buena cubierta.

Y lo llamó de nuevo.

—Tú conmigo. Que todo quede dispuesto para que mañana se vayan los demás.

En el corredor, en el patio y en los alrede-

dores de la casa estaba toda la gente de la hacienda.

De entre los grupos que formaba no salía más rumor que el de uno que otro sollozo.

Cuando Felipe trató de escoger los peones que debían cargar la camilla, se vio acosado por dondequiera.

Todos querían ser elegidos. Convínose en que todos irían y en que ninguno dejaría de entrar en turno.

El Padre Velásquez pretendía acompañar á Pablo, pero éste le rogó que no dejase solos á sus tíos.

La triste expedición debía hacerse por aquel camino del cual, no mucho antes, habían Pablo y Cecilia recorrido una parte. El acompañamiento era numeroso. Muchos de los hombres y de las mujeres que lo formaban llevaban velas; á cada instante se las apagaba el viento y ellos se empeñaban en mantenerlas encendidas. Su luz no hacía falta, pues las estrellas difundían la suya profusamente. Uno de los más viejos encabezaba el rosario en voz muy alta, y los demás hacían coro.

La fatiga y el jadeo pusieron punto al rezo luego que se hubo llegado al promedio de una cuesta

empinada; y no interrumpían el alto y solemne silencio sino el ruido de los pasos de los de á pie, el de las herraduras de las mulas de Pablo y Felipe, que, en los trechos cascajosos, hacían rodar las guijas, y el crujir de los palos de la camilla, rumor que seguía el compás de los pasos de los cargueros. Oíase también á veces que éstos, en voz queda, se hacían advertencias, señaladamente en dondequiera que las escabrosidades del camino demandaban que se anduviese con cuidado para evitar sacudimientos.

Cuando los cargueros se detenían para relevarse, Pablo, que casi á la continua iba á pie, se acercaba á la camilla, levantaba una cortina, y acomodaba con solicitud y delicadamente el adorado cuerpo, y la preciosa cabeza para evitar el efecto de los vaivenes y de los movimientos bruscos. En seguida arreglaba los pliegues de la blanca vestidura como una madre que da la última mano al atavío de su niña mimada.

Hízose una parada larga frente á la casa de Petronila. Allí, allí, Pablo y Cecilia, movidos de inocente envidia al contemplar un cuadro de felicidad conyugal, se habían hecho una dulce promesa envolviéndola en festivas y delicadas alusiones.

—¡Singular destino el mío!, pensaba Pablo. Ser amado, y como pocos lo han sido, por dos mujeres, ambas capaces de inmolarse por mí. ¡Qué afortunado parecía! y ¡qué duelos tan amargos me estaban reservados!

Cuando se emprendió la empinada y larga subida al cabo de la cual se había de entrar en la Sabana, empezaba á amanecer. Y según iba apareciendo el sol, las masas inmensas de niebla se iban asentando sobre los cerros. Hacia la mitad de aquella subida, la luz del día penetraba ya la niebla. El camino culebreaba en la falda de una sierra; á veces descendía á una hondonada y seguía en zigzag ascendiendo por la falda opuesta. Pablo iba subiendo delante; pero sólo dejaba de mirar el fúnebre aparato en los momentos en que se le ocultaba en el fondo de un recodo. Cuando, siguiendo las sinuosidades, se dirigía hacia la escarpadura del cerro, la camilla y el acompañamiento que en hilera la seguía, iban sesgando hacia el lado opuesto del camino.

La vista no descubría sino la niebla que encima de las cabezas formaba bóveda y que por un costado caía como inmensa cortina; y, al lado opuesto, la escarpa en que estaba tallado el camino.

Pero la naturaleza no llora siempre con los afligidos. Cuando la comitiva comenzó á atravesar el oleaje de tierras que media entre el fin de la cuesta y la gran planicie, ya un sol rutilante alegraba los campos; y campos, montañas, plantas, pájaros canoros y arroyos rumorosos parecían estar de fiesta.

Más adelante, abrumados ya por el cansancio, aunque menos que por la tristeza, nuestros viajeros dejaron inadvertida la perspectiva más espléndida. De la orilla derecha del Bogotá arrancan escarpas y peñones casi abruptos, de agreste y ceñudo aspecto. Por la izquierda del río se extiende una reducida llanada, limitada en su fondo por eminencias apacibles y risueñas, cubiertas de césped y engalanadas con árboles y sementeras de verde claro, y con una elegante casa de hacienda, alegre como lo son sus dependencias y otros edificios que á alguna distancia de ella se levantan.

Allí las aguas del río, después de haberse precipitado locamente en rapidísimo descenso por una garganta estrechada entre dos peñones, siguen por algún trecho menos impetuosas y arrebatadas y vienen á espaciarse y á descansar formando un lago en que se amansan y se adormecen.

Al ir llegando al primer pueblo de la Sabana que debían atravesar, nuestros viajeros oyeron fúnebres tañidos de las campanas. En lugar inmediato á la iglesia se habían extendido paños mortuorios; tres acólitos sostenían la mangacruz y los ciriales, y el Cura aguardaba con capa pluvial negra. Hízose colocar la camilla sobre los paños y se cantó un solemne responso.

Terminada la breve ceremonia, Pablo, al ir á continuar su camino y con un mudo apretón de manos, dio las gracias al sacerdote que, oficiosamente, había querido celebrar el primer sufragio público por Cecilia.

Pablo quiso asistir á las exequias. Sus deudos y sus amigos se esforzaron por disuadirlo de aquel propósito, pero no lo consiguieron. Tenía también el de acompañar el cuerpo al cementerio y no separarse de él sino cuando todo hubiera acabado.

Terminadas las exequias, el ataúd fue llevado, á hombros de amigos, hasta junto á la puerta de la iglesia y depositado en el suelo. El preste entonó delante de él las últimas preces y, cantado el final *Requiescat in pace*, volvió la espalda para ir á despojarse de las vestiduras sagradas.

Al presenciar este acto por el que la Iglesia

parece despedirse de la porción perecedera que en la tierra ha quedado del hijo suyo por quien acaba de elevar sus preces, Pablo dejó escapar del pecho oprimido y magullado un sollozo convulsivo.

El Padre Velásquez, que estaba á su lado, al verle dar aquella primera muestra de debilidad, le dijo:

—Hay que ser hombre hasta el fin. Aprenda usted á ser fuerte de la misma por quien lloremos.

—Y de otra también, repuso Pablo, fijando la vista en un grupo de Hermanas de la Caridad que, á causa de la blancura de las tocas, resalta-
ba entre el concurso.

Y en seguida se dejó conducir á su casa.

FIN

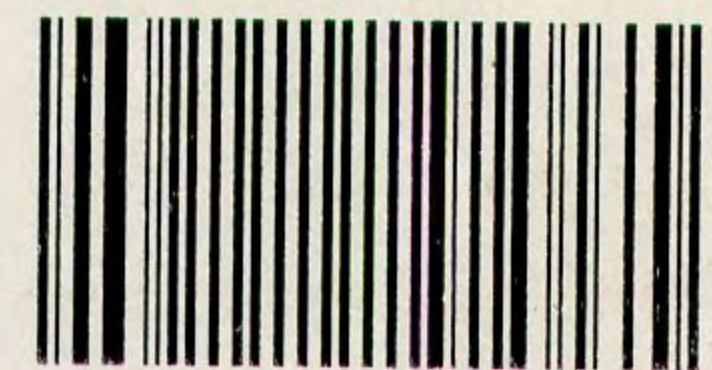
FE DE ERRATAS

Pág.	Dice	Léase
30, línea 7,	Ya verá usted.....	<i>Ya verá usted cómo.</i>
36, línea 11,	Y de algo de que...	<i>Y de algo que</i>
70, línea 11,	Y de la vajilla.....	<i>de la vajilla.</i>
131, línea 22,	bosillo.....	<i>bolsillo.</i>
178, línea 21,	Arderson	<i>Anderson.</i>
195, línea 18,	en vez del lozano..	<i>en vez de lucir el lo- zano....</i>
245, línea 16,	aquélla, que trilla..	<i>aquélla que trilla.</i>
257, línea 8,	que tanto tientan...	<i>con que tanto tienta.</i>
257, línea 9,	burlan.....	<i>burla.</i>
298, línea 19.....		CAPÍTULO XVIII
337, línea 5,	veía.....	<i>veían.</i>
338, línea 7,	y resbala	<i>y que resbala.</i>
342, línea 6,	su Sabana.....	<i>la Sabana.</i>
353, línea 1ª,	amigos sumidos....	<i>amigos quedaron su- midos.</i>
355, línea 25,	que se observa en su casa, encuentra, en vez de...	<i>que se observa en su casa; en vez de...</i>
362, línea 22,	se rebalsaba en un rellano	<i>se rebalsaban en un rellano.</i>
396, línea 5,	corrieran.....	<i>corriera.</i>

L
C863
M361EP

Ejm.1

**Biblioteca
Universidad Eafit**



6 2000 00102245 2

